



*Un día en la vida
de una mujer sonriente*

Los RELATOS COMPLETOS de

MARGARET DRABBLE

TRADUCIDOS *por* MIGUEL ROS GONZÁLEZ

IMPEDIMENTA

Esposas sin maridos. Madres y hermanas. Mujeres que se debaten entre la vocación artística y las exigencias familiares. Científicas que han decidido dejar de teñirse el pelo y de ir por la vida disculpándose por cada paso que dan. Amor no consumado, vanidad y soledad. El poderoso universo ficcional de Margaret Drabble se concentra en estos cuentos que abarcan cuatro décadas de producción literaria. Una madre trabajadora que puede con todo y acaba sus enloquecidos días con una sonrisa. Una prestigiosa investigadora que acaba de recibir el Nobel por el descubrimiento del «gen de la vanidad». Una mujer que suspira aliviada cuando muere su esposo, y una romántica empedernida que busca el amor en los trenes. Trece relatos, la totalidad de la producción de Drabble en este género, que constituyen una muestra exquisita de la capacidad de ironía, lirismo y amplitud discursiva de una de las narradoras británicas más importantes del siglo XX.

*Un día en la vida
de una mujer sonriente*



MARGARET DRABBLE

*Traducción del inglés a cargo de
Miguel Ros González*



IMPEDIMENTA

Título original: *A Day in the Life of a Smiling Woman*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2017

© 2011 by Margaret Drabble

Copyright de la traducción © Miguel Ros González, 2017 Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017 Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera y Sonia Antón

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-79-6

Depósito Legal: M-7163-2017

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5-37002, Salamanca

Impreso en España

A Pat Kavanagh

LA TORRE DE HASÁN

— Si estuviese segura de que son gratis —dijo ella—, me los comería.

— Tienen que serlo —dijo él—, a juzgar por el precio de la bebida.

— Pero supongamos, y solo es una suposición —repuso ella—, que fueran tan sumamente caros como la bebida. Si te cobran doce chelines por un *gin-tonic*, no quiero ni pensar lo que tendrías que pagar por algo así.

Él guardó silencio, pues había llegado exactamente a la misma conclusión, aunque se mostrara reacio a admitirlo, reacio a revelarle hasta qué punto llegaba su miedo crematístico. Además, le había molestado que ella lo verbalizase, ya que, para la joven, esas reflexiones suponían meras sutilezas coyunturales, mientras que para él eran el pan de cada día. El joven miró con ojos tristes los pequeños cuadraditos de pan tostado, decorados, para su desgracia, con apetitosas sardinas, gambas y olivas, y se preguntó a cuánto se cotizarían en ese sistema financiero fantástico, y a la vez increíble, en el que acababa de entrar. ¿Cuál, se preguntó, sería el precio máximo que podría alcanzar cada uno de esos cuadraditos? ¿Cinco chelines? Absurdo, absurdo pero no imposible, eso seguro. ¿Siete chelines con seis peniques? Bueno, siete con seis sí que era del todo imposible. Parecía inimaginable, incluso en un hotel de cinco estrellas marroquí, que unos simples panecillos pudiesen llegar a costar siete chelines con seis peniques. Así pues, si la joven se los comía todos (y estaba claro que iba a comérselos, pues su apetito se había vuelto insaciable), la broma ascendería a más de tres libras. Pero ¿qué suponían tres libras, a fin de cuentas, entre amigos? ¿O entre recién casados, mejor dicho? Se diría que nada. Para su creciente sorpresa, incluso a él le pareció que no significaban nada de nada. Aunque, por supuesto, era una cantidad excesiva, y mucho, para unos cuadraditos. Claro que también era posible, incluso probable, que fueran gratis, que los hubieran puesto ahí y estuvieran, como

quien dice, incluidos en el precio desorbitado de los *gin-tonics*. Si ese fuera el caso, sería una pena dejarlos. Pero si no lo eran y ella se los comía y luego se dirigían al ascensor para subir a su habitación creyendo que no había que pagarlos, ¿qué pasaría? ¿Saldría aquel camarero ataviado con un ridículo fez de detrás de la barra con un gesto ágil y se pondría a perseguirles? ¿Incluirían quizá, con suma discreción, el coste en los extras de la factura del hotel, ya de por sí bastante caro? La verdad era que la falta de experiencia lo tenía atrapado entre dos tipos de tacañería: le cabrearía dejarlos si eran gratis, lo mismo que le cabrearía comérselos si costaban más de la cuenta. Para colmo, el suntuoso y, a la vez, injustificado titubeo de la joven le irritaba aún más: ¿para qué se había casado con ella, sino para que decidiese esas cosas?

Finalmente, estiró la mano y cogió uno, y luego empujó el platito hacia ella. La joven se comió otro con una actitud independiente, casi ausente, contribuyendo todavía más a su creciente irritación. No mostró ni un ápice de gratitud por su decisiva acción, y dio buena cuenta del panecillo con una expresión fría, como si hubiera olvidado la nimia crisis por la que estaban pasando desde hacía un buen rato. Y, en efecto, eso era lo que había ocurrido, como pudo comprobar en cuanto la joven habló.

—Me encantaría —dijo con esa voz estridente, pero discreta, y ese acento tan marcado tan típicos suyo— que no te pusieras tan nervioso cuando la gente intenta venderte algo. Me refiero, por ejemplo, al hombre del zoco de esta tarde. No hacía falta ponerse así de histérico, ¿no?

—¿Cómo que histérico?

—Bueno, no tenías ninguna necesidad de gritarle, ¿no crees?

—Y no le he gritado. Apenas si he levantado la voz... Además, si no gritas, esa gente no deja de incordiarte jamás.

—Pues no les hagas ni caso.

—¿Cómo no voy a hacerles caso si se me cuelgan de las mangas del abrigo?

—Pues, entonces —dijo ella, cambiando de táctica—, ¿por qué no te lo tomas a risa y ya está? Eso es lo que hacen los demás, reírse.

—¿Y cómo sabes tú que los demás se ríen?

—Porque lo he visto. Esa pareja francesa que nos cruzamos en Marrakech, por ejemplo, que iba rodeada de todos esos chiquillos que no dejaban de incordiarles, se iba riendo sin más.

—Pues yo no le encuentro la gracia —dijo él—. Preferiría que me dejaran

en paz y punto, para ver las cosas a mi aire.

—No lo hacen con mala intención. Solo prueban...

—Bueno, pues yo preferiría que no probasen conmigo.

—Lo que te gustaría a ti —dijo ella— sería que estuviésemos en un país sin gente. Solo con sitios que ver. Y hoteles.

—Eso es una auténtica tontería —respondió él—. A mí la gente me da absolutamente igual, lo que de verdad me gustaría es que dejaran de intentar venderme por todos los medios cosas que no quiero. Solo pretendo que me dejen en paz.

—Pues a mí me parecen todos bastante divertidos —dijo ella, levantando ligeramente la barbilla, con determinación.

Y él la odió por decirlo, porque sabía que aquella gente no le parecía en absoluto divertida. Antes bien, esos malabaristas y charlatanes extranjeros, esos encapuchados silenciosos vestidos con sus túnicas, le daban un miedo de muerte, y la única razón por la que no le gustaba que él les gritase era porque temía que eso desatara algún tipo de reacción violenta u ofensiva por su parte. Solo quería que él se riese para apaciguarlos. En realidad, se ponía tan nerviosa que, si la hubiese dejado allí sola, habría acabado comprándoles sus objetos horribles, sus camellos de peluche mal cosidos, sus gorritos de lana feos como ellos solos e incluso sus anillos con piedras falsas e irregulares. En cambio, si él los hubiese comprado, ella lo habría menospreciado, como habría hecho si el miedo o la ignorancia le hubieran llevado a dejar intactas las gambas y las olivas. Acusarlo de albergar sus propios miedos era muy propio de ella... Sin embargo, hubo sin duda un tiempo en el que, de algún modo, debieron compartir sus mutuos temores, y era un tiempo no muy lejano. Incluso durante su prolongado y agotador noviazgo hubo momentos de acuerdo, momentos en los que él podía burlarse de la familia de ella, y ella podía mofarse de la de él, con cierta clemencia. Sin embargo, en las últimas dos semanas, desde la boda, su antagonismo, tan básico y a la vez tan predecible, encontró el instante propicio para brotar y florecer, y su luna de miel no había sido sino una exacerbación deliberada del aciago crecimiento de sus mutuas antipatías. Él confiaba en que cuando salieran de Inglaterra dejarían atrás algunas de sus diferencias más evidentes, que deberían demostrarse del todo irrelevantes en un país extranjero; sin embargo, ambos comprobaron que, a pesar de haber cruzado las fronteras de su país, seguían encallados en un mundo de auténtico conflicto británico, donde las formas de

uno y de otra se exageraban de manera monstruosa. Era como si hubieran emprendido una suerte de gira para que todo Marruecos tuviese el placer de contemplar a una auténtica y genuina pareja británica. Ciertas cosas de ella que él había sido capaz de tolerar en casa, contemplándolas como un mero producto de su experiencia pasada, le parecían ahora inherentes a su mujer. Pero, de igual manera, sentía que sus propios defectos se habían magnificado hasta extremos insospechados y, bajo las presiones extranjeras, su comportamiento le había convertido en una farsa de sí mismo. De repente, entendió el sentido que tenía aquello de dejar el sexo para la luna de miel, pues al menos esos asuntos le habrían distraído y le habrían evitado otros presagios más lúgubres. Ir a Marruecos había sido un error, pero ¿dónde iban a ir si no, estando en aquella situación, con tanto dinero y en un mes tan frío?

Era el dinero, sin duda, lo que había creado los mayores problemas, y era Marruecos lo que arrojaba una sombra tan repugnante sobre ese dinero. Sabía de sobra que, de no estar ganando, como se repetía a sí mismo día tras día, un sueldo sorprendentemente alto, jamás habría osado casarse con una chica de una familia tan adinerada, sobre todo por aquello del qué dirán. Así que entre los dos, ella merced a una pequeña herencia y él con el dinero que había ganado con el sudor de su frente escribiendo artículos inútiles para un periódico, acumulaban una pequeña fortuna. Sin embargo, el tema de sus finanzas era una fuente infinita de amargura. Ambos sentían culpa, pero la de ella era heredada, y adquirida la de él: cuando él la atacaba por esa causa, no dejaba de darse cuenta de que mucho más culpable era él, pues al menos había podido elegir. Decir que cuando aceptó el empleo no buscaba el dinero, sino ese trabajo en sí, no era ninguna justificación, pues sin duda había ramas del periodismo menos lucrativas que esa en la que, por respetable e inocente que fuese su trayectoria, acabó recalando. Seguro que lo habría querido, igualito que la habría querido a ella, aunque, como en el caso del dinero, tuviera muchísimas connotaciones que despreciaba. Pero, al menos en Inglaterra, el dinero parecía necesario y también retorcidamente deseable: todos los amigos de ella disponían de posibles; todos sus amigos, inteligentes, empezaban también a ganar buenos sueldos, y a veces incluso se sorprendía preguntándose cómo podía ser que sus padres hubiesen fracasado tan estrepitosamente sin conseguirlo. Sin embargo, en Marruecos la cosa era muy distinta. Para empezar, cada penique que gastaban era del todo innecesario (aunque confiaba en poder recuperar una pequeña parte de los impuestos escribiendo un artículo

sensato), sobre todo porque nadie los veía gastarlos, y porque las condiciones en las que se producía ese dispendio le resultaban hartamente nauseabundas. Él jamás se habría esperado encontrarse con toda esa pobreza y escualidez, y la brecha entre ricos y pobres, entre hotel y medina, le hacía devanarse los sesos continuamente, en un esfuerzo por comprender. En sus años de estudiante, hacía ya un tiempo, cuando viajaba de otra forma, había llegado muy cerca de aquí, a Tánger. Por entonces, con solo unas cuantas libras en el bolsillo, sufría a causa de unos dolores de estómago espantosos, del hambre, de la suciedad y de unas ampollas sumamente dolorosas. Se sentaba en cafés mugrientos junto a expatriados de mala fama, contemplando fijamente el glamur de los turistas más elegantes, anhelando sus camas y sus comidas, y sin embargo convencido de que era feliz, y de que ellos no eran capaces de ver, como él había visto, la ciudad blanca surgir del mar al alba, en la distancia inodora, aún más bella si cabe merced a la noche estrecha y hedionda. En aquella época se le había permitido ver; y, dado que ahora era incapaz de hacerlo, ¿no era lógico deducir que era el dinero lo que había arruinado su visión?

La verdad era que quizá en aquel entonces le resultaba más fácil fingir que él también era pobre, como esos árabes, y eso le llevó a descubrir que también se podía vivir así. No ponía muecas al mirar sus casas, y nadie creyó que mereciese la pena incordiarlo con camellos de peluche ni rubíes falsos. Pero ahora, en su dolorosa luna de miel, cada vez que ponía un pie fuera del hotel, algún chiquillo apostado junto a la puerta pegaba un brinco y empezaba a hablarle sin parar, a parlotear sobre sus zapatos, que si podía limpiar los zapatos del señor, que si por favor podía limpiar los zapatos del señor, que sabía hablar inglés, que se sabía las canciones de Los Beatles, mire... Ese chiquillo siempre estaba ahí, esperando, y en cuanto Kenneth osaba atravesar las grandes puertas giratorias —incluso le giraban las puertas, ni siquiera le concedían el placer de salir empujándolas él mismo—, aquella criatura miserable, con su sonrisilla y su cara de mono, se abalanzaba sobre él. El chiquillo en cuestión era hartamente servil, y al mismo tiempo cada vez se comportaba de un modo más desvergonzado: cuando Kenneth rehusó por décima vez que le limpiase los zapatos, se atrevió incluso a señalar que les hacía falta una buena limpieza, que eran una deshonra para cualquier turista de hotel que se preciase. Y Kenneth, mirándose los pies, no tuvo más remedio que admitir que, efectivamente, sus zapatos estaban sucios, como de costumbre, pues no le gustaba nada limpiarlos: no le gustaba el olor del betún y tampoco

le gustaba mancharse las manos. Y, sin embargo, no podía permitir que aquel niño burlón, de odiosos ojos taimados, se los limpiase, pues no era propio de él quedarse ahí mientras otro par de manos se manchaban en lugar de las suyas por dinero. Así las cosas, cada vez que entraba o salía del hotel, el niño que se apostaba en la puerta canturreaba alguna cancioncilla en francés sobre el inglés tacaño con los zapatos perdidos de barro, y Chloe, fría, se ponía rigidísima a su lado.

Ahí estaba ahora, bebiéndose su *gin- tonic* y comiéndose distraídamente los caros cuadraditos... La expresión de su cara, un tanto inexpresiva y adusta de por sí, mostraba una insulsa tranquilidad, pero el cansancio propio del turista hacía que la burda palidez de su piel se filtrase a través del maquillaje. No dejaba de sorprenderle constatar lo sencilla, lo anodina que era, pues cuando la vio por primera vez le pareció una mujer muy hermosa, exótica y, obviamente, digna de admirar. Ahora que la conocía mejor, podía darse cuenta de que lo único que le proporcionaba cierta elegancia febril era la vivacidad. Su elegancia era auténtica, pero rara vez se dejaba ver. Cuando estaba tranquila, era más bien poca cosa, y su cara, que otrora le deslumbrase y lo asustara, ahora solo lo conmovía. Un día, meses atrás, al principio de su noviazgo, en un momento de confianza ella le enseñó una foto de sus tiempos de colegiala. Al contemplar su cara impasible, anodina y rechoncha mirando con tristeza a la cámara entre el resto de sus compañeras, de rasgos más discretos y aceptables, el desasosiego se apoderó de él, pues por primera vez experimentó un sentimiento de compasión hacia ella, y si había algo que él odiara eran los arrebatos de compasión. Pero ya era demasiado tarde, y desde aquel instante no pudo rechazar la tentación de la pena, como antes no había podido rechazar la de una envidiosa admiración. A medida que sus primeras y nítidas impresiones sobre ella se fueron fundiendo en una maraña borrosa de complicaciones, el joven empezó a ampararse en lo que los demás decían de ella, como si las opiniones del resto sobre su valía fuesen más justas, pues le resultaba imposible aceptar que se hubiese casado con una mujer así por puro sentido de la obligación. A los otros les parecía hermosa, así que debía serlo, y debía de ser única y exclusivamente culpa suya que ya no la viese así.

Cuando la joven se acabó el *gin- tonic*, y todos los cuadraditos menos uno (él ni siquiera podía llamarlos canapés para sus adentros, pues la palabra ofendía sobremanera su sentido del estilo; y sin embargo, no tenía una palabra para designar algo así, porque en su vida anterior esas cosas no existían, así

que ¿de qué otro modo iba a llamarlos?), se recostó en su sillón y su pañuelo cayó al suelo sin que se diera cuenta. Un joven uniformado que pasaba por allí se lo devolvió. Parecía cansada, la ginebra se le había subido a la cabeza; se achispaba con facilidad. A él no le sorprendió que dijese: «Vamos a quedarnos en el hotel esta noche, que no tengo fuerzas para volver a salir. Cenemos en el restaurante panorámico, ¿vale?».

A él le pareció bien, por supuesto. Le aliviaba saber que no tendría que volver a pasar junto al limpiabotas sonriente. Así que subieron a su habitación para cambiarse, y luego se dirigieron al gran restaurante acristalado del ático, desde el que contemplaron la ciudad mientras cenaban en silencio, y ella se quejó de su filete, y él se enfadó cuando el *maître* llegó y le arrebató su naranja, alegando que él se la prepararía, como si un hombre no pudiera pelarse su propia naranja (aunque, en efecto, no le gustaba pelar naranjas, le gustaba casi tan poco como limpiarse los zapatos: no le gustaba que se le metiese el jugo en las uñas ni le gustaba la piel blanca que su pereza le obligaba a comerse). Entonces ella se enfadó con él por enfadarse con el *maître*, y abandonaron el restaurante en silencio, y en silencio se fueron a la cama, importunados únicamente por el zumbido incontrolable del aire acondicionado, que ninguno de los dos supo apagar. En Marrakech, las naranjas colgaban de los árboles junto a la carretera, y de cuando en cuando caían con un ruido sordo a sus pies. Las murallas y los edificios también eran naranjas, y se recortaban con gran belleza, aunque él no la percibía, contra los montes Atlas —territorio de leones— nevados en la distancia. Y allí, en Marrakech, discutieron con vehemencia, porque no eran capaces de encontrar el palacio de la Bahía, y porque él se negó a contratar a un guía, pues no se fiaba de ninguno, y porque a los dos les asustaron los chiquillos acosadores.

Por la mañana fueron a Rabat. No tenían demasiado interés en ir a Rabat, pero a algún sitio había que ir, y les habían dicho que merecía la pena ver la capital. Una vez allí, no sabían qué monumentos visitar, así que fueron al aburrido palacio de estilo moderno, y se preguntaron cómo había tantos turistas locales, hasta que compraron un periódico y se enteraron, como buenamente pudieron, de que ese día se celebraba una fiesta nacional. Se sentaron en un café de estilo francés, ojearon el periódico y se dedicaron a decidir dónde almorzar. Él volvió a decirse que el dinero, en lugar de ampliar sus miras, los confinaba de tal manera que lograba que elegir no tuviera sentido. Al parecer, había un restaurante lo bastante caro para ellos con el

mismo nombre que un sitio llamado «torre de Hasán», así que al final fueron allí, y la estúpida idea del falso encanto de comer aquel cuscús horrible, que sabía fatal se cocinara como se cocinase, volvió a adueñarse de él. Después de comer, como no sabían qué hacer, ella dijo:

—Bueno, pues vayamos a ver la torre de Hasán.

—¿De verdad quieres ir a ver la torre de Hasán? —preguntó él con tono irritado—. Si ya sabes lo que te vas a encontrar: un montón incomprensible de ladrillos desmoronándose, abarrotado de guías, vendedores de postales y carteristas. Y encima un día de fiesta... Seguro que es aún más horroroso que de costumbre.

—Quizá sea bonita —repuso ella—, nunca se sabe, quizá sea bonita...

Él se daba cuenta de que ella compartía su opinión, y que de hecho también le estremecía la simple idea.

—No va a ser bonita —dijo él— y, en cualquier caso, no la vamos a encontrar ni de casualidad.

—Tiene que venir en el mapa —dijo ella sacando de su bolso el pequeño plano que le habían dado en el hotel. Estaba tan mal dibujado que resultaba imposible orientarse con él. No había ni una calle que tuviese su nombre bien puesto.

Para colmo, la dichosa torre no aparecía en el mapa.

—¡Dios santo! —continuó la joven—. Aun así, estoy segura de que si damos una vuelta con el coche, la veremos. Digo yo que será importante... Si no, no le habrían puesto su nombre a un restaurante.

—Eso mismo dijiste del palacio de la Bahía —dijo él.

—Pero esto es distinto —respondió ella—. Al fin y al cabo, es una torre. Tiene..., en fin, tiene que destacar, como quien dice. Se verá por encima del resto de los edificios...

—Entonces ¿qué pretendes que haga? —preguntó—. ¿Que me monte en el coche y empiece a dar vueltas hasta que vea algo que pueda ser tu torre de Hasán? ¿Eh?

Eso resultó ser exactamente lo que la joven quería, de suerte que, dejando en suspenso su recelo, como solía hacer cuando se disponía a zambullirse en el tráfico de la hora punta de Londres, el joven se subió al coche y juntos empezaron a deambular en busca de la torre. Como no había acabado de comprender el principio de que, fuera de su país, quienes giraban a la derecha tenían preferencia, conducir era para él una actividad algo arriesgada. De

modo que, tras tener que enfrentarse a varios cruces, su opinión sobre el carácter de los marroquíes no hizo sino empeorar. Sin embargo, y para su sorpresa, todo sea dicho, no tardaron en localizar algo que solo podía ser aquella torre que le había cedido el nombre a su restaurante, así que aparcaron y se bajaron del coche para echar un vistazo. La torre era, como él había predicho, una construcción incomprensible: un edificio rectangular de ladrillo rojo, decorado siguiendo un diseño que ninguno de los dos era capaz de entender. Además, su absoluta falta de belleza les dejó completamente desconcertados.

—Bueno —dijo ella, después de pasar un rato observándola en silencio desde la seguridad de la carretera—, supongo que será muy antigua.

—Parece antigua —admitió él.

—Las vistas desde la parte alta deben ser impresionantes —aventuró a decir ella—. Mira, hay gente arriba.

Y, en efecto, había gente arriba.

—Podríamos subir —fue lo siguiente que dijo ella.

—¿Qué? —exclamó él con una violencia inusitada—. ¿Qué? ¿Subir a lo alto de eso? Me apuesto lo que quieras a que no tiene ni siquiera ascensor. No seré yo quien suba hasta ahí arriba para que me roben la cartera o algo similar. Y seguro que entrar ya nos cuesta un ojo de la cara.

En lugar de responder, ella empezó a caminar lentamente hacia la explanada de césped cubierto de maleza que rodeaba la torre. Él la siguió, observando, mal que le pesara, sus movimientos con cierto placer. Llevaba una falda de lana azul marino y un jersey a juego que, bajo aquella luz clara, daban una sensación de calor áspero e intenso que, curiosamente, pegaba con su piel. Entonces ella se detuvo y, sin girarse hacia él, dijo:

—Me gustaría subir.

—¿Qué tontería! —respondió él, aunque luego la siguió hasta los pies de la torre. Sabía que ella estaba decidida, y aquel país le daba demasiado miedo para dejarla ir sola. Además, en el fondo le daba vergüenza que ella, a pesar de estar asustada, tuviese agallas para continuar. Le irritaba saber que, aunque el temor era lo único que en realidad la espoleaba, sus acciones contradirían sus sentimientos: subiría a la torre, temblando como un flan por miedo a que la violasen, mientras que él, que solo temía por su cartera y su orgullo, probablemente al final no se atrevería.

Efectivamente, no había ascensor, pero tampoco vigilante ni ninguna

taquilla junto a la puerta: la entrada era gratis. Ella fue la primera en dejar atrás la luz del sol y adentrarse en la penumbra del portal, de donde partía una rampa ancha, que ascendía por tramos en ángulo recto, sin peldaño alguno.

—¡Vamos! —dijo ella.

—Va a ser una paliza, y probablemente huela mal.

—Me da igual el olor. Si me esperas aquí, subo yo sola. Quiero ver qué hay arriba.

—No habrá nada —dijo él, pero aun así la siguió, del todo incapaz de dejarla sola. Tenía que reconocer que, además, una vez llegados ahí, le encontraba algo irresistible a la idea de subir.

Así pues, con una humillante sensación de riesgo, empezó la ascensión. Habían doblado ya varios recodos, y se encontraban a bastantes metros del suelo, cuando él cayó en la cuenta, nervioso, de que entre quienes subían y bajaban no se habían topado con ningún turista: todos eran árabes, no había ninguna guía de viaje a la vista. Era peor de lo que había supuesto. Aferró el pasaporte y el fajo de cheques de viaje que llevaba en su bolsillo y se preguntó si debía advertir a Chloe de la situación, pero ella, que no parecía aquejada de la dificultad para respirar que empezaba a adueñarse de él, seguía subiendo a un ritmo constante y sosegado, caminando uno o dos metros por delante. De modo que, como no quería destacar pegando un grito en un idioma extranjero, se vio obligado a seguirla. Hasta ese momento, todo sea dicho, ningún árabe parecía prestarle demasiada atención, ni siquiera le habían ofrecido un paquete de postales, de modo que se relajó un poco, hasta donde le permitieron los rigores de la ascensión, y se concentró en observar los destellos de unas vistas cada vez más amplias que se colaban por las aspilleras de cada lateral de la torre. Se preguntó si, después de todo, al final, disfrutaría de una buena panorámica cuando llegaran arriba. Realmente había mucha gente subiendo y bajando, por algo tenía que ser. Todos exhibían ese buen humor propio de las vacaciones. Hasta llegó a alegrarse de que no hubiera ascensor; ninguna forma de subir propia de un hombre rico, ninguna reminiscencia a la vida europea. Pero, de repente, escuchó, procedente de la zona superior, una tremenda algarabía, que le provocó un miedo tal que su alegría desapareció por completo. Presa de la inquietud, buscó a Chloe, pero como ella ya había doblado el siguiente recodo, no la vio y echó a correr tras ella por la inclinadísima rampa. No tardó en cruzarse con el origen de los gritos, que bajaba de la torre sin hacer daño a nadie y que resultó ser un grupo

de chiquillos, que habían subido hasta arriba solo para volver a bajar, entre risas y jadeos. Bajaban a la carrera, chocándose con la gente, perdiendo el equilibrio, cayéndose, dando volteretas, volviéndose a levantar, ante la mirada indulgente y entretenida de los adultos que subían. Los hombres negaban con la cabeza y sonreían; las mujeres se reían tras sus velos. La falta de parques, ferias y zonas de recreo había hecho de la torre de Hasán un territorio para el juego y, en realidad, el uso que le daban los niños era visto con buenos ojos por el resto de la gente.

Cuando llegó arriba, le sorprendió el resplandor súbito del sol, que, al principio, le impidió distinguir a Chloe. Su mujer se había colocado en una esquina del gran cuadrado, para contemplar el estuario y el mar: las vistas eran, tal y como ella había previsto, arrebatadoras. Se quedaron mirando en silencio, y él pensó que eran verdaderamente hermosas, pero también un tanto deprimentes, con ese aire de inutilidad propio de todos los paisajes hermosos. Y, sin embargo, ahí estaba Chloe, presa de una enorme conmoción, contemplando el panorama con una pasión desmesurada, como si eso de verdad importase, como si significara algo; mirando como él había mirado Tánger un día a primera hora de la mañana diez años atrás. Tras unos segundos, no pudo soportar verla sumida en un éxtasis tal y, con las rodillas aún temblorosas por la subida, el aliento entrecortado y el ánimo por los suelos, a causa de un presagio lúgubre e invisible sobre la edad adulta, fue a sentarse en uno de los parapetos de piedra. Mientras permanecía allí sentado, al principio sin ver nada, sus ojos fueron enfocando poco a poco al resto de personas que se encontraban en lo alto de la torre y que también constituían, a su manera, una vista increíble. La azotea estaba repleta de gente: niños pequeños gateando de un lado a otro; madres amamantando a sus bebés; chicos cogiendo de la mano a chicas, o a otros chicos; chiquillos sentados en el mismísimo borde de la torre, con los pies colgando en el vacío; y ancianas que necesitarían un día para recuperarse de la escalada pero que ahora descansaban tumbadas al sol, delante de todo el mundo, como abuelas en una playa de Inglaterra. Y una playa de Inglaterra era a lo que más recordaba esa escena. El joven descubrió en aquel preciso lugar los mismos grupos y actitudes con los que se había encontrado años atrás, de niño, en Mablethorpe. Y mientras lo observaba todo, creció en su interior una sensación de extraordinaria familiaridad que, en cierto modo, se convirtió en una especie de iluminación, pues todas aquellas personas extranjeras aparecían ante sus ojos

intensamente iluminadas, con un resplandor visionario cargado de significado, deslumbrantes y arrebatadoras a su manera, como otrora lo fuese Tánger para él. De repente, vio a esas personas como lo que eran: tan solo personas, nada más. Su ropa estaba rellena de cuerpos, sus caras adoptaban expresiones, sus relaciones se volvían de una claridad meridiana, como si los detalles de su naturaleza desconocida se hubieran desvanecido, como si los términos de la humanidad común (que hasta ahora siempre había reconocido por principio, pero nunca percibido en su interior) se materializasen en ese instante ante su mirada. Era como si durante unos segundos hubiese sido capaz de ver a través de esa borrosa nube de miedo que convence a la gente de que los extranjeros son todos iguales y se hubiese concentrado en los auténticos rasgos y diferencias de los individuos por separado. Ahí estaban todos ellos, vivos e independientes como los transeúntes de una calle londinense, hermanos y hermanas, primas, la tía soltera con los dos sobrinitos, la chica fácil con medias debajo de la falda larga y un velo de encaje color verde pálido, la mujer rechoncha después de sus muchas operaciones, el estudiante con su Dostoievski en árabe. Incluso su ropa, hasta ese momento extraña e indistinguible para él, los diferenciaba. Y, ante aquella imagen, una abrumadora sensación de alivio se apoderó por completo de él, pues había tenido miedo, se había pasado años temiendo haber llegado al final de lo novedoso y lo interesante de la vida. Ahora estaba ahí sentado, mirando cómo existía toda esa gente, y disfrutando de su existencia. De repente, descubrió que uno de los jóvenes a los que miraba era ni más ni menos el limpiabotas del hotel. Miró al limpiabotas, y el limpiabotas lo miró a él, y sus miradas cruzaron una señal de comprensión, que no de reconocimiento. Ninguno de los dos sonrió, ninguno se movió, pues allí arriba no había manera de expresar lo que ambos compartían. El limpiabotas estaba con una mujer bajita, que era su madre, y que tenía agarrado de la mano a su hermano pequeño, que llevaba la camisa roja y resplandeciente de las ocasiones especiales y tendría unos cuatro años. Eso también lo vio.

(1966)

UN VIAJE A CITERA

*Oh tú, amada perdida de antemano,
nunca venida, yo no sé
qué músicas te gustan. Ya no intento
reconocerte cuando lo venidero ondula.
Las imágenes todas, los paisajes remotos,
ciudades, torres, puentes, y los giros
inesperados que hay en los caminos,
lo poderoso de países
antaño entrecruzados con los dioses:
todo asciende a un sentido, en mi interior,
en ti, tan inasible.
Ay, eres los jardines...*

RAINER MARIA RILKE

Hay cierta gente que es incapaz de montarse en un tren sin imaginar que está a punto de emprender un viaje cargado de significado hacia lo desconocido, como si la misma noción de movimiento estuviese ligada indisolublemente a la noción de descubrimiento, como si cada traslado del cuerpo fuese también un traslado del alma. Helen era una de esas personas, y en su caso las excusas duraban tan poco que no podía dejar de sorprenderse con la continua intensidad de sus expectativas. Se emocionaba ante cualquier trayecto de más de cincuenta kilómetros, y la idea de viajar al continente era suficiente para sumirla en un estado de expectación febril. Era una completa adicta a estaciones de trenes, terminales de aeropuertos, autopistas, puertos, panfletos de viaje y cualquier punto o símbolo de salida, y la mera mención de ciertos nombres hacía que se pusiera a temblar. Una simple frase de una

novela podía consumirla de deseo, y en cierta ocasión, estando en la Gare de l'Est de París, cuando vio un tren con un cartel que decía «Budapest», notó cómo se le ponían la carne de gallina y los pelos como escarpas. En sus sueños más eróticos no aparecían hombres, sino lugares. Soñaba con plazas y fuentes de mármol, con montañas y terrazas repletas de estatuas barrocas, con grandes edificios abandonados en medio de campos verdes, y se despertaba empapada en el sudor de una pasión que se desvanecía. Había un ángulo concreto en las carreteras que la conmovía especialmente: un ángulo ascendente, con una curva abierta preñada del infinito del cielo azul. Siempre había creído que el mar podía esconderse detrás de ese vacío ascendente, y a veces se trataba en efecto del mar, pero a menudo lo que allí se ocultaba era solo el mercado de Caledonia o una hilera de casas de Hampstead. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que le deparaba aquella curva, era, en cierto modo, irrelevante, pues lo que a ella de verdad le hacía disfrutar era ese momento tenso previo a la revelación.

Una vez compartió esa obsesión suya con un anciano que había viajado mucho, y que le explicó que seguro que se sentía así porque siempre que iba a un sitio nuevo esperaba enamorarse allí. A él le había ocurrido lo mismo en su día, dijo. Antes de emprender un viaje siempre estaba inquieto, impaciente, y ella supo que le decía la verdad, porque ilustró su explicación con experiencias de su propia vida. «De joven —le contó—, pensaba que habría una mujer esperándome en cada compartimento de tren, en cada avión, en cada hotel. ¿Cómo se puede evitar pensar eso? Si uno cree que existe la posibilidad de que su avión se estrelle, y que va a morir, imagina que morirá en los brazos de la mujer que ocupa el asiento de al lado, ¿verdad?»

Y, en cierto sentido, Helen pensaba que tenía razón, pero la verdad es que ella jamás se habría enamorado en uno de aquellos lugares de paso, porque era incapaz de hablar con desconocidos. Aunque eso no significaba nada de por sí, pues suponía que quizá, algún día, encontraría fuerzas para hacerlo. Puede que hasta fuese ese preciso momento de comunicación repentina lo que buscaba con tanta insistencia. De cuando en cuando, alguien se dirigía a ella, pero siempre gente inadecuada: siempre las mujeres maternas y los hombres paternos y los jóvenes anodinos que no sabían contenerse. Los individuos de su especie jamás le habían dirigido la palabra, ni ella a ellos. Una vez, por ejemplo, en un viaje nocturno desde Milán, compartió el compartimento con una joven que iba leyendo el mismo libro que ella; un libro sobre el que ambas

habrían estado encantadas de hablar, pero acerca del cual no intercambiaron ni una palabra. En otra ocasión, en un trayecto desde Edimburgo, se sentó frente a una mujer que empezó a llorar en el mismo instante en que el abarrotado tren abandonó la estación. Se pasó horas llorando en silencio, y los lagrimones le resbalaban por las mejillas blancas para caer sobre el cuello de su suéter verde esmeralda. Cuando llegaron a York, Helen le ofreció un cigarrillo, pero ella lo rechazó y dejó de llorar de inmediato. Otra vez, un hombre la besó en el pasillo cuando estaban entrando en Oxford. Era un hombre apuesto, y le gustó, pero resultó que iba borracho y ella apartó la cara y se subió el cuello del abrigo.

Y a pesar de todas aquellas oportunidades desperdiciadas, ella seguía esperando. «La verdad —se dijo mientras subía al tren de Londres en la estación de Reading, a última hora de una fría tarde— es que este viaje no parece para nada prometedor; he ahí una prueba más de mi locura. Hace frío, el tren lleva media hora de retraso y para colmo estoy muerta de hambre... Me encuentro en una de esas situaciones sobre las que oigo a mis amigos quejarse de manera harto insistente y tediosa. Y, sin embargo, yo estoy deseando sumirme en ella. Me sentaré envuelta en la oscuridad y el frío, contemplando únicamente el reflejo de mi cara en el cristal helado, y ya no me importará nada. En cuanto el tren empiece a moverse, me recostaré y lo sentiré moverse conmigo, y notaré que me muevo, aunque sé de sobra que lo único que estoy haciendo es volver a un piso vacío. La lluvia y el vapor empañarán el cristal de esta ventana junto a mi cara, y yo miraré a través de ella, y ya está. Si estos kilómetros sosos me evocan esos otros paisajes, esos precipicios nevados, esas llanuras bañadas por el sol, esos campos de maíz, esos desayunos bamboleantes bajo la luz pálida de la efímera Suiza o la mirada de los ángeles que velan por Marsella, es que soy un caso perdido. Soy una niña, me gusta mecarme y soñar, como si estuviese en una cuna.»

Y, a la espera del silbato y del sonido metálico de la maquinaria, cerró los ojos. Así que no pudo ver al hombre entrar en el compartimento, y nunca llegaría a saber con certeza si él la había visto, si en realidad entró porque quería compartir espacio con ella. Lo único que sabía era que, cuando abrió los ojos, consciente de la intrusión, consciente de la corriente de aire que se había colado por la puerta, él ya estaba ahí, dejando su abrigo en el portaequipajes, colocando sus libros y sus papeles en el asiento de al lado, instalándose en el compartimento vacío, en sus antípodas: pegado al pasillo,

en diagonal, en un lugar donde no podía verlo. Ella se levantó el cuello de pelo en un gesto defensivo, cubriéndose la cara. Después juntó las piernas con recato y abrió el libro que tenía en el regazo, protegiéndose de toda amenaza de contacto humano, rechazando con frialdad cualquier muestra de reconocimiento de su presencia, sin dejar en ningún momento, eso sí, de mirarlo discretamente con los ojos entrecerrados. Porque la verdad era que, desde los diecisiete años, hacía ya tanto tiempo que ni siquiera le importaba, no se había sentado tan cerca de un hombre así en un tren. Cuando tenía diecisiete años, compartió el compartimento del tren nocturno a Brighton con un actor que se pasó todo el viaje charlando con ella, y que la divirtió imitando a Laurence Olivier y a otros famosos que no reconoció, y que cuando se separaron en la estación le dio un beso en esa mejilla suave, femenina e impresionable, murmurando «Bendita seas, bendita seas», como si tuviera la potestad de bendecir. Ella siguió luego la mediocre carrera de aquel hombre: se encontró con su nombre en la revista de la BBC, lo vio una vez por televisión y lo descubrió en pequeños papeles en la gran pantalla. Se sentía discretamente celosa. Le divertía esa sensación de intimidad con alguien que debía de haberse olvidado de ella hace muchísimo tiempo y que difícilmente la habría reconocido ahora. A veces se preguntaba, distraída, si su obsesión por los viajes se remontaría a esa experiencia, pero, por una mera cuestión cronológica, por una mera cuestión cronológica, comprendía que era imposible pues su emoción precedía con mucho a aquel episodio... Había sido así desde niña, cuando se estremecía y temblaba al ver los enormes pistones, cuando aguzaba el oído, presa de un agradable miedo, para escuchar los ruidos del tren litoral cuya llegada era inminente.

Aquel hombre, aquella noche, no parecía estar tratando de divertirla con su imitación de Laurence Olivier. Más bien parecía preocupado. De hecho, cuanto más lo miraba, más se convencía de que su preocupación rayaba lo grotesco. Estaba agitado, no era capaz de quedarse quieto: cogía un libro de su pila, luego otro, luego hojeaba el *New Statesman*, y no dejaba de echar continuos vistazos al pasillo y al andén oscuro. Al principio pensó que quizá estuviera esperando a alguien, que confiaba en que ese alguien le acompañara, pero al final llegó a la conclusión de que no era el caso, pues no percibió que su inquietud aumentase a medida que pasaba el tiempo ni él se sobresaltó de repente cuando el altavoz se disculpó por el retraso y dijo que el tren partiría en dos minutos. Su nerviosismo tampoco parecía enfocarse ni a la puerta ni al

andén, como de hecho habría sucedido en el caso de que hubiese estado esperando a alguien. Recordó que, en una ocasión en la que ella misma se sentó de espaldas a la ventana por la que sabía que atisbaría el primer cartel de la estación a la que estaba deseando llegar, acabó sufriendo una horrible tortícolis. Pero el nerviosismo de aquel hombre, en cambio, era difuso, no se dirigía a ningún punto; se concentraba en nada y en todo, como quien dice. Ella no podía apartar los ojos de él, y no solo por aquel estado de tensión que transmitía, que en otra persona le habría resultado meramente absurdo. En efecto, era la elegancia extrema de sus gestos y las hermosas posturas que cada batalla contra la inmovilidad le hacían adoptar lo que le impedía retirar la vista. En cualquier otra circunstancia, la vergüenza le habría impedido mirarle tan fijamente. Aquel hombre se llevaba una mano grande de dedos largos manchados de nicotina a las cejas de una manera que a ella le causaba un placer intenso; la mano le tapaba los ojos, proporcionándole sin duda la ilusión de estar oculto, pero ella era capaz de distinguir por debajo el movimiento inquieto de sus labios trémulos, con una expresión que no lograba captar: un murmullo, una sonrisa, quizá un suspiro. Y, cada vez que repetía ese gesto, inclinaba la cabeza un poco hacia atrás, y luego adelante de golpe, y el pelo largo le caía cubriéndole suavemente los dedos. Lo que más la conmovió fue su color de pelo. Un color que siempre le había gustado, pero que nunca había visto adornar unas facciones tan angustiadas, demacradas y maduras, pues era un tono dorado y oscuro, el color de la salud y la inocencia. Rubio oscuro con mechas canas. Un pelo lacio, que caía con dulzura.

Cuando el tren empezó a moverse, el hombre volvió a acurrucarse en su rincón y cerró los ojos con actitud decidida, como si al final su propia inquietud hubiese empezado a irritarle y hubiera decidido quedarse quieto. Helen giró entonces la cabeza hacia la ventana, para contemplar las luces y las sombras de la ciudad menguante. Pero el cristal le devolvía el reflejo de la cara del hombre y, convencida de que este no sería capaz de aguantar con los ojos cerrados, se quedó mirándolo. Efectivamente, al cabo de unos minutos, ya estaba otra vez inclinado en su asiento, con los codos apoyados en las rodillas y los ojos clavados en el suelo. Y en ese momento Helen se dio cuenta de que a él se le había ocurrido una idea: vio con sus propios ojos cómo la concebía, cómo se metía la mano en el bolsillo y se sacaba una cajita de cerillas y un paquete de tabaco del que cogía un cigarrillo que encendió con esos gestos cautivadores de fumador habitual. Sin embargo, el hombre también parecía

presa de cierto asombro, porque la verdad era, y ella se percató clarísimamente, que, absorto como estaba en sus pensamientos, se le había olvidado incluso la posibilidad de recurrir a ese consuelo tan banal. Pudo adivinar su alivio mientras sacaba el cigarrillo, su gratitud por haberlo recordado. Fumar lo consoló, y ella, que había fumado en contadísimas ocasiones, sintió en su interior la naturaleza de aquel consuelo. Y es que, cuando el amor la atormentaba, también ella encontraba un bálsamo en la repetición de ciertas acciones pequeñas y necesarias: lavar tazas, vaciar papeleras, atarse las medias, recordar que era hora de comer. A Helen le resultaba evidente que era el amor lo que atormentaba a su compañero de compartimento. Conocía demasiado bien los dolorosos síntomas de esa enfermedad.

Y, en efecto, diez minutos después, cuando las cenizas de su cigarrillo ya estaban desperdigadas por el suelo y por sus pantalones, el hombre se levantó, se sacó un paquete de cartas del bolsillo del abrigo y empezó a leerlas. No podría haber expresado con mayor claridad cuál era su dolencia ni aunque se hubiese girado hacia ella para confesarle lo que le pasaba. Helen observó el reflejo de su cara mientras leía, avergonzándose, ahora sí, de mirarlo tan fijamente, aunque la consolaba saber que él no podía ser consciente de que lo observaba con tanto interés, de que era toda una experta en el lenguaje íntimo de su estado. La forma en que trataba esas cartas no le dejó lugar a dudas: aún estaba cautivado por los primeros cinco minutos del amor, ese intervalo breve, indefinido y trepidante que llega antes de la cotidianidad, el cariño, la desilusión, la podredumbre y el declive. El número de cartas que tenía en sus manos, así como el modo en que las trataba, corroboraban su intuición. Tenía cinco, solo cinco, y el papel era nuevo, aunque los pliegues estaban ya un tanto desgastados de tanto manoseo. Ese hombre le provocaba unas punzadas, tal vez de envidia, tal vez de arrepentimiento o incluso de deseo, que ella no sabía identificar. A su edad, con esos mechones canosos y esas arrugas profundas, sin duda debía de ser consciente de lo disparatado de su obsesión, de la tragedia inevitable e inminente que tenía por delante; a ella, ese enfrentamiento obstinado contra el dolor le parecía conmovedor hasta rayar lo insoportable. Ella, que soportaba a diario la dolorosa muerte de esa actitud, el destino gélido de esos viajes deliberadamente románticos, a duras penas era capaz de evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Y, en efecto, estas acabaron brotando, cálidas sobre la piel fría de sus párpados, haciendo que le

picase la nariz y que le escociesen los ojos. Brotadas de su interior, su calidez se enfriaba al contacto con el aire. Absurdo, dijo para sus adentros, absurdo: llorar era absurdo. La imagen de su compañero de viaje acabó volviéndose borrosa, convirtiéndose para ella en la imagen del propio tiempo: humana, adorable, deteriorada, profunda.

Tras leer y releer sus cartas, el hombre volvió a levantarse, se metió la mano en el bolsillo de su abrigo en busca de una pluma, arrancó una hoja en blanco de un bloc y empezó a escribir. Después de las tres primeras palabras, ralentizó el ritmo, titubeando, como si lo que estaba contando no fuera interesante, como si todo el interés radicase en la forma de expresarlo. Ella se preguntó qué escribiría, quién sería ese hombre, cómo sería su mujer, y también se preguntó, celosa, si merecería tanto cariño. Tardó un cuarto de hora en escribir la carta, y cuando acabó solo había ocupado media hoja. Ella se preguntó si llevaría un sobre encima, y enseguida descubriría que así era: un sobre comercial marrón. Él dobló la carta y la metió en aquel sobre, que luego cerró. Ella esperó a que escribiera la dirección, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse contemplando el pequeño rectángulo marrón, y, mientras lo miraba, ella fue consciente, no sabría explicar cómo, de que el hombre se había percatado de su presencia, de que por fin había reparado en ella. Más tarde se preguntaría cómo habría logrado percibir esa insinuación imprecisa y sutil — porque la había percibido, y ella era de las que creían que ninguna insinuación es demasiado sutil para no existir—, y llegó a la conclusión de que solo pudo haberse debido a una rigidez repentina por su parte, acompañada de una atenuación imprevista de su inquietud, pues aquel hombre regresó de dondequiera que estuviese y la examinó de arriba abajo. Ella sintió que él le dedicaba entonces atención, y la soportó con estoicismo durante al menos cinco minutos, hasta que le habló.

Estaba haciendo como que leía cuando el hombre al fin le dirigió la palabra.

—Me pregunto... si haría algo por mí. —Ella levantó la mirada y, cuando se encontró con sus ojos, descubrió que le estaba sonriendo con una mezcla harto peculiar de timidez y vanidad. La idea de hablar con una desconocida lo había puesto verdaderamente nervioso, y esos cinco minutos en silencio daban buena cuenta de su nerviosismo. Pero, al mismo tiempo, le había tomado la medida a la curiosidad y a la atracción irreprimible de Helen: ella sabía que él sabía que a ella le gustaría que le hablase. Su tono de voz la cautivó, pues

era exactamente el mismo que se había imaginado: un tono con un atractivo frío, tenso e irresistible. Ella comprendió de inmediato que él no hablaba a menudo con desconocidos.

—Depende de qué sea lo que necesita —dijo ella, devolviéndole esa misma sonrisa.

—Algo muy sencillo —respondió él—, nada incriminatorio. Al menos no para usted.

—Entonces..., ¿sí lo sería para usted? —preguntó ella.

—Por supuesto —respondió él—. Por eso he hecho el esfuerzo de pedírselo.

—¿Y de qué se trata, pues?

—Me pregunto si podría escribir, de su puño y letra, una dirección en este sobre por mí.

—Bueno... sí —accedió ella—. No veo qué tiene de malo. Creo que puedo hacer eso por usted.

—Eso pensaba —dijo él—. Si no, ni me habría atrevido a preguntárselo siquiera. No me habría gustado que se negase.

—Me pregunto qué ha visto en mí para pensar que accedería —continuó ella—, pero tal vez le incomode contármelo...

—¡Oh —exclamó el hombre—, no! —Se levantó y se acercó a ella, sobre en mano—. No, no me importa en absoluto satisfacer su curiosidad. Ha sido por el libro que está leyendo, y por el tipo de zapatos que lleva, y también por su peinado... Me gustó mucho ese libro cuando lo leí.

Luego se sentó a su lado, le entregó el sobre y dijo:

—Mire, voy a escribírsela en un papel para que usted la copie. A veces cuesta entender a la gente cuando dicta, ¿no?

Y escribió el nombre y la dirección en otra hoja de su bloc:

SRA. H. SMITHSON
24 VICTORIA PLACE
LONDON NW1

Y Helen la copió con diligencia en el sobre marrón, que le devolvió al punto.

—Espero —apuntó ella— que mi caligrafía se diferencie bastante de la suya...

—Pues precisamente estaba pensando —dijo él— que se parecen un poco, la verdad. Pero creo que será suficiente.

Luego no dijo nada más, pero se quedó sentado a su lado. En cierto sentido, ella habría preferido que volviese a su sitio, porque en su nueva ubicación no podía verlo bien, ni mirándole descarada ni discretamente. Y no tenía nada que decirle, pues no podía revelar algo como: «Llevaba yo razón... Mi hipótesis sobre usted era correcta». Durante un rato, él tampoco abrió la boca. Se dedicó a arrancar, para luego humedecer y pegar en el sobre, unos sellos de cuatro peniques de una hoja que sacó de su bolsillo. A ella le gustaba observar la forma en que se movían sus manos. Luego, sin soltar la carta, le preguntó:

—¿Dónde vive usted?

Es probable que notase que a ella le incomodaba la pregunta, pues al instante añadió:

—Lo digo solo por la cuestión de los sellos...

—¡Ah —exclamó ella—, vale! Sí. Vivo en el distrito SW7. Quiere que la eche al correo yo también, ¿verdad?

—¿Le importaría? —preguntó él.

—No, puedo enviarla por usted —respondió ella.

—Comprende mis intenciones con suma rapidez —dijo él luego, con algo de empacho, bajando la cabeza y apartando la mirada. Parecía incapaz de darle las gracias de manera más formal.

—Se puede decir que yo también «he tenido intenciones parecidas» alguna vez —respondió ella.

—Me dio la sensación, no sé por qué, de que no le importaría hacer esto por mí.

—Supongo que, en caso contrario, no me lo habría preguntado siquiera. Pero ¿de verdad confía en que me acuerde de enviarla?

—Por supuesto que sí —dijo él—. A uno jamás se le olvidaría enviar la carta de un desconocido.

Aquel comentario fue tan acertado que la dejó sin palabras. De hecho, no volvieron a hablar hasta que el tren entró en Paddington. Cuando estaban caminando juntos por el andén, él se despidió diciendo:

—Gracias, y adiós.

—Adiós —respondió ella. Llevó la carta en la mano hasta llegar a casa y la echó en el buzón de su manzana. Luego bajó las escaleras del semisótano

para entrar en su oscuro piso, y supo que aquel nombre y aquella dirección, escritos de su puño y letra, permanecerían grabados para siempre en su memoria.

En efecto, a lo largo del siguiente mes, creyó que había momentos en los que no pensaba en otra cosa. Pero sabía que aquella sensación no era real, que era fruto de su imaginación, porque, huelga decirlo, claro que se le pasaban otras cosas por la cabeza: su trabajo, sus amigos, su madre, qué comprar para cenar o si quería o no ir al cine el miércoles por la noche. Pero no pensaba en ellas de la forma disparatada, romántica y obsesiva con la que pensaba en la Sra. H. Smithson, en su anónimo acompañante de compartimento y en todo aquel episodio curioso y conmovedor. En cierto sentido, el suceso la había ofendido, porque justificaba, y cómo, que ella mantuviera sus propias y alocadas expectativas, su fe necia en que también a ella le llegaría su momento. Su mejor yo, el más cuerdo, sabía que esa fe era una necedad, y sospechaba que esos indicios parciales de su validez eran una mera ilusión, una tentación, y que si les prestaba demasiada atención quedaría incapacitada para siempre, expulsada de la vida real, como habrían hecho las Sirenas con Ulises. Y, sin embargo, al mismo tiempo, su otro yo no dejaba de pensar en ese hombre, por irracional que esta conducta fuese. Lo buscaba mientras caminaba por las calles de Londres, y no lograba convencerse a sí misma de que no era a él a quien deseaba encontrar. Especuló sobre la identidad y el aspecto de la Sra. Smithson, y le puso infinitos nombres de pila, hasta que cayó en la cuenta de que la H. podría ser la inicial del nombre de su marido y no del suyo. Especuló sobre el marido engañado. Aunque la mayoría de sus amigas estaban casadas y tenían hijos, le costaba admitir que la Sra. Smithson podía ser perfectamente una mujer de su generación, pues el apelativo de «Sra.» siempre le evocaba una imagen maternal, la de su propia madre. De cuando en cuando, se sobresaltaba al caer en la cuenta de que las mujeres en las que pensaba cuando se imaginaba a una madre eran en realidad abuelas, pues las jóvenes a las que veía empujando cochecitos los sábados por la mañana, y bregando con vigorosos bebés de uno o dos años en los autobuses, no eran en realidad hermanas mayores, sino madres. La Sra. Smithson, la Sra. Smithson... No podía imaginarse a la Sra. Smithson.

Fue la semana antes de Navidad cuando decidió ir a ponerle cara a la Sra. Smithson. La idea se le había ocurrido un día, en plena comida navideña de empresa. Ahí estaba, bebiendo demasiado y comiendo más bien poco,

derrotada como siempre por los problemas técnicos del bufé, mientras escuchaba a un hombre muy amable, al que conocía y que le gustaba desde hacía años, que en ese momento le estaba contando las bondades de su nueva calefacción central. Y, de repente, decidió ir a ver a la Sra. Smithson. A fin de cuentas, se dijo, ¿habría algo más inocuo, algo más fácil de descubrir? «Lo único que tengo que hacer es llamar a su puerta y preguntar, pongamos, por Alice. Entonces lo sabré. No sé qué sabré, pero lo sabré.» Y le sonrió al hombre, y permitió que volviesen a llenar su copa, y luego le habló educadamente sobre unos amigos a los que la calefacción central les había arruinado por completo los muebles antiguos, además de agrietar el revestimiento de las paredes de su casa, de un valor incalculable. Mientras hablaba, su corazón, ya de camino a casa de la Sra. Smithson, se rendía a los encantos de ese mundo tenso, romántico y doloroso que parecía llamarla sin cesar para que dejase las penas soportables de la existencia cotidiana y entrara en otro país, el de las pasiones; un país que aún no conocía, pero del que reconocería paisajes y vistas. A menudo se lo imaginaba como un lugar oculto que existía para siempre, y solo podía describirse como un mito o una alegoría; términos que le parecían insatisfactorios, contra los que la había predispuesto su educación clásica. Era un lugar distinto del mundo real, o de lo que a ella le parecía el mundo real; era más hermoso y más válido, pero válido solo en sí mismo. No se podía entrar a voluntad, sino que solo se accedía a él de manera intermitente, por accidente, pero siempre con cierta sensación de verse tentado y caer rendido. Ella había comprobado que algunas personas, como aquel anciano poeta que tan bien había definido la naturaleza de sus expectativas, pasaban la mayor parte de su vida entre sus confines, dejándose guiar solo por sus leyes. En el mundo había suficientes de esas personas para poder seguir creyendo en la posibilidad de cruzar de forma permanente e irreversible las puertas clásicas con misteriosos grabados que llevaban a aquel país: un poeta, un francés borracho, una chica que había conocido y que un día dijo de repente: «Me voy a Bagdad», y fue... Los nombres de aquella gente que, en algún momento, se había cruzado en su camino, se le pasaban constantemente por la cabeza, adornados con guirnaldas de hojas desconocidas: a Yves lo había visto en Marsella con una langosta en la mano; a Esther, en una librería de Nueva York con un abrigo de piel y diamantes en el pelo. Esta última estaba ahora en Marrakech, viviendo en un cuartito con un árabe. Yves se había marchado a Irlanda para abrir una granja

de langostas. Ah, mensajes llegados de un país extranjero... Ah, destellos de luz inquietantes... Helen apuró de un trago lo que quedaba de su cuarta copa de vino y miró el reloj, que le dijo que eran las tres y cinco, y entonces le explicó al hombre de la calefacción central que tenía que irse.

Se encaminó hacia Victoria Place deteniéndose en los semáforos, absorta. Tropezaba en cada irregularidad de la acera, e iba pasando una mano ociosa por barandillas mugrientas. Hacía frío, pero ella no podía sentirlo, porque la cara le ardía. Se sabía el camino porque lo había mirado un mes antes, el día después de enviar la carta, en su guía *Londres de la A a la Z...* Recordaba aquel momento porque fingió encontrar la ruta de casualidad. Su cabeza no quiso saber lo que sus manos y sus ojos tramaban. Sin embargo, en aquel preciso instante su cabeza sí recordaba lo que entonces se había negado a aceptar, y siguió aquel camino embelesada, en un trance que se prolongó hasta mucho después de que los efectos de la caminata disiparan los efectos de tanta bebida y un estómago tan vacío. «Si es que estoy loca —se repetía una y otra vez—. Estoy loca.» Solo al final del trayecto la asaltó un leve temor: pensó que no se atrevería a llamar a la puerta o que, quizá, lo único que la esperara tras ella sería una pequeña decepción. De ese modo, solo conseguiría disipar lo que ya había sido, a su manera, perfecto.

Sin embargo, no le hizo falta llamar a la puerta. Al llegar, comprobó que Victoria Place era una calle corta, bordeada por casas altas adosadas recién restauradas o con un diseño de esos que nunca pasan de moda. El número 24, muy iluminado, brillaba con intensidad en la oscuridad creciente. Se acercó a un ritmo pausado, cayendo en la cuenta de que iba a poder ver lo que la había llevado hasta allí sin necesidad de llamar. Al instante se percató de que el destino había confabulado con su curiosidad poniendo una parada de autobús justo enfrente de la casa, de modo que podía colocarse ahí, como si estuviera esperando, sin temor a que la descubriesen. Así que, cuando llegó a la parada de autobús, se detuvo unos segundos para armarse de valor y luego se giró. Como las luces de los dos pisos inferiores estaban encendidas, enseguida distinguió, en el semisótano, una sala que se parecía muchísimo a su propia casa. Le bastó un solo vistazo para comprobar que estaba repleta de gente. De hecho, había tanta actividad que tardó unos instantes en averiguar cuántos eran. Había dos mujeres y cuatro niños; no, cinco niños, contando al bebé que permanecía sentado en la alfombra azul del rincón. Los más mayores estaban decorando el árbol de Navidad. Una de las mujeres ponía la mesa para el té,

mientras la otra, dando la espalda a la ventana y con un codo apoyado sobre la repisa de la chimenea, parecía estar leyendo en voz alta un pasaje de un libro. Era una sala grande y luminosa, con un suelo de moqueta verde, paredes blancas y muebles de madera pintados de rojo; hasta la mesa era roja. Un cuarto infantil que brillaba, que resplandecía. Había un móvil con peces dorados colgando del techo, y por la moqueta yacían desperdigados cristales de colores y oropeles para adornar el árbol. Los platos que se encontraban sobre la mesa eran azules y blancos, y los cuchillos de plata lanzaban destellos. Sobre la repisa de la chimenea había dos vasos tallados y una botella de vino abierta. Dos de los niños tenían el pelo rubio y los otros tres eran morenos. La mujer que estaba poniendo la mesa tenía una larga melena pelirroja de la que se escapaban grandes rizos que le cubrían la nuca y le tapaban la cara con cada gesto, pues se movía con una diligencia incansable y enérgica: sacaba bollos de una bolsa, cortaba rebanadas de pan, servía zumo de grosella negra en vasos infantiles, girándose de cuando en cuando para escuchar a la otra mujer, y riéndose de golpe, echando hacia atrás la cabeza con una especie de carcajada violenta. La mujer que se encontraba junto a la repisa también se rió, y sus hombros delgados temblaron. Los niños, molestos por la risa de su madre, se abalanzaron sobre ella, agarrándose con rabia a sus rodillas sin dejar de chillar, y entonces la mujer pelirroja intentó apaciguarlos con rebanadas de pan con mermelada, que estos rechazaron y acabaron en el suelo. Probó entonces con los bollos helados, que repartió uno a uno sin dejar de hablar, dirigiéndose en todo momento a la otra mujer, no a los niños. Parecía sumamente concentrada en sus palabras, dedicada a contar alguna anécdota demasiado valiosa para dejar que se perdiera. Los niños masticaban sus respectivos bollos mientras ella recogía las rebanadas de pan y se las daba, con una sonrisa adorable de profundo cariño, al bebé. La sonrisa de aquella mujer le resultó tan delicada, divertida y solícita, que Helen, observándola discretamente, sintió que se le paraba el corazón.

Allí fuera observando, bajo el frío, sintió que su cuerpo se iba agarrotando poco a poco, hasta llegar a esa falta de aliento que provoca el exceso de atención. En verdad creía que se le estaba permitiendo ver, de un modo gratuito, algo tan hermoso que su relevancia no podía medirse. Los indicios y las señales que la habían llevado hasta allí adoptaron en ese momento el significado misterioso del mismísimo destino: todo estaba vinculado, todo formaba parte de un diseño cuyo sentido optimista y súbito pudo entrever por

pura casualidad. Aquellas dos mujeres, y sus hijos, y el hombre del tren, y la sala iluminada y radiante con las cortinas descorridas, una isla en la oscuridad, eran símbolos de cosas que le resultaban demasiado difusas para nombrarlas en voz alta: la felicidad, la esperanza, la luminosidad, el calor y la celebración. Miró de nuevo hacia esa habitación donde yacían las emociones, como si estuviera contemplando unas aguas de profundidades insondables. La mujer pelirroja se había puesto de rodillas en la moqueta verde, y frotaba con una esquina del paño de cocina una mancha de mantequilla, al tiempo que miraba hacia arriba y escuchaba, con una expresión donde se fundían inextricablemente el enfado con los niños, la despreocupación por su propio enfado y una especie de placer extasiado por la compañía de la otra mujer. Esta se había girado un poco, con lo que Helen pudo verle la cara a través de la ventana. En las manos tenía un espumillón rojo y plateado, e iba deshaciendo distraídamente los nudos mientras hablaba. Y Helen pensó en todas las habitaciones frías y oscuras de Londres y del mundo, en la soledad, en la luz azul, gélida y parpadeante de la televisión, en los niños tristes, en las madres silenciadas y las jóvenes solteras; y se preguntó si de verdad podía concentrarse tanto placer en un único sitio, o si esas no serían en verdad unas ventanas a través de las que veía un mundo irreal, enorme y espacioso, adorable y pasado. Y le pareció posible que así fuera, pues no conocía aquella casa, ni a aquellas mujeres, y ni siquiera sabía sus nombres ni el del hombre que la había llevado hasta allí. Ella sabía que la poesía de la inspiración era, hasta cierto punto, la poesía de la ignorancia, y sacar conexiones entre determinados símbolos, una locura destructiva. Ni siquiera sabía cuál de esas mujeres era la Sra. Smithson, a la que había ido a ver, porque si una mujer puso la mesa, la otra la quitó, como si ambas estuvieran en su casa. No sabía nada, y por ende podía creer cualquier cosa, encontrando la fe en esa imagen, como la encontrara en ciudades desconocidas. Sí, encontraba la fe en la contemplación apasionada de la intimidad, cuando su propia intimidad le faltaba. Como Wordsworth, que le dio la espalda a su vida para observar sus recuerdos más intensos, y Yeats, que miraba leones y torres y halcones.

Cuando al fin mandaron a una de las niñas a correr las cortinas, Helen estaba entumecida y pálida por el frío. Pero no se giró hasta el instante en que la pequeña, de pelo moreno y liso, con el semblante serio de repente ante la magnitud de su cometido, empezó a forcejear con las pesadas cortinas, arrebatándole centímetro a centímetro la imagen de los ángulos coloridos de

luz refractada, el árbol de Navidad, los peces voladores, el verde de las plantas, las caritas inocentes y angelicales, las esferas relucientes de cristal y a las dos mujeres jóvenes. Y al girarse sintió los primeros copos de nieve del año posarse suavemente en su piel, y al levantar los ojos vio el tenue cielo azul repleto de nieve. Volvió a mirar, para comprobar si la niña lo había visto, pero las cortinas ya estaban corridas y solo fue capaz de distinguir su propio reflejo, pálido, en el cristal. Así que empezó a caminar calle abajo, alejándose de la casa y de la parada de autobús. Sin embargo, no había dado diez pasos cuando un coche paró justo a su lado, apenas a un metro de ella. Ahí estaba el hombre del tren, mirándola. Ella se detuvo, el hombre abrió la puerta y, sin apearse, le dijo: «No sé qué decirle, parece tan frágil que una sola palabra podría herirla». Helen esbozó una sonrisa lenta y perpleja, sabedora de que, al igual que él, ella también era una aparición misteriosa, una imagen de su memoria iluminada por un resplandor tenue. Luego se giró y siguió caminando calle abajo, alejándose de él y sumiéndose en la oscuridad nevada. El hombre bajó del coche y entró en la casa.

Caminaba con sumo cuidado, pues sentía los tobillos tan congelados que tenía miedo de que, si tropezaba, se quebrasen.

(1967)

AMANTES FIELES

Tuvo que haber un momento en que decidió bajar por esa calle, doblar la esquina y entrar en el café. Porque hasta entonces iba caminando de manera distraída, inocente, sin ningún recuerdo o asociación mental, salvo la sutilísima sombra de un pasado remoto, pero, de repente, en cuestión de diez metros, decidió que iría a ese lugar donde solían almorzar juntos una vez cada dos semanas más o menos, durante aquel año largo y precioso. Era el tipo de sitio donde no se toparía jamás con un conocido. Al mismo tiempo, no resultaba un lugar sospechoso, pues no distaba mucho de Holborn, donde ambos tenían buenos motivos para acudir de cuando en cuando. Allí se sentían seguros —todo lo seguros que podían sentirse—, y al mismo tiempo tranquilos por no tener que recurrir a precauciones grotescas.

Y ahora, después de tanto tiempo, pasados tres años, allí estaba, otra vez a la hora del almuerzo. Tenía hambre. «Esto no tiene nada de raro —se dijo—. Daba la casualidad de que pasaba por aquí y, como era la hora de almorzar, me he acordado de este sitio. Además, no hay más cafeterías en un radio de cinco minutos andando». Y ya había caminado bastante, pensó: desde la estación de metro de Old Street al laboratorio donde le habían fabricado el diente nuevo. Se pasó la lengua por el flamante incisivo, para tranquilizarse, un poco avergonzada por el inmenso alivio que sentía al verse otra vez presentable, y no desfigurada por ese hueco humillante. Siempre había querido ser una de esas personas que prestan poca atención a su aspecto, y por eso le afectaban tanto los accidentes que la ponían cara a cara con su vanidad: una espinilla inconveniente, una mancha en la mejilla que, en realidad, pasa desapercibida o un señor catarro. Y aquel diente perdido había sido una especie de precedente de ese tipo de incidentes desde que se lo saltaron de un golpe, de niña, en el colegio. A la sazón, su dentista le hizo un puente de lo

más discreto y sofisticado, pero hacía dos noches, al volver de una fiesta, se cayó al suelo y se le rompió. Había llamado a su dentista por la mañana, y este le prometió proporcionarle un puente temporal que le durase hasta que pudiera hacerle uno nuevo. Cuando el dentista le dio la dirección a la que tenía que ir a recoger el puente, un vago recuerdo acudió a su mente. Siguió dándole explicaciones, servicial, aunque algo irritable. «Entonces ¿se ha quedado con el sitio, señora Harvey? Número 82 de St. Luke's Street. Llega a la estación de metro de Old Street, luego gira a la derecha...» También le pidió que le diera las gracias al hombre del laboratorio, habida cuenta de la urgencia del caso y el breve plazo que se le había dado. Y, en efecto, ella le dio las gracias al hombre que, diez minutos antes, le había entregado su diente.

Luego salió y empezó a caminar por aquella calle. Y cuando se detuvo en la puerta del café, supo que había estado pensando en él y en ese año todo el tiempo. Le resultaba imposible sacárselo de la cabeza entre tantos elementos e imágenes familiares. Allí se habían besado dentro del coche, y allí mantuvieron conversaciones interminables sobre la imposibilidad de sus besos. Allí se habían quedado junto a esa farola, paralizados, incapaces de moverse. El suelo aún parecía tener impresas las huellas de sus pies. Y, sin embargo, todo había sucedido hacía muchísimo tiempo, y ya estaba completamente masacrado y podrido. Aquello llevaba ya dos años sin importarle, y del sufrimiento había pasado aún más tiempo.

Estaba contenta, ocupada, y volvía a tener su diente: todo bajo control. De alguna forma, casi le alegraba volver ahí, descubrir hasta qué punto todo había muerto. No vio su fantasma allí. Un año después de su separación aún lo veía en cada esquina, en cada coche que pasaba, en las formas de cabezas y manos y movimientos, pero ahora ya no se lo encontraba en ningún sitio, ni siquiera en ese local. Y, durante todo ese tiempo, en el que ella creía verlo por doquier, también imaginaba que él la recordaba. Esos fantasmas falsos habían sido, en cierto modo, las sombras proyectadas del amor de él, pero ahora sabía con certeza que ambos se habían olvidado.

Abrió la puerta y entró. Todo seguía igual. Se dirigió a su rincón predilecto del local, lejos de la puerta y la ventana, y ocupó la mesa de la esquina, donde se sentaban siempre que podían, ella de espaldas a la puerta. Se sentó ahí y examinó la mesa de formica roja, sus vinagreras con azucarero, sal, pimienta, mostaza y ketchup, y el cenicero. Luego levantó la mirada hacia el techo amarillo oscuro, con su curioso e inútil enrejado del que colgaban

limones y plátanos de plástico, y después contempló la pared empapelada con un diseño floreado extraño, elegante y sucio. Precisamente en la pared descubrió el único elemento que había cambiado en la decoración del local. Se trataba de un calendario, un regalo de un taller mecánico, abierto por una página ilustrada con una cabaña alpina recortándose contra unas montañas nevadas, a pesar de que correspondía al mes de mayo. En su época, el calendario que contemplaron a lo largo de tres estaciones era el de una marca de zumos. Recordó la angustia con la que veía sus hojas pasar, aún más implacables que esas hojas aciagas que caen de los árboles de verdad, y recordó también que en el momento de su separación el calendario mostraba una fotografía horrible de una pareja de ancianos sentados junto a su puerta cubierta de hiedra en el jardín de una casa rural en una tarde de otoño.

Ambos se habían dado ultimátums despiadados, uno detrás de otro. Y ella escogió desde lo más hondo de su alma el mes, y el día de ese mes, y dijo: «Mira, el 23, ya está. Y esta vez va en serio». Se preguntó cómo había podido saber él que esa vez iba en serio, porque lo cierto es que le tomó la palabra. Fue la primera vez que ella no cedió y él no insistió. En cambio, en cada una de las ocasiones anteriores en las que se habían separado para siempre, una llamada de teléfono bastó para reunirlos de nuevo. Siempre que lo dejaba, se sentaba después junto al teléfono mordiéndose las uñas y esperando a que sonase. Pero aquella vez no sonó.

El menú, cuando se lo llevaron, no había cambiado mucho. Aunque nunca supo por qué se molestaba en leer las cartas de los cafés, pues siempre almorzaba lo mismo: una tortilla de queso con patatas fritas. Así que pidió la comida y se recostó en su asiento, a la espera. Como cuando se quedaba sola en un lugar público solía ponerse a leer, también en ese momento, por pura costumbre, apoyó un libro contra el azucarero y lo abrió. Pero no miraba las palabras. A decir verdad, tampoco estaba completamente sumida en el pasado, pues una ligera y agradable inquietud sobre el evento de esa noche acaparaba la mayor parte de su atención. Se preguntaba si se había preparado lo bastante bien su intervención sobre decoración de interiores para el programa de debate en el que le habían pedido que participase, y si David Rathbone, el productor, le ofrecería acompañarla en coche a su casa, y si iría bien peinada. Pero, sobre todo, se preguntaba si debería ponerse la falda gris. No estaba del todo segura, pues le parecía recordar que le quedaba un pelín apretada: si no, sería la elección perfecta, porque sabía que le sentaba de maravilla. Luego se

dijo: «El mejor hecho de que me esté *preocupando* por eso quiere decir que sí me queda apretada... De lo contrario, la posibilidad no se me habría pasado por la cabeza, ¿no?». Y entonces lo vio.

Lo más impactante fue la forma en que se percataron el uno de la presencia del otro: al mismo tiempo, sin tener la posibilidad de girarse o intentar dominar la conmoción de algún modo. Cuando sus ojos se encontraron, los dos dieron un respingo, abandonando toda esperanza de disimular.

—¡Madre mía! —dijo él tras un segundo, y se quedó de pie a su lado, mirándola.

Ella, sentada, estaba tan desconcertada, con su libro apoyado en el azucarero y la cabeza llena de faldas y de dientes postizos, que se apresuró a decir, arruinando lo que, a fin de cuentas, podría haber sido un momento profundo:

—¡Dios santo! En fin, ya que estás aquí, siéntate... —Y le hizo un hueco en el banco de madera, cerrando el libro de golpe y apartando los ojos confusos, incapaces de mirarlo a la cara.

Él se sentó a su lado y dijo, con total confianza, como si se sintiese perfectamente cómodo con ella a pesar de los muchos años de silencio:

—¡Dios santo, Viola, cariño mío, qué terrible, terrible sorpresa...! No sé si lograré recuperarme de esto alguna vez.

—Hombre, no sé, Kenneth... —dijo ella, como si acabase de darse cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo—. Uno se suele recuperar de este tipo de cosas bastante rápido. De hecho, yo ya me voy encontrando mejor, ¿acaso tú no?

—Bueno, sí, supongo que sí —respondió él—. Estoy algo mejor ahora que me he sentado. Cuando te vi pensé que me iba a caer redondo al suelo. ¿No has sentido tú una especie de ligero temblor?

—Es difícil distinguirlo —dijo ella— estando sentada. No es una comparación justa, ni siquiera para los temblores.

—No —convino él—, no.

Se quedaron en silencio un par de segundos, y luego ella dijo, con suma discreción y tacto, ofreciéndole la primera señal generosa de que pretendía retirarse:

—Supongo que lo que es raro de verdad es que no nos hayamos cruzado antes.

—¿Habías vuelto aquí alguna vez antes de hoy? —preguntó él.

—No, nunca —respondió ella—. ¿Y tú?

—Sí —dijo él—. He vuelto, sí. Y si tú lo hubieses hecho, quizá me habrías visto. He vuelto a buscarte.

—Mentira —dijo ella al punto, exultante, mirándolo a la cara por primera vez desde que se había sentado a su lado y apartando luego la mirada *ipso facto*, aterrada ante la peligrosa cercanía de su cabeza.

—No es mentira —dijo él—. Volví y te busqué. Estaba seguro de que, tarde o temprano, vendrías.

—Es una gran mentira —dijo ella—, como todas tus mentiras. Una mentira de esas que no se pueden rebatir. A menos que sí hubiese estado aquí, buscándote, y simplemente no quisiera admitirlo.

—Pero no volviste nunca —dijo él con convicción—. Yo volví, pero tú no. No tenías fe, ¿verdad, cariño mío?

—¿Que no tenía fe?

—Me olvidaste más rápido de lo que yo te olvidé a ti, ¿a que sí? ¿Cuánto tiempo te acordaste de mí?

—Bueno, es difícil de decir... —respondió ella—. A fin de cuentas, existen distintos grados de recuerdo.

—¡Dímelo! —le pidió él—. ¿Qué tendría de malo que me lo dijeras ahora?

Se movió ligeramente en el banco, alejándose de él, pero también poniéndose cómoda y adoptando una pose de confianza, pues llevaba años esperando decírselo.

—Sufrí muchísimo —dijo ella—. Muchísimo, de verdad... Es lo que querías oír, ¿no?

—Por supuesto —reconoció él.

—Ah, pues sufrí lo que no está escrito —continuó ella—. Me pasé semanas enteras llorando sin parar. Al menos un mes. Y cuando sonaba el teléfono, me sobresaltaba, daba un respingo, como una idiota, como si me hubiesen pegado un tiro. Era patético, ridículo... Cada vez que respondía y no eras tú me quedaba escuchando como una tonta, y la otra persona hablaba y hablaba, y a veces yo contestaba sí o no, esperando a que colgase. Y cuando al fin colgaban, me quedaba ahí sentada y me echaba a llorar. ¿Es eso lo que quieres que diga?

—Quería oírlo —dijo él—, pero no puede ser, no puede ser verdad.

—Es tan verdad como que tú volviste aquí para buscarme —dijo ella.

—Pero es que volví.

—Y yo lloré.

—¿Intentaste llamarme alguna vez? —preguntó él, incapaz de resistirse.

—¡No! —respondió ella con cierto orgullo—. No, ni una vez. Dije que no lo haría, y no lo hice.

—Yo te llamé, una vez —dijo él.

—No es verdad —dijo ella, y en ese instante cayó en la cuenta de que le temblaban las rodillas bajo la mesa.

—Sí —dijo él—. Fue hace poco más de un año. Acabábamos de volver de una fiesta, serían las tres de la mañana, y te llamé.

—¡Dios santo —dijo ella—, Dios...! Es verdad, no estás mintiendo, ¡me acuerdo bien! Oliver fue a responder, y volvió diciendo que habían colgado. Pero yo pensé inmediatamente en ti. ¡Ay, cariño mío, no te puedes imaginar cuánto tuve que controlarme para no llamarte, cómo me sentaba junto al teléfono y levantaba el auricular y marcaba las primeras cifras de tu número, y luego me detenía! ¿No crees que hice bien?

—¡Ay! —se lamentó él—, si supieras las ganas que tenía de llamarte...

—Una vez te escribí —dijo ella—, aunque no encontré el valor para enviar la carta. Pero te diré lo que hice: cogí la máquina de escribir y puse tu dirección en un sobre, metí una de las circulares de ese absurdo club de poesía al que voy y te la envié, con la esperanza de que quizá te hiciera pensar, aunque fuese solo de pasada, en mí. Me gustaba la idea de que algo salido de mi casa llegase a la tuya. Aunque a lo mejor ella la tiró a la basura antes de que la recibieses siquiera.

—Me acuerdo de esa carta —dijo él—. Pensé en ti, pero no creí que la hubieses enviado tú porque el matasellos era de Croydon.

—Ah... —dijo ella con un hilo de voz—. ¡Es verdad! Dios mío, resulta inquietante pensar lo fieles que hemos sido los dos.

—¿Acaso esperabas lo contrario? Ambos juramos que lo seríamos. Ah, mira, cariño mío, aquí llega tu almuerzo. ¿Aún comes tortilla de queso todos los días? A eso sí que lo llamo yo una regularidad inquietante. Y yo ni siquiera he pedido. ¿Qué te parece una musaka? Solía gustarme... Estaba bastante buena, a su repugnante manera. Una musaka, por favor.

Tras el primer bocado de tortilla, ella dejó el tenedor y dijo, pensativa:

—Creo, al menos es mi opinión, que aquello fue del todo innecesario. A lo que me refiero es que Oliver no sospechaba nada en absoluto. Y me parece

increíble, si pensamos en lo descuidados que en realidad éramos. Podríamos haber seguido viéndonos para siempre, y nunca se habría enterado. Estaba demasiado preocupado con sus propios asuntos.

—Todas esas amenazas continuas de ruptura —dijo él—, de separación, fueron una auténtica lástima, ¿sabes? Ahora que lo recuerdo, me siento fatal. ¿Tú no?

—¿Qué quieres decir con lo de que te sientes fatal?

—Creo que deberíamos haber sido capaces de hacerlo mejor. Aunque, pensándolo bien, eras tú la que solía amenazarme. Cada vez que te veía decías que era la última. ¡Cada vez! Y llegamos a vernos seis días a la semana a lo largo de un año. No puede ser que cada una de esas veces lo dijeras en serio.

—Lo decía en serio —dijo ella—... ¡cada vez! Tenía que ser así, porque al final lo hice, ¿no?

—Lo *hicimos*, querrás decir —dijo él—. No podrías haberlo logrado sin mi ayuda: si te hubiese llamado, si te hubiese escrito, habríamos vuelto a empezar.

—¿De verdad lo crees? —dijo ella con un tono triste en el que no había ni pizca de malicia ni de recriminación—. Sí, supongo que llevas razón. Hacen falta dos personas para separarse, al igual que hacen falta dos personas para amar.

—Fue una lástima —dijo él— que nos obligásemos a vivir bajo esa amenaza perpetua.

—Sí —dijo ella—, pero recuerda lo bonito que era, terriblemente bonito, cuando uno de los dos cedía. Siempre había uno que decía: «No voy a volver a verte... Bueno, nos vemos mañana donde siempre a la una y media». Era precioso.

—Precioso, pero de lo más retorcido —dijo él.

—Ah, aquella sensación... —dijo ella—, aquella sensación de derrota. Siempre me encantó, cada vez que me tocabas, cada vez que te veía... Y estaba convencida, convencidísima, de que tú sentías lo mismo que yo. ¡Dios, nos parecíamos tanto...! Y pensar que la primera vez que te vi no se me ocurría nada que decirte. Creí que eras de otro mundo, que no teníamos absolutamente nada en común, nada excepto, bueno, excepto lo que tú ya sabes... Incluso ahora, me da hasta miedo mencionarlo. ¡Ay, cariño, qué desastre que nos pareciésemos tanto!

—Pero en cierto modo me gustó —intervino él— que lo «dejásemos»

juntos. Era mejor que dejarte y, por supuesto, mejor que el hecho de que tú me abandonaras.

—Sí, pero también lo volvía más grave, e incluso incurable —dijo ella. Ante la nueva amenaza de silencio, siguió hablando rápidamente—: Pero, en fin, cuéntame qué te trae por aquí. Me refiero a que uno ha de tener un motivo para venir a un sitio como este.

—Te lo acabo de decir —respondió él—: estaba buscándote.

—Eres un *auténtico* mentiroso —dijo ella, sonriendo, sorprendida de que, incluso en aquellos momentos, conservase la capacidad de divertirse. De hecho, no pudo evitar sonreír.

—Y tú, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ah, yo tengo una razón perfectamente válida —respondió ella—. ¿Recuerdas lo de mi diente postizo? El caso es que ayer por la mañana me lo rompí, y esta noche participo en un programa de televisión, así que fui a mi dentista a que me hiciese un puente temporal, y he tenido que venir al laboratorio a recogerlo.

—¿Te lo han puesto?

—Mira —dijo ella, girándose hacia él, sonriendo, levantando el labio superior.

—Ya veo... Sí. Supongo que es bastante convincente —dijo él.

—Aún no me has contado qué haces tú aquí de verdad —dijo ella—. Apuesto a que no tienes un motivo tan válido como el mío. El mío, tú mismo lo has dicho, es del todo convincente... Es decir, por esta zona, ¿dónde podía ir a almorzar? Me parece que mi motivo es una coartada perfecta que me deja libre de cualquier tipo de sospecha, ¿no?

—¿De cualquier tipo de sospecha sentimental?

—A eso me refiero, sí.

Él se lo pensó un momento y luego dijo:

—Tenía que reunirme con un hombre para que me hiciera la declaración de la renta. Mira, aquí está su dirección. —Sacó un sobre del bolsillo y se lo enseñó.

—¡Ah! —exclamó ella.

—Y he venido aquí a propósito. Para pensar en ti. Podría haber almorzado en un montón de sitios entre London Wall y esta calle.

—No viniste aquí por mí, sino porque es el único sitio que se te ocurrió.

—Viene a ser lo mismo.

—Pues no lo es, no —dijo ella con firmeza. Sintió crecer en su interior esa ilusión familiar de control que creaba, como de costumbre, concentrándose en banalidades. Pensó entonces que sus conversaciones siempre habían seguido el patrón de sus ritmos en la cama, y que esa disputa inútil era como aquellos gestos frívolos de aplazamiento, cuando ella se giraba y él se quedaba tumbado, inmóvil, con los ojos clavados en el techo, sin atreverse a tocarla, limitándose a posponer lo inevitable. Reflexionando sobre eso, y capaz de vivir esta vez en dicho aplazamiento, pues ahora no tenía ante sí ningún final inevitable, dijo, comiéndose su última patata frita—: ¿Y cómo están tus hijos?

—Están bien —respondió él—. Saul sacó nota para entrar en el instituto que queríamos, y estamos muy contentos. ¿Y los tuyos?

—¡Ah, también están bien! Últimamente he pasado unas noches terribles con Laura. La verdad es que creía que, con cinco años, ya habíamos dejado atrás todo eso, pero insiste en que no puede dormir y tiene unas pesadillas horribles, así que se ha pasado en mi cama todas las noches de las últimas dos semanas. Y, claro, estoy agotada. Luego, por la mañana, ella se levanta tan contenta y punto. Lo cierto es que no se mueve ni pega patadas, pero yo ya no soy capaz de dormir acompañada.

—¿Qué opina Oliver del asunto? —preguntó él.

Y ella respondió, sin pensárselo:

—Ah, ya no duermo con Oliver... —Y mientras lo decía se preguntó cómo había podido cometer un error así, y se preguntó cómo salir de ahí. Pero, felizmente, justo en ese momento llegó la musaka, con lo que el tema se cortó de inmediato. No obstante, al final lamentó haber cortado la conversación. Pensó que a lo mejor no sería tan malo decir la pura verdad: que no había dormido con nadie desde la última vez que durmió con él, que llevaba tres años durmiendo sola y que se sentía preparada para dormir sola el resto de su vida. Sin embargo, no tenía del todo claro que él quisiera oír eso, y sabía que de un comentario así no podría retractarse, así que no dijo nada.

—Tiene buena pinta —dijo él, mirando fijamente su musaka. Se llevó el tenedor a la boca y empezó a masticar; luego lo apoyó y dijo—: ¡Madre mía, madre mía, qué experiencia más proustiana! No me lo puedo creer... No me creo que esté sentado aquí contigo. Esto sabe a ti. ¡Dios, me recuerda tanto a ti! Estás guapísima, estás preciosa, cariño mío... Dios, cuánto te he querido. Me crees si te digo que te quería con toda mi alma ¿verdad?

—No he dormido con nadie —se limitó a responder ella— desde la última

vez que dormí contigo.

—Ay, cariño... —dijo él.

Y ella se sintió flaquear y suspiró, a la deriva, atrapada en esa vorágine fatídica. Eran como Paolo y Francesca en el infierno, indefensos en la caída entrelazada de todos los auténticos amantes, sumisos. Casi podría decirse que aquellos tres años de soledad no habían sido más que una pausa, más que una respiración profunda antes de ese reconocimiento final de la naturaleza, la perdición y el destino. Y entonces se giró hacia él y le dijo:

—¡Ay, cariño mío, te quiero! ¿Qué le voy a hacer? Te quiero con toda mi alma.

Y él, suspirando como ella, dijo:

—Te quiero, te he querido siempre, te deseo...

Y, ya con las caras tan cerca que apenas tuvieron que moverse, se besaron.

Como muchos románticos, se habían acostumbrado a confabular con el destino, recordando los nombres de los restaurantes y de las calles por las que antaño pasearon como amantes. Quienes olvidan, olvidan, le diría él más adelante; y quienes no olvidan, volverán a encontrarse.

(1968)

UNA VICTORIA PÍRRICA

A medida que ascendían por la colina, se sentían cada vez más cansados, y aunque ya eran más de las dos y no había motivos para no sentarse a almorzar, nadie sugirió hacer un alto. Anne estaba agotada: el exceso de sol le había levantado dolor de cabeza, tenía náuseas y al mismo tiempo estaba muerta de hambre, y sus pies y sus tobillos, arañados por las plantas de ramitas duras que bordeaban el sendero estrecho, sangraban. Una nube de insectos la seguía, picándole de cuando en cuando. La flor de la pasión que Charles, cual auténtico galán, había arrancado de un árbol junto a la tienda de comestibles para dársela se estaba deshaciendo en su mano sudada. Se acordó de que Hannah se había reído de él por cogerla, y la dejó caer con discreción. Charles, que iba detrás de ella, la pisó sin darse cuenta. Él llevaba las manos llenas de bolsas de papel con el almuerzo, así que cada vez que ella tropezaba o había que subir un tramo escarpado se las tenía que apañar sola, aunque él siempre se acercaba con una actitud caballerosa, pero ineficaz, para ayudarla. Acercarse simplemente como un gesto educado le hacía parecer tonto. Ojalá no lo hiciese, pensó, no quería pensar que era tonto.

Estaba deseando sentarse, y que los otros se sentaran, pero tenía miedo de sugerirlo por si se reían de ella, o por si decidían dejarla ahí y seguir su camino. Pero en cuanto admitiese que estaba cansada tendría que parar, no fuese a parecer encima que no hacía lo que quería. No le apetecía revelar su debilidad, pero sabía que al final se vería obligada a mostrar algún tipo de flaqueza: o porque sería la primera en abandonar o porque acabaría admitiendo que necesitaba su compañía si seguía caminando incluso después de confesar que estaba exhausta. Así que de momento no dijo nada. Siguió andando, confiando en que por fin parasen al alcanzar la cima de la colina.

Johnny y Hannah iban muchos metros por delante, sin dar muestras de

cansancio. Al recordar la noche anterior, se preguntó cómo demonios podían caminar tan rápido. A los cuatro les había sentado fatal aquella mezcla horrible de vino tinto aromático y de un blanco semidulce llamado Liebfraumilch, una combinación cuyo contraste brutal había afectado incluso a su inocente paladar, además de a sus estómagos. Ella misma se pasó la noche inclinada sobre el lavabo, intentando con todas sus fuerzas disuadir a Charles para que no le agarrase la mano, y Hannah le había contado que Johnny y ella habían pasado por tres cuartos de lo mismo en su habitación. Y, sin embargo, ahí estaban los cuatro, subiendo colinas como si estuvieran frescos como unas rosas. ¿Les parecía a los demás natural aquella forma de actuar? ¿Era ella la única, con diecisiete años y recién salida del instituto, en reaccionar con tanto asombro, en sentir esa admiración perpleja? ¿Y quién había puesto aquel nivel de exigencia tan alto y absurdo que todos se esforzaban en alcanzar?

Supuso que habría sido Johnny. En demasiadas ocasiones, Hannah y Charles no alcanzaban el elevado nivel de belleza intrépida que se les había impuesto, pues ambos tenían impulsos que los otros dos ridiculizaban. Incluso a ella misma le había avergonzado aquella tendencia de Charles a arrancar flores y agarrar manos. Hannah, por su parte, mostraba un exceso ocasional de erudición en lenguas desconocidas, que a los demás, por algún motivo desconocido, que no sorprendente, también les parecía ridículo. En cuanto a la propia Anne, ¿acaso no era un cúmulo liviano de agujeros? Tenía tantos agujeros que a veces parecía que no estuviesen rodeados de materia. No había sido capaz de aceptar nada sin proferir una protesta interior: ni el autoestop por la noche ni el reparto de habitaciones ni el gasto impulsivo de dinero ni la mezcla desproporcionada de bebidas ni esa colina elevada e imposible de culminar. Se revelaba con todo su ser ante cualquier cosa que hicieran, y sin embargo se las apañaba, con un esfuerzo inmenso, para aceptarla sin rechistar.

Abrumado por las náuseas, el hambre y el calor, su cuerpo le decía a voz en grito que ya no podía dar un paso más, pero ella no lo escuchaba. Tenía la sensación de que la presión de seguir soportándolo todo en aquel lugar ajeno y desconocido le acabaría haciendo caer muerta o inconsciente, en señal de protesta. Aquello se trataba, y ella era bien consciente, de una suerte de iniciación que trascendía cualquier otra cosa que hubiera hecho antes: a partir de aquel momento siempre la acompañaría, ora presente, ora latente, ese estado emocional, esa sensación de que en cualquier instante no podría soportarlo más y, merced a un golpe súbito y desintegrador, dejaría de existir.

Y dicha sensación se repetiría posteriormente a lo largo de toda su vida, pues ella seguiría poniéndose de forma deliberada en situaciones que le eran ajenas e intolerables, y seguiría tolerándolas, agotada y sin placer, pero con determinación. Esas tres personas, y el propio lugar, y la velocidad a la que caminaban, y todas las demás personas y lugares que le quedaban por delante... Tendría que adaptarse o morir, y a veces pensaba que la segunda, además de ser la alternativa más fácil, era también la más probable.

Era Johnny, por supuesto, quien exigía que mantuvieran aquella velocidad, quien marcaba el nivel, quien personificaba esa extrañeza contra la que ella luchaba. Él era el único que nunca se había expuesto: había llegado el primero y llevaba dos años metido en aquel juego disperso cuando lo conocieron. Johnny se había convertido en el típico americano negativo e inexpugnable. Todo lo que decía, siempre referente a dólares, a ferrocarriles, a bares y a béisbol, a ella le resultaba tan ajeno que le dolía la cabeza al intentar retenerlo. De hecho, sabía que, después de ese encuentro tan prolongado con él, le quedarían cicatrices blancas y resplandecientes, grietas y arrugas que la acompañarían el resto de su vida. Johnny había llegado a un punto muy, pero que muy alejado, de cualquier cosa que ella conociese, y es que era un ejemplo perfectísimo y claro de lo que representaba (aunque ella no podía distinguir qué era). De algún modo, ella sabía que tendría que seguir su estela durante mucho tiempo para adivinar, aunque fuera sin demasiada nitidez, sus rasgos, ahora borrosos en la lejanía.

Sin embargo, en comparación con ella, los otros dos parecían haber llegado también a ese lugar lejano. Al menos no iban cojeando y sin aliento, y apenas si podía distinguir en ellos los estragos de las batallas que ella libraba en cada cuesta, a cada paso que daba. Desde dondequiera que estuviesen, contemplaban el mundo a su alrededor con aquella desconfianza que había sido lo primero que le impactó de ellos: trataban la vida como si fuera una película de segunda categoría, siempre alertas para detectar escenas sentimentaloides, malas actuaciones y escenarios de cartón piedra. Cierta vez en la que se atrevió a hacer un comentario tonto para que repararan en lo bonita que era una vista, «Anda, mirad», lo único que ellos respondieron fue: «¿Que miremos qué?». Su severidad y su completo desdén la cautivaron, pues ella también quería, ante todo, que no le gastasen bromas, que no se burlasen de su persona. Y como no quería ver solo troncos y follaje en lo que era un auténtico lienzo, seguía andando con la camiseta sucia pegada a la espalda y la

falda a las piernas. No quería ser la responsable de arruinar el momento, quien aceptase antes de tiempo, quien espantara esa otra cosa mejor que los aguardaba a la vuelta de la esquina, tímida, precaria, a punto de huir.

Estaba casi sin aliento cuando llegaron a la cima de la colina. Ella seguía dándole vueltas en la cabeza a frases que sabía que, simple y llanamente, no podría pronunciar; frases inocentes como «Estoy mareada» o «¿Podemos parar a comer?». Palabras que jamás saldrían de su boca, por crítica que fuese la situación. Y, de repente, ahí estaba, en la cima, y a sus pies se extendía, como un milagro, el mar. La ladera escarpada descendía abruptamente hasta las rocas y el verde profundo y frío del Mediterráneo. La verdad es que no creía que estuviese tan cerca. Dejando escapar un suspiro de alivio momentáneo, comenzó el descenso: ahora, al menos, tenía un motivo para detenerse, pues nadie, ni el más fuerte, podría seguir andando a menos que, como Jesucristo o los cerdos de Gerasa, pretendiese cruzar el mar. Se acordó entonces de las riñas familiares por escoger el sitio idóneo para el picnic de los domingos estivales, y del alivio que invariablemente inundaba al grupo cuando se llegaba a un acuerdo aceptable para todos.

Y en ese instante se giró para compartir ese recuerdo con Charles, que siempre la cuidaba, pero al ver su cara pálida, rígida y refinada, cambió de idea. Era un chico de Londres que sin duda no había ido de picnic en su vida. Probablemente sus padres se habían divorciado haciendo un gran alarde de gasto y estilo. ¿Cómo había acabado ella ahí, incapaz siquiera de abrir la boca sin sentirse expuesta como una tontaina?

Ante todo, cuando se propuso la idea de aquella excursión, sí había hecho sus objeciones. Y es que en el fondo debía de saber cuán traumática resultaría la experiencia. Cuando Johnny soltó: «¡Vayamos a Elba!», ella, intuyendo esas grietas y cicatrices, no tenía ninguna intención de acompañarle. Los otros también se negaron: Hannah porque había quedado con alguien a la mañana siguiente en Florencia, y Charles porque había confundido la ubicación de Elba y la de Córcega. Pero, huelga decirlo, tras desperdiciar cuatro horas discutiendo en esquinas polvorientas a espaldas de la estación de Roma, todos acabaron yendo. Y, en realidad, sabían que accederían desde el mismo momento en que Johnny abrió la boca. Porque, ¿quién podía resistirse a la idea? Elba no era una isla de reclusión, sino de embarque. Y, al final, cuando se encontró con que solo estaba ya a unos cuantos metros pedregosos de las faldas de la colina, se animó de repente: habían llegado hasta ahí, y no podía

quedar mucho para el almuerzo. Empezó a sentir una sensación de victoria por haberlo logrado. Entre los puristas no hay lugar para las quejas, y se alegraba de haber sobrevivido a la prueba en silencio, tan pura por fuera como sin duda sus estrictos compañeros lo eran por dentro.

A los pies del acantilado había una pequeña bahía, y fue precisamente allí, cuando alcanzaron el borde infranqueable del agua, donde se detuvieron. Como si estuviesen cediendo a la necesidad, en lugar de satisfaciendo una debilidad, los cuatro se sentaron alrededor de una pequeña piscina natural rodeada de rocas, junto al mar abierto. Hannah se quitó las sandalias y metió los pies en el agua con una expresión de placer dibujada en su cara. Anne se sentía cada vez peor por estar muriéndose de hambre, y más porque nadie mencionaba la comida. Hablaron, por hablar de algo, del hombre que les había prestado el apartamento en Florencia. Tras una eternidad, Johnny dijo de repente: «Tengo hambre, ¿se puede saber a qué estamos esperando?», culpándolos de inmediato por no haber comido antes. «Yo también tengo hambre», dijo ella, pero era demasiado tarde. «¿Y por qué demonios no lo has dicho?», dijo Charles. Así que había ocurrido de nuevo: volvía a sentirse culpable de ser complaciente, culpable de esperar a que otra persona tomara la iniciativa. Tratando de evitar sus miradas, se inclinó para quitarse los zapatos y meter los pies acalorados en el agua. Estaba tan fría que cortaba, y los pequeños arañazos provocados por la caminata empezaron a escocerle ligeramente, causándole un infinito placer. Y por fin sacaron el almuerzo, pero el pan se había secado, el queso sudaba por el calor, y la mortadela, que de todas formas no le gustaba a nadie, estaba aún más tosca y fibrosa que de costumbre. Charles tuvo problemas para abrir la lata de sardinas y acabó cortándose. Esta vez, incluso ella sintió algo de ternura cuando se quejó de que dolía, y Hannah estaba demasiado agotada para burlarse de su debilidad.

Anne se preguntó si aquel mar también estaría lleno de sardinas y se inclinó sobre una roca mientras mordisqueaba la última manzana italiana, bastante insípida, para mirar a través del agua tranquila. Ahora, con el estómago lleno, se sentía mucho mejor y era capaz de percibir lo bonito que era todo; no había otra palabra para describirlo. Quería exclamar, gritar, festejar esa belleza, compartir lo sorprendente de estar a orillas del Mediterráneo en un día caluroso de junio; lo infinitamente sorprendente que resultaba ese mundo relajado y colorido que les rodeaba. Por encima de todo, quería compartirlo, compartirlo y confirmar con los demás sus sensaciones;

sin embargo, permaneció en silencio, como los otros tres. No podía arriesgarse. Tenía miedo de no haber entendido algo, como si estuviese a punto de salir del cine y un comentario fortuito revelase que se le había escapado una ironía final, y por ende toda la trama. En la piscina natural que se extendía a sus pies la roca era rosa, y las algas, bajo el agua, presumían de un verde brillante y cargado de sol.

Se quedó ahí, mirando fijamente las algas y las piedras. Hannah se había quitado el jersey, se lo había puesto debajo de la cabeza y estaba tumbada con los ojos cerrados. Charles fumaba de espaldas al mar, contemplando la nada. Johnny estaba doblando la bolsita de papel con la que habían envuelto el pan. Ella se sintió sola, y su cara se entristeció. El mar se colaba en la pequeña piscina a través de un agujero, succionando las algas y las conchas incrustadas; el mar vastísimo en movimiento metía su dedo curioso en esa piscina que tenía delante. Allí había anémonas y pececitos con pintas rosas merodeando junto a la roca moteada. Recordó las visitas que solía hacer con su familia, de niña, a Scarborough, en la costa de Yorkshire, donde también había piscinas de roca, pero oscuras, frías y grises, en comparación con toda esa prodigalidad de color. Lo que más le gustaban eran las olas rompiendo contra las rocas y salpicando cuando el mar estaba agitado. La costa de su infancia era áspera y salvaje, pero hermosa, e intentaba acercarse a esas montañas de agua, intentaba empaparse de ellas. A los doce años, presa por primera vez de esa voluntad suya de compartir y afirmar, empezó a escribir abominables poemas swinburnianos. En ese momento los recordó con cierto terror, preguntándose qué habrían pensado aquellos tres silenciosos amigos de haber visto los fragmentos de papel floreado, qué pensarían ahora si pudiesen leerle la mente y vieran impresa su emoción floreada en ellos y en ese paisaje.

Johnny había acabado de doblar el papel del pan. Levantó una piedra y lo puso debajo. Aquello la sorprendió. Ver cómo lo hacía le resultó curioso, pues era como imaginárselo cerrando la verja de una granja o limpiándose los pies en un felpudo: un gesto del todo ajeno a él. Pero, entonces, él la pilló observándolo, levantó la mirada y dijo:

—¿Qué debería hacer con la lata de sardinas?

—No lo sé —respondió ella.

Hannah abrió los ojos y se incorporó al oír sus voces. Parecía incapaz de quedarse en la misma posición mucho tiempo. Charles se giró hacia ellos, y los cuatro se quedaron unos segundos relajados. Varias aves marinas pasaron

sobre sus cabezas, desgañitándose. Permanecían en silencio, y Anna podría haber jurado, podría haberse jugado la vida, podría haber apostado su futuro por lo que representaban, lo que estaban observando, lo que tenían ahí, entre ellos... Aquello era la misma autenticidad. Pero eso no bastaba, ah, no, no le bastaba... Ella era una de esas personas que tenían que saber.

«¿Dónde está la lata de sardinas?», preguntó y, cuando Johnny se la pasó, la sostuvo unos instantes en la mano. Luego, mientras la observaban distraídamente, desprevenidos, la tiró a la piscina. La lata se hundió al punto, y una mancha oscura y aceitosa se extendió por la superficie del agua, ascendiendo del envase de metal reventado. Los peces huyeron, las anémonas se encogieron y se cerraron, horrorizadas. Sintió que los otros tres también se estremecían y se encogían con una mueca de dolor por lo que había hecho. Satisfecha, disfrutó de la enorme profundidad de su conmoción. Charles emitió incluso un gemido de protesta, y Johnny estiró una mano salvadora, aunque demasiado tarde. Pero no dijeron nada; ella no había dicho nada, y ellos tampoco dijeron nada. Y, ahí sentada, tranquila y sonriente, fue consciente de su victoria: al igual que Napoleón, había conquistado dos continentes con una única acción: Europa, ese mar extranjero y sin mareas, y América, todos esos ferrocarriles y ese *bourbon*. Había conquistado Inglaterra y a esa niña con un vestido de algodón.

Sin embargo, nunca estuvo segura de la naturaleza de su victoria: solo pensaba en destruir, con un gesto antinatural, su admiración por esa llamativa escena de postal. Sin embargo, mientras permanecía sentada entre los escombros, recluida, exiliada, y a la vez victoriosa, se preguntó si, en ese momento, no estaría quizá, con más claridad que nunca, aunque en un aislamiento menos doloroso, contemplando la fealdad de su propia ruina, contemplando la destrucción del compartir, el expresar y el describir que tan necesarios le resultaban a su existencia..., tan dolorosamente necesarios como el agua, las rocas y el mar, y los peces, y las caras.

(1968)

CRUZANDO LOS ALPES

*Nuestro destino, el corazón y hogar de nuestro ser;
 Está en la infinidad y solo ahí;
 Está con la esperanza, que
 Nunca puede morir;
 Con él esfuerzo, y la expectación, y el deseo,
 Y con algo eternamente a punto de ser.*

WORDSWORTH, *El preludio*, libro VI, 604-608
 Cambridge y los Alpes

Al principio no se lo podía creer. Tanto planear, tanto prever, tantas persuasiones sutiles, tantas maniobras, y todo arruinado por un simple descuido. No podía ser. De hecho, jamás lo habría considerado posible, de no haber esperado siempre, en su fuero interno, lo peor. No obstante, el cumplimiento lento e implacable de sus peores expectativas lo conmocionó sobremanera. A medida que la magnitud del desastre se le venía encima, protestó, sufrió y se quejó para sus adentros, sabedor de que no lo soportaría, de que nunca dejaría de dolerle.

Sabía que era culpa suya. Y eso le hizo sentirse peor, claro. No tendría que haberse lavado el pelo. O, al menos, no tendría que haberse ido a la cama con el pelo tan mojado. Ahora pagaba el precio de la vanidad y la despreocupación. Pero el precio era tan alto, tan retorcidamente desproporcionado para el delito, que sintió que nunca jamás volvería a confiar en la providencia. Esa providencia que parecía haberles sonreído momentáneamente, pero que solo les engañaba... ¡Con cuánta vileza les había retirado su favor! Si hubiese ocurrido antes, se lo habría tomado mejor. Incluso habría acogido la decepción como a un amigo cercano. Pero ahora,

después de tanto tiempo, después de superar todas aquellas pruebas, de los éxitos sin precedentes, solo le quedaba proferir un gemido y cerrar los ojos. ¡Qué ironía, qué ironía...! Casi preferiría estar muerto de no ser porque, en cualquier caso, sentía que estaba muriéndose.

Para empezar, se había engañado. Había intentado fingir que no estaba pasando, que no pasaría. Y mientras la esperaba, aguardando su ansiada llegada, no hizo caso a los síntomas, diciéndose que no se encontraba tan mal, que solo tenía la garganta reseca por los nervios, que la cabeza le dolía por la expectación ante ese alivio que se había retrasado tanto, y que con su llegada volvería a sentirse de maravilla, pues ella lo curaría de manera milagrosa, y él se olvidaría de sus sospechas en cuanto la viese salir de la estación. Miró hacia la puerta, nervioso, y luego volvió a mirar el coche. La carretera resplandecía suavemente bajo la luz del sol. Hacía muchísimo calor. Era el día que estaban esperando. Resultaba de lo más absurdo ponerse malo en un día así. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Quizá no llegara. Quizá el desastre ya la hubiera sorprendido. Quizá estaba postrada en una cama, enferma o muriéndose, en uno de esos sitios a los que él no podía llamar. Quizá su hijo había caído enfermo, o su hermana. Quizá el tren había descarrilado. Miró el reloj. Tenía que llegar en cinco minutos. Estornudó. Alergia al polen, se dijo. Una molestia que no había padecido en su vida.

Luego empezó a preguntarse por qué no había ido a Londres a recogerla. Qué proceso singularmente tortuoso les había llevado a elegir un sitio como aquel para su encuentro —casi tan inconveniente para él como debía serlo para ella—. Quizá se le olvidara bajar del tren y siguiese como una flecha hasta Southampton, dejándolo a él ahí, esperando para siempre. Ella le buscaría en Southampton, pero él nunca la encontraría, jamás se cruzarían, no volverían a verse nunca. Palpó los billetes en su bolsillo. Quizá se le había olvidado el pasaporte. A fin de cuentas, era un auténtico desastre, a pesar de toda su energía, su arduo trabajo y su abnegación. Desperdiciaba buena parte de sus grandes cualidades con su incompetencia. De hecho, a pesar de llevar semanas planeándolo, cabía la posibilidad de que hubiese perdido el tren. Estaría en Londres, llorando un poquito, rindiéndose, dispuesta a volver a casa y a la desesperanza, diciéndose que nunca habría debido ser tan retorcida como para intentar, aunque fuese por tan breve espacio de tiempo, escaparse. Sin él allí para obligarla, se daría por vencida a la primera de cambio. A él le daba miedo su naturaleza: le faltaba persistencia, acabaría rindiéndose.

Seguiría siendo fiel a sus espantosas obligaciones, pero, en su interior, se abandonaría, y lo abandonaría a él, si no estaba a su lado para amedrentarla y persuadirla. ¿Cómo podía llegar a ella, que estaba en la estación de Waterloo, llorando un poquito sin saber dónde ir?

Oyó el silbido del tren, que se aproximaba a la estación. Sintió un ligero mareo y volvió a estornudar. Habían acordado que no iría al andén. «No entres en la estación —le había pedido ella—, por favor, no entres... Saldré yo a buscarte, espérame. Quiero preocuparme —dijo— pensando que quizá no estés.» «Sabes que estaré», había respondido él. «Sí, lo sé, pero quiero sentir ese momento de inquietud, buscarte pensando que quizá no estés.» Si había llegado, justo ahora estaría sintiendo su anhelado instante de inquietud, pues el tren ya se había detenido y los pasajeros estaban bajando al asfalto caliente y vibrante. Intentó apartar la mirada, pero no pudo quitar los ojos de la salida: ese sofisticado tormento tenía sus límites, incluso para él. Salió una anciana con varios paquetes de papel marrón traídos de la ciudad, luego un niño... Y, por fin, ahí estaba ella, inconfundible, cargando con su maleta, entregando el billete, sin mirar en su dirección. Cuando atravesó la barrera dejó la maleta en el suelo y, sin el menor atisbo de vergüenza, levantó la mirada. Sus ojos se encontraron a través del aparcamiento desierto. Empezó a caminar, a él le pareció que demasiado lentamente, hacia donde él se encontraba, incapaz de moverse. Pero cuando llegó a su lado, esbozó una ligera sonrisa y le dijo:

—Al fin he logrado que vengas.

—¿Estás contento de verme? —dijo ella, tocándole el brazo.

—Tenía miedo de que se te olvidase venir —respondió él, y ambos se rieron. En realidad, que no recordara aquella cita era igual de probable que olvidar la fecha de su muerte, en caso de haberla sabido.

Sin embargo, al reírse, sus rasgos temblaron, y eso le alarmó y le llenó de inquietud. Deseaba que aquel temblor, tan necesario en ocasiones, les diese una tregua. Había intentado organizarlo todo para que ambos, al menos durante un tiempo, evitasen el sufrimiento. Le abrió la puerta del coche y dijo: «Monta», confiando en que cuando estuviese ahí dentro, en ese espacio cerrado, se sintiese más segura y se soltase un poco. Pero ella seguía rígida y seria, y mientras se alejaba de la estación al volante, empezó a armarse de valor (un poco a desgana, y cuánto se odió por esa reticencia) para lo inevitable, para formular las preguntas apropiadas, para consolar, para tranquilizar, para apaciguar. A veces tardaba mucho tiempo: ¿cómo podría

conseguir que esta vez, en honor a la ocasión, desconectase? A menudo lo amenazaba, diciendo: «Llegará un día en que, sencillamente, ya no serás capaz de soportarlo más», y él lo negaba, una y otra vez, lleno de fe. Sin embargo, sabía que llevaba razón. Toda capacidad de resistencia tiene un límite, y, al final, nadie logra no rendirse a él. Como le había ocurrido a ella misma, dos meses antes, cuando intentó acabar con su vida y con la de su hijo abriendo el gas. Huelga decir que su tentativa no llegó a término, pues, por suerte, se arrepintió a tiempo. Él sacó cierto partido del incidente, y de la publicidad de médicos y ambulancias, para obligarla a aceptar que debía alejarse un tiempo de su terrible sentencia, aunque le hicieron falta dos meses de arduo trabajo para persuadirla.

—Eres tonta —le dijo, zarandeándola, mirando fijamente, conmovido, su cara hinchada y enrojecida—. Tonta. Tú misma te sumerges en esto sin piedad, se te olvida que lo único que tienes que hacer, por ti y por tu hijo, es sobrevivir.

—¿Sobrevivir para qué? —dijo ella, sin fuerzas, admitiendo por primera vez el sinsentido de sus sacrificios cuando el niño estaba ya condenado de antemano o, en cualquier caso, no tenía ninguna posibilidad de seguir con vida mucho tiempo.

Así que él se vio obligado a verbalizar esas certezas tozudas que ella ya tenía, a recordarle su perseverancia trágica. La boca de ella habló con el tono plano y moribundo de la razón, y la suya profirió las declaraciones ridículas, nobles y elevadas de la devoción. No lo había hecho bien, pensó, pero al final ella acabó sucumbiendo, se inclinó hacia él, como le gustaba hacer a menudo, y dijo:

—Tú sí que sabes lo que dices, porque al fin y al cabo lo que haces conmigo es cuidarme, aunque no tengas ninguna expectativa de futuro, aunque no te dé ninguna satisfacción ni esperanza. Te admiro por eso.

—Te quiero —dijo él—. Me satisface quererte, me basta con eso. Tú no puedes saber lo que me das, pero es mucho más de lo que esperaba.

—Yo también recibo eso —dijo ella, refiriéndose al niño.

Y retomó al punto, donde la había dejado, su eterna carga. Sin embargo, merced a una capacidad asombrosa, ella siempre lograba hacerlo sentirse querido, darle felicidad, ayudarle a olvidar, ya fuera mientras hablaban, mientras estaban en la cama o mientras realizaban alguna de sus breves excursiones, cláusulas tristes de su contrato. En la práctica, pasaban buenos

ratos juntos y disfrutaban de la compañía del otro. Él pensó que lo que les faltaba para alcanzar la felicidad plena era pasar unos días juntos, con luz y aire fresco, lejos de aquel piso y de aquel niño deprimente, lejos del trabajo deprimente de ella y lejos de su deprimente mujer. Conduciendo a un ritmo pausado por la amplia carretera secundaria en dirección a Southampton y a la libertad, esperó a que ella empezase a arrepentirse para poder comenzar con el consuelo.

Pero no se arrepintió. Se quedó ahí sentada a su lado y, poco a poco, empezó a relajarse. Por la forma en que se encendió un cigarrillo y empezó a sonreír en dirección a los setos que flanqueaban el trayecto, él se dio cuenta de que a ella le gustaba estar ahí. Había llegado por completo: cualquiera que fuese el remordimiento que había sentido por su marcha y por el abandono del niño, ya lo había superado, había logrado dejarlo atrás —quizá en el tren, o incluso antes—. Solo era el nerviosismo normal y corriente en esas circunstancias lo que la había asaltado al bajar del tren. Lo había conseguido, se dijo a sí mismo: ¡una semana entera, y el clima, el viaje, las habitaciones de hotel...! Estiró el brazo para tocarle la mano, y entonces volvió a estornudar.

—Estás resfriado —dijo ella con un tono crítico.

—Alergia al polen —respondió él, despreocupado.

—Eso es una tontería, tú nunca has sido alérgico al polen, y eso no se pilla así como así, ¿sabes?

—Vas a tener que cuidar de mí —dijo él, sin imaginar siquiera hasta qué punto iba a tener que hacerlo.

—Vengo pertrechada con todo un arsenal de pastillas. Eso te lo curo yo rápidamente.

—Anoche hablé con tu hermana —dijo él, ahora que, tras los nervios iniciales, habían iniciado una conversación normal. Se sentía dispuesto, incluso ansioso, a hablar del mundo exterior y sus elementos complejos.

—¿Para qué?

—¡Oh, no sé! Solo quería cerciorarme de que todo estaba en orden. ¡Qué mujer más rara!

—¿A qué te refieres con rara?

—¡Oh, no sé! Se lo toma con mucha tranquilidad. Me refiero al hecho de que nos vayamos juntos.

—Bueno, para ella no significa nada, ¿no?

—No, supongo que no —dijo él, y volvió a centrarse en la carretera,

recordando la voz de su hermana, tan increíblemente similar a la suya. Tan indiferente, al parecer, ante lo insólito de su llamada telefónica. Tan poco impresionada por las alegrías y las penas de su propia hermana. Tan mediocre, incluso en su disposición para conspirar con ellos. Él esperaba, aunque no sabía exactamente qué, una sensación de inquietud, de culpa cómplice, quizá incluso un momento de cariño compartido hacia esa mujer que ahora estaba sentada a su lado. Pero lo único que obtuvo de ella fue una confirmación distraída, absorta e improvisada de que haría lo que se esperaba de ella: mantener su paradero en secreto, ocuparse del niño y de su cuidadora, y no contarle a su terrible madre dónde estaban. Ni siquiera percibió interés en su voz y, ahora que reflexionaba con calma sobre ello, en cierto modo le ofendía que no se hubiese interesado. Sin duda él y sus asuntos eran extraordinariamente interesantes. Al menos a él se lo parecían.

En el barco les fue bien. A él ya le dolía la garganta, pero ella le dio varias aspirinas y unas pastillas para el mareo, y al final incluso lograron echar una cabezada. Por la mañana, les dio tiempo a desayunar a bordo y a estudiarse el mapa, antes de que descargaran el coche.

—Es una locura que vayamos tan lejos —dijo ella, observando la distancia que se proponían atravesar como si nada—. Esto es muy bonito —apuntó, mirando hacia El Havre y aquel mar azul matutino.

—No podemos quedarnos aquí, tenemos que bajar —dijo él, que también había previsto que cualquier tipo de inactividad daría pie a remordimientos.

—Podrías caer enfermo —dijo ella sin demasiada convicción, pues la idea de ir de acá para allá la seducía tanto como a él. ¡Así de estáticas eran las vidas que llevaban en sus respectivos hogares!

—No voy a ponerme enfermo —respondió él.

Pero al llegar la noche, tenía que admitirlo, se encontraba fatal. Es verdad que se habían pasado el día en la carretera, y que no se habían concedido mucho tiempo de descanso. Además, conducir aquel coche enorme había acabado con sus últimas fuerzas. A medida que el día iba avanzando, parecía cada vez más pesado, y al caer la noche casi sentía que le hacía falta emplear un enorme esfuerzo físico para que siguiese su camino. Él condujo hasta donde fue capaz, y ella le aseguró que ya habían llegado lo bastante lejos como para entrar en Yugoslavia al día siguiente, tal y como habían planeado, así que decidieron detenerse en la siguiente localidad (que siempre está mucho más lejos de lo que uno cree), en un país que él supuso que sería Suiza. El hotel

que ella escogió (para entonces él ya se había rendido, dejando la elección en sus manos) era un enorme edificio alemán, y él se recuperó un poco al ver la enorme cama doble y pensar en la cena, y un poco más tras un par de vasos del whisky libre de impuestos que habían comprado en el barco, y que hasta entonces no se había atrevido a beber por los nervios. Se sentaron juntos en la cama tras quitarse los zapatos con los pies, y se rozaron ligeramente los hombros, pensando en la noche que tenían por delante, que era lo que en realidad les había llevado hasta allí. Sin embargo, cuando al fin ella habló, sonriendo con delicadeza para suavizar el golpe, envolviendo con su sabiduría infinita la ligera sorpresa de él, lo que dijo fue:

—Cariño, creo que debería llamar a mi hermana, ¿sabes?

—Claro, claro —respondió él, cumpliendo con su papel de hombre servicial y completamente tolerante—. Por supuesto, ¿prefieres que me vaya o no te importa que escuche tu conversación?

—Quédate, quédate, por supuesto —dijo, agarrándolo del brazo. Y él se quedó a su lado mientras ella llamaba a Inglaterra para suplicar que la tranquilizasen.

Ella intentó ocultarle la intensidad de su súplica, aunque no hasta el punto de pedirle que saliera de la habitación, para que no sospechase lo peor. E hizo bien porque, cuando la oyó hablar, él se cercioró de que la cosa no era tan grave como había supuesto: no hubo lágrimas ni gemidos ni remordimientos evidentes. Lo oyó todo, la escuchó contar todo... Se encontraba tan cerca de ella que habría podido tocarla, y eso fue justo lo que hizo cuando colgó el auricular. Al sentir su contacto, ella se giró hacia él y su rostro pareció responder a la pregunta que le estaba formulando en silencio sin alterar un ápice su indestructible atractivo.

—¡Oh, están bien! —dijo con una sonrisa—. Claro que están bien. Sabe Dios que una semana no va a matarlos, ¿no? —Lo miró fijamente, entrecerrando los ojos—. Y si los matase —añadió—, tampoco pasaría gran cosa. Venga, bajemos a cenar antes de que cierren el restaurante.

Así que se dirigieron al restaurante, donde se sentaron en una mesa y se pusieron a estudiar el menú. Él siempre se había creído capaz de descifrar cualquier idioma, al menos en el ámbito de los menús, pero el alemán, sorprendentemente, los derrotó a ambos. Creyeron reconocer la palabra para «huevos», y luego la palabra para «carne», pero, como ella dijo, bajando su menú escrito a máquina y arqueando las cejas: «¿Qué clase de carne sería?».

Le advirtió de que elegir carne podía convertirse en un asunto peliagudo; para nada era una apuesta segura. Le aconsejó que se decantara por los huevos. Y, en efecto, ella misma optó por los huevos, pero él, que siempre se sentía un poco avergonzado por su interés en la comida (sobre todo en comparación con el gusto espartano de ella, porque su mujer, al menos en ese aspecto, que no en otros temas, era más indulgente), pidió atropelladamente un tartar de ternera.

En principio, parecía que ninguno de los dos platos exigía demasiada preparación, y esperaban poder cenar en un pispás e irse a la cama cuanto antes; sin embargo, para su desgracia, la comida tardó tres cuartos de hora en llegar. Así, él tuvo tiempo para darse cuenta de que, efectivamente, le había subido la fiebre. La garganta le dolía cada vez más, y no podía evitar la sensación de que ella, a pesar de su fidelidad aparente, debía de estar harta. La prueba era que, después de tamaña aventura, y aunque le gustase imaginar que sí, ella no parecía estar deseando, al menos no con tantos nervios como él, sentir sus brazos rodearla de nuevo. Como de costumbre, el último de esos miedos, por ser el único del que se podía sacar algo de emoción, fue el que copó la conversación. Así que mataron el tiempo charlando plácidamente sobre si aún lo quería, sobre si él admitía siquiera que ella lo había querido alguna vez, sobre por qué lo había querido y cuándo había empezado (suponiendo que ese fuera el caso) a quererlo. Luego pasaron al tema de los buenos que habrían sido el uno para el otro si las circunstancias les hubiesen dado la más mínima posibilidad (un tema seguro, pues las circunstancias se habían alineado en su contra de manera tan formidable que jamás se habría esperado que ninguno de ellos volviese a comprometerse con algo tanto como lo habían hecho con su corazón), y mientras se explicaban mutuamente sus infinitos recursos, la comida por fin llegó. Según él, la disposición artística del tartar de ternera explicaba en parte el retraso. Debían de haber tardado al menos cinco minutos, respondió ella, en preparar aquellas pilitas preciosas de pimienta, sal y cebolla, pero ¿en qué habían empleado los otros cuarenta? Al reparar en su huevo crudo, hizo una mueca.

Cuando por fin llegaron a la habitación, él estaba cansado y le dolían todos los huesos. Se desplomó en la cama y se quedó ahí tumbado. Ella se acostó algo después, pues, a pesar de ser la menos vanidosa de las mujeres, descuidada con su aspecto hasta rayar lo punible, esta vez tardó más de lo habitual en cepillarse el pelo y lavarse la cara. Y cuando al fin terminó, él sabía lo que iba a decir.

—Estás demasiado cansado —dijo, metiéndose en la cama y recostándose sobre la almohada redonda, aunque sin tumbarse del todo, mirando su cuerpo lánguido—. Estás demasiado cansado, cariño mío, duérmete, ¿quieres que te lea algo? He comprado un libro para las vacaciones que tiene muy buena pinta... Mira, voy a leerte un poco en voz alta, ¿vale?

Y sacó su libro, que trataba sobre los ancianos y los patrones de parentesco de una comunidad de la clase trabajadora londinense.

—Es muy interesante —añadió, sonriéndole, burlándose un poco de él—, muy, pero que muy interesante. No creo que aguantes despierto más de un par de páginas, incluso en esta cama tan ridícula.

Con un gesto del pie desnudo, ella señaló el edredón bajo el que se suponía que iban a dormir. «¡Pobrecito mío!», exclamó ella, con una convicción repentina. Y, de repente, él intuyó (era una sensación tan frágil que ¿cómo iba alguien a fiarse, a hacer algo al respecto?) que en realidad se estaba compadeciendo de sí misma. De algún modo, fría y alejada de él, incorporada, pues no tenía valor para tumbarse a su lado, temiendo exponerse e implicar a ambos en esa situación, le echaba de menos desde arriba. A él, la certeza de que lo estaba echando de menos le hizo sentirse tan bien que le agarró aquel tobillo que señalaba el edredón y lo apoyó sobre su pecho. Entonces ella empezó a acercarse poco a poco a él, y pasó lo que tenía que pasar. Aunque después, mientras yacía en la cama sin aliento, empapada del sudor curiosamente frío de él, murmuró:

—¡Madre mía, lo siento mucho! No tendría que haberte dejado hacerlo... Quiero decir... ¿que te lo habría tenido que impedir...! Seguro que te hará empeorar, y yo me sentiré fatal, pero ¿te das cuenta de que no he podido evitarlo? No he podido, no he podido..., ya ves.

—¿Y por qué ibas a tener que evitarlo si yo lo deseo con locura? —dijo él, intentando secarse la cara con el edredón, deseando que hubieran hecho la cama con unas sábanas normales.

Sin embargo, el corazón le latía con fuerza, el pecho le silbaba, la garganta le dolía a rabiar, y reconoció que, por supuesto, aunque volvería a hacerlo aun a sabiendas de que moriría justo después, era preferible, y mucho, no morir justo después.

—¿Te arrepientes? —preguntó ella, mientras la tapaba.

Y, aunque él protestó, en su fuero interno sabía que si pasara otro año a su lado habría admitido, se habría limitado a responder: «Sí». Y entonces, quién

sabe, quizá ella simplemente lo habría apretado un poco más fuerte, o a lo mejor, no era tan descabellado pensarlo, hasta se habría reído. Él tenía fe en que los acontecimientos se desarrollasen así. Había que conservar la fe, pues, sin eso, ¿qué quedaba? Ellos, ellos dos, él y ella, no tenían nada más.

Cuando se despertó por la mañana, apenas podía abrir los ojos, y no podía hablar. Ella se había despertado antes, como siempre, pues la rutina rigurosa de su hogar nunca le permitía quedarse en la cama hasta tarde. Llevaba ya demasiados años madrugando para llevar al niño al centro, hacer las camas y dirigirse al trabajo. Él se quedó tumbado con los ojos cerrados, oyéndola lavarse los dientes. Se sentía tan sumamente mal que casi preferiría que estuviesen en Londres, en la monotonía aburrida, frustrante y cómoda de una semana típica, intercambiándose sonrisas en la cantina, compartiendo un cigarrillo al fondo del pasillo cuando se topaban por casualidad, despidiéndose en la puerta al volver a sus respectivas obligaciones. Al menos habrían sabido dónde estaban y, como entre ellos ya se había instalado una cierta alegría melancólica y natural, ambos lo habrían disfrutado: habrían disfrutado sus encuentros y sus despedidas, su resentimiento mutuo, sus peculiares quejas desesperadas. Pero en aquel momento se sentía demasiado enfermo para enfrentarse a la idea de unas vacaciones. Y, entonces, soltó un gemido y se giró, inquieto, hacia ella, que le preguntó:

—¿Cómo estás, cariño? Preferirías que estuviésemos en casa, ¿eh?

Él volvió a gemir.

—Si no hubiésemos venido hasta aquí —continuó, acercándose a él, que se percató de su presencia a través de sus párpados rojos y entrecerrados—, si no hubiésemos salido de Londres, ahora estarías buscándome en la oficina para cerciorarte de que había ido a trabajar. Y habría ido. Siempre voy.

—Estoy fatal —dijo él—, y no pueden ser más de las diez, ¿verdad?

—Yo llevo varias horas despierta —dijo ella—. No podía dormir.

Luego le acercó un vaso de agua y él se lo bebió, pero no se sintió mejor. Ella sugirió, en tono lánguido y poco persuasivo, que se quedara todo el día en cama, pero pudo percatarse perfectamente de su pavor al verlo escudriñar con ojos nerviosos la habitación y decir: «¿Qué, *aquí*?». Ella incluso sonrió.

Así que hizo acopio de fuerzas y se levantó. Después de abonar la noche, se marcharon del hotel. Comieron en Salzburgo. Eso habían planeado, un poco a la ligera, dos semanas antes, mientras compartían un almuerzo conspiratorio y estudiaban un mapa infinitesimal de Europa que él tenía en la parte de atrás

de una de sus libretas del Mercado Común. En efecto, llegaron para comer, pero no temprano. Derrotados por el menú, preguntándose qué querría decir cada palabra, acabaron optando por los huevos otra vez. Se encontraba mejor, pero era una mejoría un tanto aciaga: estaba mareado y se sentía como flotando, y notaba los brazos y las piernas adormilados y livianos. A modo de penitencia, dejó que el amargor de la cerveza bajara por su garganta. Y entonces ella dijo, con total claridad y nitidez, como si le hablase desde una gran distancia, a través del aire fino de la montaña (y quizá lo hiciera):

—Ya sé lo que necesitas: una bebida fuerte.

—¿Y el coche qué? —respondió él, tiritando al pensar en todos los kilómetros que aún tenían por delante.

—Yo conduzco —propuso ella.

—Pero tú no sabes conducir —protestó él, con voz ronca.

—Ah, sí que sé... —dijo ella.

Y cuando él la miró (qué desperdicio para la vista era esa enfermedad, pues le pareció llevar un día y una noche mirando única y exclusivamente el interior de su propia cabeza), le pareció que estaba contentísima, luciendo una especie de satisfacción desafiante, como si, además de su incuestionable diligencia y atención, en cierto modo, disfrutase de ese desastre.

—Antes me gustaba mucho conducir y, de hecho, lo hacía muy bien —continuó—. Compraremos un poco de codeína y te pondrás mejor en menos que canta un gallo.

—Este coche pesa demasiado para ti —dijo él.

—Déjame al menos conducir un rato... Pero antes te compraré unas cuantas cosas que te harán mejorar. Tú quédate aquí y espera a que vuelva.

—No me dejes aquí solo —le pidió—. Voy contigo.

Así que fueron juntos, recorriendo las calles soleadas de la famosa ciudad, buscando el equivalente austríaco de una farmacia. El farmacéutico no accedió a venderles codeína sin receta, así que tuvieron que apañárselas con un mejunje para la garganta y más aspirinas. Luego se dejó llevar, con una sensación de abandono y sumisión impotente, hasta el coche. Y, por primera vez en su vida, consintió sentarse en el asiento del copiloto. Ella no empezó demasiado bien: dio marcha atrás y se empotró contra un muro amarillo, soltó un taco, metió primera, se colocó en el lado izquierdo de la carretera y no encontró el intermitente... Pero al poco rato ya estaban en marcha. Él abrió su botella de whisky, se recostó en su asiento y se rindió. Cerró los ojos, y debió

de quedarse dormido, porque cuando los abrió estaban atravesando hectáreas de flores y árboles de hojas verdes oscuras, y los Alpes se erigían en el horizonte. Ella iba tarareando algo de Mozart, cómo no. Un homenaje pasajero.

—Hola, cariño —dijo él. Y ella dejó de cantar para prestarle atención.

—Es precioso, ¿a que sí? —dijo la conductora—. Es precioso, pero no me gusta nada la pinta que tienen esas montañas. ¿Crees que podrás soportar que yo conduzca a través de esas carreteras llenas de curvas?

—Me rindo —respondió él—. A estas alturas ya da lo mismo que me muera aquí o en cualquier otro sitio, ¿no crees?

—Bebe un poco más —le animó ella.

Y pisó el acelerador, rumbo a ese telón de fondo nevado que se erigía ante ellos.

—Me lo estoy pasando de fábula —volvió a decir al rato, mientras la carretera empezaba a subir, abrupta y peligrosamente—. ¿Tú qué dices?

Él se aferró con fuerza al whisky, sabedor de que no podía negarle un trago si se lo pedía. Y, al rato, eso fue lo que hizo:

—Lo que me hace falta es un traguito —dijo ella, mientras los pinos y los torrentes helados pasaban rozando el coche y desaparecían en la nada.

—Claro —respondió él, y le pasó la botella.

Confianza, así se llamaba eso: confianza mutua. Se acurrucó en su asiento hasta que ella se le antojó más grande que él. Se diría que había adquirido algún tipo de cualidad que él no sabía definir, y se dio completamente por vencido ante ella, pues estaba hecho un trapo, y además seguía teniendo fiebre. Quizá en breve llegasen las alucinaciones. Comenzaba a caer la tarde, y él empezaba a tener hambre, pero ¿cómo iba a ser él, que se suponía que estaba enfermo, quien sugiriese que podrían parar a comer? Y, aunque finalmente le hiciese caso, ella solo le permitiría comer algo inmundo, como otro huevo o un mísero sándwich. Estaba en sus manos.

Le había invadido una sensación tan sumamente rara, después de todos esos meses, casi años, vanagloriándose en su interior de haber cuidado de ella, que mientras estaba ahí recostado, en esa condición antinatural, se remontó hasta el día que se conocieron y repasó su relación, preguntándose si había sido como él suponía, o si, como ahora, había sido más bien todo lo contrario. En la primera conversación auténtica que mantuvieron, y que se produjo en un ascensor del Ministerio, ella estaba tan desesperada que acabó

rompiendo a llorar. Él, que llevaba meses deseándola en secreto sin saberlo, se volvió repentinamente consciente de su deseo, y se deleitó en aquella debilidad caída del cielo. Más tarde, cuando le confesó los motivos de sus lágrimas, él se encogió un poco, pues en verdad no esperaba una tragedia de esa magnitud, a pesar de los rumorcillos que, a través de amigos en común, le habían llegado: la madre chiflada, el hijo tristemente discapacitado, el marido cruelmente huido. «No fue su culpa —diría ella luego refiriéndose al padre, parpadeando con arrobo e incluso riéndose mientras se acababa la ginebra—, lo digo en serio. ¿Quién podría soportarlo? Además, estaba clarísimo que yo prefería al niño antes que a él, ¿y qué hombre soportaría que su mujer prefiriese a un niño *así*? Un niño bonito, pase, eso sería natural, pero ¡Dios santo!, tendrías que ver a mi hijo...» Y, más adelante, cuando su amor hacia ella la había desbordado y rodeado hasta tal punto que él también sintió algo parecido al amor por el pequeño, de hecho lo conoció. De cuando en cuando, jugaba a ser la voz de la razón, sugiriendo clínicas y colegios apropiados, aconsejándole tolerancia. Sin embargo, admiraba su obstinación, y sabía que ella veía sus intervenciones como algo meramente verbal, ruidos de ánimo que solo buscaban magnificar y respaldar sus decisiones acertadas. Heroica, así es como él la juzgaba. Era innegable que estaba tan ansiosa de compañía y contacto humano que le había resultado relativamente sencillo entrar en su vida. Había previsto las recompensas del contacto, y no quedó decepcionado.

También llegó a conocer a su marido, y descubrió que, como ya sospechaba, pues su nombre le sonaba, habían estudiado juntos. Y ahora, pensando en él, mientras atravesaban esa oscuridad desconcertante, lo recordó con una nitidez incómoda: Derek era un hombre extraordinariamente alegre, extrovertido, pero en absoluto estúpido. Fácil de tratar, resultaba casi imposible resistirse a su compañía. No era para nada el tipo de persona con la que uno se plantearía una vida de nubarrones y penas. Pero él la abandonó relativamente pronto, y cuando se encontraron en aquel pub le dijo con un tono alegre, a propósito de su mujer: «¡Dios santo, Daniel, a ella no le importa lo del niño...! Yo diría que hasta le gusta. Lo que no podía soportar era que a mí no me gustase. Ojalá os vaya muy bien, hacéis buena pareja, a los dos os va lo triste. Mira si no a esa mujer con la que te casaste». ¿Y cómo iba Daniel a responderle que a él su ex mujer no le resultaba en absoluto triste, sino que, antes al contrario, le parecía que demostraba una resistencia extraordinaria? Aunque quizá fuera cierto que a ella le gustaba vivir una situación que

inspirase pena. Puede que su felicidad en aquel momento, mientras conducía a través de aquellas montañas con gran pericia, se debiera precisamente a que estaba demostrando su valía contra todo pronóstico. Y él solo podía acompañarla, impotente y dolorido, como un chiquillo enfermo. Puede que en aquella situación ella se sintiera como en casa. Eso no era, en absoluto, lo que él tenía en mente cuando planearon aquellas vacaciones.

Un poco más adelante, justo cuando él acababa de adormecerse, tras llegar a la conclusión de que ella tenía intención de conducir toda la noche, la mujer dio un volantazo, detuvo el vehículo en el arcén y bajó. Empezó a caminar hasta desaparecer de su vista, y él pensó que también debería aprovechar la parada, pero apenas pudo encontrar las fuerzas necesarias para moverse. Cuando lo consiguió, se quedó esperando junto al coche a que volviese. Estaban completamente rodeados por la imponente presencia de las montañas, que se erigían, enormes, ante el coche minúsculo, para luego caer con una pendiente tan acusada que cabía preguntarse cómo podían los árboles conservar ese agarre increíble, desafiante y perpendicular. El silencio era alarmante. A lo lejos, se escuchó el grito de un ave, y el suspiro tenue de una cascada. No podía oír nada que le indicara dónde estaba la mujer, ni el menor crujido. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, descubrió que se encontraba en el otro extremo del área de descanso, apoyada en el parapeto y mirando hacia abajo. Entonces se acercó a ella, se detuvo a su lado y le tocó la mejilla, fría por el aire de la montaña.

—No tendrías que haber salido, con este frío —dijo ella con voz tenue, sin girarse—. Estás enfermo.

—Me encuentro algo mejor —dijo él. En efecto, la sensación que le embargaba era tan rara que le costaba saber si en realidad estaba mejor o había empeorado. Sin duda, tuviera lo que tuviese, el dolor se había vuelto mucho menos localizable—. ¿Dónde estamos? —preguntó unos segundos después.

Ella se giró y le dijo:

—Ya estamos bajando. Hemos cruzado las montañas y, tal y como habíamos previsto, al final podremos pasar la noche en Yugoslavia.

—El silencio aquí es absoluto —dijo él—. Escucha.

Se quedaron escuchando el silencio, y al rato ella dijo:

—No entiendo cómo la gente puede hallar consuelo en la naturaleza, ¿tú puedes? ¿De qué me sirve a mí todo esto? Es el vacío, no hay ni una sola

persona...

Y él coincidió con ella, pero mientras volvía sumisamente al asiento del copiloto, pensó por primera vez en su vida (quizá deliraba a causa de la enfermedad o del alcohol) que ahí había algo más, que esas inmensas formas y pendientes pronunciadas y cumbres heladas en movimiento eran, a fin de cuentas, símbolo de unas condiciones bajo cuya influencia, ante la frágil presencia de la mujer, él también se movía.

Llegaron a Yugoslavia. Ella vivió un momento de exaltación y júbilo en la frontera: salió del coche *ipso facto* y empezó a chapurrear alegremente en italiano con los agentes de aduanas, dejándolo en el interior del vehículo, medio atontado, mientras, animada y alegre, ondeando su melena al viento como una actriz y sin parar de reír, iba a comprarle un bocadillo de jamón serrano y una botella de Slivovitz.

—Pobre, pobrecito mío... —dijo, volviendo a sentarse junto a él e hincándole el diente a su bocadillo—. Apuesto a que estás demasiado enfermo incluso para *pensar* que me quieres, ¿a que sí? —Y, por increíble que pareciese, soltó una carcajada.

—¿Se puede saber a santo de qué estás tan contenta? —logró mascullar él, mientras sentía cómo las migajas secas le hacían heridas en su sensible garganta.

—No lo sé —dijo, arrancando el motor—. ¿Una sensación de éxito, quizá? O porque por fin he logrado que estés indefenso ante mí. Venga, pongamos rumbo a Liubliana.

A él se le había olvidado por completo dónde estaba Liubliana, así que no protestó. Había perdido la noción del tiempo y de la distancia que habían recorrido o les quedaba por recorrer. De cuando en cuando, ahí recostado, medio adormecido, sentía un débil espasmo de resentimiento: tanto esperar para aquello. Estaba ante la excursión de su vida, que solo había podido emprender gracias a una serie de coincidencias milagrosas (como el viaje de su mujer a Canadá para pasar una semana con los niños... ¿Quién iba a poder prever o contar con algo así?), y lo único que podía hacer era quedarse acurrucado, soportando el dolor de cabeza y el mal cuerpo, deseando que ella le dejase tumbarse en una cama cómoda. Ya ni siquiera le apetecía el whisky. Con una sensación de cumplir con su deber, como un buen paciente, desenroscó el tapón del Slivovitz, lo olió y le dio un sorbito. Estaba bastante bueno, mejor que la última experiencia que recordaba con esa bebida, años

atrás. Era seco y afrutado, con un sabor tal vez demasiado fuerte para el color amarillo pálido que tenía. «¿Por qué no sería morado? —se preguntó, mientras le pegaba otro trago—. ¿Por qué no sería morado como las ciruelas?» Y esa fue su última reflexión consciente antes de despertarse en Liubliana y descubrir que ella estaba intentando sacarlo del coche con la ayuda de lo que parecía un botones. Ella y el hombre de uniforme se estaban riendo; de él, sin duda, que se puso de pie tambaleándose, irritado. «Cariño —dijo ella, y él se balanceó un poco, agarrándose a la puerta abierta—, hemos llegado.» En efecto, habían llegado como a una especie de visión o pesadilla: frente a él vio unas inmensas puertas de cristal tras las cuales se abría una galería, pues la mujer parecía haber metido el coche prácticamente dentro del hotel. A su alrededor reinaba el silencio mortal que les había rodeado en las montañas, y entonces cayó en la cuenta de que debía de ser tardísimo. Ella abrió las puertas y él la siguió, tambaleándose, encogido, hasta un ascensor. Cuando llegaron a la habitación, comprobó que ella había subido antes a prepararlo todo, pues su camisón ya estaba sobre la cama; ella, que era incapaz de encenderse un cigarrillo si soplaba la más leve brisa, se había encargado de todo. Para más inri, lo había hecho mientras él estaba durmiendo en el coche: lo había dejado ahí, como su mujer y él solían dejar a los niños pequeños dormidos, mientras almorzaban en restaurantes rurales. El botones y ella parecían llevarse a las mil maravillas, y hablaban en inglés, francés e italiano. Probablemente se estarían burlando de él, pero los oídos le zumbaban y le pitaban tanto que no podía oírlos. Se sentó en la cama, y el botones por fin se marchó. Cuando ella se giró hacia él, tras cerrar la puerta con llave, sin poder quitarse de encima la sensación de que le habían tomado el pelo a sus espaldas y se habían mofado de él mientras dormía, se sintió presa de una enorme ira.

—¿Se puede saber dónde demonios estamos? —preguntó, mirando a su alrededor, irritado. El hotel era moderno y sencillo, y la cama y las sillas estaban tapizadas con una especie de cuero negro almohadillado, de ese que siempre aparecía en sus fantasías eróticas.

—En Liubliana, por supuesto —respondió ella, desvistiéndose tranquilamente y metiéndose en la cama.

—¿Estás loca! —dijo él—. ¿Cómo no se te ha ocurrido parar antes?

—Esto era lo que habíamos planeado —se limitó a responder ella—. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor?

—Estoy fatal —respondió él. La sonrisa benévola de ella estuvo a punto de hacerle derramar unas lágrimas.

—Mejor será que ahora duermas un poco —dijo ella, y empezó a desatarle los zapatos. Él la dejó que se los quitase, pero mientras ella estaba ahí, de rodillas ante él, se sintió abrumado por una tristeza lúcida tan potente que se incorporó y la abrazó, llevándole la cabeza a sus rodillas y acariciándole la melena.

—Cariño —dijo él—, lo siento mucho, muchísimo, pero es inútil, no tenemos ninguna posibilidad, nunca hemos tenido ninguna posibilidad. Somos muy buenos el uno con el otro, pero todo es inútil, es completamente inútil... ¡Lo mismo da que nos rindamos! ¿De qué nos sirve ser tan atentos, ser tan buenos y atentos?

Al final, consiguió hacerla llorar. Él le acarició la melena.

—No me importa, no me importa —dijo ella, acurrucada en su regazo.

—La cuestión es —dijo él, viéndolo por fin con claridad— que, si estuviésemos juntos, te hundiría. Lo sabes, ¿verdad? ¿Y tú? A la gente siempre le va mal cuando se empareja de forma oficial.

—Eso no es verdad —dijo ella—. Pero, aunque lo fuese, no pasaría nada.

—Claro que pasaría —dijo él, dolorido—. Llevamos muchísimo tiempo diciéndonos a nosotros mismos que si tuviésemos la oportunidad...

Sin embargo, no pudo decir todas las cosas que habrían podido ser, hacer, tener: amor, armonía, ausencia de dolor y crueldad, ausencia de ausencia.

—Pero, cariño —dijo ella, y pudo sentirla temblar con una nueva emoción—, ¿es que no lo ves, amor mío, que simplemente no tenemos la *posibilidad* de tener la posibilidad? Es increíble, la verdad. Es un milagro. Incluso ahora —y levantó sus ojos, enmarcados por unas grandes ojeras grises provocadas por el cansancio—, incluso ahora..., que teníamos una mínima posibilidad, vas y te pones enfermo, de modo que nunca sabremos cómo habría sido. Nunca tendremos que preocuparnos por eso, podremos limitarnos a seguir siendo buenos y a hacernos promesas. Es increíble, la verdad... Nunca encontraremos ninguna razón para saber que no habríamos podido conseguirlo.

—¿Que no podríamos conseguir qué? —preguntó él, pues, aunque sabía lo que quería decir, quería comprobar si era capaz de verbalizarlo.

—No lo sé —respondió ella, avergonzada ante la sencillez de aquel sentimiento, poniéndose de pie y quitando el cobertor de la cama—. No lo sé. Ser felices, supongo que solo se trata de eso.

—Yo soy feliz —dijo él, observándola colocar su vaso de agua, su libro sobre gente anciana, su paquete de tabaco, su botecito con pastillas sobre la mesilla.

—¿Sabes qué? —dijo ella, hablando por hablar, mientras él se metía en la cama a su lado—. Este hotel es enorme, pero únicamente la parte de delante es moderna. No es todo así, ni mucho menos... Hay muchas más hectáreas, muy antiguas, desgastadas y desconchadas, con murales del siglo XIX, pasillos cubiertos de mosaicos sucios, ventanas estilo *art nouveau* y vete a saber qué más. Solo le han añadido este trocito de cuero negro para gente como nosotros: turistas extranjeros. Tienes que ver el resto por la mañana. El contraste resulta un poco aterrador, pero mágico. Te gustará.

—Lo veré —dijo él— si no me he muerto antes.

—¿Quieres que te lea algo o vas a dormirte ya? —dijo ella, que había abierto el libro por el marcapáginas.

—Eres increíble —dijo él.

—Sí, ¿verdad? —respondió ella, satisfecha, sonriendo sin mirarlo—. Y una cosa más te digo: nunca podrás hundirme, porque nunca tendrás tiempo para hacerlo como Dios manda. Lleva su tiempo hundir a otra persona.

—En ese caso, perfecto —dijo él, cerrando los ojos, mientras ella empezaba a leer su libro.

Por su cabeza pasaron imágenes confusas: pinos, señales de tráfico, coches y colinas. En aquellos instantes no era capaz de decidir si ambos estaban preparados para hacer frente a los desastres que les había tocado vivir, ni por qué razón se le había pedido a ella soportar a ese niño, ni hasta qué extraordinario punto eso había curtido su naturaleza (quizá era su imponente valía lo que había entrevisto unas horas antes mientras estaba a su lado, en el coche... Oh, se le había olvidado llamar a Londres, a la mañana siguiente le recordaría que llamase), mientras que lo único que él tenía que soportar (lo único, ¿por qué lo único?) era un resfriado que había pillado por meterse en la cama con el pelo mojado y a una mujer histérica y frígida. Pero quizá, al fin y al cabo, era absurdo compararse así, porque ni la tragedia ni el amor son posesiones humanas: no se asignan, sino que impregnan el aire. En realidad, son un telón de fondo, como los pinos, y no hay nadie que no viva en esas condiciones en perpetuo movimiento, de suerte que en realidad las penas de la mujer eran también las suyas, y las de todos. De modo que no estaba

haciéndose cargo de ellas ni usándolas ni manipulándolas con frialdad, como a veces temía, al menos no más que ella, porque ambos formaban parte de una misma cosa, vinculados como ese cuero negro a esos frescos descoloridos. Una sensación mística sobre la hermandad de todas las penas se apoderó de él mientras estaba ahí tumbado, delirando a causa de la gripe y del alcohol: en ese caso, ¿cómo iba a poder abusar de ella o hundirla?

Por la mañana apenas recordaba lo que se le había pasado por la cabeza la noche anterior, pero sí se acordó, diligente, de decirle que llamase a Londres para ver cómo iba la cosa. Y ella le dio las gracias, aunque, huelga decirlo, ya lo había pensado.

Curiosamente, mucho después de que volviesen a Inglaterra, años después, él solo tenía que pensar en pinos y paisajes montañosos para recordar algo que había comprendido vagamente: una revelación consoladora demasiado tenue para que pudiese verbalizarla; una revelación que había perdido sus palabras, sus bordes nítidos y su significado, pero no sus imágenes. Pensaba en pinos, y pensaba en ella, y el recuerdo (¿por qué no iba a escoger, incluso hablando consigo mismo, una palabra con cierta dignidad?) lo reconfortaba.

(1969)

LOS REGALOS DE LA GUERRA

Timeo Danaos et dona ferentes

Eneida, libro II, 49

Al despertarse por la mañana, supo de repente, en cuanto recuperó la conciencia, que tenía algún motivo para sentirse satisfecha consigo misma, un extraño motivo por el que regocijarse. Se quedó tumbada un rato, disfrutando tranquilamente de esa sensación insólita, sin preocuparse por ubicarla, agradecida por el calor placentero y difuso que le proporcionaba. La protegía de los ronquidos desagradables de su marido, de la idea de preparar el desayuno, del frío del linóleo cuando por fin decidiese salir de la cama. Tenía que despertar a Kevin. Últimamente, siempre se le pegaban las sábanas, y tardaba muchísimo en vestirse y desayunar. La verdad es que le sorprendía que no llegase todos los días tarde al colegio. Nunca pensó en mandarlo a la cama más temprano, pues no tenía valor para apagarle la tele y, además, disfrutaba enormemente de su compañía. Le gustaba que estuviese a su lado por las noches, riéndose con esas carcajadas bobaliconas propias de los siete años, con bromas que no entendía; bromas que, de hecho, ella tampoco entendía siempre, y que a veces no podía explicarle cuando él se lo pedía. «No sabes *nada*, mamá», se quejaba él, pero a ella no le importaba su condena, pues tampoco aspiraba a saber nada. Le divertía verlo actuar como un hombrecito, fingiendo superioridad, inocente e inútilmente, con una ignorancia mucho mayor que la suya —aunque preferiría haber muerto antes de que Kevin sospechase que se divertía a su costa, de que descubriese su permisividad—. Aun queriendo que se quedase a su lado, ella no paraba de reñirle y respondía con gritos a sus preguntas infinitas, desdeñándolo, reprimiéndolo, provocándolo. Y no sufría con ese comportamiento, pues sabía

que no podían hacerse un daño definitivo: él aún era un niño, no un hombre hecho y derecho, y no tenía capacidad para causar auténtico dolor, como tampoco ella podía reprimirlo de verdad. En cuanto a las quejas burlonas y casi obligatorias sobre su modo de cocinar y su ignorancia, propias de cualquier chiquillo, parecían exorcizar, en cierto sentido, aquellos otros ataques violentos y más crueles. Era como si se dijese: si cuando mi niño me grita no va en serio, quizá mi marido tampoco lo haga. Quizá en mis moratones y en mi pelo canoso no haya una ofensa más grave que la que se esconde en esos quejidos inocuos y pueriles. En el chiquillo encontraba una forma de aceptar, sin demasiada sumisión, la suerte que le había tocado.

Quería muchísimo al niño. Lo quería con tanta pasión que una pequeña parte de esta se desbordaba generosamente sobre el hombre que la maltrataba. Perdonándole al niño que llevara su *blazer* y su camisa sucia, y su corbata manchada de comida, en cierto sentido perdonaba también al hombre por sus viernes por la noche y por el vómito infantil con el que solía toparse en las escaleras o en el suelo de la habitación. Jamás se le pasó por la cabeza que un hombre adulto, más que odiarlo, podría llegar a sentirse ofendido con ese perdón «de segunda mano». Nunca pensó en las emociones del hombre, sino solo en las suyas. Y sus sentimientos por el niño la redimían de su amargura y arrojaban algo de luz sobre aquella casa adosada, lúgubre y grisácea, y sobre las tierras yermas repletas de los escombros de la ciudad. Su acérrimo compromiso tenía asombrado al vecindario. «Es una mujer resentida —decían los vecinos—, se abre demasiado poco, pero hay que reconocérselo, ha sido una madre fantástica para ese niño.» «Ha tenido una vida dura, pero ha sido una madre fantástica para ese niño.» Y ella, ajustándose el pañuelo de lana sobre las orejas doloridas mientras bajaba por la calle fría, ventosa y empinada, para sumarse a la cola de la oficina de correos o de la carnicería, caminaba bien erguida, con orgullo, esbozando una sonrisa secreta mientras reivindicaba y aceptaba su papel, su lugar, su dignidad social.

Esa mañana, cuando despertó a Kevin, el niño le recordó al instante el motivo de su satisfacción, sacando a la superficie la sensación agradable que había acompañado su despertar.

—Hola, mamá —dijo, abriendo los ojos—, ¿cuántos años tengo hoy?

—Pues siete, ¿cuántos vas a tener? —respondió ella, con una mirada seria, fingiendo con tono desdeñoso, como si no hubiese comprendido al instante el significado de la pregunta—. ¡Venga, arriba, niño! ¡Qué vas a llegar tarde,

como siempre!

—¿Y cuántos años tendré mañana, mamá? —preguntó, mirándola con ojos inquisitivos, esperando esa iluminación tardía e inevitable.

—Vamos, vamos... —contestó airadamente, fingiendo impaciencia, arrancándole las sábanas y observándolo retorcerse de frío, pequeñito y esmirriado con su pijama de rayas.

—Venga, mamá... —suplicó él.

—¿Cómo que «venga»? —preguntó ella—. Tienes más cara que espalda, anda... ¡A levantarse se ha dicho! Si no te levantas inmediatamente, te quedas sin desayuno.

—Piensa un poco, mamá —dijo el niño—, ¿cuántos años tendré mañana?

—No sé de qué me hablas —insistió ella, quitándole la parte de arriba del pijama mientras se preguntaba hasta cuándo alargar el juego, confiando en su sentido del ritmo.

—¡Sí que lo sabes, sí que lo sabes! —gritó, mientras empezaba a perder, poquísimo a poco, la paciencia—. ¡Sabes perfectamente qué día es mañana!

—Madre de Dios, ¡qué cabeza la mía! —dijo, juzgando que ya era hora de concluir la broma—, casi se me olvida... Mañana cumplés ocho añazos. ¡Qué cabeza la mía!

Y lo vio sonreír y escabullirse, ya demasiado mayor para abrazos, con un cariño torpe y bobalicón. En esa época ella ya evitaba el contacto con él, apartándolo, para su irritación, cuando el niño se apoyaba en el brazo de su sillón, zafándose cuando se topaba con ella en el pasillo o en la cocina, quitándole las manos de su falda o de su delantal cuando el pequeño le pegaba un tirón en busca de atención. A veces echaba de menos al bebé dócil, suavcito y orondo del pasado, pero al mismo tiempo estaba orgullosa de su crecimiento destartalado, más feliz y ya más acostumbrada a las hostilidades entre ambos (una mejor tapadera para el amor) que a las sonrisas tiernas y amplias de la adorable infancia.

—¿Qué me has comprado para mi cumpleaños? —preguntó, retorciéndose para quitarse la parte de abajo del pijama. Ella se giró desde el umbral de la puerta y le dijo:

—¿Cómo que qué te he comprado? No te he comprado nada. Los regalos son solo para los niños que se portan bien.

—¡Pero si yo me porto bien! —respondió él—. Llevo portándome mejor que nunca toda la semana.

—Pues yo no me había dado cuenta, así que no creo que te hayas portado tan bien —dijo ella, sabedora de que ceder demasiado rápido arruinaría el peligroso placer de la expectación llena de dudas.

—¡Venga, dímelo! —dijo el niño. Su súplica quejumbrosa delataba que estaba casi seguro de que le había comprado lo que quería; casi, pero no del todo. De hecho, tenía el punto justo de incertidumbre calibrada meticulosamente, un tormento esperanzado que le duraría veinticuatro horas enteras, hasta la mañana de su cumpleaños.

—Ya te lo estoy diciendo —dijo ella, con la mano en la puerta, mirándolo con ojos serios—: no te he comprado nada. —Y entonces, mágica, deliciosamente, se concedió, y le concedió, ese precioso momento de gracia —: No te he comprado nada... *todavía* —dijo en tono aciago, conspiratorio y ligera, ligerísimamente amenazador.

—¡Pues ve a comprarlo hoy! —chilló él, incapaz de contenerse ni de respetar las reglas. Ella, fingiéndose irritada por su ímpetu, se alejó al punto de la pequeña habitación interior, bajó por las escaleras estrechas a la cocina y gritó, con un alarde excesivo de aspereza:

—¡Venga, arriba...! Y vístete de una vez, que vas a llegar tarde al colegio, como siempre. —Luego se dedicó a escudriñarle mientras se comía los copos de maíz, viendo desaparecer cada cucharada, soltando un profundo suspiro de ira resignada cuando derramó la leche sobre el hule, descubriendo su mirada culpable cuando trataba de limpiarlo con la manga... Era incapaz de dejarlo tranquilo, incapaz de relajarse y dedicarse a demostrar una ternura precavida.

El niño salió por la puerta trasera para ir al colegio. Ella cruzó el patio con él y se quedó en el umbral, como siempre, hasta que le vio desaparecer por el callejón estrecho que separaba dos filas de casas, caminando sobre el antiguo adoquinado industrial, reliquia de otra época. Pero ese día, cuando llegó a la puerta de los Stephenson, ella le pegó un grito: «¡Entonces mañana serán ocho!», y sonrió y le dijo adiós con la mano, y él sonrió también, emocionado, afectuoso, desde los diez metros que los separaban. Esa sonrisilla, esos modernos calcetines grises hasta las rodillas, ese pelo corto, siempre revuelto, resistiéndose a la violencia del cepillo con el que trataba de domeñarlo cada mañana... Le recordaba a un pajarillo, no sabía por qué, no podría decir por qué, pero el caso es que le recordaba a un pajarillo vulnerable, torpe, tenaz y conmovedor. Luego Bill Stephenson salió de su casa por su puerta trasera y los dos se alejaron juntos por el callejón, excluyéndola,

dejándola atrás, pegando patadas a piedrecitas y a paquetes de tabaco con sus brillantes zapatos rayados.

Cruzó de nuevo el patio y entró en la casa. Y preparó un té y se lo subió al hombre, que seguía en la cama. Lo apoyó en la esquina del tocador que había a su lado, sin despegar los labios, como si no osara abrir la boca. Su cara solo era capaz de componer una única expresión, la que ella usaba para esconder las dos principales emociones que dominaban su vida: resentimiento y amor. Aquellas dos pasiones se enfrentaban en su interior con tamaña violencia que le resultaba imposible pasar de una a otra. Carecía de la flexibilidad necesaria para hacerlo, de suerte que vivía en una tierra de nadie inexpresiva y gris entre ambas, sintiendo, en cierto modo, que así lograba una especie de justicia.

—Hoy voy a la ciudad —dijo ella, cuando el hombre se giró en la cama y la observó.

Él respiraba con dificultad, mirándola fijamente.

—Voy a comprarle a Kevin su regalo de cumpleaños —continuó, con una voz fría y neutra, que ofrecía justicia y nada más.

—¿Y qué voy a comer yo? —dijo él.

—Ya habré vuelto para esa hora —respondió—. Y si no, puedes hacerte tú algo, que no te vas a morir.

Él balbuceó algo y tosió, y ella salió de la habitación. Ya en la planta baja empezó a sentir por fin el auténtico placer del día, y se dejó invadir por él poco a poco. Llevaba tiempo esperando aquella fecha, y nadie podría arrebatársela. Se iba a conceder un té en la mesa del comedor, pero, antes de sentarse a beberse, cogió su monedero de plástico con cremallera de detrás del reloj de la cómoda, lo abrió y sacó el dinero. Ahí estaba, todo: treinta chelines, tres billetes de diez, bien doblados en un sobre marrón. Necesitaba veintinueve chelines con once peniques, así que encima le iba a sobrar. Treinta chelines, ahorrados en secreto, listos para gastar. Más de una vez se había preguntado si debería usarlos para comprar algo útil, pero ahora sabía que no sería así. Le compraría lo que él quería: un regalo sin sentido, grotesca e injustificablemente caro. Nunca se le había pasado por la cabeza que el placer que sentía al hacer cosas por Kevin era egoísmo puro y duro, pero de repente esa idea la hizo sentirse culpable. Lo cierto es que se habría sobresaltado con gesto furtivo, como una avariciosa, si alguien hubiese llamado en ese momento a la puerta para interrumpir su contemplación, y habría desmentido con vehemencia la intensidad de su expectación.

Cuando al fin se puso el abrigo, se ajustó el pañuelo a la cabeza y empezó a bajar la calle, intentó aparentar ante los vecinos que no iba a ningún sitio en concreto. Saludaba tranquilamente con la cabeza a todos aquellos con los que se cruzaba, e incluso se detuvo para mirar boquiabierto a la bebé de la señora Phillips. La pobre criatura, toda engalanada con lacitos y ganchillo rosa, parecía una tarta. Era una imagen espantosa: habría que prohibirles a los padres hacerles esas cosas a sus hijos. Llegó a acercarse a la tienda para comprar cuatro onzas de té que le servirían como tapadera de su excursión, pues así de reticente se mostraba a que alguien supiese que iba a la ciudad, cosa insólita en ella, un miércoles por la mañana. Y mientras bajaba por esa calle empinada que aún recorrían las vías abandonadas del tranvía, de camino a la siguiente zona tarifaria del autobús, no habría sabido decir si estaba alargando el paseo para ahorrarse dos peniques o para ocultar taimadamente su destino, tanto a ella misma como a su vecindario, hasta el último momento.

Porque en esa época rara vez iba a la ciudad. Antaño hacía el camino muy a menudo, y bajaba la colina en el tranvía con sus amigas solo con intención de mirar unos cuantos escaparates, echarse unas risas y tomar una taza de té. Era tan pobre entonces como ahora, pero aún optimista, aún tocada por esa fe conmovedora en que, si por algún milagro pudiese comprarse unas medias, una blusa de encaje azul o un pintalabios de marca, obtendría la liberación en forma de dinero, matrimonio y amor: glorificada por esa blusa seductora, un príncipe azul la distinguiría entre la multitud y se la llevaría a un mundo mejor. Recordaba perfectamente lo optimistas que eran todas ellas en aquel entonces. Incluso Betty Jones, la gorda, monstruosa y ridícula Betty Jones, había abrigado esas ilusiones color de rosa, y había contemplado junto a ellas, anhelante, prendas demasiado pequeñas y demasiado caras, convencida, quién sabe cómo, de que si por casualidad o por suerte pudiese comprarlas, todo su sebo se derretiría, dejando ver a la chica encantadora que se escondía debajo. El tiempo puso a Betty Jones en su sitio: ahora iba por ahí arrastrando unos zapatos que crujían y se resquebrajaban bajo su descomunal peso. En cuanto a ella, su propio príncipe azul, cuya necesidad y deseo solo había visto reflejarse de verdad en sus ojos una vez en su vida, la esperaba en su casa, tirado en la cama, con la barba de tres días, sucio, enfermo o haciéndose el enfermo, pero siempre antipático. Se acordó de aquella pobre chica que había visto en él otras cosas, y sintió un asombro desdeñoso y compasivo. ¡Qué idiotas habían sido todas riéndose, cuchicheando, señalando, susurrando,

gastándose sus sueldos exigüos en ponerse guapas para ese sacrificio! Cuando ahora veía a las chicas jóvenes, de la misma edad que ella tenía entonces, señalando y soltando risitas con esa misma ignorancia cómplice, se apoderaba de ella una amargura tan intensa que tenía que apretar los dientes para dominarla, y sus rasgos faciales se endurecían intentando plantarle cara, soportarla, ocultarla. A veces la abrumaba el deseo impulsivo de ponerlas sobre aviso, de acercarse y darles una palmadita en el hombro para que giraran hacia ella esas caras bobas y estupefactas, tocadas por esos moños estrafalarios, pegajosos y ultraperfumados, alarmadas e incrédulas. «¿A qué os creéis que estáis jugando? —les diría—. ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¿Dónde creéis que os va a llevar, qué creéis que estáis pidiendo?» Y ellas la mirarían atónitas, parpadeando, sin comprender nada, como el ganado que se dirige al matadero, como vírgenes de un sacrificio a las que aún no les inquieta el olor de la sangre. «Yo os podría contar un par de cosas —querría decirles—, lo suficiente para borraros esa sonrisilla idiota de la cara...» Pero nunca les dijo nada, pues el caso es que no tenía claro si lo que sentía y la preocupaba al ver a esas inocentes era envidia o una auténtica piedad caritativa.

Lo que más la protegía de aquel sentimiento de envidia, puro, genuino y voraz, era sentir su propia salvación. Porque, sorprendentemente, ella, contra todo pronóstico, sí se había salvado. Su vida, que, tras ese día de boda, nailon blanco y rosas, pareció sumirse profundamente y casi al instante en un lodazal de penurias, cerveza y brutalidad, se vio tan redimida con la llegada de su hijo que al menos podía permitirse sonreír con una especie de sabiduría superior, desde un orden más elevado del conocimiento, a esas personas que no habían conocido sus miserias y sus consuelos. Aquellas adolescentes idiotas nunca alcanzarían esa redención: jamás sabrían lo que es encontrar amor, identidad y calor humano en algo que a primera vista parece una atadura dolorosa, fea y ensangrentada, en un ser que al principio creyó una condena aún más perentoria e incluso un golpe mortal a las ideas aterrorizantes de desesperación y huida. Cuando divagaba sobre eso —algo que hacía a menudo, pues tenía poco más en lo que pensar—, sentía que solo a ella, o tal vez a ella y a otros pocos elegidos, se le había permitido entrever un destello de la naturaleza misma de los mecanismos arduos y misteriosos de la supervivencia humana, y un estado de comprensión casi visionario la invadía por completo. Eso era lo único que le quedaba; y, como su orgullo la mantenía

aislada de las muestras de compasión amables, cotidianas y menguantes, era perfectamente consciente de ello. Su papel maternal, su alegría y su pena constituían su único sustento. Ahora miraba por la ventana del autobús, que se acercaba al centro de la ciudad y a las tiendas, mientras pensaba en el regalo que iba a comprarle. Sus ojos se posaron en los lugares bombardeados, en los escombros y en la decadencia de décadas, en las paredes recubiertas de un papel sucio que llevaba años ondeando al viento, y vio también campos de adelfas verdes y moradas que crecían entre los ladrillos, sobre una capa de tierra finísima, entre el polvo de piedras y cascotes. Altísimas, parecían aspirar tenazmente a alejarse de esa tierra fina y yerma. Tenía que significar algo. Mientras lo observaba, supo que tenía que significar algo. Ella también había crecido en ese paisaje. Su hijo y ella se habían nutrido de él. Sabía lo que significaba.

Frances Janet Ashton Hall también sabía lo que significaba, porque ella había nacido y se había criado en ese mismo lugar, aunque, al ser más joven, no llevaba tanto tiempo viviendo ahí y, al pertenecer a otra clase social, era consciente de que no estaba condenada a quedarse de por vida. De hecho, estaba a punto de marcharse, pues el próximo otoño comenzaría la carrera de Económicas en una universidad del sur. En cualquier caso, conocía su significado. Era una hija de la posguerra. No en vano, había visto desde su infancia los cielos rojos y humeantes provocados por las plantas siderúrgicas que se dedicaban a fabricar armas para los árabes, para los sudafricanos, para todos esos países malvados. No en vano, había descubierto las cicatrices profundas en el centro de la ciudad, no todas cómodamente disimuladas con aparcamientos. Hasta podía «presumir» de haber perdido a un familiar en los bombardeos aéreos: su tía abuela Susan, que se negó a que la trasladasen al distrito de Los Lagos, falleció por una bomba extraviada que cayó en plena zona periférica y residencial. Frances aún no era lo bastante mayor para elaborar conjeturas sobre el efecto que ese relato, que le repetían con frecuencia haciendo hincapié en los detalles escabrosos, había tenido en el desarrollo de sus sentimientos. Como es natural, atribuía su pacifismo ardiente y sus profundas convicciones políticas a una virtud radical e innata. Aunque, si buscaba otras raíces para sus creencias, resultaba mucho más probable que las relacionase con su fervor reciente por un nuevo amigo, un tal Michael

Swaines, que con alguna neurosis de la infancia.

Admiraba a Michael. Pero también le gustaba por otras razones que nada tenían que ver con la admiración. Su carácter meticuloso y su inteligencia la llevaban a pasar horas estériles, inquietas y placenteras intentando desenmarañar y separar sus diferentes emociones, para luego sopesar su respectivo valor. Al ser tan joven, daba mucha importancia al desprendimiento y a la generosidad. Mientras estaba, por el bien de Michael, en una esquina ventosa a la vista de todo el mundo, justo en la puerta de los grandes almacenes más importantes de la ciudad, con una pancarta en la mano y un cartel de caballete que proclamaban la necesidad de paz en Vietnam y pedían la prohibición de las armas nucleares y de todo tipo de armamento, mantenía también un diálogo harto elocuente con su propia conciencia. Y es que intentaba averiguar si de verdad estaba ahí por Michael, y solo por eso, o si se habría manifestado en cualquier caso, por el bien de la propia causa. ¿Qué habría sucedido, se preguntó, si quien le hubiese pedido que hiciese el ridículo hubiera sido el desagradable Nicholas, el hijo del director del Centro Educativo para Adultos? ¿Habría accedido? No, ni harta de vino. Se habría burlado con desdén de la idea de ponerse un cartel de caballete, y habría encontrado todo tipo de argumentos convincentes contra ese tipo de muestra pública en el que ahora se había implicado. Por otra parte, eso no invalidaba sus acciones exactamente, pues *de verdad* creía, al igual que Michael, que las manifestaciones públicas eran necesarias y útiles. Era solo que, si no hubiera sido el propio Michael quien la hubiese persuadido, su reticencia innata a exponerse la habría vencido. Así pues, estaba haciendo algo bueno, pero por una razón equivocada. Como el hombre de *Asesinato en la catedral*. Quizá por una razón equivocadísima, porque era innegable que incluso encontraba un cierto placer corrupto en hacer cosas que aborrecía —abordar a desconocidos, agitar cajitas de colecta, exponerse a que la mirasen fijamente — cuando sabía que otras personas lo apreciarían. Sentía una especie de anhelo por la desgracia y el martirio. Como desnudarse en público. Aunque no era, eso seguro, *exactamente* lo mismo, porque desnudándose no hacía ningún bien, mientras que revelarles a la gente los peligros de una gran guerra era una ocupación útil. Así pues, al menos se consolaba diciéndose que hacer algo bueno por una razón equivocada era sin duda mejor que hacer algo malo por una razón equivocada, ¿no? Aunque sus padres, huelga decirlo, opinaban que lo que hacía no era tan bueno, y que uno no debería ir por ahí molestando a

compradores inocentes. «¡Dios santo! —pensó con una tristeza repentina—, quizá la única razón por la que hago esto es para cabrear a mis padres». Y entonces, armándose de valor para espantar esa sospecha temible, se acercó a una mujer esmirriada con un abrigo desgastado de terciopelo rojo y le preguntó qué le parecía la política estadounidense con respecto a Vietnam.

«¿Eso qué es?», preguntó la mujer airadamente, irritada por que la parasen en plena calle, y cuando Frances le repitió la pregunta la miró como si fuese idiota y se marchó sin responder. A Frances, que se estaba acostumbrando a ese tipo de reacción, no le dolió tanto como al principio de la mañana: incluso empezaba a encontrarle la gracia. Se dijo que quizá podría dejarlo un rato e ir a buscar a Michael, que había entrado a los grandes almacenes para intentar convencer al encargado de la sección de juguetes de que no vendieran metralletas ni bombas ni acorazados para niños. Ya estaba pensando en ir tras él, y cuando un hombre asqueroso con un sombrero de paño lanzó un escupitajo, justo al lado de su zapato izquierdo, y masculló algo sobre que los putos estudiantes tenían que dejar de joderle la ciudad a la gente decente, acabó de decidirse. Así que se quitó su cartel de caballete, dobló la pancarta y atravesó las puertas giratorias para entrar en ese calorcito agradable. Aunque era Semana Santa, todavía hacía muchísimo frío, pues la primavera siempre parecía llegar allí dos meses más tarde que al resto de Inglaterra. Era una auténtica pena, se dijo, que no se convocasen más manifestaciones en Semana Santa. Le habría gustado manifestarse más a menudo, sería más social, pero Michael creía en los grupos aislados de resistencia. En realidad, lo cierto era que no le gustaban las cosas que no organizaba él. No lo culpaba por eso, pues era un organizador maravilloso. De hecho, resultaba sorprendente el entusiasmo que había despertado entre el sindicato de estudiantes para un proyecto que, a fin de cuentas, estaba destinado al fracaso; no, al fracaso no, no quería decir eso. Se refería a que no era divertido, y parecía bastante probable que, en principio, a cualquiera con un sentido de la responsabilidad social ligeramente inferior al suyo no le resultara demasiado interesante. Y entonces divisó, en el mostrador, unas medias verdes preciosas y se preguntó si podría permitirse un par. La historia de Michael respecto a los niños y a la violencia resultaba, cuando menos, curiosa: su hermano estaba redactando una tesis sobre la violencia en televisión, y ella supuso que eso le habría afectado. Admiraba su fe, aunque no podía evitar que le recordase a un relato breve escrito por Saki que había leído años atrás y que se titulaba *Los juguetes de la*

paz. Este trataba sobre la imposibilidad de conseguir que los niños jugasen con otra cosa que no fuesen soldados, o algo por el estilo.

Cuando llegó a la sección de juguetes, localizó a Michael de inmediato, pues lo oyó alzar la voz en pleno altercado. De hecho, al acercarse al lugar de donde provenían los gritos comprobó que se había montado un pequeño escándalo. Si Michael no se volviese tan sumamente impresionante cuando montaba esos numeritos, se habría puesto nerviosa y habría huido, pero, como ya lo conocía en esos trances, se acercó con discreción y empezó a merodear alrededor del ojo del huracán. Michael discutía con un hombre vestido con un traje negro, algún tipo de encargado, supuso ella (a pesar de no tener ni idea de lo que eran ni de lo que hacían los encargados), y con una mujer que llevaba un mono de trabajo. Las frases que salían de la boca del hombre delataban que estaba comenzando a perder la paciencia:

—Escuche una cosa, jovencito: no estamos aquí para decirles a nuestros clientes lo que tienen que comprar... Estamos aquí para venderles lo que ellos quieren.

Y entonces Michael lo abordó con sus típicos argumentos sobre responsabilidad y educación, alegando que por algún sitio habría que empezar, y por qué no aquí y ahora. Ya había distribuido sus folletos sobre violencia y delincuencia, y les estaba ofreciendo su catálogo de inofensivos juguetes de madera.

—¡Miren! —decía—, miren estos animales de madera, son mucho más bonitos... Estoy seguro de que se venderán igual de bien, ya lo verán, y además son bastante más resistentes.

La mujer del mono resopló y le preguntó desde cuándo los comerciales iban vestidos de estudiantes universitarios: si quería venderles juguetes, tendría que hacerlo por los cauces habituales. Michael hizo oídos sordos a esa intervención, mientras procedía a retirar del mostrador que tenía delante una pieza de ingeniería particularmente infame: una especie de fusión entre coche y avión, equipado con balas auténticas, cuchillos en las ruedas, bombas ocultas y Dios sabe qué más, llamada «Máquina de Destrucción Forajida». Ella supuso que debía de tratarse de un modelo que salía en algún programa de la tele.

—A esto precisamente me refiero... ¡Mire este engendro! —le dijo Michael al encargado, pulsando un botón. A punto estuvo de rebanarse el dedo, pues una piececita oculta de ese artilugio salió disparada contra él—.

¿Qué cree que puede ocurrir en las cabezas de los niños que juegan con cosas así?

—Pues es un modelo bien bonito —dijo el encargado, apañándose las manos para sonar ofendido y herido personalmente—. Y no se hace una idea de lo que se vende, para el precio que tiene. No se trata de uno de esos chismes baratos fabricados en el extranjero... Para su información, este juguete ha sido fabricado como Dios manda. Mire —dijo, arrebatándoselo a Michael y tirando de otra palanquita, para mostrarle el mecanismo del asiento eyectable. El muñequito conductor salió disparado con tal violencia que llegó al otro lado de la sección, y Michael, que era un joven muy educado, fue corriendo a recogerlo.

Cuando volvió, la situación se había complicado aún más, pues había aparecido una clienta que deseaba comprar el juguetito de marras. Aunque, si de verdad se vendía tanto como afirmaba el encargado, puede que no fuera tanta la coincidencia. El caso es que la clienta parecía decidida a llevárselo, de modo que la mujer del mono se apartó de Michael y empezó a mostrarle el funcionamiento del juguetito, intentando fingir que allí no estaba pasando absolutamente nada. El encargado también trató de tranquilizar a Michael, distrayéndolo con una pregunta y apartándolo del mostrador y de la transacción, pero él, que nunca había sido fácil de silenciar, siguió discutiendo en voz alta y manteniéndose en sus trece. Frances deseaba que abandonase ese intento, inútil a todas luces, sobre todo porque él ya se había percatado de su presencia, y ella sabía que de un momento a otro le pediría ayuda. Al final ocurrió lo peor, como ella se temía: el joven se giró hacia la mujer que quería comprar la Máquina de Destrucción Forajida y empezó a pedirle, a rogarle, que eligiese algo menos peligroso y destructivo. Al principio la mujer parecía confusa, y cuando él le preguntó para quién lo estaba comprando, dijo que era por el cumpleaños de su hijo, que no se había dado cuenta de que se trataba de un juguete peligroso, que solo era algo que él deseaba con toda su alma y le rompería el corazón si no se lo compraba. Lo había visto por la tele y quería uno igualito. En ese momento intervino el encargado, al que la situación se le había ido completamente de las manos, para explicar a su clienta que aquel juguete no tenía nada de peligroso; que, al contrario, era un producto de calidad y cien por cien británico, sin pintura de plomo ni bordes afilados, y añadió que si Michael no se callaba de inmediato llamaría a la policía. Entonces Michael replicó que ninguna ley impedía a los clientes hablar entre

ellos sobre los productos de una tienda, y que él era un auténtico cliente, porque, miren, acababa de comprarse un par de calcetines, los llevaba en el bolsillo, en una bolsa de tela. La mujer seguía pareciendo confusa, así que Frances pensó que había llegado el momento de intervenir en favor de Michael, al que por unos instantes se le había agorado la agresividad. Así pues, le dijo a la mujer, con el tono más cordial y razonable que fue capaz de emplear, que nadie estaba intentando impedirle que le comprase a su hijito un regalo de cumpleaños, que solo querían avisarla de que, con toda la violencia que va habiendo hoy día en este mundo, era una tontería echar más leña al fuego animando a los niños a que jugasen a matar, exterminar y cosas por el estilo, y que si no habían tenido va bastantes bombas, sobre todo allí (ese era uno de los argumentos favoritos de Michael), y que por que no le compraba a su hijo algo más constructivo, como un mecano o una granja de juguete. Mientras iba diciendo todo eso, Frances miraba de cuando en cuando el rostro de la mujer, en el que había algo —luego caería en la cuenta— que debería haberla puesto sobre aviso. La mujer seguía ahí, con su pañuelo de lana tan ceñido a la cabeza que parecía sujetarle la mandíbula e imponerle el silencio por la fuerza. Tenía la cara demacrada, envejecida de manera antinatural y prematura, y sus manos surcadas de venas aferraban un monedero de plástico con cremallera y aquel artilugio infame. Mientras escuchaba el runrún de la voz de Frances, suave, reconfortante y tranquilizadora, su semblante empezó a mostrar una nueva expresión, llegada de unas profundidades demasiado insondables para intuir las siquiera. Y cuando Frances por fin hizo un parón interrogativo, educado y solo ligerísimamente esperanzado, la mujer abrió la boca para hablar. Solo dijo una palabra, una única palabra que Frances no había oído en su vida, aunque la había visto impresa en un libro antaño prohibido. Y, gracias a un destello de comprensión, que atravesó la inconmensurable brecha que separaba sus dos vidas, Frances supo que, hasta entonces, aquella mujer jamás había permitido que aquella palabra saliese de su boca, que para ella también era impactante, portentosa, inolvidable, no una palabra cualquiera, soltada en ese espacio divisorio. Tras pronunciarla, la mujer empezó a llorar al punto con un llanto increíble, estremecedor. Soltó el juguete, que cayó al suelo con tanta fuerza que casi se diría que lo había tirado a propósito, y se quedó ahí, mirándolo fijamente, mientras las lágrimas le surcaban el rostro. Luego los miró a ellos, y se marchó. Nadie la siguió. La dejaron marcharse. No sabían qué hacer, qué bálsamo ofrecerle para su herida

desconocida. Así que no hicieron nada. Sin embargo, Frances comprendía que, con toda su inocencia, le habían hecho algo terrible, ante lo que aquellos bombardeos aéreos del pasado, e incluso el lejano Vietnam, eran del todo irrelevantes, una banalidad. Pero no sabía lo que era, no podía saberlo. A sus pies, la Máquina de Destrucción zumbaba y vibraba, a punto de llegar a la inmovilidad de un juguete roto, arrancando una ligera emoción con sus últimos estertores al expulsar de sus complejas vísceras un gran muelle. Michael y ella, tras muchas y muy largas disculpas, tuvieron que pagarla para que les dejasen salir de los grandes almacenes.

(1970)

UNA HISTORIA DE ÉXITO

Esta es la historia de una mujer. No se podría haber contado hace unos cuantos años. Quizá ni siquiera hace tan solo cinco años. Quizá, en realidad, tampoco pueda contarse ahora. Quizá no debería escribirla, quizá sea mala idea escribirla. Pero merece la pena arriesgarse. Solo por ver qué pasa.

La mujer en cuestión era dramaturga. Se la consideraba una de las pocas dramaturgas de éxito de la época, y le había costado sangre, sudor y lágrimas llegar hasta ahí, pues sus orígenes eran humildes y provenía de una zona del país hostil hacia el arte, y de una familia que no había ido al teatro en su vida. No pertenecía a la clase trabajadora propiamente dicha, sino más bien a la clase media-baja, lo que hacía su éxito aún más excepcional, pues sus obras no tenían gran capacidad de impacto, sino que eran hartamente complejas y sutiles. Pero funcionaban, eran algo nuevo. Había conseguido abrirse camino hasta la cima. Empezó de ayudante de tramoyista en el teatro local, y luego pasó a trabajar de oficinista en un teatro provincial más grande, pues no le interesaba demasiado la vida entre bastidores. Entretanto, iba escribiendo sus propias obras. La primera la representó su compañía local, y tuvo muy buena acogida. Kathie (así se llamaba, Kathie Jones) solía decir, con humildad, que solo fue porque estaba escrita por una mujer, y que las mujeres dramaturgas se consideraban un mirlo blanco. Y un poco de razón llevaba. Sin embargo, su humildad no pudo explicar por qué siguió escribiendo a nivel profesional, por qué sus obras llegaron al West End y hasta se convirtieron en películas a las que les fue de maravilla. El trabajo se le daba bien, por eso tenía éxito. También se le daba bien, para su sorpresa, todo lo que rodeaba ese trabajo, y que durante tanto tiempo había impedido que las mujeres triunfaran; cosas como explicarse, discutir con directores megalómanos, defender con sangre

fría sus ideas y adaptarlas cuando la cosa no funcionaba de verdad. Tenía mucho sentido común, era una persona tranquila y una gran profesional que podía valerse por sí misma.

No era, huelga decirlo, famosa en todo el mundo. Tampoco vayamos a pensar que se trataba de una estrella internacional. No, ella tenía éxito en su propio país, en su propio entorno. Algunas columnas de prensa rosa creían que merecía la pena hablar de ella, otras no. Aunque tampoco había mucho que decir de su persona, más allá de que era una joven tranquila y trabajadora, y que tenía amigos, un círculo de amigos íntimos —algunos escritores, un par de amistades de la época del instituto en las Midlands, uno o dos periodistas—. Algunos la consideraban un tanto introvertida; y, en efecto, lo era. No le importaba demasiado llevar una vida social intensa, porque no tenía tiempo y porque no la habían educado para eso, con lo que no habría sabido muy bien cómo comportarse en determinadas situaciones. Vivía con un periodista que viajaba muchísimo: siempre estaba en Brasil o en Vietnam, o escalando el Everest. Era un hombre excepcional, con un corazón de oro, y hacían buena pareja. A veces le daba pena que se marchase, pero estaba siempre tan atareada que no lo echaba mucho de menos y, además, cuando volvía traía un montón de novedades interesantes. Él, por su parte, la amaba, y confiaba en ella.

Así pues, se podría decir que la vida le iba muy bien. Tenía un trabajo que le gustaba, cierta reputación, una buena relación, unos cuantos amigos de verdad y unos ingresos respetables, aunque fluctuantes. En este punto de la historia contaba con treinta y pocos años, y había escrito cinco dramas de éxito y varios guiones de cine. Una de sus obras se estaba representando en un pequeño y lucrativo teatro del West End, y ahora se divertía trabajando en una adaptación televisiva de una obra de Strindberg. Su pareja estaba en el extranjero, en Hungría, aunque volvería pronto, a finales de esa misma semana. En el momento en que nos centramos en ella, estaba colgando el teléfono, justo después de hablar con él. Se habían intercambiado novedades: ella le había explicado lo que había en su buzón, que siempre le abría, y él le había dicho que la quería y que estaba deseando volver y cubrirla de besos, pero sobre todo besarla entre las medias y el liguero, y que por favor se pusiese esas prendas anticuadas para recibirlo y darle la bienvenida. Luego le dijo que disfrutase de la velada, pues estaba a punto de salir para una fiesta de postín. Así que, mientras colgaba el teléfono, no podía dejar de sonreír.

Era una mujer bastante atractiva. Esto no lo hemos mencionado hasta ahora porque no debería tener ninguna relevancia. ¿O sí? Bueno, ya veremos. El caso es que no estaba mal, aunque tampoco era nada del otro mundo. Tenía un rostro bastante alargado, de facciones marcadas, y una señora nariz; era de manos grandes y de hueso recio. A algunas personas les parecía guapa, pero otros la veían algo anodina. Os hacéis una idea. Fue una niña sosa, como su madre nunca se cansó de repetir, y en consecuencia de adulta jamás confió demasiado en su físico. Ahora no le importaba, pues se sentía feliz de todos modos, y mientras su amante siguiera interesado en las cosas importantes de la vida, como sus piernas, mirarse al espejo la traía sin cuidado. De hecho, rara vez lo hacía, salvo para cepillarse el pelo, y casi siempre llevaba la misma ropa hasta que se desgastaba. Sin embargo, aquella noche era diferente. Al menos tendría que echarse un vistazo, así que cuando colgó el teléfono fue al baño para echarse un vistazo.

La de esa noche era una fiesta bastante especial, de lujo, no el típico sarao, así que se puso su mejor traje, un vestido largo color aguamarina que en su momento le pareció que pegaba con sus rasgos clásicos. Ahora ya no estaba tan segura. De hecho, no estaba para nada segura de su aspecto actual. Cuantos más años cumplía, más le parecía que había cambiado. Tampoco es que importase demasiado, pero, de cuando en cuando, a una le puede apetecer ponerse su mejor vestido. Se lo compró para una de sus noches de estreno, hace años, y no se lo había puesto demasiado desde entonces. Ya no asistía a sus propios estrenos; ni a los de nadie, la verdad sea dicha. Le había costado mucho dinero para la época en la que se lo compró. Nunca había gastado demasiado en ropa, pero ahora gastaba todavía menos. Mirándose al espejo, subiéndose un poco el hombro, se preguntó si se lo había puesto porque lo que iba a hacer, por más que tratase de convencerse a sí misma de lo contrario, aún la ponía algo nerviosa. Seguro que no. A esas alturas, seguro que no. ¿Qué iba a importarle?

El anfitrión de la fiesta era uno de los empresarios teatrales más relevantes (socialmente hablando) de Londres. Y ella había accedido a asistir para conocer al héroe de sus sueños de juventud. Todo muy romántico. Se llamaba Howard Jago (un nombre perfecto, aunque la gente como él suele tener ese tipo de nombre) y era uno de los escritores estadounidenses más importantes de su generación. Había firmado obras que hicieron sangrar su corazón a los dieciséis años. Y que, curiosamente, seguían conmoviéndola en lo más

profundo de su ser.

Lo admiraba más que a cualquier otro escritor vivo. No había seguido escribiendo obras de teatro (ella sabía de sobra que los dramaturgos, en comparación con otros autores, tienen una vida laboral breve). Ahora se dedicaba a los guiones, y también hacía algo de periodismo político. Además, había publicado un par de novelas que a ella le habían encantado. Nunca se hartaba de leerle.

De niña, lo que más deseaba en este mundo era conocerlo. Incluso le escribió una carta de fan para contárselo. Él no respondió. Probablemente nunca la recibiese.

Ya había tenido varias oportunidades de conocerlo, pues venía con frecuencia a Europa y lo publicaban los mismos editores que a ella. Sin embargo, siempre había declinado.

¿Por qué? ¿Tenía miedo de aburrirse o de quedar decepcionada? ¿Miedo de no quedar decepcionada? ¿Tenía miedo de que él quizá no hubiese oído hablar de ella (cuando, según las reglas del juego, debería), de que le pareciese aburrida? Ahora, cepillándose el pelo mientras se miraba al espejo, se preguntaba esas cosas. Aunque a lo mejor, sencillamente, las otras veces la habían pillado demasiado ocupada. O quizá Dan estaba en casa y no quiso ir. Él no era nada aficionado a las fiestas exclusivas, y, por regla general, ella tampoco. Preferían emborracharse mucho y discretamente en casa, entre amigos: esa era su forma de vida social predilecta.

No lograba explicarse por qué había rehusado conocerlo antes; ni por qué, ahora, había decidido hacerlo.

Se lo quitó de la cabeza mientras bajaba las escaleras y buscaba un taxi. En la fiesta habría un buen montón de gente a la que conocería.

Y, en efecto, conocía a casi todo el mundo, de vista o personalmente. Mientras miraba a su alrededor, observando esa casa inmensa de Belgravia y a sus brillantes invitados —estrellas de cine con trajes extravagantes, diplomáticos, escritores, ministros, actores y actrices—, pensó, algo aliviada, que al menos ya no tenía que estar nerviosa. Y eso restaba un poco de emoción al asunto, pero era mucho más agradable sentirse cómoda que emocionada. El exceso de emoción siempre le había parecido agotador, y al final siempre acababa resultando un chasco. Ahora buscaba y encontraba placeres más duraderos. Sin embargo, en el pasado había sido muy distinta. Debió ser ambiciosa, o no habría acabado, ni por casualidad, donde ahora estaba,

¿verdad? Y, mientras hablaba con una amiga, con un ojo puesto en Howard Jago, se dijo: «Si hace veinte años hubiese sabido que acabaría aquí, en una sala como esta, con gente con estas pintas, me *habría puesto* contentísima». Era una auténtica pena que en aquel entonces no hubiese podido sentir esa emoción concreta: la emoción de saber con anticipación. En ese instante ya no valía demasiado.

La casa era enorme. Había tapices colgados en las paredes y estatuas en los rincones. Los cuadros estaban firmados por Francis Bacon, Bonnard, Matthew Smith o Braque.

Al rato vio acercarse a su anfitrión, que acompañaba a Howard Jago en su dirección; Jago estaba haciendo su ronda de saludos. Era tal y como se lo había imaginado: salvaje, serio, irregular, un poco más alto a escala natural... El tipo de hombre que es aún más grande de lo que parece en televisión. (Lo había visto fugazmente un par de veces.)

—Y esta —dijo su anfitrión— es una de las personas que ha insistido en conocer. Le presento a Kathie Jones.

Kathie sonrió, educada. Jago le estrechó la mano.

—Disfruté con su obra la otra noche —dijo Jago, educado.

Parecía que estaba siendo cuidadoso. Quizá estuviera un poco borracho.

—Es muy amable por su parte —dijo Kathie—. Quiero que sepa que siempre he admirado muchísimo su trabajo. Lo he admirado... —e iba a decir «desde niña», que habría sido cierto, pero tuvo que detenerse porque podría parecer un comentario grosero sobre su edad, así que concluyó con—:... lo he admirado desde que lo descubrí.

Intercambiaron una mirada, estudiándose, y sonrieron con cortesía. A Kathie no se le ocurrió nada más que decir. De repente se acordó del motivo exacto por el que no había querido conocerlo: no quiso porque sabía que era un donjuán. Se lo había contado una amiga suya, actriz, que lo había pasado mal por su culpa en Nueva York. «No puede evitarlo —le dijo su amiga—. Es un cabronazo, odia a las mujeres, lo típico, pero tiene que enrollarse con ellas, no puede dejarlas tranquilas...»

El recuerdo la paralizó. Se preguntó por qué no se había acordado antes. En cualquier caso, su obra dejaba claro que le pasaba algo con las mujeres. No le gustaban, pero al mismo tiempo tenía que conseguir las. Sin embargo, era un autor lo bastante grande como para que a ella no le importase. Y precisamente eso daba cuenta de su grandeza, y más cuando ella solía prestar

una atención considerable a ese tipo de cuestiones.

De repente, al acordarse de Dan, al que sí le gustaban las mujeres y que la quería a ella en concreto, para su enorme deleite, la invadió una sensación placentera.

Se quedó ahí, sonriendo y sin decir nada más. O, mejor dicho, preguntó:

—¿Y cuánto tiempo se va a quedar en Londres esta vez, señor Jago?

Y él le dio una respuesta igual de trivial. «Está bien —se decía Kathie—, es seguro. No pasa nada.» (¿Qué quería decir con eso?)

Mientras lo escuchaba vio acercarse a una actriz de cine. Se trataba de una mujer con un enorme glamur que se aproximaba directa a su objetivo.

—¡Howard, Howard, *aquí* estabas! ¡Te he *perdido*! —dijo en tono quejumbroso, pasándole un brazo por encima del cuello con un gesto posesivo. Un collar centelleaba sobre su palpitante pecho.

La mujer comenzó a acariciar su pelo canoso apasionadamente mientras se giraba para saludar a Kathie. «¡Anda, hola, Kathie, qué sorpresa! Llevo siglos sin verte... Howard fue a ver tu obra, ¿te lo ha contado ya?... Ay, mira, Howard, ahí está Martin», y se lo llevó agarrándolo del brazo, pero para entonces Kathie Jones ya se había girado. Se alegraba de haberse deshecho de él, se dijo. El ligero balanceo de su cuerpo cuando Georgina tiró de su brazo le confirmó que estaba borracho. A Georgina, una joven con una voluntad de hierro y en ocasiones muy simpática, le iba todo como la seda. Kathie les deseó lo mejor y después se marchó en busca de algún amigo compasivo, mientras pensaba que la pobre chiquilla de dieciséis años que fue se habría quedado conmocionada, más de lo que pudiera imaginarse, por haber perdido la oportunidad de preguntarle, de oírle hablar, incluso, sobre lo que pensaba, quizá, del libre albedrío (uno de sus temas predilectos) o de la evolución (otro). Se sonrió, y se dirigió hacia donde se encontraba un grupo de editores. Ellos eran mucho más interesantes que Howard Jago.

Un par de horas después, él volvió a acercarse. Ella se estaba divirtiendo. Tenía al alcance de la mano toda la bebida que pudiera desear, un bufé provisto de excelentes manjares, a algunas personas a las que conocía muy bien y a otras a las que llevaba sin ver una eternidad. Había bebido sin prisa, pero sin pausa, y estaba sentada en un sofá con una actriz y su marido y una pareja de desconocidos, riéndose a carcajada limpia, casi ahogándose, con una anécdota sobre una de sus obras, cuando él se aproximó de nuevo a ella. Parecía más taciturno que antes, y a todas luces más borracho. Cuando estuvo

a su lado, Kathie le hizo un hueco en el sofá, pues quedaba claro que tenía intención de sentarse. Ellos seguían riéndose de la historia.

—Hola otra vez —dijo ella, girándose hacia él, ahora segura, sin esperar nada, con la intención de incluirlo en el grupo—. ¿Conoce a Jenny, a Bob...?

—Sí, sí —dijo airadamente—, los conozco a todos. Ya me han presentado a todo el mundo. Ahora lo único que quiero es largarme de aquí.

—¿Y por qué no se va? —preguntó Kathie educadamente, un poco desconcertada. Mientras hablaba, vio a Georgina acercarse con paso amenazante. Jago también la vio y dio un respingo. Se puso en pie de un salto, obligando a Kathie a hacer lo propio.

—¡Venga —la apremió—, vamos a salir de aquí! —Ella estaba emocionada: solo había oído hablar así a alguien en las películas. Howard Jago dio la espalda a Georgina, mostrándose deliberadamente grosero, y se llevó a Kathie al otro lado de la sala, agarrándola del codo, también con un gesto que había visto solo en el cine.

Se detuvo al llegar a la barra, tras haberse desembarazado de su seguidora.

—No ha venido usted sola, ¿verdad? —dijo entonces, girándose hacia ella con una caballerosidad clásica y asombrosamente predecible—. Es imposible que la mujer más atractiva e inteligente de la sala haya venido sola, ¿verdad?

—Sí, he venido sola —dijo Kathie.

—¿Y dónde está su hombre?

—En Hungría —respondió Kathie.

—Ya estoy harto de esta dichosa fiesta —dijo Howard Jago—. ¡Larguémonos de una vez, por el amor de Dios!

—No sé... —dijo Kathie—. Debería despedirme...

—No necesitas despedirte de nadie —cortó él—. ¡Venga, vamos!

Ella titubeó.

Él la agarró del brazo.

Ella fue.

Bajaron y buscaron un taxi, pero era uno de esos distritos en los que no se tarda mucho en encontrar uno. Entraron. Luego él dijo, como si aún estuviese en una obra de teatro o en una película escrita por alguien infinitamente inferior a ambos:

—¿Dónde vamos, a mi hotel o a tu casa?

—A tu hotel —dijo ella—. Pero solo un rato. Tengo que volver a casa.

Mañana por la mañana doy una conferencia sobre guiones.

Mentía.

—¡Dios santo! —dijo él, mirándole las piernas; subiéndole un poco la falda, de hecho, para mirarle las piernas—. Tienes unas piernas preciosas.

—No son nada del otro mundo —dijo ella, y era cierto.

Llegaron a su hotel, junto a Bond Street. Bajaron del taxi, entraron en el edificio y subieron a su habitación. Él le pidió al portero que les llevase algo de beber.

La habitación era inmensa y lujosa. Kathie se sentó en un sillón y él hizo lo propio. Tomándose una copa charlaron sobre la fiesta y la gente que había asistido a la fiesta. Hablaron de su anfitrión, de Georgina, de otros dramaturgos y de la actriz que el año anterior lo había pasado tan mal por su culpa en Nueva York. Kathie sabía perfectamente lo que hacía: no acabaría en aquella cama por nada del mundo. Lo dejó claro, para que no hubiera lugar a dudas. Se rieron mucho, y llamaron a recepción para pedir más bebida y un sándwich, y hablaron de un montón de tonterías. Hasta que ella se percató de que emprendía la retirada. Al fin y al cabo, era un hombre sensato. Y cuando le dijo que debería irse, él la miró y añadió:

—En fin, soy demasiado viejo para ti.

Pero no lo diría con demasiada convicción, o ella no le habría respondido con la horrorosa frase que pronunció (y que años antes ya le había dicho a un actor italiano en Roma):

—No deberías intentar —dijo con una sonrisa falsa— seducir a inocentes chicas del campo.

Él soltó una carcajada igual de falsa. Ella le dio un beso y se despidieron.

Bajó las escaleras, se metió en un taxi, y media hora después estaba durmiendo.

Y ahí acaba la historia. Volverían a encontrarse, a lo largo de los años, en fiestas similares, y él volvería a halagar sus piernas y su aspecto. Nunca mantuvieron una conversación seria. Pero eso no forma parte de esta historia.

La cuestión es: ¿qué pensaba ella de ese episodio? Todo el mundo coincidirá en que no sale demasiado mal parada. Se comportó con frialdad, pero sin mostrarse tajante. Soltó algunas tonterías, pero ¿quién no las suelta en una situación tan tonta? No tenía remordimientos, aunque sí unos cuantos por la chiquilla de dieciséis años que, de algún modo, acababa de perder la oportunidad de su vida. Al crecer se había convertido en alguien del todo

distinta a la que se imaginaba. Y sí sentía, por decirlo de algún modo, algunos remordimientos por su imagen de ese hombre. La había echado a perder, tenía que admitirlo. Aunque no para siempre, pues, curiosamente, unos años después, fue al teatro a ver una de sus primeras obras y se sintió recorrida por las mismas oleadas de admiración, que anegaron su resentimiento, como si el antiguo yo del dramaturgo siguiese hablando, y ella escuchando, en un mundo atemporal. Sin embargo, pasó años y años pensando que jamás sería capaz de volver a tomarse en serio su trabajo, y cuando le describió la velada a Dan, habló tan mal de él y de su comportamiento grosero, chauvinista y varonil, que Dan, que por lo general estaba con ella y se indignaba por esas cuestiones, empezó a sentir un poco de pena por Howard Jago, e incluso se puso de su parte. «Pobre señor Jago», decía, con cariño, siempre que salía su nombre a colación. «Pobre señor Jago», decía, tumbado a salvo entre las piernas de Kathie. «¡Qué velada más decepcionante...! Lo siento un poco por él, por su mala suerte al haberte escogido a ti, cariño.»

Pero eso no es todo. Debería ser todo, pero no. Porque Kathie, cuando le contó la historia a Dan, estaba mintiendo. Intentó mentir cuando se la contó a sí misma, pero no tuvo demasiado éxito. Al fin y al cabo, era una mujer honrada, y reconocía que había sentido más emoción cuando Howard Jago la escogió en una fiesta —incluso sabiendo la forma en que lo hizo, con indiferencia, para irritar a otra mujer— de la que habría sentido con cualquier debate, por profundo que fuese, sobre sus respectivas obras. Habría cambiado de buena gana toda la obra del dramaturgo, y todo el placer duradero que le había proporcionado, por ese comentario idiota que él hizo sobre sus piernas. Prefería que la desease, aunque fuera con indiferencia, a que le dirigiese la palabra. Prefería que le gustase su cara antes que sus obras.

Es horrible decirlo, pero recordaba su rostro, mirándola, taciturno, borracho, sexy, curtido, astuto... Lo recordaba deseándola, aunque fuera con cierto desinterés, y sentía una satisfacción permanente por haber sido capaz de despertar ese deseo, por haber sido capaz de lograr que un hombre como él la mirase así. Era mejor que las palabras, mejor que la amistad.

Es horrible decirlo, pero así es como son algunas mujeres. Incluso las mujeres buenas, sensatas, plenas y felices como Kathie Jones. A veces intentaba justificarse: «Solo soy así porque era una niña sosa y necesito reafirmarme». Pero no podía engañarse. En el fondo sabía que era, simple y llanamente, una mujer, y que así es como son algunas mujeres.

Algunas personas son así. Algunos hombres también son así. Howard Jago era exactamente así. Lo que más le gusta a la gente es que la admiren. ¿Qué le vamos a hacer? Quizá este tipo de cosas no deberían confesarse. Estas cosas no deberían haberse dicho, ni siquiera hace tan solo cinco años, sobre una mujer como Kathie Jones. Todo lo contrario, para no ser políticamente incorrectos. (Esto solo es una historia, y Howard Jago no odiaba de verdad a las mujeres, o no más de lo que Kathie odiaba a los hombres.) Pero ahora Kathie Jones está bien. La situación ha cambiado, y eso lo justifica. Ahora podemos decir lo que queramos de ella, porque está bien. Creo.

(1972)

UN DÍA EN LA VIDA DE UNA MUJER SONRIENTE

Había una vez una mujer. Tenía treinta y tantos años y era muy famosa, en cierto sentido. La verdad es que no pretendía serlo: sencillamente, la fama le había llegado sin demasiado esfuerzo por su parte. A veces pensaba en eso, un tanto perpleja, y se decía: «Esta soy yo, Jenny Jamieson, y todo el mundo sabe quién soy».

Su marido también era muy famoso, pero solo para la gente que sabía a lo que se dedicaba. Su fama solo abarcaba su mundo. Era el editor de un semanal, de manera que tenía bastante influencia sobre cierta gente. De hecho, fue su influencia lo que le proporcionó el trabajo a Jenny. Se estaba empezando a aburrir, su hijo pequeño iba a la guardería y los mayores al colegio, así que su marido le buscó algo con lo que mantenerse ocupada. Preguntó a unos cuantos amigos y, al final, le encontró un trabajito agradable en un canal de televisión. Sin embargo, no se había imaginado en absoluto lo popular que se volvería. Todo el mundo pensaba que Jenny era guapa. De hecho, desde hacía algunos años se había convertido en el estereotipo de un cierto tipo de persona: atractiva y un poco inquieta, con curiosos arrebatos de malicia por culpa del aburrimiento, adoraba a sus hijos, cocinaba y flirteaba un poco (o quizá más de un poco) con los amigos de su marido y sus antiguos amantes. Se merecía un trabajito. Y por ese motivo ella, cuando su imagen se emitió en pantalla y le cogió el ritmo a su nuevo empleo, se transformó. Pasó a ser, en muy poco tiempo, una auténtica belleza. La transformación le llevó varias semanas, que pasó experimentando con diversos peinados, prendas y expresiones faciales. Y cierto día, de repente, se había convertido en una belleza, y perfectos desconocidos hablaban de ella con deseo. Y ahí no acababa la cosa: también era extremadamente eficaz. Siempre había sido

eficaz, la verdad sea dicha. Siempre servía los cuatro platos que solían componer las comidas familiares, cocinados a la perfección, en el momento justo. Nunca llegaba tarde a recoger a los niños del colegio, nunca se olvidaba de su dinero para el almuerzo ni de sus cosas para la piscina. Nunca se le acababa el azúcar ni el papel higiénico ni la cinta adhesiva. Así que nadie debería haberse sorprendido de lo bien que se adaptó a su nueva vida.

Nunca llegaba tarde. Nunca olvidaba una cita. Nunca se le pasaba su sesión informativa. Empezó discretamente, haciendo entrevistas sobre actos culturales en una sección de un programa de arte, y siempre conseguía dar en el clavo, pronunciando las palabras oportunas a todo el mundo en el momento oportuno. Nunca resultaba ofensiva, pero tampoco aburría a la gente. Era inteligente y ágil, empanzaba con todos sus entrevistados, y, ahí sentada, radiante y centelleante, se mantenía perfecta desde el principio al fin de su sección. Todos la admiraban, a nadie le caía mal. En un abrir y cerrar de ojos, le concedieron su propio programa, donde podía hacer lo que se le antojase. Solía invitar a todo tipo de personajes a sus entrevistas, y charlaba con ellos, demostrando seriedad, interés y alegría. Le contaba a cualquiera que quisiese oírle que le encantaba su trabajo, que tenía una suerte inmensa, que le permitía conciliar la vida familiar, que no la obligaba a viajar demasiado. Es un compromiso perfecto, repetía, sonriente. No se tomaba a sí misma demasiado en serio. «Solo es entretenimiento», solía decir. «Soy una afortunada —solía decir—. Lo único que hago es hablar de lo mismo que en mi casa, y encima me pagan. ¡Miel sobre hojuelas!»

A su marido aquella situación no le gustaba un pelo. Se volvió extremadamente arisco. Jamás volvía a casa antes si podía evitarlo, pero tampoco le avisaba cuando se iba, porque no quería facilitarle lo más mínimo la vida a Jenny. Quería hacérsela todo lo difícil que pudiera. Así que llegaba sin previo aviso y se marchaba con las mismas. Además, dejó de invitar a sus amigos a casa. Hacía infinidad de comentarios e insinuaciones desagradables sobre los colegas de Jenny de la televisión, como si se le hubiese olvidado que había sido él quien la había introducido en aquel mundo. A veces se despertaba en plena noche y le pegaba. La acusaba de desatenderlo a él y a los niños. Ella no tenía muy claro cómo habían llegado a ese punto. No parecía tener mucho que ver con ella, pero suponía que debía de ser culpa suya. Por la noche, cuando estaba oscuro, solía pensar que sí era culpa suya, pero por la mañana se levantaba siempre con una sonrisa.

Entonces, una noche, volvió del trabajo, como solía ocurrir los miércoles, tarde y agotada. Se percató, mientras aparcaba el coche ante la puerta de la casa, de que las luces de la planta baja seguían encendidas, y lo lamentó, porque no le apetecía nada hablar. Se sentía demasiado cansada. Quizá le habría gustado hablar de su programa, porque había estado interesante —había entrevistado a un político sudafricano vetado para que le comentara los problemas de la educación política—, pero para entonces su marido nunca veía el programa. Buscó su llave y abrió la puerta principal. Le dolía la cabeza. Estaba molesta, tenía que reconocerlo, por lo de Sudáfrica. A veces pensaba que tendría que tomar alguna determinación respecto a las cosas que le molestaban. Pero ¿qué? Abrió la puerta del comedor y vio a su marido tumbado en el sofá. Estaba escuchando un disco y leyendo.

Ella sonrió. «Hola», dijo.

Él no respondió. Ella se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de una silla. Iba a prepararse un vaso de leche caliente, como de costumbre, y después se iría directa a la cama. Pero, en ese preciso instante, se sentía demasiado cansada para moverse. El día había sido largo, así que se quedó ahí de pie, descansando, pensando en el camino hasta la cocina y en lo mucho que le apetecía meterse en la cama. Estaba a punto de preguntarle a su marido si le apetecía beber algo —aunque nunca le apetecía: no le gustaba la leche y el café no le dejaba dormir— cuando ocurrió algo extraño. Él bajó el libro, la miró con una expresión de auténtico odio y dijo: «Supongo que estás esperando a que me ofrezca a prepararte la leche, ¿verdad?».

Lo cierto era que prácticamente nunca le preparaba la leche al volver del trabajo por la noche, así que parecía imposible que ella estuviese esperando tal cosa. Lo habría hecho unas tres veces en los últimos seis meses. La idea de que se ofreciese a levantarse y prepararle algo de beber no se le había pasado por la cabeza. Así que respondió, educada: «No, solo iba a preguntarte si a ti te apetecía algo». Y entonces ocurrió algo aún más extraño. Pues, en cuanto esas palabras salieron de su boca, se apoderó de ella un arrebató rabioso y violentísimo, como si una corriente eléctrica la recorriera de arriba abajo, y empezó a temblar y a chillar. Le gritó un buen rato, mientras él, tumbado, la miraba con una expresión melancólica, como satisfecho por haber tocado, por puro accidente, la tecla correcta.

Cuando al fin consiguió tranquilizarse, se preparó la leche y se fue a la cama. Sin embargo, mientras se tumbaba, tuvo la sensación de haberse

sometido a una especie de terapia de choque, como si hubiese sufrido un daño cerebral y supiese que no iba a volver a ser la misma jamás. Bueno, tampoco exageremos. No era la primera vez que había estado a punto de sucederle algo así. Pero en esta ocasión había ocurrido, y la diferencia entre estar a punto de ocurrir y haber ocurrido es enorme. Era una mujer diferente. Y se fue a la cama siendo una mujer diferente.

Por la mañana se despertó, como de costumbre, sobre las siete y media, y pensó en la jornada que tenía por delante. Todos los días se levantaba a las ocho menos cuarto, por lo general, y les daba el desayuno a los niños. Varias personas, entre ellas su marido, le sugerían de vez en cuando que contratase a alguien para ayudarla con esas cosas, pero Jenny siempre alegaba que prefería encargarse ella. Le gustaba estar con los niños y no le apetecía que otras personas la viesan a esa hora de la mañana. «Además, tengo miedo de volverme una perezosa —añadía, con una sonrisa de incredulidad—. Si empiezo a ponerme excusas, acabaré quedándome todo el día en la cama y me convertiré en una auténtica vaga.»

Pero aquella mañana en concreto sí que se le pasó por la cabeza quedarse en la cama todo el santo día. «La verdad es que no le veo sentido a seguir adelante —pensó, mientras recordaba lo que le había ocurrido la noche anterior—. No puedo ganar, es del todo imposible. Haga lo que haga, voy a perder, está claro. Lo mismo da que me quede en la cama. Pero no, es más honroso dar guerra hasta la muerte.»

Así que salió de la cama.

Hasta ese día, no era habitual que ella le diese vueltas a ese tipo de cosas. Antes bien, solía decirse: «Aunque me dijeran que voy a morir hoy, me levantaría, como cada día, y barrería el suelo, igual que si fuera una mártir». Nunca había pensado, o no demasiado, en términos de ganar o perder, ni en campos de batalla.

Mientras se daba su baño diario, su hijo mayor le llevó el correo y los periódicos y le abrió las cartas. Leyó el *Times* mientras se vestía, y ojeó el *Guardian* cepillándose el pelo. Luego, antes de bajar a preparar el desayuno, reparó en las listas de cosas por hacer que tenía en la mesilla. Había varias listas, viejas y nuevas, y ella sabía que no era prudente repasar solo la más reciente. Algunas de las entradas estaban relacionadas con la compra: judías blancas, salchicha polaca, o también pastillas de vitaminas, cordones para Mark, zanahorias crudas (?). En otras ponía cosas como Clive Jenkins o

buscar *octroi*. Resultaba difícil saber si las notas eran el reflejo de una organización extrema o de un auténtico pánico. Ni siquiera ella lo tenía claro. En dos de las listas encontró el mismo mensaje, que decía: «Hospital jueves». Eso parecía indicar que, o bien le preocupaba tanto ir al hospital que lo había anotado dos veces, de manera neurótica, en dos noches sucesivas, o que le importaba tan poco que tenía miedo de que se le olvidase. En cualquier caso, hoy era jueves, así que ya no se le olvidaría.

Bajó a preparar el desayuno. Dos de sus hijos querían sándwiches de beicon, y la otra dijo que solo iba a comerse una tajada de melón que había sobrado el día anterior. Ella se hizo una taza de café y, mientras sus hijos desayunaban, vació el lavavajillas y empezó a llenarlo de nuevo, cogió la ropa seca del armario de la caldera y la ordenó en pilas para después guardarla en los cajones. Luego apremió a los niños para que se pusieran los abrigo y los zapatos, los sacó de casa, los subió al coche y los llevó a clase. Para entonces ya iban todos al mismo colegio, cosa que le facilitaba bastante la vida, como solía apuntar con una sonrisa. Se acordó de recordarles, mientras bajaban a toda prisa, que no podría ir a recogerlos ese día porque tenía una cita, y que Faith iría a por ellos y les prepararía el almuerzo y el té. Luego regresó a casa y se acordó también de meter un billete de una libra en un sobre y dejarlo en el armario para Faith, por si se iba antes de que ella volviese por la noche. No habría hecho falta si su marido fuera a estar en casa, pero, como de costumbre, no había dicho si estaría o no, así que ella debía tener en cuenta todas las posibilidades, como la de que a Faith le gustaría encontrar un billete de una libra en el armario.

Luego hizo las camas, guardó la ropa seca, dejó en el fregadero las cosas del desayuno y fue a comprar té y el almuerzo de los niños (por suerte, la tienda quedaba cerca), porque, aunque en teoría Faith podría haberse encargado de eso perfectamente, en la práctica siempre acababa metiendo la pata en algo. Además, las dependientas la timaban con las vueltas porque no era inglesa, y Jenny no se consideraba tan sumamente rica como para permitir que la timasen día sí y día también, aunque a veces hacía como si nada. Luego, después de terminar todas esas tareas (ya eran las nueve y media), subió a su habitación a cambiarse, pues no podía pasarse todo el día con el jersey y la falda que llevaba puestos. Aquella tarde tenía que dar un discurso e ir a la entrega de premios de la fiesta de un colegio, y no le daría tiempo de volver a casa a cambiarse, habida cuenta del resto de cosas que le quedaban por hacer.

A las diez y media, además, se había convocado una reunión del comité; llegaría de sobra, siempre y cuando decidiese rápidamente qué ponerse.

Tenía un montón de ropa, tal y como le exigía su trabajo, pero aquella mañana ninguna acababa de convencerla: o les faltaban botones, o había que lavarlas o eran más modernas de la cuenta para una fiesta de colegio. No encontraba nada apropiado. Presa de la indecisión, con el sudor acumulándose en gotitas sobre su labio superior y resbalándole por los brazos y los muslos, se dijo, frente al armario: «¿Ya está? ¿Hasta aquí he llegado?».

Pero no, porque al final decidió que, aunque era un pelín elegante de más, el vestido largo gris les gustaría a las niñas del colegio, y quizá incluso a la directora. A fin de cuentas, esperarían que llevase algo un poco peculiar, o no la habrían invitado. Así que se lo puso. También le parecía un poco más elegante de la cuenta para una reunión del comité, pero no creía que al comité le importara. Luego, para no tener que cambiarse las medias, que tenían algún que otro agujero, se puso las botas. No le gustaban los pantis, le parecían antihigiénicos. Y después cogió los documentos para la reunión y unos cuantos apuntes antiguos para su intervención, la tarjeta sanitaria para el hospital, la correspondencia que había mantenido con la directora del colegio y un libro del hombre con el que tenía previsto almorzar y lo metió todo en su maletín. Por último, pensando que ya estaba lista, se despidió de su marido, que había presenciado una parte de sus preparativos desde la cama y la otra desde su escritorio, que también se encontraba en la habitación. Y, con las mismas, se encaminó hacia la parada del autobús.

Nunca se llevaba el coche a la ciudad. No le gustaba conducir por Londres. «¡Qué sensata eres!», decía la gente, y Jenny Jamieson respondía que sí, que era sensata, y hablaba sobre los inconvenientes antisociales de conducir por el West End y, de cuando en cuando, se decía: «Si supiesen cuánto, pero cuánto me aterra el tráfico, ¿seguirían creyendo que soy sensata?».

Llegó a la reunión del comité con puntualidad, como de costumbre, y ocupó su asiento. Sin embargo, mientras asentía y sonreía a sus colegas, se vio obligada a reconocer que había ocurrido algo bastante desagradable, sin duda vinculado con la conmoción de la noche anterior. Y ese algo tenía que ver con que, de repente, ya no le gustaba el aspecto de esa gente. Nunca le habían hecho demasiada gracia, pero ese no era el motivo por el que acudía a las reuniones. Iba porque lo consideraba su deber. Se trataba de un comité creado

para investigar la reorganización de los programas de formación de productores, directores y entrevistadores de televisión en ciernes, y también estudiaba solicitudes y sugerencias de esos aspirantes. Jenny sentía que debía participar en ese comité porque su propia entrada en el universo que ellos anhelaban había sido harto irregular. Creía que, por ser una persona con suerte, debería procurar ser justa con la gente que no había tenido los mismos contactos que ella. A fin de cuentas, no todo el mundo tenía la fortuna de ser pareja de Fred Jamieson. Sin embargo, sus colegas del comité no parecían estar movidos por esas razones.

Cuanto más los conocía, más convencida estaba de que se encontraban ahí, simple y llanamente, para conferir un aspecto de respetabilidad y democracia a un sistema que funcionaba a la perfección, que seguía funcionando y que no tenían ninguna intención de alterar. Se trataba de un sistema regido por el nepotismo, como sabía por experiencia. Por muchas recomendaciones respetuosas que hiciesen, los hijos menores y los amigos de amigos y los jóvenes espabilados recién licenciados en cualquiera de las universidades de moda seguirían teniendo ventaja. Ella había aceptado eso, en cierto sentido, pero seguía creyendo que su presencia era útil, aunque solo fuese porque a veces se las apañaba para explicar o defender alguna acción o a algún individuo concreto, en los que, de lo contrario, no se habría reparado siquiera. Había comprendido por qué los demás se comportaban así: casi todos eran mayores que ella, habían crecido en un mundo en el que se prosperaba siempre bajo la protección de un padrino, y les había ido bien. Eran gente amable, bienintencionada, cosmopolita, entretenida, cínica y quizá un poco tímida. Jamás se habrían atrevido a hacer tambalear la calma que reinaba a su alrededor, y mucho menos una de la que ellos disfrutaban. Ella siempre había respetado *su* posición, incluso la había comprendido. Y ahora, de repente, mirando las caras que rodeaban esa mesa reluciente —el aguileño y canoso Maurice, el diminuto viejo James Hanney, el joven brioso y refinado Chris Bailey, el hipócrita Tom, hijo de uno de los peces gordos, y todos los demás —, cayó en la cuenta de que los detestaba profundamente.

«Es curioso —se dijo, con los ojos clavados en sus documentos—. Es muy curioso.»

Y pensó: «Creo que un mecanismo diminuto se ha roto en mi interior. Hasta ayer, tenía un pequeño dial que giraba hasta que estas personas quedaban enfocadas como gente agradable, inofensiva y bienintencionada.

Pero se ha roto, ya no volverá a girar».

Lo intentó una y otra vez, toqueteó y hurgó en su cabeza con el fin de arreglarlo, pero sin éxito. Los veía tal y como eran, con total claridad. Su incapacidad para reducirlos a su silueta habitual, que hacía que sus imágenes no se difuminasen en absoluto, conseguía que les percibiera tal como eran. Y eran horribles.

El mecanismo se había roto porque le había exigido demasiado. Llevaba años forzándolo.

Y ahora le parecía imposible poder soportar el aspecto de las cosas sin su ayuda.

Permaneció callada durante toda la reunión, pues no sabía cómo expresarse en esa nueva situación. Apenas recordaba el tipo de cosas que solía decir en esas charlas, que habría dicho de no haberse visto abrumada por el horror y la repugnancia. En un par de ocasiones se le ocurrió una frase diplomática, o se dio cuenta de cómo podría frustrar cierta iniciativa o sugerir un enfoque diferente, pero no le pareció que mereciese la pena molestarse. Y lo que más la asustaba era que siempre había sabido, desde un punto de vista intelectual, que no merecía la pena, que sus aportaciones eran insignificantes; sin embargo, había seguido haciéndolas, porque en cierto modo *sentía* que ese era su deber. Pero ahora ya no. Así pues, durante todo ese tiempo, solo había tratado de complacerse a sí misma. No tenía ningún sentido seguir apelando a su supuesto deber, pues nunca se había tratado de eso. No había ninguna esperanza de revertir la situación actual, hasta ahora mantenida a la sombra de sus buenas intenciones y su deseo de sacar el máximo partido a las cosas.

«Intentar sacar el máximo partido a las cosas —se dijo, cuando la reunión concluyó— es una actitud terrible. Las cosas tienen que empeorar antes de mejorar, como dijo Karl Marx.»

No sonrió demasiado cuando abandonó la sala. Adoptó, antes al contrario, una expresión preocupada que, a su modo de ver, la absolvía de todo compromiso.

Había quedado para almorzar a la una en un restaurante francés del Soho. Tenía que entretener a su próximo entrevistado. El hombre en cuestión condenaba la violencia en África y defendía con firmeza la necesidad de que las Iglesias ofreciesen su apoyo. Jenny confiaba en que su convicción se le contagiase, pues también ella empezaba a decantarse, ligeramente, por el pacifismo. Pero esta vez no estaba deseando que llegase la hora del almuerzo.

Hubo una época en que comer fuera de casa constituía todo un deleite para ella: recién liberada del peso de preparar comidas que sus hijos no querían y de reflexionar con gesto taciturno frente a un huevo cocido o un trozo de queso, se embarcó con gran placer en los suntuosos banquetes en los que no faltaba el vino, el marisco, los cigarrillos, el café, ni una buena sobremesa. Pero el placer inicial se había ido desvaneciendo poco a poco, y ahora su cansancio era tal que temía quedarse dormida por las tardes.

Su secretaria había reservado una mesa. Según le dijo, el clérigo al que iba a entrevistar parecía encantado con la idea y, como el programa de Jenny pagaba muy poco a sus invitados, el almuerzo se había convertido, gracias a la sofisticación que ella había llevado a la cadena de televisión, en un gasto justificable. Al bajar del taxi, miró el reloj. Era la una menos cinco. Tenía cita en el hospital a las tres, y no podía llegar tarde, por mucho que le importase África.

Se estaba bebiendo un vaso de tónica cuando llegó el clérigo. Siempre pedía tónica si llegaba antes, porque como parecía ginebra, no inhibía a los demás a la hora de pedir alcohol si así lo deseaban. Había descubierto que, en general, la gente odia que la inhiban a la hora de beber alcohol. El clérigo, que había picado el anzuelo, pidió un Campari. Él esperaba que ella estuviese brillante, resplandeciente y centelleante, como una especie de árbol de Navidad. Podía vislumbrar la expectación en sus ojos, que la miraban por encima de la carta. Ella pensó: «¿Me atreveré a decepcionarlo?». Y luego se dijo, asqueada, mientras elegía una ensalada: «Trato a la gente como a niños, y a mis hijos, como a adultos».

Pensó en sus hijos con un anhelo incomprensible. Aquel anhelo se fundía, vagamente, con la imagen del hospital. Jenny Jamieson quería a sus hijos con locura. A veces, mientras los miraba, creía que iba a desmayarse de puro amor.

El clérigo pidió sopa y pollo en salsa. Ella se sumó al pollo. Hablaron sobre Mozambique, Angola, Rodesia y el liderazgo de los zulús. Hablaron sobre el Consejo Mundial de Iglesias. Lo vio disfrutar por la meticulosidad con la que ella había hecho sus deberes. Siempre había tenido muy buena memoria para fechas y datos, y le había resultado de lo más útil, pues le granjeaba el respeto instantáneo de sus invitados. Ella era consciente de que él sabía más sobre la realidad de la zona —había estado allí, a fin de cuentas, y había convivido con los indígenas—, pero no se le daban bien las fechas.

Había superado su examen con éxito y ahora también triunfaba en su papel de examinadora.

Pero no le gustó el clérigo. Quería que le gustase, exactamente lo mismo que le ocurría a él, pero no se gustaron. Y el motivo por el que no le agradaba era precisamente que hubiera accedido a almorzar con ella y a salir en su programa. Esta vez pensó en Groucho Marx, no en Karl, y en su comentario de que no desearía pertenecer a ningún club que admitiese como socio a alguien como él. ¿Qué estaban haciendo ahí, los dos, comiendo en un restaurante caro cuando se acababa de firmar un acuerdo según el cual a los africanos de Rodesia no se les permitía votar hasta que obtuviesen unos ingresos de novecientas libras al año? El salario medio de un habitante de Rodesia era de ciento cincuenta y seis libras al año, o al menos eso había leído esa misma mañana en el periódico.

Después cayó en la cuenta de que ese era también el motivo por el que ella tampoco le había caído en gracia al clérigo. Almorzando en un sitio así resultaba imposible que se cayeran bien.

«Son demasiadas las concesiones que tenemos que hacer —se dijo—, así de sencillo.»

Si hubiese estado de humor, podría haber esbozado un gesto irónico, una sonrisa, para demostrarle que se había dado cuenta de lo que ocurría, incluso para reconocerle el mérito de pensar que quizá él también lo sabía. Pero ¿por qué tendrían que ser absueltos?

Sin embargo, seguía albergando la esperanza de que el miércoles siguiente, cuando el clérigo apareciese en su programa, la sensación fuese completamente diferente. Así que, mientras ambos se comían su pollo, declinaban el postre y bebían café solo, ella hizo preguntas y anotó sus respuestas. Luego el clérigo le dijo que tenía que irse, de modo que a ella le quedó tiempo de sobra para llegar cómodamente al hospital en taxi.

La sorprendía bastante tener que ir al hospital, casi tanto como la había sorprendido ir a la consulta de su médico un mes antes. Era una mujer extraordinariamente sana, ¡era Jenny Jamieson!, y tenía tanto miedo a la hipocondría (aflicción que despreciaba con todo su ser) que nunca se permitía pensar en su salud. No le prestaba atención a su propio cuerpo. No era algo que le produjese demasiado placer contemplar, pues, aunque por ahora resultaba hermoso, la decadencia de su belleza llegaría algún día, y no se permitía obcecarse demasiado ni en el placer ni en el miedo. Se consideraba

una mujer sensata. Probablemente ya os hayáis dado cuenta de lo sensata que era. Sin embargo, por muy sensata que fuese, esta vez había pasado demasiado tiempo posponiendo lo inevitable. Llevaba ya varios meses sangrando cuando no le tocaba, y había estado demasiado ocupada para preocuparse siquiera del tema. De cuando en cuando, mientras lavaba las sábanas o tiraba a la basura las enésimas braguitas desechables, se decía: «¡Madre mía, madre mía, ya no lo puedo dejar pasar más!». Pero entonces el teléfono sonaba o uno de sus hijos la llamaba o llegaba el cartero o era hora de ir al estudio, y se le olvidaba. Así pues, no encontró tiempo para ir al médico hasta una mañana en que la llamaron de la empresa para decirle, inesperadamente, que no hacía falta que fuese, pues su invitado se había quedado retenido en Florida por una huelga de la aerolínea que debía haberle llevado a la ciudad. De modo que tenía la mañana libre y, en lugar de sentarse a disfrutar del periódico y de una taza de café, empezó a preocuparse, de manera instantánea y, al parecer, del todo arbitraria, por la pérdida de sangre. Fue al médico, donde se pasó una hora y media en la sala de espera. Ella, como la persona sana que era, pensaba que, en cuanto le describiese los síntomas, él le diría que no fuese tonta. Creía que solo le iba a confirmar que no era nada en absoluto. Pero no. En vez de eso, la escuchó con suma atención y seriedad, sin sonreír ni una vez (aunque ella ya lo hizo por los dos), y le dijo que debería ir a ver a un ginecólogo. «Ah, vale», respondió ella. Así que allí estaba, en el departamento de ginecología del hospital, esperando pacientemente su turno.

Pasó horas esperando. Gracias a Dios sabía que habrían sido horas. No dejaba de pensar en lo desmoralizador que habría sido no saberlo. Por suerte, ya no era tan joven ni se ponía tan nerviosa como antes.

El médico era un hombre bajito y agradable. Hurgó en su interior con los dedos hasta que ella pegó un grito. «¿Le duele?», preguntó él. «No, no», respondió ella. Porque no le dolía. La asustaba, pero no le dolía.

Ella, sentada sobre la sábana blanca de papel con sus enaguas beige, esperaba que él esbozase una sonrisa y le dijera que ahí no había nada.

Y, en efecto, sonrió. Pero lo que le dijo fue: «Tendrá que volver para someterse a una pequeña operación».

No prestó demasiada atención a las respuestas que dio el hombre a sus sensatas preguntas, aunque se obligó (como en su programa de televisión) a formularlas todas. Le interrogó acerca de tumores malignos, de citologías cervicales, de pólipos y de úlceras, pero no escuchaba sus palabras. Se

acordó vagamente de una entrevista horrorosa que tuvo que hacerle a un ministro en la que los calambres y el dolor de barriga habían sido tan intensos que apenas pudo oír una palabra de lo que el hombre le explicaba. El ginecólogo le dio un golpecito en la rodilla, tal vez para intentar tranquilizarla. Sin embargo, no la reconoció: puede que estuviese demasiado ocupado hurgando en el interior de las mujeres para ver la televisión. Ella tampoco se engañaba en cuanto al alcance de su fama. Era consciente de que, además, todas las mujeres con enaguas son bastante parecidas. Le gustó que le diera un golpecito en la rodilla a través de la sábana del hospital.

«Acérquese al mostrador donde está la señora que da las citas, querida — dijo—. Y pregúntele cuándo pueden hacerle un hueco. Debería quedar una cama libre dentro de tres semanas.»

«Yo sé lo que es la belleza —pensó mientras salía por la puerta del hospital, temiendo ya su regreso—: la belleza es el amor que resplandecía en mi cara. Y está muriéndose, lo han matado, y lo único que verán será su propia fealdad. La belleza es amor.»

Su encuentro con el médico la había dejado tan aturdida que se pasó media hora deambulando por las calles distraídamente. Caminó por las inmediaciones de Oxford Street, mirando los escaparates de las librerías pornográficas.

Tenía un miedo atroz. Estaba muy enferma, se estaba muriendo. Contemplaba su final en *Los amores de Lesbos* o en *El ABC de la flagelación*. «He desperdiciado mi vida. Dios mío —se dijo—, guíame, por favor.»

En el tren empezó a pensar, con cierta tranquilidad, en todo lo que implicaba la muerte. Por suerte, se había hecho un seguro de vida hacía algunos años. En aquellos momentos le había parecido una buena idea, y nunca se arrepintió. Aunque competente en ciertos ámbitos concretos, su marido también era un completo inútil para algunas cosas. Además, como les suele ocurrir a menudo a los editores, mucha gente lo odiaba, y si alguna vez perdía su capacidad de controlar a los demás, no tardarían ni un segundo en intentar arruinarlo. Varios años atrás, justo cuando empezó a ganar dinero de verdad, se planteó hacerse un seguro, por el bien de los niños. Y eso fue lo que hizo. No se limitó a pensarlo, sino que lo puso en práctica. Era de ese tipo de mujeres. Así pues, no tenía que preocuparse por el futuro económico de sus hijos.

Pero ¿qué pasaba con respecto a lo que la necesitaban?

Los adoraba. Se había vuelto indispensable para ellos. Ese había sido su objetivo.

¿Llorarían por ella?

Fuera, la lluvia caía sobre el campo oscuro. Dos hombres, trabajadores del extrarradio, estaban jugando a las cartas, como cada tarde. Envidiaba su fuerza de voluntad para iluminar su destino. Dentro, ella estaba deshaciéndose en lágrimas, llorando sangre. ¿Qué debería decirles a las chicas, al final de ese viaje?

Una amiga suya se había suicidado no hacía mucho. Jenny, con amabilidad mecánica, había consolado a marido, amante e hijo, pues actuar así formaba parte de su naturaleza. Pero, a fin de cuentas, la que fue su amiga, la mujer y la madre, estaba muerta. El niño no pareció enterarse demasiado. Los supervivientes habían recibido una dosis de compasión abundante, pero la mujer, la amiga de Jenny, había muerto: se encontraba fuera del alcance de la compasión, del amor y del miedo. Ya no estaba. ¡Qué rabia debió de apoderarse de ella, justo antes de morir, al imaginar cuánto cariño recibirían los demás por su muerte, mientras ella se pudría en su tumba!

Jenny se imaginó muerta, y vio a sus familiares disfrutar del sol tibio de unas condolencias que para ellos resultarían mucho más agradables que su presencia. En aquel momento, ya no les importaría demasiado su presencia.

Aunque ese, huelga decirlo, no era el caso de sus hijos. No. Si muriese, ellos llorarían; tal y como haría ella, eternamente, en caso de que los perdiera.

Y, ahí sentada, de repente, supo que eso era todo, que había llegado el momento de ajustar cuentas. Tocaba pensar en ciertas cosas a las que no había prestado casi ninguna atención. Tendría que tomar en consideración, a partir de ahora, su propio no ser: ¿moriría en el quirófano? ¿Expiraría en manos de algún anestesiólogo incompetente? ¿Se apagaría lentamente por culpa de los tumores malignos, mientras los meses se convertían en semanas, y las semanas en días? Hacía poco le habían contado la historia de la amiga de una amiga que por la mañana se tomó el desayuno, jugó a las cartas con su hijo y charló un rato con otra amiga. Luego, al parecer, se quedó dormida. Pero estaba muerta, tumbada en la cama, y ninguna sacudida, ninguna llamada para el almuerzo, ya listo, consiguió despertarla. ¡Qué misterio, cuán taimada era la muerte, que se acercaba con tamaña malicia, por vías tan discretas! La muerte era para ella una certeza: se le había acabado la suerte. La muerte compartía vagón con ella, pero ¿qué preguntas podía hacerle a esa invitada no deseada?

Ahí, en el 558, tenía que empezar a tomar decisiones sobre la existencia de Dios, el poder del amor humano y la naturaleza del azar.

No se puede decir que hubiera desatendido esos temas por completo, pero había aplazado su opinión. Le había llegado la hora de decidir. El tiempo se había acabado.

Hasta entonces, siempre supuso educadamente que Dios tenía que existir. Al menos, le había concedido el beneficio de la duda —como se lo concediera a Fred Jamieson en su momento—. Pero ahora se sorprendía, otra vez con esa sensación chocante, eléctrica y repentina, al ver que su muerte prematura e inesperada refutaba por completo la existencia de Dios, y que su fe solo se cimentaba en la creencia de que él cumpliría con sus obligaciones tal y como ella cumplía con las suyas. Si él fallaba (y la existencia misma del hospital sugería que cabía esa posibilidad), no podía existir en absoluto. ¿Cómo podía existir un Dios tan negligente con sus contratos como para permitir que ella muriese y rompiera su propio contrato con sus hijos?

Su muerte destrozaría a los niños. Ningún consuelo corrupto y adulto, ninguna promesa de cariño, los compraría. Cualquier tipo de confianza en el destino quedaría hecha añicos con su desaparición. Ella los había querido con locura, y era ese mismo amor lo que acabaría con ellos. Su amiga suicida no había querido a su hijo, así que el niño sobrevivió. Era su propio amor lo que acabaría con ellos.

La apatía de Dios, los golpes azarosos del destino y la capacidad del amor humano para hacer el bien y el mal... Todos esos elementos, combinados, conformaban un mundo tan amargo, tan oscuro, tan trágico que sentía su corazón llorar y morir, como su cuerpo.

Ellos llorarían por ella y no hallarían ningún consuelo. Estaría muerta, desaparecida e impotente, y entonces sabrían la espantosa verdad.

Se estaba separando de Dios, le había dado la espalda y se alejaba. Y entonces, al abandonarlo, fue consciente de cuánto le habría gustado que estuviese ahí, como también le habría gustado que su marido la quisiera. Pero no era el caso. Dios era demasiado débil, demasiado ineficaz... Ella había pasado demasiado tiempo buscándolo con la mejor disposición, pues, en cierto modo, le daba pena su «no existencia». «Si le doy la oportunidad de portarse mejor —se estuvo diciendo durante años, con una actitud vaga y maternal—, quizá aprenda a hacer las cosas. Quizá aprenda de mí y llegue a mostrarme su rostro.»

Pero no podía mostrarle su rostro, porque carecía de él. Ese era el verdadero motivo por el que no lo había visto hasta ahora. Le daba pena por él, como la pena que se siente por un amigo al que pillamos alardeando de algo que no tiene. No era su intención someterle a un interrogatorio sobre sus motivos para haber pasado tanto tiempo mintiendo a la gente... En realidad, no quería que Dios quedase como un tonto. Ella era Jenny Jamieson, la que nunca dejaba mal a sus entrevistados en televisión, y se andaba con pies de plomo para conducirse de esa manera, incluso dentro de su cabeza. Siempre había lamentado que la gente insistiese en condenarse con sus propias palabras, y procuraba por todos los medios evitar que pasase algo así. De modo que esta vez también pensó (o podía suponer) que no tardaría en encontrar la forma de ocultarle a Dios su violenta y más absoluta pérdida de fe en él: encontraría la forma de seguirle la corriente. No tenía sentido que ella se enfureciera por eso, y más cuando él era demasiado débil para soportar ningún tipo de furia.

El tren se detuvo en una estación, y luego volvió a ponerse en marcha, siguiendo su camino.

Lo que más pena le daba de todo aquello era que sus propios hijos nunca serían conscientes de la intensidad de su amor, de la profundidad de su preocupación por ellos. Era completamente imposible verbalizar la naturaleza de sus emociones. A un amante se le podían explicar esas cosas, pues al menos los amantes, desgarrados por la muerte, saben que el otro, a punto de morir, ha pensado en términos de amor. Para un amante, la muerte no tiene por qué significar rechazo y abandono. Sin embargo, para un hijo no puede significar otra cosa: ningún hijo puede saber cuánto se le quiere. Su mente jamás podrá abarcar la insondable pasión adulta.

«Les escribiré una carta —pensó—. Les explicaré por escrito cuánto los quería, y cuánto siento abandonarlos y dejarlos solos, y le daré la carta a mi abogado, y él la guardará en una caja fuerte y le entregará una copia a cada uno cuando cumplan dieciocho años.»

Sin embargo, sabía que nunca escribiría esa carta, pues hacerlo significaría algo así como sellar su sentencia de muerte, asignándole una fecha que aún no tenía. No podía permitirse correr el riesgo de convertir en una certeza lo que hasta ese momento estaba, cuando menos, abierto a la esperanza. Así que moriría, dentro de tres semanas, o tal vez de un año, y la carta quedaría sin escribir y ellos nunca sabrían lo que ella sentía. «Murió y nos abandonó —dirían—, porque no le importábamos lo suficiente, porque

vivir no le importaba lo suficiente.»

Se imaginaba sus caras, sus pesadillas, su animadversión deformadora, infinita y enfermiza. Se imaginaba sus despertares solitarios, sus brazos vacíos, sus internados, sus consuelos sustitutos...

Ese era el precio del amor.

No parecía tolerable, no parecía siquiera posible.

Se extinguiría como una luz, se apagaría para siempre. No habría nada por lo que sentir compasión, ningún fantasma que se cerniera inquietantemente sobre sus cabecitas. Se vería obligada a incumplir lo pactado porque la misma muerte la forzaría a romper su contrato. Se había comprometido con sus hijos, al menos durante toda su infancia, pero incumpliría el contrato y no tendría ninguna excusa.

La amargura se había apoderado de ella, abrumándola, pero de repente sintió que empezaba a respirar de nuevo, pues ahora había localizado qué era lo que le daba miedo. Le habría plantado cara, pero estaba a punto de bajar del tren, así que pospuso la reflexión para más adelante. Dejaría el tema almacenado, para una revisión futura. Y, entretanto, tendría que pensar en qué contarles a las chicas del colegio. Abrió el bolso, sacó un viejo sobre y empezó a garabatear en él algunos apuntes para su discurso.

La directora estaba esperándola en la estación. La había recibido mucha gente por el estilo, en muchas estaciones por el estilo, y siempre pensaba en lo amables que eran esas personas. Tenía que pasar un tiempo prudencial para que, echando la vista atrás, admitiese que algunas resultaron finalmente bastante desagradables. Ahora, mientras se acercaba a la mujer, que la esperaba arrebujada en su abrigo de piel, se preguntó si una de las consecuencias de la proximidad de sus últimos días sería que siempre sentiría la aversión al instante, que el juicio negativo se pronunciaría casi con el primer golpe de vista. Le quedaba bastante menos tiempo y no tenía ningún sentido andar posponiendo las cosas. No pudo evitar ese pensamiento mientras se acercaba, se detenía, comprobaba que era esa clase de persona, con ese tipo de mirada de identificación, la que le extendía una mano gélida. Y, en efecto, ocurrió lo que había previsto. En aquel preciso instante supo que no le gustaba un pelo esa mujer, que no le apetecía malgastar un segundo de su valioso tiempo con ella. Más tarde se diría, no obstante, que la cosa podría haber sido bien distinta; y es que una parte de ella creería, durante el resto de su vida, que si no hubiera ido al médico aquella mañana, esa cosa que ahora

estaba en su interior no existiría en absoluto. Nunca habría aprobado su existencia.

Mientras se dirigían en coche al colegio, la directora con abrigo de piel le habló de concejales y de autoridades educativas locales, y le explicó que había que ofrecerles una copita de jerez. A continuación, empezó a quejarse con amargura de que su colegio se había convertido en un centro de integración. Pero como Jenny Jamieson había aceptado la invitación precisamente porque el colegio era un centro de integración, no se mostró propensa a ahondar en el tema. Tampoco le parecieron nada justificados los motivos de la señora Trueman para despreciar a concejales y ediles locales, ni su falta de tacto para exponerlos. Más de una vez se había topado con este tipo de sorpresas, y nunca había llegado a averiguar si las personas osaban decirle esas cosas, simple y llanamente, porque malinterpretaban sus opiniones y principios políticos (que por otro lado ella se había encargado de dejar bien claros en público y eran bastante progresistas), o si al personal dichos principios les resultaban del todo indiferentes, y expresaban sus opiniones, con gran terquedad y poco tacto, independientemente de la naturaleza de su público.

Así pues, no tenía mucho que responder a la cháchara de la directora Trueman. Sin embargo, al llegar al colegio se las apañó para hacer los clásicos comentarios de rigor acerca de la belleza del emplazamiento, la modernidad de sus instalaciones, el precioso decorado floral que habían elegido para la fiesta...

Las copitas de jerez estaban preparadas. Se las tomarían antes de que diera comienzo la ceremonia. Jenny Jamieson fue un momento al baño de la directora y allí comprobó, alarmada, que estaba perdiendo mucha sangre. Sin duda el médico había estimulado de algún modo lo que quiera que estuviese produciendo el sangrado, revolucionándolo sobremanera. No tenía forma de parar la hemorragia: no se había llevado nada, no había caído, y la aversión que le causaba la directora era tal que se sentía incapaz de pedirle un tampón. En cualquier caso, probablemente fuera demasiado vieja para seguir usando ese tipo de cosas. En un primer momento, vivió unos instantes de pánico en ese baño con calefacción central. Pero al final decidió ignorar la sangre. «A fin de cuentas —se dijo—, mucho tendría que sangrar para que alguien se diera cuenta. Hay veces en las que una se siente empapada y, cuando va a comprobarlo, ni siquiera ha traspasado la primera capa de ropa, por no hablar

ya de llegar a la superficie.»

No obstante, rechazó la copita de jerez. No se encontraba demasiado bien, y en aquella sala hacía muchísimo calor. Se tomó un vaso de agua, pues no había bebidas sin alcohol. «Aquí se acaba el estilo de vida elegante», pensó, viendo a la señora Trueman mostrar condescendencia, con gran pericia, ante concejales y empleados varios, y soportando a toda una serie de personas que le decían lo inteligente que era no beber antes de dar un discurso y lo contentos que estaban de no ser ellos quienes tuvieran que pronunciarlo. A decir verdad, se encontraba bastante mareada, y sentía un dolor punzante en el punto en el que el médico le había estado trasteando.

Sobre un estante había una pecera con varios peces tropicales. Tenían crías, pero estas se encontraban en otro tanque de cristal interior, protegidas. De lo contrario, las madres se las habrían comido. A falta de mejores temas de conversación, hizo algún comentario de admiración sobre los peces, y una mujer a la que le acababan de presentar empezó a contarle una historia sobre los peces dorados de sus hijos, que nunca les duraban mucho.

A Jenny Jamieson no le gustó en absoluto la deriva que había tomado la conversación. Sus propios peces habían muerto un año antes, y cuando los descubrió flotando bocarriba, en una posición triste, como si los dos hubiesen perdido su sentido del equilibrio en el agua, se sintió fatal. No le gustaba tener aquel recordatorio constante de la muerte en el comedor y, a pesar de todo, no fue capaz de salvarlos ni de matarlos, y no los cambió de sitio porque le parecía de mal gusto, despiadado, dejarlos morir en un lugar desconocido. «Mejor será que mueran aquí», pensó, y se quedó contemplando sus últimos estertores. Luego los enterró con delicadeza al fondo del jardín, bajo las ramas bajas de la griñolera.

Pero ¿qué le estaba contando ahora esa mujer, interrumpiendo sus recuerdos del funeral? Con una voz nasal, ronca y brutal, decía entre risas: «Y les dije a los niños que yo los enterraría. Que los enterraría en el jardín, les dije, pero evidentemente no lo hice. Los eché al sitio más obvio...». Y una o dos personas se rieron, pero Jenny había perdido el hilo, no sabía de qué estaba hablando la mujer. Fue consciente de que su cara solo expresaba asombro, perplejidad. Entonces tomó la palabra para preguntar dónde iban a enterrarse unos peces si no era en el jardín, y la otra mujer respondió, contundente: «Pues ya se puede imaginar, los tiré al váter... A ver, ¿es que usted no lo habría hecho?», y solo en ese instante Jenny comprendió que esa

mujer de verdad había tirado al retrete los peces dorados de sus hijos y les había contado a ellos que los había enterrado en el jardín. No sabía qué le resultaba más antinatural, si la falta de sensibilidad de la mujer o el exceso de dicha sensibilidad por su parte, que le impedía comprender al vuelo el significado de las palabras, el final de la vida, los sitios obvios para depositar cadáveres. Había mandado esos cuerpecitos dorados tubería abajo, ¿qué tenía de malo? Jenny Jamieson sintió un escalofrío y tiritó. Ante sus ojos se materializó la imagen de pilas de cadáveres. Ella había enterrado a sus peces con delicadeza, a regañadientes, apenada... Eran unos seres que ella tenía a su cargo, y habían muerto. Su diligencia había sido más que divina, pues el mismo Dios dejaba a los perros muertos en las playas y a los conejos atropellados en los arcenes de las carreteras. Gafas con montura de oro, empastes de oro, montañas que robar y salvar. Pero la carne no se salva. Ni siquiera se consideran pecios o restos de un naufragio. Solo basura.

Y ahora tocaba ir al salón de actos. Y allí habían colocado un estrado, y estaba la orquesta del colegio, y podía ver las filas en las que se apretaban padres e hijas, y a seis emperifolladas antiguas alumnas que habían acabado sus estudios en el centro el año anterior, por fin libres de la vigilancia de la señora Trueman, y que habían vuelto para dar un puñetazo en el ojo a su vieja vida. Y allí había hileras de premios, docenas y docenas, todos listos para ser entregados con una sonrisa alegre. Ella sonreiría hasta que se le agarrotasen los músculos de la cara. Y había una niña que se le acercó para entregarle un ramo de flores, que, dicho sea de paso, despedían un olor nauseabundo, a cementerio y a muerte, y ya estaban marchitándose bajo el celofán por el intenso calor humano. La directora parecía a punto de pronunciar su discurso.

Jenny Jamieson se reclinó en su silla. No le hacía falta escucharla. Volvió a concentrarse en los dedos del médico y en la sábana blanca del hospital. Pensó en los peces dorados, flaqueando y escorándose, boqueando lentamente, sin protestar, muriendo en silencio, rechazados por su elemento, flotando bocarriba sin esperanza. Estaba perdiendo mucha sangre, podía sentir la gotear. Tenía las bragas empapadas. Menos mal que se había puesto el vestido gris, que era de un tejido grueso, aunque demasiado claro, por desgracia, para ocultar ese tipo de mancha. Pero absorbería bastante antes de mancharse.

La señora Trueman habló de la dificultad de adaptarse a los nuevos métodos de enseñanza y del problema de los menos dotados, y de la maravillosa forma con que el colegio había abordado las turbulencias de los

últimos años, y de que eran una comunidad feliz, en la que cada niña podía encontrar su sitio, un trabajo que encajase con sus habilidades: «Porque todos tenemos habilidades —dijo la señora Trueman—, aunque quizá no todos estemos capacitados para pasar la selectividad.»

El colegio realizaba una división estricta que consistía en separar, con gran meticulosidad, al grupo más aplicado de aquellos que estaban menos dotados para los estudios.

«Nos enorgullece poder anunciar que nuestras calificaciones de selectividad —continuó la señora Trueman— siguen siendo tan buenas como siempre.»

Jenny Jamieson pensó que no volvería a dejar a nadie entrar en ella. Son ya demasiadas las veces que he abierto las piernas con amabilidad. No volverá a pasar. Demasiadas las comidas que he cocinado con una sonrisa, y demasiadas las veces que me he disculpado.

«Por desgracia —continuó la señora Trueman—, la señora Hyams ha tenido que jubilarse este año por motivos de salud, pero estoy segura de que todos aquí le deseamos lo mejor...»

Jenny Jamieson miró a las madres y a los padres, y a las chicas. Parecían absortos, aburridos y dóciles. Permanecían sentados en sus filas, muy calladitos, dejando que la señora Trueman, Harrogate y Somerville los observasen con desdén desde lo alto del estrado.

Volvió a centrar su atención en sus hijos, y en la confianza anodina con la que siempre había dado por descontado que algún día ella se sentaría en un salón de actos como ese mismo, en calidad de madre, y le tocaría a ella escuchar discursos insulsos y ridículos, y entregarles premios a sus tres hijos. ¡Cuánto había esperado de la vida! Había esperado verlos crecer, ver sus piernas largas y sus rostros adultos, y conocer a sus propios hijos, sus nietos. Le había parecido del todo imposible que un accidente, como la muerte, los separase de ella. Y, sin embargo, era posible... Esas cosas ocurrían a diario.

Sintió que su ánimo flaqueaba, preparándose para atravesar ese abismo vertiginoso: ¿tenía suficiente fuerza? ¿La llevarían sus alas al otro lado, o caería, aquí y ahora, para siempre, en la oscuridad?

Pensó entonces en sí misma: quienes no aman, mueren y caen en el olvido. Sin embargo, los que aman como yo he amado no pueden perderse. El cuerpo quizá se pierda, pero mi amor no dejará de existir jamás. Ese amor no me necesita, yo soy prescindible para él. De hecho, puedo apagar me poco a poco

en ese hospital, como una cáscara seca, porque no soy necesaria. Los años que he dedicado son suficientes (ya lo dijeron Freud y Klein, esos santos y visionarios poderosos). Ha sido bastante, se me exime de la existencia, soy libre, porque mi amor es más fuerte que la muerte.

Su ánimo, sin aliento, llegó al otro lado. Embargada por una intensa emoción a causa de su reciente hallazgo, de esa revelación, se dijo: «Mi amor es más fuerte que la muerte».

Más tarde, se diría también: «Todas las revelaciones son banales. Y, sin embargo, cuesta más tener una revelación que mirar directamente al sol, que es, a fin de cuentas, ordinario y cotidiano».

Y, aún más tarde, pensaría: «Ese fue el momento en el que se decidió que no iba a morir, pues fue el momento en el que acepté la muerte».

Pero seguía ahí sentada escuchando a la señora Trueman, que ya había llegado a la parte donde le tocaba exponer su biografía: «¡Qué afortunados somos —decía— por que nos acompañe esta tarde la señora Jamieson, a la que tan bien conocemos! ¡Qué privilegiados podemos considerarnos —continuó la señora Trueman, con un tono de superioridad aún más sutil y soberbio en su ya de por sí altivo acento— de tener con nosotros a una mujer que se ha distinguido...!».

«Está claro que algunos de nosotros —pensó Jenny Jamieson— estamos destinados por naturaleza a acabar siempre sonriendo.» Trató de concentrarse en ese nuevo pensamiento, aunque seguía temblando por la intensidad de la convicción a la que acababa de llegar hacía unos instantes. Pero era rápida.

Y entonces se puso de pie, sonrió y empezó su discurso. Aunque no sabía si era motivo de vergüenza o de honra, esas cosas se le daban bien. No obstante, como ya se ha dicho, la mayoría de cosas se le daban bien. Incluso sus crisis espirituales las soportaba con entereza, y hasta salía de ellas con una sonrisa. Y, ahí de pie, hablando sobre las nuevas oportunidades que se abrían para las chicas hoy en día y lo importante que era pensar en estudiar una carrera, además de en encontrar un marido, siguió sonriendo. «Porque hoy en día las dos cosas se pueden combinar sin problema —dijo Jenny Jamieson, sonriendo, rebosante de confianza. Estaba radiante y rebosaba seguridad, todo un ejemplo para las alumnas—. Somos muy afortunadas —dijo Jenny Jamieson—, y tenemos que sacar el máximo partido a las oportunidades que se abren ante nosotras.»

No era fácil decir cuál era su propia opinión sobre esa frase final. Su

naturaleza era demasiado fuerte, y como no podía actuar sin convicción, trataba de convencerse a sí misma. Es una forma de verlo. También hay otras.

Lo cierto es que mientras estaba en el estrado, sonriendo, hablando tan alegremente del futuro de las mujeres, la sangre le goteaba y le resbalaba por el muslo, empapándole la media e introduciéndose en la bota. Sangraba profusamente. «Gracias a Dios —se dijo, mientras hablaba de otras cosas con otra gente—, que me he puesto un vestido largo y botas, y no se ve.»

Se pasó veinte minutos hablando, y sangrando.

Al echar la vista atrás, recordaría ese día como una broma y una victoria, pero a costa de quién, y sobre quién, no sabría decirlo.

(1973)

DEBERES

Espero no dar la sensación de estar quejándome de su actitud. Al contrario, sé que siempre ha sido muy buena conmigo, muy generosa con su tiempo, muy simpática y comprensiva, y la verdad es que no debería darme por sentado... No hay absolutamente ninguna razón para que quiera verme siquiera. Es una mujer muy ocupada, lo sé. Siempre le estoy diciendo que soy consciente de lo ocupada que está, y que no tiene que permitir que la moleste, que en cuanto empiece a aburrirla con mis problemillas solo ha de pedirme que recoja mis cosas y me vaya, sin más. Pero jamás lo hace. Para ser justos con ella, hay que decir que jamás lo ha hecho, ni siquiera esta última vez (y eso que estaba un poco molesta). En fin, pude entender bastante bien lo que sentía. El caso es que siempre ha sido generosísima conmigo. Siempre le he dejado perfectamente claro que lo único que tiene que hacer si quiere que nos veamos en otro momento es darme un telefonazo. Yo siempre estoy disponible, le digo. Tú eres la que está ocupada, no yo... Yo no soy nadie, le digo siempre. Tú llámame si no puedes el martes, que nos organizamos sin problemas para otro día. Yo *siempre* estoy libre. Pero nunca lo hace.

Así que ya os podéis imaginar lo incómoda que me sentí al verla tratar así de mal a Damie. No le pega nada... Ella es una persona paciente, generosa, comprensiva, y ese pobre chiquillo... Bueno, es verdad que ya no es tan pequeño, tendrá más de doce años, supongo, pero sin duda se lleva siempre sus peores palabras. Y el otro día me sorprendió muchísimo. Me habría gustado intervenir, decir algo, pero no sabía qué ni cómo hacerlo, y tampoco me habían dado vela en ese entierro.

Llegué allí como siempre, sobre las cinco y media. «Ven cuando quieras», me dice ella cada vez, y al principio yo solía aparecer a las seis y media más o menos, a la hora de cenar, pero luego cogí la costumbre de llegar una hora

antes, para poder charlar un rato mientras tomamos el té. En una ocasión llegué sobre las cinco, y la pillé al teléfono, y se quedó hablando una eternidad, sin apenas dirigirme la mirada, así que últimamente procuro no llegar antes de y media. Una vez, llegué a su calle tan temprano que me puse a dar vueltas a la manzana para matar el tiempo, y me di de bruces con ella al doblar una esquina: iba a toda prisa a la carnicería porque se le había olvidado comprar carne picada para la cena —es curioso, cuando voy suele haber carne picada, pero no creo que cenén eso todos los días—, y me preguntó: «¿Qué estás haciendo?», y yo le respondí: «Nada, dando vueltas a la manzana, no quería molestarte llegando demasiado temprano», y ella me dijo que me dejase de tonterías y que la acompañase, y yo fui. No obstante, sigue sin hacerme demasiada gracia aparecer mucho antes de las cinco y media si puedo evitarlo. No me parece justo: me da la impresión de que la esperan un montón de tareas domésticas cuando vuelve del trabajo. Por supuesto, dice que no le importa que esté ahí mientras prepara la cena... Le gusta tener a alguien con quien hablar, dice. Yo siempre me ofrezco a ayudarla, pero ella asegura que no se le da muy bien que la ayuden, que prefiere hacer las cosas sola.

El caso es que esa tarde llegué sobre las cinco y veinte, y la pillé recogiendo las cosas del té. Pensé que parecía un pelín cansada, y se lo dije, pero respondió que no era nada en concreto. Al parecer, se había acostado tarde la noche anterior (y eso que siempre dice que tiene que estar en la cama a las once) y había sido un día largo en el estudio: por algún motivo, habían empezado a trabajar a las ocho. No me contó mucho del programa, así que supuse que no iba demasiado bien y evité el tema con discreción. Me preguntó cómo me iba con Mary (la mujer con la que comparto piso) y cómo estaba mi padre, y yo le hablé de ellos. (Mi padre está en una residencia de ancianos y solo lo veo los fines de semana.) Le hablé de ellos mientras empezaba a cortar las cebollas y el resto de ingredientes que mezclaría luego con la carne. (Ojalá no pusiera pimienta verde. Me he dado cuenta de que todo el mundo lo deja en un lado del plato, menos ella.) Mientras intentaba explicarle que al final Mary no podría pasar conmigo las vacaciones de Semana Santa, aunque me había dicho que iba a estar libre, el teléfono sonó tres veces: dos llamadas de trabajo y una que cortó de manera harto tajante, en mi opinión. «Mira —dijo con un tono muy peculiar—, tendrás que llamarme más tarde. Y procura hacerlo. Me voy a enfadar mucho contigo, muchísimo, si no me llamas más tarde.» Parecía otra persona y, por su tono de voz, supe que esa persona no

estaba de muy buen humor. Me alegro de que no use ese tono conmigo. Pero supongo que es irritante que el teléfono suene cada dos por tres, mientras los críos corretean de un lado a otro. «Venga, Kate, no des la murga», le decía una y otra vez a su hija pequeña, que no dejaba de entrar para enseñarle lo que estaba haciendo (eran origamis). «Venga, Kate, vete a ver la tele, que estoy hablando con Meg, ¿no lo ves?» La verdad es que fue un poco tajante, pero aún estaba a años luz de la brusquedad que emplearía luego con Damie. En cualquier caso, no creo que Kate sea ni la mitad de sensible que Damie; se limitó a volver silbando a su puesto frente a la televisión, que al parecer se pasan el día y la noche viendo, al menos mientras yo estoy ahí.

Le estaba explicando que Mary me había convencido para que pagase la fianza de una casita de campo para Semana Santa cuando se produjo una nueva interrupción: esta vez era el timbre, y ella dio tal respingo que se cortó un dedo con el cuchillo de picar. «Voy yo», dije, enfilando el pasillo, pero ella jamás lo habría permitido. No, tenía que abrir ella, así que se dirigió a la puerta, sangrando y chupándose el dedo. No pude ver muy bien quién era. Creo que se trataba de un hombre, que le entregó algo, pero ella lo dejó en algún lugar antes de llegar a la cocina. No me dijo quién era. Luego tuvimos diez minutos de tranquilidad antes de que el teléfono volviese a sonar. Esta vez su tonillo enérgico, que siempre usa cuando habla con él, no me dejó lugar a dudas: el que se encontraba al otro lado de la línea era su ex marido, Tony. Yo sé que oculta mucho dolor, cosa que nadie podría intuir a menos que la conociese tan bien como yo. Resultaba evidente que él quería hablar sobre algún asunto relacionado con uno de sus hijos. Casi podía distinguir cada una de sus palabras, de lo fuerte que hablaba. Estuvieron unos minutos al teléfono, y ella intentaba darle largas. Yo empecé a leer el periódico para que no se sintiese escuchada, pero al rato ella dijo, tajante: «Mira, Tony, ahora mismo no puedo hablar... Meg está aquí», y él colgó casi al instante. Le sonreí cuando volvió a la tabla de cortar, sintiéndome satisfecha por haber cumplido la humilde función de ayudarle a deshacerse de él, aunque ella no parecía demasiado contenta.

No obstante, he de decir que se mostró muy amable respecto a lo de Mary. Incluso se ofreció a prestarme lo que había dado para la fianza, si iba mal de dinero, hasta que la agencia de viajes me lo devolviese. Yo lo rechacé, por supuesto. No me gusta que me presten dinero, ni siquiera alguien como ella, que tiene a raudales. Coincidió conmigo en que Mary había sido muy

desconsiderada. Ambas estuvimos de acuerdo en que la gente piensa muy poco en los demás, nunca se preocupa por los sentimientos de los otros, nunca se percatan de que puede que estén ocasionando molestias. Sí, es sorprendente lo irrespetuosa que puede llegar a ser la gente, decía, cuando Damie volvió a entrar en la cocina (se me ha olvidado contar que ya había entrado varias veces). El caso es que irrumpió allí, como por quinta vez, ahora con una pregunta sobre sus deberes de Historia. Personalmente, yo habría procurado prestar un poco de atención al pobre chiquillo, pero ella le pegó un grito terrible: «Dios santo, Damie, ¡que te vayas de una maldita vez! ¡Ya te he dicho que dejes de dar la murga! ¿Es que no ves que estoy hablando con Meg?». Para ser justos con el crío, este apenas parpadeó. Se limitó a marcharse tranquilamente, libro en mano. Pero yo creo que esos no son modos de hablar a un niño, ni siquiera cuando se es una madre trabajadora. Sobre todo si, como ella, siempre estás intentando parecer una especie de supermujer.

El caso es que parecía un poco inquieta. Entre pitos y flautas aún no había metido en el horno el pastel de carne, y las seis y media se acercaban peligrosamente. Volví a preguntarle si podía echar una mano, pero respondió que no había nada que hacer, salvo que quisiera ir a servir una copa para mí y otra para ella a la otra sala. Así que fui, para contentarla, la verdad sea dicha, porque no soy yo mucho de copas. (Ella sí. Más de una vez me ha costado creer todo lo que ha bebido. La he visto pimplarse casi un tercio de una botella de ginebra en una noche.) Así que fui a la otra sala, a la mesa donde tiene las bebidas: sabía que ella tomaría ginebra con agua (la ruina de las madres, como la llaman) porque siempre bebe lo mismo, y yo me decanté por un Dubonnet con limón. Quedaba un culito de Dubonnet en una botella cubierta de polvo, probablemente la misma de la que bebí la última vez (no creo que a ella le guste), pero no encontré el limón, así que volví a la cocina y le pregunté si quedaba. Me dijo que quizá en el sótano, y yo respondí que bajaría a buscarlo, pero ella dijo que mejor no, que nunca lo encontraría, que además estaba muy oscuro y lleno de telarañas, y que la luz no funcionaba. Así que le pedí que no se preocupase, porque podía tomarme el Dubonnet solo, o con tónica o con gaseosa, no pasaba nada. Pero ella ya iba de camino al sótano, y pude oírla traqueteando ahí abajo. «¡No te preocupes, no quiero molestar! ¡Me tomaré un jerez!», grité, pero era demasiado tarde. La oí soltar una palabrota al tropezarse con algo (habla mal, pero quizá todo el mundo hable mal hoy en día), y luego apareció llevando en la mano una botella de limón que parecía

del año de la pera. «De verdad, habría podido tomarme cualquier otra cosa *perfectamente*», dije. «¡Ah, no pasa nada!», respondió, y por fin pudo meter el pastel al horno. A este ritmo, pensé, mirando mi reloj, tendremos suerte si cenamos antes de las siete y media. Y yo no he tomado nada salvo una barrita de Mars y un sándwich de jamón desde el almuerzo.

Lo normal era que, llegados a ese punto, las cosas se calmasen un poco, y yo confiaba en que así fuese, porque estaba deseando preguntarle qué le parecía que el doctor Scott me hubiera sugerido reducir mi dosis de Tranquillex. Él cree que eso es lo que me ha hecho engordar tanto últimamente. Al parecer es un efecto secundario habitual. Por supuesto, también me habría gustado que me contase algo de su programa. Pero eso no fue lo que pasó. En cuanto nos sentamos a la mesa de la cocina (ella se sirvió una copa de ginebra bien cargada, o a mí al menos me lo pareció, aunque puede que la hubiera rebajado con agua), en cuanto nos sentamos (se puso a cambiar la bombilla de una lámpara de mesa que el gato había tirado, pues parece del todo incapaz de permanecer quieta sin hacer nada), en cuanto nos sentamos, los gemelos, que acababan de volver de la reunión de los Woodcraft Folk, irrumpieron en la cocina, vistiendo unos curiosos uniformes. A decir verdad, hasta aquel momento ni siquiera me había percatado de que no estaban, pues, incluso sin ellos, la casa ya es bastante ruidosa. Son unos niños adorables, y muy felices; algo sorprendente, si se piensa en el poco tiempo que les dedica su madre. El caso es que tuvimos que escuchar una larga perorata sobre lo que habían estado haciendo con los Woodcraft Folk, que, según nos explicaron, se consideraba una especie de entrenamiento para una guerra de guerrillas para *boy scouts* marxistas —muy divertido, supongo, aunque a mí no me haría gracia que mis hijos de ocho años fuesen tan precoces—. Luego se percataron de que estábamos tomando un aperitivo y empezaron a pedir Coca-Cola y patatas fritas y cacahuets y algo que se llamaba Corn Crackers. Ella cayó en la cuenta de que no le quedaba Coca-Cola, así que les dio licencia para ir a comprar una botella, y también un paquete de Corn Crackers para cada uno, y otro para mí. (La verdad es que son buenos chicos.)

Sin embargo, entre unas cosas y otras, apenas tuvimos tiempo para intercambiar dos frases tranquilamente antes de que el pastel estuviera listo y fuese hora de cenar. Dos frases que no me dejaron muy satisfecha que digamos... Me dijo que no podía aconsejarme nada con respecto a lo del Tranquillex, que ella no era médico, pero que si quería perder peso quizá

debería apuntarme a algún grupo de autoayuda. En otras palabras: no entendí nada de nada.

El pastel estaba delicioso y, para ser justos con ella, diré que no se me escapó que Damie, al menos, había dejado de apartar los trocitos de pimienta verde, así que quizá, al fin y al cabo, se pueda lograr que a una persona le acabe gustando algo que aborrece. Como de costumbre, no había nada de postre, solo fruta y queso. Ella siempre repite que odia preparar pudines y que, además, no son nada saludables. Y supongo que lleva razón.

Cuando terminamos de cenar eran más de las ocho y media, y entonces, gracias a Dios, los gemelos se marcharon a la cama, Kate se fue a ver la televisión y Damie se dispuso a acabar sus deberes. Yo le eché una mano fregando los platos. Al menos juzgó que era apta para ayudar con eso. Así que tuvimos un rato para hablar. Me hizo más preguntas sobre mi relación con Mary —sobre la relación de verdad, no solo sobre esa historia de la casita de campo— y se mostró muy empática, como solía ser cuando la conocí, sin limitarse a escuchar sin prestarme atención de verdad, como a menudo le ocurre ahora. También indagó un poco más sobre el doctor Scott, y quiso saber si me había planteado alguna vez seguir un tratamiento psiquiátrico, y me contó una historia sobre una amiga suya a la que le estaba yendo de maravilla con un psiquiatra. Yo le expliqué que, aunque pudiese permitírmelo, no todos éramos tan ricos como ella y sus amigas, y que de todas formas tampoco es que tuviera mucha fe en esas cosas, y ella se mostró de acuerdo conmigo, y preparó el café, y se sirvió otra ginebra. (Yo no sabía que la gente también bebe ginebra *después* de cenar. A mí no me apetecía nada más.)

Nos tomamos el café en la cocina para evitar molestar a los niños, que se encontraban en la sala de al lado. Damie siempre hace los deberes con la televisión encendida a todo volumen. Siempre me ha parecido un misterio cómo puede irle tan bien en el colegio. Los niños modernos *son* un misterio. Ella me habló de un hombre de su trabajo que insistía en invitarla a cenar, pero tuvo que interrumpirse porque en ese momento sonó el teléfono —otra vez—. Era su hermana, y se pasaron una eternidad al aparato, hablando de algún problema con la guardería de su sobrino que a ambas les parecía extraordinariamente divertido, aunque yo no le encontré la gracia. Al fin decidió colgar, pero en cuanto dejó el auricular en su sitio, el teléfono volvió a sonar. Debía de ser la persona que había llamado varias horas antes y que tanto la había irritado, pues volvió a responder de forma muy abrupta, con ese

tono de voz tan peculiar: «¡Ah, si eres tú...! Sí, sé que te he dicho que me llamas más tarde, pero te has adelantado, todavía es temprano...». Y entonces se produjo un largo silencio, en el que ella escuchó a la otra persona, y *yo* no pude oír ni una palabra porque, a diferencia de su ex marido Tony, su interlocutor hablaba en voz muy baja. Al rato, ella dijo, con un tono más suave, pero que seguía pareciéndome muy irritado: «Ah... ¡Ah, sí, ya veo! Bueno, eso es distinto, ¿no? Sí, las once es buena hora. Sobre las once. Nos vemos pronto». (Hablamos pronto, supuse que quería decir.) «Pues lo dicho, hasta luego», se despidió, y colgó.

Curiosamente, después de esa llamada su humor pareció mejorar un poco, y empezó a hablarme de la nueva novia de su ex marido, de lo bien que se llevaban las dos, y dijo que esperaba que él se aclarase las ideas y se casara con ella. La pobre le pone al mal tiempo buena cara, eso hay que reconocérselo. Como la atmósfera se había vuelto para entonces un poco más distendida, pensé en sacar el tema del marido de Mary y de lo remolón que está siendo con la pensión que se supone que tiene que pagarle. Sin embargo, justo cuando me disponía a hablarle de ello, Kate se presentó en la cocina para dar las buenas noches, y Damie entró con sus deberes. Quería que su madre lo ayudase. Eran de Física, y ella le explicó que siempre se le había dado fatal la Física, y él le dijo que daba igual, que en ese curso se suponía que solo había que emplear el sentido común (siguen el método de Nuffield, creo), a lo que ella respondió que tampoco había tenido nunca sentido común. No obstante, accedió a echarles un vistazo, y yo vi cómo a medida que comprobaba que no los entendía iba haciendo de nuevo presa de ella el mal humor. Así pues, pregunté si podían enseñármelos a mí también (no es que se me dé para nada bien la Física, pero dos cabezas piensan mejor que una), pero ella, con una actitud bastante pueril, respondió que no, que quería entenderlos sin ayuda. Si se suponía que un niño de doce años tenía que ser capaz de hacerlo, seguro que ella también podría.

No habría pasado nada, creo, si Damie no se hubiese inclinado sobre la mesa para intentar explicarle a su madre algo que decía el libro de texto, y no hubiese tirado de paso la lámpara que ella acababa de arreglar. No tengo ni la más remota idea de lo que le sucedió entonces. Una rabia inmensa se apoderó de ella. No he visto nada igual en mi vida. Recogió la lámpara y la estrelló contra la pared, y luego le tiró a Damie el libro de Física a la cabeza, para después lanzarle al pobre chiquillo una sarta de improperios —unas

palabrotas terribles, confío en que no las entendiese—. Acto seguido, cogió su taza de café y, cuando su hijo ya se alejaba por el pasillo, también se la arrojó. No puedo expresar con palabras lo sorprendida que estaba. Me quedé patidifusa. Así que esa era la mujer competente que todos consideramos un auténtico modelo de eficacia y tranquilidad. ¡Pobre Damie!, yo no sabía qué hacer... Lo estaba oyendo llorar en la otra sala. Tampoco sabía qué decirle a ella. Farfullé algo sobre lo cansadísima que tenía que estar después de un día tan largo, que no se culpase demasiado, pero ella se había llevado las manos a la cabeza y no respondió nada. Me ofrecí a prepararle otra taza de café, pero seguía sin decir nada. Así que me limité a quedarme ahí un rato, hasta que pregunté: «¿Quieres que vaya a ver cómo está Damie?», y ella masculló que era mejor dejarlo solo, y que si no me importaba iba a irse a la cama, que no se encontraba demasiado bien.

Después de aquello yo no podía quedarme allí, ¿no? Recogí la lámpara y tiré a la basura los fragmentos de la taza de café. Aún eran las nueve y media, y por lo general no me marchó hasta las once, pero no parecía que tuviese mucho sentido quedarse. Y ella tampoco se mostraba muy dispuesta a concretar una próxima cita. Llámame, me decía una y otra vez. Me pregunto si había bebido más de la cuenta.

El caso es que consideré que lo mejor era irse. Me asomé a la sala de estar de camino a la puerta; Damie parecía estar bien: seguía haciendo los deberes como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, cuando salí, en lugar de encaminarme directamente al metro, di una vuelta a la manzana, con la intención de echar un vistazo por la ventana de la sala de estar al volver a pasar por ahí. Seguía preocupada por Damie, claro. (Como ella nunca corre las cortinas, todo el que pasa por esa calle puede ver lo que ocurre en el interior de su casa.)

Y, por increíble que parezca, cuando di la vuelta a la manzana y miré, ahí estaban Damie y ella, sentados en el sofá, abrazados y riéndose. Se estaban desternillando, para ser sinceros. No se me ocurre a cuento de qué. A mí no me parecía que hubiese nada de lo que reírse.

Así que seguí andando y volví a casa en metro.

A veces creo que está un poco desequilibrada, la verdad. No me gustaría ser yo quien se lo sugiriese, pero me parece que le vendría bien algún tipo de terapia.

(1975)

LA VIUDA ALEGRE

Cuando Philip murió, sus amigos y colegas supusieron que Elsa cancelaría las vacaciones. Elsa sabía que eso sería precisamente lo que ellos supondrían, pero lo cierto es que ella no tenía ninguna intención de cancelarlas. Estaba decidida a irse de vacaciones. Durante las últimas horas de Philip, inesperadas y súbitas, y en las semanas de duelo, condolencias y cartas de bancos y abogados que las siguieron, la idea empezó a apoderarse cada vez con más fuerza de su imaginación. Si era sincera consigo misma, e intentaba serlo, cuando Philip estaba vivo, no deseaba, ni de lejos, que llegasen las vacaciones. Estas habrían acabado convirtiéndose en el enésimo intento, frustrante y entristecedor, soportado con obediencia, de revivir placeres pasados, una vez más eclipsado por la mala salud y el mal genio de Philip, que iban a peor con el paso de los años. Pero sin Philip la idea se volvía más seductora. Elsa sabía que tendría que ocultar su expectación creciente, pues sin duda no resultaba decoroso que una viuda tan reciente desease con tanto anhelo algo tan mundano como unas vacaciones de verano; aunque tampoco era, razonaba para sus adentros, que estuviese planteándose una escapada extravagante. En realidad, sus planes eran más bien modestos: nada de cruceros por las islas griegas ni hoteles de lujo, ni siquiera una pequeña pensión familiar con manteles a cuadros y vino de la tierra en Dordoña... Solo pretendía pasar una quincena en una casita de campo alquilada en Dorset. Una quincena tranquila a finales de junio. Una elección poco ambiciosa, apropiada para una pareja como Philip y Elsa, Elsa y Philip.

Quizá, pensaba, mientras tiraba calcetines viejos y metía trajes en bolsas para donarlos a Oxfam y al Ejército de Salvación, mientras cancelaba las suscripciones de su marido a diversas publicaciones académicas periódicas... Quizá lo mejor sería intentar sugerirles a esos conocidos bienintencionados

que sentía la «necesidad espiritual» de pasar una temporada en Dorset, de estar sola, de retirarse... Necesitaba recuperarse, en paz y rodeada de un entorno diferente, de la conmoción (por esperada que esta fuese) que le había provocado la muerte de Philip. De hecho, dicha sugerencia no distaría mucho de la verdad, salvo porque la emoción que esperaba sentir en Dorset no era aflicción, sino alegría. Necesitaba estar sola para ocultar a las miradas entrometidas su alivio, el placer que sentía por su nueva libertad y, sí, por qué no decirlo, su alegría.

Sonaba indecoroso, pero era lo que había. Estaba hasta la mismísima coronilla de Philip, se decía, apretando los dientes con rabia mientras mandaba un mensaje para aumentar el pedido fijo de combustible para la calefacción, mientras llamaba al fontanero para que instalase una ducha con alcachofa en el grifo de la bañera. ¿A santo de qué no iba a poder ella tener una ducha, a su edad, con su pensión y sus ahorros? La mandíbula le dolió con una rabia retroactiva. ¡Qué mezquino se había vuelto, qué quejica, qué decidido a frustrar todos los placeres, a obstaculizar todas sus amistades...! Philip era el responsable de que casi no le quedaran amigos, una de las razones por las que sentía un anhelo voluptuoso, sensual y casi febril por los placeres de la soledad. Necesitaba alejarse, alejarse de todas aquellas relaciones arruinadas, de aquellas sonrisas falsas, de aquellos trajes de *tweed* antiguos y de aquellos buzones llenos de papeles. Necesitaba estar sola, no tener que fingir, dormir y despertarse sin que nadie la observase.

Philip no tenía la culpa, les decía a los demás, de haberse vuelto tan «difícil». Había sido culpa de la enfermedad. Fue mala suerte caer así de enfermo cuando no había cumplido ni sesenta años. Fue mala suerte que le asaltara ese dolor molesto y constante. Mala suerte que se le negasen los placeres y el ejercicio físico que formaban parte de su vida cotidiana. Mala suerte que tuviera que cambiar su dieta habitual. Sin embargo, huelga decirlo, en su fuero interno ella *sí* culpaba a Philip. La enfermedad solo había acentuado su egoísmo, su malicia discreta, su tendencia a poner a los demás en su sitio. La enfermedad le dio excusas para comportarse mal, pero, en realidad, él *siempre* se había comportado mal. Se había aprovechado de su dolencia como si fuese un regalo caído del cielo, la había abrazado como su estado natural. En su juventud, al menos se esforzaba por controlar su lengua, sus bromas a costa de los demás, sus ansias de demostrar que el resto del mundo era ignorante, ridículo y maleducado.

En cierto modo, la enfermedad había eliminado ese autocontrol, le había dado carta blanca. Tras caer enfermo, parecía disfrutar humillándola en público, quejándose de ella a sus espaldas, socavando su ánimo cuando estaban solos viendo la televisión. Llegó un punto en el que ella no podía expresar el menor interés por cualquier programa sin que él la atacase por sus gustos, sus aficiones o sus costumbres «intelectuales». Si veía el telediario, es que estaba obsesionada con las noticias, atrapada por los medios, y que la locura informativa de los directores de los programas le había lavado el cerebro hasta la sumisión. Si ponía un partido de tenis, o atletismo, o equitación, él la sermoneaba sobre los males del deporte de competición. Si veía documentales sobre la fauna salvaje, se burlaba de ella por interesarse por los tejones y las mariposas cuando debería preocuparse por los problemas de los centros de las ciudades. Si veía una serie de humor, él la llamaba soñadora, y atacaba a la comedia en cuestión por ser una cómoda fantasía de clase media o una glorificación de la subcultura de la clase trabajadora. Viese lo que viese, estaba mal, y si no veía nada, vaya, entonces alegaba que era una esnob, incapaz de compartir con su marido los placeres más básicos de la vida cotidiana. Noche tras noche, con un ángulo oblicuo a través de la pequeña pantalla, la había maltratado. Él no odiaba la televisión, sino a ella.

En Dorset no había televisión. Los propietarios de la casita del molino, justificándose, les habían explicado que el valle se encontraba demasiado profundo para recibir una buena señal y que la calidad de la imagen era demasiado baja como para que mereciese la pena comprarla. «No hay problema», dijo Philip, pero no lo decía en serio. Si hubiese vivido, si estuviera vivo para haber ido de vacaciones a Dorset, sin duda habría encontrado la retorcida forma de quejarse por su ausencia. Quizá sacaría el tema de su falta de conversación: «Mejor desconectar con cualquier programa —protestaría— que tus conversaciones triviales o tus silencios.»

Pero ahora estaba muerto, y no habría quejas. Ni televisión ni quejas. Habría silencio.

La noche antes de su salida, Elsa Palmer se sentó a solas en el salón con una bandeja de pan, queso y pepinillos, y ensalada de tomate, y galletas digestivas de chocolate con leche, y una pila de mapas de carretera, y su guía de ornitología, y su libro de mariposas, y su guía de flores, y su libro de arquitectura de Pevsner. La televisión estaba encendida, pero ella no le prestaba atención. Comió un poco de queso y anotó los números de varias

carreteras de forma ordenada: A10, A30, A354. No parecía haber ninguna ruta directa para ir desde Cambridge a Dorset, y eso volvía mucho más entretenido el ejercicio de trazarla. Atravesaría localidades que no conocía, sufriría atascos en calles mayores que nunca había visto, pasaría junto a hileras de setos flanqueados por flores cuyo nombre ignoraba. Sola, con la radio de su coche encendida. Si giraba en el lugar equivocado, nadie la regañaría. Si decidía sintonizar Radio 2, nadie lo sabría. Podría parar a tomarse una taza de café, podría comerse un sándwich y llenarse la falda de migas. Y, al final del viaje, la esperaba la casita del molino, donde nada le recordaría a Philip. Se perdería en lo más profundo del campo de Dorset, completamente distinto de esas tierras espantosas, vacías y sobreexplotadas de Anglia Oriental. Ante sí tendría toda una quincena para pasear y deambular por sus caminos, para recorrer rutas costeras y atravesar bosques, para recoger muestras vegetales y tratar de identificarlas con ayuda de sus libros en las tardes largas, luminosas y solitarias. Sin que nadie la observase, sin que nadie la criticase...

Últimamente, Philip se había mostrado cada vez más en contra de su pasión por la «identificación». «Qué... ¿tiene un nombre?», decía con ironía cuando ella intentaba recordar una variedad de guisante de olor o distinguir a un pajarillo marrón que se encontraba al final del jardín. Y como él siempre acababa imponiendo sus argumentos mediante la perseverancia pura y dura (además, ¿era justo discutir con un hombre enfermo?), ella nunca había podido defender el placer que sentía al buscar diferentes especies en las obras de referencia. Siempre le había parecido un placer inocuo, hasta que Philip empezó a criticarlo. Inocuo, inocente e idóneo para la mujer de un profesor universitario. Mostrar interés por flores y mariposas, ¿qué podía tener eso de malo? Pues mediante alguna prestidigitación del razonamiento, él lo hizo parecer triste, siniestro, contrario a la vida. Le demostró que se trataba de una debilidad, de un síntoma de un defecto del carácter. Nunca comprendería cómo lo había logrado.

El hespérido de Lulworth. Una pequeña mariposa local que vive en la cala de Lulworth. Miró la foto y esbozó una sonrisa de aprobación. Sí, recorrería la ruta costera de Dorset con su mapa de la Agencia Cartográfica Nacional en el bolsillo, e iría a Lulworth, y buscaría al hespérido de Lulworth. Y si no lo encontraba, nadie se enteraría de su derrota. Su placer la pertenecería solo a

ella, y su decepción, también.

«El matrimonio me ha deformado», pensó Elsa Palmer al día siguiente, mientras atravesaba lentamente Biggleswade. «El matrimonio es antinatural», pensó Elsa Palmer, mientras se detenía en el semáforo en rojo de unas obras en la carretera de Aylesbury.

Matrimonio y maternidad. Pensó en sus hijos, en sus nietos. Todos habían acudido al funeral, cumplidores. Pero la habían aburrido, la habían irritado. Tras un sinfín de años pidiéndoles cobardemente favores, suplicándoles que llamasen más, chantajeándoles para que fuesen en Navidad (o, últimamente, autoinvitándose a Philip y a ella a sus casas en Navidad), ahora, de repente, descubrió que la aburrían, admitió que la aburrían. Stuart era un vago, Harriet era una pedante y siempre estaba mala (de tal palo tal astilla, ¡Dios santo!, cuántas historias de migrañas y dolores de espalda, y eso que solo tenía veintinueve años), e incluso el joven Ben se había puesto pesadísimo con su coche nuevo. Y luego estaban sus nietos, que se pasaban el rato lloriqueando, olisqueando, figoneando, dando patadas a los muebles, armando alboroto y exigiendo dulces constantemente con su odioso acento de Londres. Todos ellos eran unos mocosos mimados. Elsa esbozó una sonrisa tranquila, para sus adentros, mientras surcaba el paisaje, divina, deliciosa, exultantemente sola. El clima correspondía a su estado anímico: el sol brillaba, en lo alto del cielo flotaban nubes blancas e inmensas, y grandes sombras se cernían sobre los árboles de anchas hojas verdes y doradas. Un veranillo de San Miguel, en junio.

Pero también se había prevenido contra la posible decepción al final del trayecto. ¿Sería la casita del molino tan encantadora como parecía en las fotografías? ¿Tendría alguna pega oculta, alguna mácula en el paisaje circundante, alguna torre de alta tensión o granja de cerdos justo enfrente? Quizá, quizá... Pero seguro que no le faltaría encanto, y la descripción del riachuelo que atravesaba la propiedad, separando el jardín delantero y el pequeño prado trasero, no podía ser del todo ficticia. Hasta le aseguraron que había truchas en el arroyo. Se imaginó recostada en una tumbona, o tumbada en una esterilla sobre el césped, leyendo un libro, bebiendo algo, levantando la mirada de cuando en cuando para entrever las truchas en las aguas someras, entre las algas ondulantes. Esa imagen de sí misma le resultó indescriptiblemente reconfortante.

Y la casita del molino, cuando por fin llegó a media tarde, no la

decepcionó en absoluto. Era más pequeña de lo que parecía en las fotografías, pero eso siempre pasa. Y estaba demasiado pegada a la carretera, pero se trataba de una pequeña carretera rural, incluso hermosa. Le gustó que la puerta del jardín diese a un patio de piedra donde aparcó el coche. Rústica, sin pretensiones. Una pequeña zona de césped en la que habían colocado una mesa de madera; enredaderas trepando por las paredes; un mirlo que la observaba, inquieto, valiente, curioso, mientras construía su nido; y al final del césped, el riachuelo, el mismísimo río Cerne, que atravesaba la que sería, durante toda una quincena, su casa. La orilla estaba pavimentada, y junto al molino de agua en reposo había un pequeño muro de piedra que el sol de aquel día radiante se había encargado de calentar. Y ahí fue donde se sentó para contemplar el prometido aleteo de las truchas. Eso era todo lo que esperaba. Un puentecito cruzaba el río y conducía a un prado repleto de setos, a la sombra de los árboles, que también pertenecía a la propiedad. «Puede sentarse ahí —le habían asegurado los dueños—, y no la verán desde la carretera. Si no le apetece quedarse en el jardín delantero —le dijeron—, la parte de atrás le permitirá mantener su privacidad.»

Privacidad. Saboreó la idea. No exploraría a fondo aquella zona hasta que le diesen la llave y le enseñaran los alrededores, hasta que deshiciese las maletas y se sintiese como en casa.

Puede que el interior de la casita, que le mostró la señora Miller, vecina del pueblo, tuviera un diseño un pelín rústico de más. Al entrar, vio una mesa de madera resplandeciente y banquetas con orificios tallados en forma de diamante, un montón de muebles de madera brillante, una escalera de madera que subía al piso de arriba, con una sala de estar semiabierta, una herradura y un hervidor de latón, y una desconcertante cabeza de zorro disecada que sonreía desde la pared. La decoración era nueva, y todo relucía como los chorros del oro. Sin embargo, la piedra de moler seguía ahí, la antigua maquinaria del molino aún podía verse en los cuartos traseros, y el corazón de la casa estaba atravesado por el sonido agradable del agua, que hacía compañía. A Elsa le había encantado todo. Incluso los muebles de madera barnizada y la cabeza de zorro disecada. Philip los habría detestado, habría manifestado un sinfín de objeciones al respecto, pero a ella le gustaban mucho. Aunque no eran de su estilo, le hicieron sentirse como en casa al instante. «Es preciosa», le dijo con una sonrisa a la señora Miller, confiando en que se marchase en cuanto le explicara el intrincado mecanismo del contador de la luz

y le revelase el contenido de los armarios de la cocina. «¡Ah, seguro que dispongo de todo lo que necesito!», dijo, percatándose de que le habían dejado leche, pan y mantequilla. Le conmovió la consideración de los dueños ausentes.

La señora Miller se retiró sin demora, con discreción. Elsa Palmer se quedó sola. Recorrió, una a una, todas las habitaciones, escudriñando los objetos típicos propios de las casitas de campo vacacionales: una jarra de cerámica con flores secas, un cancionero abierto por la partitura para piano, un libro de visitas, un paraguero, un triciclo infantil que habían dejado bajo las escaleras, una botella de piedra para el agua caliente, una vitrina con un reloj y una litografía de una escena de caza. Aquellos objetos la hicieron sentirse terriblemente irresponsable, y es que, por primera vez en muchos años, no tenía ninguna tarea doméstica pendiente. Podía subsistir a base de Kit Kat o de KiteKat y nadie le diría nada. Podía morir de hambre, y a nadie le importaría. Saboreando esa libertad, sacó la ropa de la maleta y la colocó con mimo en los cajones vacíos, impersonales y empapelados, con bolitas de alcanfor. Luego hizo la cama de matrimonio de la habitación de techo bajo y bajó las escaleras. Atardecía. Se oía el riachuelo. Sacó la comida —huevos, queso, leche pasteurizada, latas de atún, cebollas, patatas y un poco de fruta— de las bolsas. También una botella de ginebra, una botella de vino blanco y unas cuantas de tónica.

Con una sensación de intrepidez, se preparó un *gin-tonic*. Philip siempre se había encargado de esos menesteres. A lo largo de toda su vida, la idea de prepararse su propia copa le había parecido igual de estrambótica que la de ver a Philip cocinando un estofado irlandés. La imagen de Philip peleándose con un estofado le pareció tan irresistiblemente cómica que no pudo evitar esbozar una sonrisa. Ahora que por fin estaba muerto, podía reírse de él. Adornó su *gin-tonic* con unos cubitos de hielo y una corteza de limón. Un viuda alegre, como se suele llamar a ese tipo de cóctel.

El sol de la tarde era suave. Se trataba de uno de los días más largos del año. Salió al patio empedrado de delante y atravesó el pequeño jardín de césped. Se sentó en el muro de piedra bajo, para beberse su copa con tranquilidad. Una bandada de pinzones de cola aguda aleteaba en un pequeño árbol. Al día siguiente, si regresaban, se sentaría ahí para tratar de identificarlos. Seguro que regresarían.

Las algas se mecían con la corriente. Los ranúnculos de agua, con sus

raíces alargadas, despuntaban sobre la superficie. Las truchas ondeaban, inertes, y a la vez flexibles y sutiles, inmóviles, pero llenas de movimiento.

Se quedó ahí, viendo pasar la corriente y el tiempo. Luego se levantó y cruzó sosegadamente el puentecito de madera para inspeccionar el prado que se escondía en la parte trasera. Mientras atravesaba el puente, una gallineta asustada se movió con gran estrépito, chapoteando, y ella alcanzó a ver unos cuantos polluelos remontando torpemente el río. Ante ella se extendía el prado, una parcela alargada y triangular, repleta de árboles frutales, con un lado bordeado por una cerca; otro por el riachuelo; y un tercero por una hilera antigua e irregular de árboles y setos, a cuyos pies discurría otro pequeño afluente. Descubrió que aquel prado era una especie de isla. Allí, la música del agua resultaba suave y reconfortante. La hierba alta le llegaba hasta las rodillas. A orillas del río crecían con gran profusión y desorden todo tipo de flores silvestres: nomeolvides, valeriana, consueldas, botones de oro y otras muchas especies que no pudo distinguir de inmediato. Un jardín silvestre, descuidado, secreto, misterioso. Allí nadie podría verla.

Dio otro sorbo a su *gin-tonic* y deambuló entre la hierba alta al fresco de la tarde. Una paz profunda y balsámica la colmó. Llegó hasta la punta del pequeño triángulo de su isla, donde los dos ríos se encontraban, y se subió a la raíz de un árbol, al final de su promontorio, para contemplar una vista que no debía haber cambiado mucho en mil años. Un campo de trigo dorado resplandecía a su izquierda, elevándose abruptamente hacia un bosque morado. Las sombras se alargaban. Se encontraba ante el cuadro de un paisaje escarpado. La pequeña escala de su reino diminuto, unos pocos cientos de metros de naturaleza humilde, le resultaba particularmente reconfortante. Puede que se pasase las tardes ahí sentada. Quizá se echaría una siesta, tumbada en una esterilla, bajo un árbol frutal, al sol, en compañía del sonido del agua. En su imaginación, iban tomando forma diversos planes, a cual más agradable, mientras volvía a cruzar lentamente el puentecito, arrancando a su paso unas cuantas nomeolvides azules. Las buscaría, después de la cena, en la guía de flores. ¡Cuánto le habría importunado a Philip aquella idea! «*Obviamente* es una nomeolvides, todo el santo mundo se daría cuenta de que *es* una nomeolvides —habría dicho Philip—, y, en cualquier caso, ¿a quién le importa lo que sea en realidad?» Sin embargo, él lo habría dicho de una forma más ingeniosa, más hiriente, con palabras que, gracias a Dios, no tenía siquiera que imaginar ahora. Porque él no estaba, ya nunca estaría...

Más tarde, leyendo su guía de flores, estudiando la planta más de cerca, descubrió que no era, ni muchísimo menos, una nomeolvides. Los pétalos no tenían nada que ver, y el tallo era demasiado largo. Se trataba, casi con total seguridad, de una borraja, una borraja peluda. Al rato, buscó la lengua de buey. *Anchusa sempervirens*. «Pequeños cúmulos de flores azules y planas de ojo blanco, muy parecida a la nomeolvides o la verónica...» Exacto, eso era. *Muy parecida*. Muy parecida, que no idéntica. Similar, pero no la misma. Esa distinción le encantó. No se le daban muy bien las flores, y tenía cierta tendencia a olvidar rápidamente la mayoría de nombres que tan concienzudamente buscaba. A su edad le costaba retener información nueva, y le resultaba casi imposible ampliar su almacén de certezas más allá del centenar de nombres que aprendiera siendo una niña exploradora, medio siglo atrás, en las tierras de los Yorkshire Dales. Pero esa incapacidad no era óbice para su placer; antes bien, lo potenciaba. Philip nunca había podido entender la seguridad, la tranquilidad que le proporcionaban esas páginas familiares, pasadas una y mil veces, lo cómoda que se sentía durante ese proceso tan familiar para ella de duda, comparación y certeza temporal. Sí, ahí estaba: lengua de buey.

Aquella noche sus sueños fueron violentos y libres. Caballos galopando a través de campos oscuros, cascadas cayendo de riscos elevados, nubes acumulándose de forma aciaga en un cielo negro. Pero, cuando se despertó, la mañana, adornada por el canto de los pájaros, era tranquila y azul. Se preparó un buen tazón de café y se sentó fuera. Ante sus ojos pasaron un coche curioso, el autobús del pueblo y una anciana paseando a un perro. Planeó su día: caminaría los dos kilómetros y medio hasta el pueblo, entraría a alguna tienda, visitaría la iglesia, compraría el periódico, volvería dando un tranquilo paseo, leería su novela, se tomaría un almuerzo ligero y se tumbaría en una esterilla, entre la hierba alta del prado. Quizá sus planes para el día siguiente fuesen más ambiciosos... Hasta podía hacerse una pequeña excursión, mapa incluido. Pero ese día quería quedarse tranquila. El deleite de saber que nada ni nadie podrían interferir en sus propósitos consiguió que por unos instantes se le llenasen los ojos de lágrimas. ¿De verdad había sido tan infeliz durante tanto tiempo? Y entonces vio a los pequeños pinzones de cola aguda aleteando en lo alto del árbol. Habían vuelto para cautivarla.

Philip, se dijo mientras estaba leyendo sentada en el muro, no aprobaría la novela que había escogido. Se había decantado por una antología de Margery

Allingham, por pura nostalgia, sin otro motivo. Philip despreciaba las novelas de detectives, y se burlaba de que a ella le gustasen. En efecto, eran un poco tontas, pero ahí radicaba su belleza. Sí, justo ahí radicaba su belleza. Después de almorzar, se llevó a Margery Allingham al prado, con una esterilla y una pámela, y se tumbó bajo un manzano. La satisfacción de echarse una siesta resulta imposible de explicar a los jóvenes. «¡Cómo puedes *disfrutar* estando dormida!», solían decirle sus hijos. Pero ahora también ellos, ya padres, echaban de buena gana una cabezadita después de comer. Elsa se quedó muy quieta. Podía oír a la gallineta con sus polluelos. Durante un breve instante, levantó los ojos de la página y observó a una pequeña rata de agua marrón que nadaba río arriba. Un cúmulo de plantas y hojas altas centelleó, borroso, ante sus ojos. Ciperáceas, juncos, berros... Sí, más tarde los buscaría todos. Cabeceó, dejándose ir. Se quedó dormida.

Se despertó una hora después, tras soñar con plantas y jardines, para comprobar que su sueño seguía. Estaba colmada por una paz inmensa. Se quedó tumbada, mirando el cielo. Podía sentir cómo su aflicción, su irritación y su impaciencia la abandonaban, cómo esos pequeños ganchos se soltaban, perdiéndose en la corriente. Quedaría redimida, recuperada, perdonada para siempre.

El día dejó tranquilamente paso a la tarde, y al *gin-tonic*, y a la identificación de los pinzones de cola aguda, y a la lectura de Pevsner. Señaló las iglesias que quizá visitaría, y sonrió cuando leyó la expresión de Pevsner «ángeles a escala natural». ¿Quién podía saber la escala natural de un ángel? ¿No se creía antaño que millones de ellos podían bailar en la cabeza de un alfiler? ¿No podría un ángel ser alto como un roble, inmenso y poderoso como un leviatán?

Aquella noche durmió precisamente como los ángeles, y se despertó ante otro día azul de indolencia ininterrumpida. Decidió posponer la excursión larga. Pasaría otro día entero disfrutando de su nueva tierra. Repitió el paseo al pueblo de la mañana anterior, volvió a tomar un almuerzo ligero, y se dirigió otra vez al prado con su esterilla y su Margery Allingham. Ya había establecido el encanto de la rutina, de la familiaridad. Tenía la sensación de estar ahí desde siempre. Leyó, cabeceó, se adormiló y cayó en un sueño profundo.

Al despertarse, media hora después, supo de inmediato que ya no estaba sola. Se incorporó a toda prisa, sintiéndose culpable, ajustándose la pámela,

alisándose la falda de algodón y tapándose las rodillas desnudas, buscando sus gafas, intentando aparentar que no había dormido una siesta en toda su vida... ¿Dónde estaba el intruso? ¿Quién la había despertado? Con discreción, pero cada vez más asustada, inspeccionó su prado triangular. En efecto, allí, en el extremo más alejado, divisó a otro ser humano. Un anciano con una guadaña. Se relajó ligeramente. Solo se trataba de un simple anciano campesino, puede que un jardinero... Le irritaba y le avergonzaba que la hubiese pillado dormida, pero parecía del todo inofensivo, ¿no? Sí, bastante inofensivo. ¿Qué estaba haciendo? Se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol de la tarde.

Parecía estar cortando la hierba alta. La hierba de *su* prado triangular.

«¡Dios santo! —se dijo Elsa Palmer—. ¡Es una auténtica pena!» Quería que parase, que se marchara de inmediato. Pero ¿qué derecho tenía ella para detenerlo? Debía de trabajar para la casita del molino y probablemente estaba cumpliendo con las obligaciones hortícolas que había contraído con los propietarios ausentes.

Poco a poco, mientras se incorporaba para observarlo, empezó a comprender la magnitud del desastre. No solo había invadido su soledad, no solo un completo desconocido la había visto dormida, sino que ese completo desconocido estaba cortando el mismo follaje, las mismas hierbas que tanto le gustaban. Lo observó trabajar, guadañando y serrando, rastrillando y enfardando. ¿Podía él verla a ella? Observar a un anciano trabajando arduamente en plena tarde, en un día tan caluroso, mientras ella estaba sentada tan pancha en una esterilla con Margery Allingham la hizo sentirse incómoda. Debería levantarse e irse. Su momento del prado estaba arruinado, al menos por esa tarde. Recogió furtivamente sus cosas y se dirigió con sumo cuidado a la casa. Pero él la divisó. Desde una punta del triángulo, a unos ciento y pico metros, la divisó. La saludó, hacha en mano, y le gritó:

—¡Qué buen día hace! No le molesto, ¿verdad?

—No, no, claro que no... —respondió ella tímidamente, mientras se alejaba en dirección al puentecito de madera. Se retiró con sigilo. El hombre solo había recortado aún unos pocos metros cuadrados. Le quedaba mucho trabajo por delante. Tardaría días, semanas incluso, en acabar toda la parcela...

Días, semanas... Aquella tarde, atrapada en su jardín delantero, en la entrada de la propiedad, lo vio cruzar el puente varias veces, pasando a unos

metros de ella con sus herramientas, con su carretilla llena de rastrojos. No se atrevió a servirse un *gin- tonic*, pues no le pareció apropiado. Se limitó a observarlo, paralizada, resistiéndose al impulso de esconderse dentro de su propia casa. En el último viaje con la carretilla, el hombre se detuvo.

—Un trabajo para morir de calor —dijo, pasándose la mano por la frente. Era un hombre muy anciano, de piel áspera y tostada, sin dientes, con el pelo blanco enmarañado.

—Sí, para morir de calor —coincidió ella, tímida. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ofrecerle algo de beber? ¿Invitarlo a entrar? ¿Prepararle un té?

Él se quedó ahí de pie, apoyado en su carretilla, mirándola fijamente.

—No le estaré molestando, ¿verdad? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Está sola, ¿no? —preguntó.

Ella asintió, y luego negó con la cabeza.

—Es un lugar tranquilo —dijo él.

—Sí —respondió ella.

—Volveré por la mañana —dijo. Pero, por lo pronto, no se movía. Elsa seguía en el sitio, paralizada. Siguieron mirándose fijamente hasta que el hombre lanzó un suspiro, inclinándose para arrancar una mala hierba de la gravilla y retomando su marcha lenta, amenazadora.

Elsa estaba desolada. Se retiró a la casa y se sirvió una copa, más como medicina que como placer. ¿Podía confiar en que se hubiese ido? ¿Y si se le había olvidado algo? Con una actitud miserable, se quedó dentro, al acecho, unos veinte minutos. Luego, con timidez, se aventuró a salir. Volvió a cruzar el puente para comprobar los estragos que había hecho en el extremo más alejado del prado. Era un buen trabajador, la verdad sea dicha. Había dejado su huella en la naturaleza, cortando y desbrozando con gran diligencia. La madera cortada resplandecía al sol, las raíces arrancadas en la orilla del río sangraban, y había apilado en sendos montones los grandes fajos de hierbas, flores y ciperáceas. Había hecho un destrozo. Y, a ese ritmo, tardaría una semana, incluso una quincena, en completarlo todo. En nivelar la parcela. Si es que esa era su intención, que tenía toda la pinta de serla. «Volveré por la mañana», había dicho. Arrancando distraídamente unas hojas, intentó buscar un consuelo. Aún le quedaban los largos paseos, el campo más allá de su propiedad, aún podía descansar sin problemas en la tumbona del pequeño jardín delantero. Tenía derecho. Había pagado por ello. Eran sus vacaciones.

¿Yerba cipresillo, *Carex acutiformis* o cárex de las riberas, *Carex riparia*? Comprobó su guía de flores mientras anochecía. No parecía importar demasiado de qué tipo de ciperácea se trataba. Cárex glauco, cárex pálido, cárex llorón. Como diría Philip, ¿a quién le importaba? Elsa desfalleció. Desfalleció, presa de la decepción.

A lo largo de la semana, su desolación se intensificó. Se habían confirmado sus peores temores: día tras día, el espantoso anciano volvió con sus herramientas, para guadañar, desbrozar y cortar. Ella tuvo que escapar para no presenciar la ruina de su pequeño reino. Dio largas caminatas, recorriendo crestas de caliza blanca, atravesando sombras salpicadas de orquídeas, cruzando arboledas cubiertas de maleza, pasando junto a campos con piaras de cerdos, pisando campamentos romanos, bordeando los márgenes de otros ríos, pues el suyo estaba siendo despojado de manera continua e implacable. Cada tarde se acercaba con sigilo a comprobar los daños. El verde exuberante disminuía, se retiraba, se encogía progresivamente. Temía la imagen del anciano con su guadaña. Temía la intensidad de su propio temor. Su paz mental había quedado hecha añicos. Por la noche lloraba... Habría deseado tener una televisión que le hiciese compañía. De madrugada, soñaba con Philip. En sus sueños, siempre estaba enfadado, le gritaba y se burlaba de ella. Dirigía su furia contra ella desde el más allá.

«Me voy a volver loca —se dijo al comienzo de la segunda semana, cuando vio al anciano cruzar el puentecito de nuevo, tras el respiro del domingo—. Tengo que haberme vuelto ya loca si permito que algo tan baladí me afecte tanto. Y yo que pensaba que me estaba recuperando. Creía que pronto sería libre, pero nunca lo conseguiré si algo tan nimio es capaz de destruirme.»

Se sintió como si la hubieran arrancado de raíz. Perdería toda su savia. Acabaría convertida en un pequeño tallo seco.

«Quizá hasta me muera», pensó mientras intentaba obligarse a consultar de nuevo su guía de flores y su libro de Pevsner, antiguos compañeros. Ya no tendría otros, y ahora hasta esos le habían fallado.

Lo peor eran los intentos del anciano de entablar conversación. Le gustaba dirigirse a ella, a pesar de su reticencia evidente; y ella, como si estuviese fascinada, no podía evitarlo. Fue la banalidad de esos comentarios lo que la

confundió y le impidió reconocer su identidad al principio. Porque le resultaba un viejo pesado, de esos que solo hablan del tiempo, de los retrasos de los autobuses, de criquet. A Elsa Palmer el criquet no le interesaba en absoluto, no quería perder el tiempo charlando de criquet con un anciano y, sin embargo, siempre acababa haciéndolo. Todos los días se pasaba diez minutos oyéndolo divagar, hablando de nombres que no le decían nada, de partidos del año de la pera. ¿Por qué se mostraba tan servil, tan sumisa? ¿Cuál era la naturaleza de ese miedo que la atenazaba mientras lo escuchaba?

Aquel hombre, con su guadaña, estaba segando su vida. Enfardándola, secándola para la hoguera eterna. Pero ella no podía permitirse pensar así. Aún no.

Fue en su última tarde de faena cuando Elsa Palmer derrotó al anciano. Esperaba su marcha con sentimientos encontrados, pues, cuando acabase, el prado quedaría nivelado y él se marcharía victorioso, se habría impuesto a la naturaleza. Aquel anciano habría salido triunfante.

Lo vio recoger sus herramientas por última vez, lo vio detenerse con su carretilla por última vez. «Por este año, ya está», dijo. Un buen trabajo. Lo felicitó lánguidamente, pensando en la pobre hierba cortada y pálida, en los tocones de los setos. Por última vez hablaron del tiempo y de criquet. Él se despidió, deseándole que disfrutase de sus vacaciones. Ella lo vio salir por la cancela empujando su carretilla, cruzar la calle y seguir, colina arriba, hasta la granja. Desapareció. Se había ido.

«Y yo —pensó Elsa— sigo viva.»

Se apoyó en la cancela y respiró profundamente. Se armó de valor. Hizo acopio de todas sus fuerzas.

«Sigo viva —pensó Elsa Palmer—. Philip está muerto, pero yo he sobrevivido a la Parca.»

Y ahí apoyada, a la luz de media tarde, cayó en la cuenta de que aquel anciano no era la Muerte, como ella temía, sino el Tiempo. El viejo Padre Tiempo. *Él* es el de la guadaña. Ella había temido que el anciano fuese la Muerte, que la llamaba como había llamado a Philip, pero no, solo era el Tiempo... El Tiempo amigo, el Tiempo avanzando, el Tiempo sanador. ¿Qué había dicho del prado? «Por este año, ya está», eso había dicho. Pero, en ese mismo instante, el prado ya estaba volviendo a crecer, y el próximo junio

estaría tan denso, enmarañado y profuso como siempre, a la espera de su puntual y amiga guadaña. No era la Muerte, sino el Tiempo. Similar, pero no idéntico. Lo había nombrado, lo había identificado, lo había reconocido, y él se había marchado sin hacerle ningún daño, dejándola consigo misma, con su casita, con su vida. Respiró profundamente. La savia fluía; podía sentirla recorriéndole las venas. El agua helada empezó a discurrir de nuevo bajo el puente. Una trucha remontó el río como una flecha. Sí, el viejo Padre Tiempo, él es el de la guadaña. La Muerte es la otra. La Muerte es el esqueleto. La hierba ya estaba empezando a crecer. Las nomeolvides y las lenguas de buey se estaban recuperando.

Alegre, entró en la casa para consultar su guía de flores. Resplandecía bajo la luz de la lámpara, repleta de vida. Se sentó, empezó a pasar las páginas. Sí, ahí estaban: nomeolvides, lenguas de buey, ¿y qué hay de la becabunga? ¿Era una borraja o una verónica? Miró las imágenes a todo color, aliviada, extasiada. Prolifera en los lugares húmedos. Pasó las páginas de su guía, pronunciando los nombres. El Tiempo le había perdonado la vida, el Tiempo había pasado de largo con su guadaña. Philip se había equivocado desde el principio. Elsa se sonrió, satisfecha. Philip estaba muerto porque no había sabido reconocer a su adversario. La Muerte, una muerte sin nombre, sin identificar, sin etiqueta, lo había pillado por sorpresa. Fue el no reconocerla lo que le había matado. «Mientras que yo —se dijo Elsa—, he charlado con la Parca, y ella me ha perdonado.»

Pasaba las páginas con cariño. *Carex acutiformis*, *Carex riparia*. Mañana le cogería el tranquillo a las ciperáceas. Aún quedaban un montón en el extremo más alejado del prado, en ese rincón de difícil acceso junto al gran aliso. Mañana iría a recoger algunos especímenes. Y quizá, cuando volviese a Cambridge, se apuntaría a ese curso de otoño sobre arte y arquitectura del Renacimiento italiano. La verdad es que no sabía mucho de iconografía, pero le parecía bastante interesante. Bueno, como todo, a fin de cuentas. Todo era interesante.

Empezó a lamentar haber sido tan mezquina, tan arisca... Debería haberle ofrecido a ese anciano una taza de té.

(1989)

II

LA RESIDENCIA DE LA VIUDA UN IDILIO EN SOMERSET

No siempre resulta fácil distinguir el apego a una persona del apego a una propiedad. Sé que está muy extendida la creencia de que Elizabeth bromeaba cuando decía que se había enamorado de Darcy al ver por primera vez Pemberley. Eso creía yo. Pero ahora no estoy tan segura. Permitidme que os cuente mi historia para que os forméis vuestra propia opinión. Yo aún tengo que formarme la mía.

La llaman «Residencia de la Viuda», pero la verdad es que no tiene nada que ver con su nombre. Aunque durante una época, en el siglo XIX, cuando se renovó la fachada que da a los preciosos jardines, creo que sí cumplió esa función. Se cuenta que una de las siempre en mayor o menor medida desdichadas lady Elliot (¿o fue una lady Bridgewater?) permaneció recluida entre sus muros, y que dichas mejoras se realizaron en aras de su bienestar. El porche y las hornacinas góticas, los jarrones y el reloj de sol, y los pináculos redondeados del tejado se añadieron a la sazón. Sin embargo, en la actualidad la construcción tenía de «residencia de viuda» lo mismo que la «Casita Uppercross» tenía de casita. Ambos eran palacetes renovados. La Casita Uppercross, por cierto, se conoce ahora como «Los Olmos» por el infeliz capricho de un propietario de principios del siglo XX que decidió que la palabra «casita» no resultaba adecuada para tan imponente residencia. La enfermedad holandesa del olmo acabó con todos los ejemplares de los alrededores, pero el nombre se mantiene. Se trata de una mansión alegre y bien conservada. Y en la actualidad pertenece a un arquitecto de Taunton, cuyos hijos y nietos juegan al *ping-pong* en el porche las tardes de verano.

La Residencia de la Viuda no es alegre ni está bien conservada. Pero sí es hermosa.

Me enamoré de ella en cuanto la vi. Fue mi amiga Rose, a la que visité en su granja del Parque Nacional de Exmoor, la que me la enseñó. Yo no conocía demasiado el condado de Somerset, y habíamos decidido pasar unos días paseando, nadando en el gélido río Barle, visitando iglesias y casas de campo por la zona. En aquel momento, Rose trabajaba en las ilustraciones para un libro sobre las plantas de los estanques y ríos europeos, y ambas nos dedicábamos a recoger especímenes de distintas clases. En líneas generales, nos bastaba con nuestra mutua compañía, contándonos nuestras cosas —yo aún seguía abrumada de alivio tras haber dejado, no hacía mucho, al canalla de mi marido—, pero una noche Rose organizó una visita a la finca Kellynch para cenar.

Mientras dejábamos las tierras altas de caliza y descendíamos hacia las profundidades rojas, conduciendo por carreteras cada vez más estrechas e inclinadas, flanqueadas por dedaleras y adelfas violetas, Rose me contó la historia de Kellynch. Desde que uno de los antiguos Elliot se viera obligado a abandonar la mansión principal, a principios del siglo XIX, la propiedad se convirtió en el escenario de un sinfín de problemas. Fue testigo de diversas aventuras escandalosas de la época de Waterloo, que dejaron una prole de hijos ilegítimos diseminados por todo el condado, y a las que siguió —o quizá acompañó— un matrimonio bastante prometedor, pues la novia era una Bridgewater acaudalada, pero que acabó en un desastre que se hizo eterno. La guía de familias ilustres de Debretts tenía en alta estima a los Bridgewater, pero no así otro tipo de publicaciones. Para no irse por las ramas, le explicó Rose: «Estaban chiflados». Ni los Elliot ni los Bridgewater eran grandes admiradores de los deberes y el protocolo que se suponía habían de respetar los terratenientes; sin embargo, siguieron viviendo ahí mientras la propiedad se desmoronaba. En la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno requisó la Mansión Kellynch para convertirla en un centro de formación de oficiales, y ya nunca recuperó el lustre de antaño. Ahora albergaba un Centro de Estudios Rurales. De hecho, de cuando en cuando, Rose impartía algún que otro curso de dibujo botánico en la mansión.

«Sí —iba diciendo, frenando para no pisar a un faisán, acelerando para adelantar un tractor—, ha sido testigo de multitud de historias dramáticas. Ha sido testigo de suicidios y encarcelamientos. Los hombres bebían y las mujeres lloraban entre sus muros. Y la sangre fría de los Elliot se mezcló con

la sangre negra de los Bridgewater... Una novia se tiró de uno de los pisos superiores de la Mansión Kellynch en su noche de boda: la descubrieron entre los brazos de una enorme magnolia, y sobrevivió, aunque quedó inválida de por vida. Una niña cogió la escopeta de su hermano y se voló la tapa de los sesos en lo alto de la colina Dunkery. Un niño se ahogó en uno de los estanques. Cuando lo drenaron, en los años veinte —continuó Rose—, se descubrió una auténtica reserva de botellas de burdeos, tanto llenas como vacías, y es que el viejo Squire William, que había malvendido la granja Parsonage y los bosques que se encontraban detrás de Barton, tenía la costumbre de ir allí por las tardes, ora borracho, ora presa de un arrebatado de remordimiento. Pero fuera cual fuera su estado de ánimo, siempre acababa arrojando una botella. El licor hizo felices a las tencas. De hecho, nunca se habían visto unos peces tan sumamente grandes. Uno de aquellos enormes ejemplares disecados se expone en la propia mansión.»

Mientras conducía rumbo al oeste, me entretuvo poniéndome al día con ese tipo de leyendas. El propietario actual de la finca, Bill Elliot, con el que íbamos a cenar, estaba ya cerca de cumplir los cuarenta. Su padre, Thomas Elliot, combatió en el desierto con Montgomery de El-Alamein, pero la paz no le sentó nada bien, y cuando volvió a casa se dio a la bebida. Murió de cirrosis hepática a los sesenta y pico años. Bill había heredado una propiedad hipotecada y gafada. Oprimido por ese legado, consiguió un permiso judicial para alquilar la mansión principal, las zonas verdes y los jardines a una productora cinematográfica que pretendía rodar allí una película de época. La jugada le salió bien, porque su hermana Henrietta, que carecía de dote y había insistido en aparecer como extra en una escena de cacería, tuvo una caída muy fea y fue cortejada, en una cama del hospital de Taunton, por uno de los actores más importantes y corpulentos de la película, que acabó casándose con ella. ¿Conocía a Binkie? ¿Lo había visto haciendo de obispo en la última serie basada en las novelas de Trollope? Era bastante bueno, la verdad.

Sin embargo, no podían vivir eternamente de aquel dinero caído del cielo. Así pues, la mansión principal se cedió al Centro de Estudios Rurales con un arrendamiento por noventa y nueve años que incluía mantenimiento y reparaciones. Los Elliot se habían lavado las manos. Y ahora Bill vivía temporalmente en la Residencia de la Viuda. Rose confiaba en que me gustase.

Yo no dejaba de hacerme preguntas. Mientras me peleaba con el pesado cerrojo metálico de una verja de cinco barras destartada —pues al parecer

teníamos que bajar por un camino para carruajes hasta llegar a Kellynch—, me peleaba también con mis propios sentimientos sobre las tierras inglesas y sus propietarios. Yo provengo, aunque estoy segura de que nadie se daría cuenta a primera vista, de una familia de clase media-baja, donde la propiedad aún se considera importante. Sin embargo, con «propiedad» nos referimos a tener una casa en las afueras con un jardín donde se pueda tender la ropa; no a granjas, haciendas arrendadas ni hectáreas cultivables. Los antiguos Elliot ni siquiera reconocerían la existencia de una clase como la mía. Para ellos no representaríamos nada. Sin embargo, ahora era su existencia la que pendía de un hilo. El albergue Kellynch, antaño propiedad de los Russell, pertenecía hoy al dueño de un periódico canadiense que casi nunca pasaba por allí, y la casa parroquial era propiedad de un diseñador de programas informáticos. El comercio y las clases medias habían triunfado.

Incluso Rose, que se esforzaba al máximo para salirse de los cánones establecidos, a veces conseguía irritarme. Se ganaba la vida trabajando, de una manera un tanto caótica, eso sí, pero conservaba ese gusto de dar todo por sentado tan propio de las damas. Daba por sentado, por ejemplo, que yo sabía cosas que no sabía, que conocía a gente a la que en realidad no conocía. Ella vive en un mundo al que yo solo he accedido a través de la literatura. Yo soy la persona de segunda mano, la ventrílocua. Ella es auténtica.

Volví a echar el cerrojo con dificultad, me metí de nuevo en el coche y bajamos con sumo cuidado por lo que, en realidad, no era un camino para carruajes, sino la avenida de robles que conducía a la Mansión Kellynch. Aquella había sido en su momento una entrada majestuosa, y aunque las copas de algunos árboles parecían los cuernos de un ciervo, los robles seguían siendo soberbios. Sin embargo, habían vuelto a fundirse hasta tal punto con la naturaleza que los rodeaba que su disposición artificial, decretada por algún Elliot cuatro siglos atrás, no resultaba evidente a primera vista. El paisaje los había absorbido, como también había hecho con los grandes castaños que se podían ver al fondo de la propiedad. Suaves cúmulos del hongo de miel brotaban de la madera vieja. A nuestra derecha se extendía un campo dorado de cebada. Un indicio de la plenitud del otoño impregnaba el aire de agosto.

Seguimos bajando, dejando a un lado la casa grande, y doblamos la curva del camino, atravesando lo que otrora fuese el patio de las caballerizas hasta llegar a la Residencia de la Viuda. La sensación de melancolía se agudizó y los ojos se me llenaron de lágrimas. No había visto nada tan hermoso en mi

vida. Paredes rosas desconchadas, piedra cubierta de líquen gris y amarillo, rosas blancas, palomas blancas... Había llegado a ese momento previo a la decadencia en el que se alcanza la perfección.

Bill Elliot también era, a su manera, perfecto. La decadencia apenas le había pasado factura, aunque quizá su pelo estuviera retrocediendo ligerísimamente. Era muy, pero que muy atractivo —los Elliot siempre han sido famosos por su belleza—. De estatura media, tenía los ojos azules, la piel algo bronceada, el pelo fino y rubio, unas facciones marcadas y esa mirada franca, pero perpleja, propia de los caballeros rurales ingleses de finales del siglo XX asfixiados por las deudas. Llevaba unos pantalones manchados de musgo remangados hasta las rodillas y una camisa azul de manga corta a la que le faltaban casi todos los botones. Se había propuesto cautivarme, y me cautivó. No podía quitarme de encima la sensación de que conocerle representaba todo un privilegio. Era una suerte que no fuese mi tipo, me dije.

Fue una velada memorable. Penny, la ex mujer de Bill, que ahora vivía con un criador de truchas en Winthrop, se unió a nosotros, aunque no trajo consigo al criador. También acudió otra pareja: una doctora que trabajaba en Bristol y su marido, herrero ornamental. Bill fue el encargado de cocinar en unos fogones de combustible sólido, antiguos y caprichosos, que yo acabaría conociendo demasiado bien. Nos preparó un *risotto*, con una mezcla de champiñones y lonchas de una seta amarilla y sulfúrica llamada gallina de los bosques. Me dijo que me enseñaría dónde crecía. Estaba delicioso. También comimos queso de Somerset, ensalada y, de postre, moras con nata.

La Residencia de la Viuda se caía a pedazos. Andrajosas cortinas estampadas colgaban de barras desnudas, de las sillas con muelles rotos brotaban plumas, y, por debajo de la puerta de la cocina, se colaban aún más plumas, que procedían de un gran almacén para leña ahora repleto de nidos de palomas. La instalación eléctrica se remontaba al período de entreguerras: no había visto esos enchufes de baquelita ni unos cables así de enmarañados y retorcidos desde mi infancia.

Sentados a una mesa de cocina del siglo XVII, llena de arañosos y manchas de pintura, hablamos acerca de las dificultades de la aristocracia rural. ¿Qué medidas deberían tomarse? ¿Tal vez convertir todas esas residencias señoriales en locales para conciertos de música popular, en zoos en miniatura, en hoteles? La gran casa de Uppercross era ahora una lujosa residencia de

ancianos. Los de Patrimonio Nacional, por su parte, no aceptaban propiedades como regalo a menos que estuviesen repletas de objetos valiosos. Yo, que estaba al tanto de esos problemas, nunca había conocido a nadie que se tuviera que enfrentar a ellos en persona. Tampoco había sentido nunca demasiada compasión por aquella gente, pero había algo conmovedor en la forma en que Bill Elliot enjuagaba un vaso y lo secaba con un trapo lleno de imágenes estridentes con publicidad de Lyme Regis y sus dinosaurios.

Yo les conté que nunca había estado en Lyme. Volvimos tranquilamente al salón con nuestros cafés, donde Bill nos mostró el polvoriento y maltrecho armario que contenía los tesoros de su abuelo. Allí se escondían cajoncitos con fósiles y minerales, todos etiquetados, y cajones abarrotados de mariposas y polillas ensartadas, y hojas secas de los árboles más insólitos de los hermosos jardines. Bill nos contó que lo que más le gustaba eran los minerales. Había contribuido a la colección con muestras recogidas por él mismo, algunas en Lyme. Le encantaba Lyme. Me animó a que fuera algún día.

Por sugerencia de Bill, dimos un paseo por los jardines. Casi no estaba oscuro, pero él me agarró caballerosamente del brazo mientras atravesábamos a trompicones el sotobosque. Había ortigas que nos llegaban por la cintura, rododendros enormes, bálsamo del Himalaya y ajo de oso. Nos encontrábamos en plena naturaleza salvaje. El aire tibio era oprimente, ácido, suntuoso, erótico y triste.

Volvimos a la casa para tomar la última copa de vino. Bill nos contó que pretendía marcharse del país. Le parecía que aquí no podía ser libre. Penny, que no era la primera vez que oía esas palabras, se abstuvo de intervenir, y se limitó a observar a una araña que cruzaba la pared. Tenían dos hijas, que estaban en un internado de Exeter. Ya no habría más Elliot en Kellynch. Un Bridgewater Elliot de Shropshire, el siguiente en la línea sucesoria, heredaría el título y las deudas. Bill explicó que se iría a Alaska, a un sitio llamado Anchorage. Yo le pregunté por qué precisamente allí. «Porque me encantan las anchoas», dijo él, y todos nos reímos, aunque la broma no tuvo tanta gracia. Luego contó que en una ocasión había pasado varias horas allí, en un trasbordo de camino a Japón. Aquello le gustó. Estaba en las antípodas de Kellynch, como quien dice. En Anchorage solo había nieve y minerales. Se pasaría las largas noches boreales estudiando esas piedras. De hecho, ya había vendido un par de cuadros —un Hudson afectado por una inundación y un Reynolds de dudosa autoría— para financiar su expedición. Un caballero con

traje de terciopelo marrón y una dama con vestido de raso azul daban para vivir diez años en Anchorage.

Yo no sabía si se estaba montando una película o si hablaba en serio. Es difícil captar la diferencia con ese tipo de gente.

Al despedirse, me besó la mano. El gesto era más íntimo que un besito en la mejilla. «Mi querida amiga... —dijo—. Adiós. Deséame suerte.»

Rose permaneció en silencio durante todo el viaje de vuelta. Creo que en el pasado había estado un poco enamorada de él.

No volví a oír hablar de Kellynch en siete años, y perdí el contacto con Rose, que había vendido su propia granja y había puesto rumbo a los mares del Sur para escribir un libro sobre la flora tropical autóctona. La distancia rompió el ritmo de nuestra amistad. En esos siete años pasaron muchas cosas. Mi matrimonio precoz e imprudente acabó en divorcio, pero, por el contrario, mi carrera prosperó. En mis comienzos no era más que una actriz prometidora, y ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiese hacer algo más que ganar un sueldo suficiente para subsistir. Sin embargo, un golpe de suerte en forma de papel en una película, en la que interpreté a Julieta en una adaptación libre de *La mujer errante*, de Fanny Burney, me permitió escoger mis papeles a partir de aquel momento. Solía rechazar los personajes de heroínas trágicas de novelas románticas rurales. Al final, me convertí en una famosa solitaria.

Una tarde, estaba en mi piso cerca de King's Road, leyendo un guión de Thomas Hardy, cuando sonó el teléfono. Cuando respondí, aunque perfectamente podía no haberlo hecho, una voz desconocida dijo:

—¿Es Emma Watson? ¿Emma? No te acordarás de mí, soy Penelope Elliot. ¿Tienes unos minutos para hablar?

Por supuesto que me acordaba de ella. Recordaba su cara como si fuese ayer: su pelo rubio plateado, su frente amplia y pálida, su diadema de niña, su nariz pecosa, sus pequeños pechos, sus vaqueros desteñidos, sus pies descalzos alargados...

—Penny —respondí—. Sí, claro... ¿Cómo te encuentras?

Se encontraba bien. Las niñas se encontraban bien. Bill se encontraba bien. Ella había dejado al pescador y se había casado con un abogado. Sabía que a mí me iba bien porque me había visto en la televisión. Pero ahora me llamaba para hablarme de la Residencia de la Viuda. El dinero de los cuadros de Bill —¿me acordaba del dinero de los cuadros? —se estaba acabando, y él se estaba planteando alquilar la residencia. Al parecer, se habían acordado de

que me había quedado prendada de ella. A Rose también le pareció que me había fascinado. De modo que ¿me interesaría alquilarla seis meses, un año? ¿Quería llamar a Bill a Calgary o prefería que se encargase ella de decirle que me llamase?

—¿Se puede saber qué está haciendo en Calgary? —pregunté.

—Oh —respondió ella—, se ha enamorado de las montañas y de las nevadas eternas. Dice que Somerset está repleto de putrefacción.

Ambas soltamos una carcajada, y después ella me dio el número de Bill. Intenté calcular qué hora sería en Calgary y qué horarios tendría un hombre como Bill, pero creo que mis cálculos fallaron, porque por su tono de voz parecía completamente desubicado cuando hablé con él. No obstante, llegamos a un acuerdo. Yo alquilaría la Residencia de la Viuda de Kellynch durante seis meses, renovables a intervalos de otros seis. Él dijo que le habían hecho algunos arreglillos desde que yo estuve allí. «Esperemos que no *demasiados*», dije. «No, mujer...» No creía que se hubiesen excedido con las reformas. Si tenía cualquier problema podía llamar a Penny y a su marido. Es muy útil contar con un abogado en la familia.

Esta vez pude captar la ironía.

Bill estaba en lo cierto al suponer que la Residencia de la Viuda no me parecería demasiado modernizada. Tan solo se habían realizado algunas pequeñas reformas, como podar las rosas que habían trepado hasta colarse por las ventanas; cerrar la abertura para el perro, abierta de manera un tanto tosca en la puerta; dar una capa de pintura de plomo negra a los fuegos de la cocina y ponerles fundas a algunas de las sillas. Hicieron dos cuartos de baño nuevos, aunque la bañera seguía apoyando sus patas en el centro de un baño con tres puertas. También habían equipado la casa con un frigorífico de segunda mano y una lavadora que colocaron en un edificio anexo.

Yo estaba encantada con mi nuevo retiro. Recuerdo perfectamente mi primera noche allí, mirando absorta las llamas de la chimenea que por fin había logrado encender mientras escuchaba una ópera italiana en la radio distorsionada. (La señal nunca era demasiado buena en ese profundo valle.) Me sentía tan segura como Bill entre sus espeluznantes nevadas.

Mientras estaba ahí sentada, una tira del papel de la pared, molesta por mi presencia, se despegó lentamente. Un cuarto de hora después, se puso a llover y la chimenea empezó a echar humo. La lluvia se colaba por el agujero y caía sobre los troncos silbantes. El humo invadió la estancia. Cuando salí tosiendo

de la habitación, me topé con un riachuelo de agua roja que entraba por la puerta trasera, atravesando las baldosas rojas del pasillo y saliendo de nuevo por la puerta delantera. Al abrir la puerta, comprobé que el agua desaparecía por un sumidero que estaba parcialmente bloqueado con ramitas y musgo. Despejé el sumidero y, satisfecha, vi cómo se drenaba el riachuelo sangriento.

Me había puesto perdida de barro, así que pensé en darme un baño. El agua caliente salía hirviendo y con vigor. Por desgracia, en las tuberías del agua fría se había formado una burbuja de aire. Succioné y soplé, sin éxito. Tuve que esperar a que el agua se enfriase por sí sola, aunque traté de contribuir al proceso echándole unos cubitos de hielo. Al meterme en la cama, oí unos ruiditos en las vigas del techo. ¿Ratas, ratones, palomas, búhos, ardillas? Me sumí en un sueño tranquilo.

Cada día traía consigo un nuevo desastre. En verdad, resulta extraordinario cuántas cosas pueden fallar en una casa antigua. Vivía como en el siglo XIX. Me hice experta en fuelles y bombas de agua manuales, en mocho y fregona, en atizadores, en madejas de hilo bramante y en pinzas de tender. Se producían cortes en el suministro eléctrico casi a diario. Atormentada por el arrullo de cientos de palomas, barajé la posibilidad de comprarme una escopeta, pero al final me conformaba con tirar piedras.

Llegué un marzo pasado por agua y me quedé hasta casi el final del verano. Mi agente perdió toda la esperanza conmigo y llegó al punto de enviarme mensajes amenazadores. Los pocos amigos que se decidían a visitarme se quedaban horrorizados por las incomodidades y se marchaban por donde habían venido. Yo deambulaba por caminos bordeados por setos, subía a lo alto de las colinas, me perdía en los bosques. Seguí las huellas de Wordsworth, Coleridge y Lorna Doone, me abrí paso a través de las mil páginas de *El romance de Glastonbury*. Estudié el paisaje y su historia. Descubrí que uno de los robles de la avenida era el segundo más alto de Gran Bretaña: *Quercus petraea*, treinta y seis metros de alto y más de seis de circunferencia. En una ocasión fui a Bath, pero no me gustó nada: había jóvenes bebiendo latas de cerveza por todas partes, y los aparcamientos eran caros y estaban siempre abarrotados. Nunca llegué a ir a Lyme. Pero conocí a algunas personas: una joven llamada Sophy Hayter que vivía valle arriba y que tenía cabras o un veterinario jubilado que me dijo dónde avistar ciervos, entre otros. Cené con los Wyndham en Los Olmos, me tomé una copa con

Dominic el herrero y, en una ocasión, hasta hablé con el pastor. A menudo me pasaba por la iglesia para visitar a los antepasados de los Elliot. Uno de ellos yacía, con un yelmo en la cabeza y las piernas cruzadas, en su tumba de arenisca semiderruida. También había allí una placa en honor a la lady Elliot que estuvo tan enferma durante tanto tiempo.

Me llevaba bien con la gente que gestionaba la Mansión Kellynch. Ellos me decían que podía llevar a mis invitados a verla siempre que quisiera. El grabado del escudo de armas de los Elliot, con fecha de 1589, continuaba sobre el pórtico de tres plantas de la fachada sur, y la enorme magnolia seguía floreciendo. De cuando en cuando, daba un paseo hasta allí para admirar los elevados techos de escayola, los suelos pulidos (que ahora olían más a aula que a casa de campo), la infinidad de gafas con monturas doradas, los cuadros, la espléndida escalera rococó. Resultaba difícil pensar que la casa se hubiese ocupado de un modo «indigno», que estuviera desperdiciada, cuando uno veía las actividades sosegadas de los estudiantes que allí acudían para asistir a diversos cursos de botánica, geología o pintura. Algunos eran ya maduros, con el pelo canoso, trajes de *tweed* o tocas de plástico para la lluvia. Trataban de mantener la casa en buen estado, y se ocupaban, entre otras cosas, de que el tejado permaneciese en su sitio, que ya era mucho más de lo que habían hecho los Elliot en su tiempo. El olorcillo a fenol y a pastel de carne era un precio que merecía la pena pagar.

A veces me entretenía imaginando que Bill Elliot bajaba por la majestuosa escalera con una nueva novia en brazos, pero esa imagen, más que de la propia historia de la casa, procedía de las novelas de Daphne Du Maurier. No podía evitar preguntarme qué sentimientos albergaba en su interior por esa propiedad y por la relación que yo había establecido con ella. Desde que me convertí en su inquilina había empezado a enviarme postales enigmáticas. En una de ellas mencionaba la gallina de los bosques. Hasta había dibujado un pequeño mapa de los alrededores, que me reveló que también él recordaba los detalles de nuestro lejano encuentro. Yo no tenía su dirección, así que no habría podido responderle ni aunque hubiese querido.

En la Mansión Kellynch había un retrato de Bill, obra de un miembro mediocre de la escuela de St. Ives. Llevaba un traje de marinero y tenía rizos dorados.

En mi Residencia de la Viuda había otro retrato que me interesaba casi tanto como ese. Era el de una mujer vestida al estilo de la década de 1820, con

un traje escotado a rayas azules y amarillas. Miraba hacia fuera con valentía y cierta desfachatez. Su pelo era de color caoba, y esbozaba una sonrisa un poco torcida. Sus enormes manos —no estaban bien pintadas—, cruzadas sobre su regazo, se aferraban a un ramillete de primulas. Me gustaba. Me preguntaba si la habrían desterrado de la casa grande o si algún enamorado la habría secuestrado. Parecía sonreírme con una complicidad alentadora.

En agosto escribí al agente de Bill, en Taunton, para renovar el arrendamiento. Cada vez sentía más apego por mi soledad. Y soñaba con Bill bastante a menudo.

Una bonita tarde de finales de septiembre subí al huerto abandonado, detrás de mi casa, en busca de romero. Algunas de las hierbas aromáticas más tenaces seguían creciendo en esa zona, aunque los parterres y los árboles frutales plantados en espaldera estaban sumamente descuidados y el cristal de los invernados roto. El señor Shepherd, de la mansión, me contó que antaño trabajaban ahí catorce jardineros, que cultivaban espárragos, judías, lechugas y melocotones para los Elliot. ¿Por qué no volvían a cultivar en el huerto, pregunté, para alimentar a los estudiantes? «Hoy en día, nadie se prestaría a semejante trabajo», dijo él. Era más barato comprar en el supermercado. «¿Por qué no organizan un curso de horticultura —sugerí—, y dejan que los estudiantes cultiven su propia comida?» «Buena idea», respondió. Pero estaba convencida de que todo seguiría igual.

Así pues, yo era el único fantasma que deambulaba por ese huerto. Volví a bajar con mi puñado de hierbas, observando el declinar de la luz de la tarde sobre el cedro del Líbano, los acebos altos y el ciprés de Bután amarillo, presa de un arrebató de compasión y admiración por mí misma tan intenso que a punto estuvo de consumirme. Casi dejé de existir. Mientras estaba ahí, en trance, oí a alguien pronunciar mi nombre. Me sobresalté, sorprendida. Sin embargo, no estaba del todo sorprendida, porque ¿acaso no esperaba yo tener siempre un público, y acaso no sabía que, esa tarde de otoño, tras un verano de aire fresco, estaba particularmente guapa?

—¿Señorita Watson? —Oí decir a alguien desde el porche. Había un hombre ahí de pie, con mis prismáticos en la mano. Los había dejado en el pequeño escritorio exterior, junto con mi libro, mi baraja y mi vaso de whisky, cubierto, por desgracia de manera poco elegante, con una postal, para protegerlo de las moscas. El hombre estaba observando a mi halcón.

—¿Sí? —me aventuré a responder, con un tono de voz algo frío. ¿Era un

intruso del mundo del comercio, un mensajero enojado enviado por mi agente? No, era todo un caballero.

—Señorita Watson, le pido disculpas por mi intrusión. No he podido reprimir las ganas de ver la vieja casa, y me han dicho que la encontraría aquí. Entonces la he visto en el huerto, así que he decidido esperarla. Por favor — extendió la mano—, permita que me presente: soy Burgo Elliot.

—¡Ah! —dije yo—. Tiene que ser usted Burgo Bridgewater Elliot. De Shropshire.

—Efectivamente, de Shropshire.

Nos dimos la mano. Yo estaba un poco confusa, porque ese hombre era el heredero de todo aquello, y yo una simple usurpadora.

Dadas las circunstancias, entre las que se incluía mi vaso de whisky, me sentí obligada a ofrecerle un tentempié, a invitarlo a que contemplase las mejoras. Sí, eso le gustaría, pero antes ¿podríamos quedarnos un ratito fuera? Así que nos sentamos en el porche, yo con mi whisky, él con una copita de jerez (ahí tuvo suerte, porque por lo general no tengo jerez en casa), y un cuenco de cóctel oriental entre ambos. Yo lo estudié, él me estudió. Era, si acaso, un poco más joven que Bill, así que quizá no tuviese demasiadas posibilidades de heredar algo, a menos que Bill se despeñase de un glaciar más pronto que tarde. ¿Estaba casado, tenía hijos, quedaría la propiedad vinculada a ellos cuando Bill muriese?

Ese tipo de reflexiones, que no me había planteado en la vida hasta llegar a Kellynch, me zumbaban en la cabeza con la misma determinación con que las avispas zumbaban alrededor del jerez. ¿De dónde venían? ¿Brotaban de la mismísima tierra roja, de las piedras derruidas? Esas reflexiones no eran *mías*, en absoluto. Habían permanecido latentes en las paredes antiguas y salían a la superficie con el sol de la tarde.

Burgo Elliot no pareció considerarme responsable del abandono del huerto y los jardines, del papel de la pared despegado, de la chimenea humeante, de la puerta del armario del lavadero. Yo era una inquilina que pagaba religiosamente y, por lo tanto, también era yo quien tenía que recibir las disculpas, no darlas. No obstante, le entristeció ver el mal estado en que se encontraba todo. ¿No me parecía demasiado melancólico a mí también?

No, respondí. La melancolía era precisamente lo que más me gustaba. No me importaba la pintura fresca. Era una romántica.

Él sonrió. Eso era una suerte, dijo.

Entramos en la casa. Él la recorrió entera, echando incluso un vistazo a mi habitación, con su colcha bordada. Acarició la mesa de la cocina arañada, dio una palmadita en el sofá como si fuese el viejo perro de la familia, y suspiró. Dijo que no había estado en Kellynch desde hacía años, desde que Bill y él eran niños. «Pobre Bill —dijo—. ¿Conocía bien a Bill?» «No —respondí—, casi nada», aunque mientras pronunciaba esas palabras ya sabía que eso no era del todo cierto. Conocía a Bill Elliot. Había invertido en él, y él se había alojado en mí.

Burgo Elliot era, como su primo, un hombre atractivo, aunque de un estilo diferente. Era más moreno, más alto, con los ojos grises y una nariz romana, quizá normanda. También estaba muy delgado. Su cabeza era huesuda y angulosa. Se había desgastado con el tiempo, como una antigua cuchara de plata.

Al parecer, estaba soltero. Rechazaba casarse y formar una familia. También rechazaba Shropshire y, a pesar de ser, en efecto, uno de los Bridgewater Elliot de Shropshire, vivía en Londres. Como yo, según tenía entendido, ¿verdad?

Nos sentamos en el salón, y él habló con cariño de los viejos tiempos. Allí habían jugado, él, Bill y Henrietta. Como él era hijo único, siempre estaba deseando que llegasen las vacaciones de verano, aunque lady Elliot fue una mujer triste, y el padre un monstruo que fue quien permitió que la mansión acabase de arruinarse. Avivaba el fuego con manuscritos de un valor incalculable, enterró la plata de la familia en los jardines sin señalar el lugar, e incluso disparó a un policía local. No hizo nada para devolver su esplendor a la mansión tras los años de la guerra, y en el crudo invierno de 1947 las cisternas estallaron y la escalera rococó se convirtió en una cascada de hielo. Así que sir Henry y su mujer se vieron obligados a trasladarse a la Residencia de la Viuda. Desalojaron al viejo Boniface, que era el único jardinero que quedaba, y acamparon allí como gitanos. Los niños aprendieron a sacarse las castañas del fuego. Bill cazaba conejos para comer y los cocinaba en una hoguera en el jardín. Allí habían preparado fantásticos calderos de gachas y estofado de ortigas. Luego los últimos miembros del personal desertaron, y la mansión vacía se desmoronó por completo. Cuando el viejo murió y Bill cumplió la mayoría de edad, ya era demasiado tarde para rescatar algo de ella. Para entonces, lady Elliot estaba en una residencia de ancianos en Chard.

Se hacía tarde, y mi chuleta de cordero no daba para dos. Así pues, guardé

silencio, y él, como el caballero que era, se levantó al punto. Iba a ver a unos amigos en Devon, que estarían esperándolo, dijo.

Mentía. Esa noche no llegaría más allá del Dalrymple Arms o el Egremont, en Uppercross. Pero acepté su historia y le permití marcharse. Sabía que volvería a verlo. Y necesitaba cierto tiempo para reflexionar sobre su aparición.

¿Cómo era posible que no me hubiese emocionado? Había que tener una imaginación aburridísima y estéril para no emocionarse ante Burgo Elliot.

¿Por qué, me pregunté, se habría quedado soltero? Por experiencia, sabía que solo había dos explicaciones posibles: una, que le gustasen demasiado las personas de mi sexo; otra, que no le gustasen en absoluto. Siempre había presumido de tener buen ojo para esas cuestiones, pero Burgo me desconcertaba.

Hablaba con mucho cariño de Bill. ¿Había estado enamorado de ese niño hermoso? ¿O era su propia infancia lo que echaba de menos?

A Bill, decía, siempre le había encantado lo inanimado. Le parecía seguro. Cuando me acabé la costilla, me arrodillé junto al pequeño armario y observé los fragmentos erosionados de amonita, la estrella de mar fosilizada, los ondulantes corales de piedra, catalogados con la caligrafía infantil de Bill. ¿Y dónde estaba ahora Bill, en lo alto de qué cornisa, acurrucado en qué grieta remota de qué montaña, mientras Burgo Bridgewater Elliot dormía entre sábanas limpias en una pensión calentita?

Me obsesioné con Burgo Elliot. ¿Lo había soñado? Hasta su nombre sonaba falso. Burgo, sin duda un nombre de novela, no de la vida real. ¿El nombre de un granuja y un villano?

Permitidme aclarar una cosa: antes de llegar a Kellynch, jamás me había interesado eso que comúnmente se suele denominar «familia». En cuanto a la mía, en fin, ya he dicho que era de clase media-baja, pero cuando yo nací ya pertenecían a la clase media-media. Mi padre trabajaba para una compañía de seguros de Newcastle, y mi madre era maestra. Él lee a Trollope, y ella a Jane Austen. Son gente sensata y trabajadora, pero no tienen ningún contacto en las altas esferas, y se enorgullecen de ello. Sin embargo, mi madre nunca puede resistirse a la tentación de contar su encuentro con la duquesa de Northumberland. Es una historia sin sentido, pero ella siempre la cuenta. A mi ex marido, con más motivo, pero un poco a modo de excusa, le gusta que se sepa que su abuela por parte de madre era una Dalrymple. Revela ese dato en

tono de broma, pero, por lo pronto, lo revela. ¿Y acaso no os estoy diciendo yo ahora que me casé con un Dalrymple?

Los Elliot y los Bridgewater me parecían mucho más interesantes que los Dalrymple. ¿Cómo podía averiguar más cosas sobre Burgo? Mi curiosidad me avergonzaba demasiado para indagar abiertamente, así que me supuso una auténtica alegría acordarme de los libros que había en el salón trasero de la casa. Eran una selección horrenda de viejos volúmenes encuadernados de las revistas *Blackwood's*, *Punch* y *Spectator*, manchados, mohosos y salpicados de ajonje —yo solía ahuyentar a las grajillas que se colaban por las chimeneas — que recordaban a tardes de domingo de un aburrimiento antiguo. Nunca se me había ocurrido hurgar en esa biblioteca anodina, pero había llegado el momento. En efecto, encontré justo lo que estaba buscando: un pesado volumen tamaño folio, color morado y con letras doradas en el lomo, que contenía los nombres de todos los baronets de Reino Unido.

Cargué con él hasta la mesa de la cocina. No era la primera en consultarlo. El libro se abría con facilidad, como era de prever, por las páginas de los Elliot de la Mansión Kellynch. Era evidente que la entrada correspondiente se había leído detenidamente una y otra vez. Había dos páginas completas con información de ciertos miembros de los Elliot, pero pronto me percaté de que solo tenían interés histórico, pues la última entrada, escrita con una caligrafía ornamentada, distinta a la letra gótica, rezaba: «Posible heredero, señor William Walter Elliot, bisnieto del segundo sir Walter». Nos remontábamos a 1810. Aquello no me servía de nada. Necesitaba algo más moderno.

Investigué un poco más, y por fin encontré un ejemplar de 1952 del libro de Burke sobre la genealogía de nobles y aristócratas, que también se abrió sin ayuda por las páginas de los Elliot. Ahí estaban los Elliot que yo conocía. Estaba sir Thomas, estaban su hijo y heredero William Francis Elliot y su hija Henrietta. Leí los nombres una y otra vez, confiando en descifrar algún significado oculto en las palabras. No se mencionaba a Burgo Bridgewater Elliot. No pude encontrarlo por ningún sitio. Necesitaba una edición posterior, que se hubiera publicado tras la muerte de sir Thomas.

A la mañana siguiente, llamé por teléfono a un viejo amigo que pensé que podría ayudarme, y al que no me importaba confesarle mi interés. El mismo ostenta el título de baronet, aunque no le gusta que se mencione demasiado porque también es actor y confía (hasta la fecha en vano) en que no lo encasillen. En esos momentos estaba trabajando en *El abanico de lady*

Windermere. A James pareció gustarle saber de mí y se mostró encantado por la naturaleza de mi consulta. ¿Quería a los Elliot de Shropshire? Bueno, pues para empezar tenía que olvidarme de la parte de Shropshire. «La gente no viene de donde dice que viene. ¿Acaso vive el duque de Devonshire en Devonshire, los Norfolk en Norfolk, los Bristol en Bristol? Claro que no. Por ejemplo, yo soy James Winch de Filleigh, dijo, pero ni siquiera sé dónde está Filleigh... Creo que es la ciudad de algún equipo de críquet, donde mi abuelo anotó una vez un triplete mientras estaba de gira con los Myrmidons...»

Corté su verborrea y le pedí que me buscara a los Elliot de Shropshire, para ver si les quedaba algo de dinero. «Vaya, ¿estás pensando en casarte con uno, cariño?», me preguntó, antes de ir a consultar su biblioteca de referencia. Volvió triunfante. Ya sabía yo que él tendría la información pertinente. Por mucho que disimulen, a ese tipo de gente les gusta conservar esos libros.

Sí, dijo, ahí estaban los Elliot de Kellynch. William Francis, casado con Penelope Hargreaves, matrimonio disuelto en 1978. Y el heredero era su pariente Burgo Bridgewater Elliot, de la rama de Shropshire. Buscó a Burgo y me dijo que era el presidente de una empresa de marcos metálicos para ventanas de Felsham. «Tiene muy buena pinta —dijo James—. Yo de ti me casaría con él, en vez de con el otro. ¿O preferirías casarte conmigo y probar como lady Filleigh?»

Le di las gracias por su caballerosa propuesta y colgué. Me sobrevino de repente un ligero temblor, y estuve a punto de servirme un vodka. Mi curiosidad me resultaba sorprendente. No podría sorprenderos a vosotros más de lo que me sorprendí a mí misma.

Burgo volvió a aparecer en primavera. Yo había pasado el invierno en Londres, evitando las noches oscuras y obligando a mi agente a trabajar un poco. Sin embargo, en marzo volví a la Residencia de la Viuda con las primulas, y encontré una postal de Bill que llevaba semanas esperándome sobre las baldosas rojas. La lluvia la había empapado, los gatos intrusos le habían dejado sus huellas impresas y el mensaje apenas podía descifrarse, pero creo que decía: «Con cariño para mi hermosa inquilina. ¿Has oído ya a los ruiseñores?».

En mi primera tarde allí el teléfono sonó. Era Burgo. Al parecer, no era demasiada coincidencia, pues dijo que se había pasado el invierno llamándome. ¿Dónde había estado? En Londres, respondí. Ah, yo también, dijo él. Pero ahora estaba en Somerset. ¿Podía invitarme a cenar al Castle Hotel de

Taunton?

Así fue como Burgo Bridgewater Elliot reabrió las negociaciones. Y, a lo largo de la campaña que las seguiría, continué sin tener muy clara su naturaleza y sus intenciones. Nunca he conocido a un admirador tan opaco. Jamás me tocó, salvo en los gestos de cortesía: una mano para saludar, una mano para ayudarme a montar en el coche, para subir unos escalones, para desenredarme de una zarza. Y sin embargo era, a su estilo, traslúcido. Se había ido desgastando con un dolor solitario. Daba la sensación de que se podía ver a través de él. Al igual que uno de esos elegantes perros de raza que parecen no disponer de espacio en el cuerpo para los órganos vitales, se diría que en su interior carecía de algo que le permitiese llevar una vida animal o emocional. Todo él parecía una superficie fina. Bill, en comparación, era un hombre sólido.

Quizá, pensaba yo a veces, lo que Burgo venía a ver era la casa. Lo había hechizado, como ya hiciera conmigo.

¿Me estaba enamorando de Burgo? No lo sabía, la verdad. No tenía a nadie más a quien amar y, en ese punto de la historia de mi corazón, un segundo enlace, con tan buen partido, además, podría parecer una secuela natural a la primera elección, en cierto modo desafortunada. (No digo que me arrepienta por completo del canalla. Tenía sus cosas buenas.) ¿Quería enamorarme de Burgo? Tampoco lo sabía.

No me sentía capaz de rechazar sus atenciones. Mi vanidad no me lo habría permitido. Era el acompañante perfecto, que me hacía creermelo importante aun cuando no hubiese nadie más mirando, y que me acompañaba con la caballerosidad que le caracterizaba, ya hiciera buen o mal tiempo. Lo arrastré a lo alto de las colinas y al fondo de los valles toda esa primavera y ese verano, sin poder reprimir la curiosidad por comprobar hasta dónde estaría dispuesto a llegar. Y un día decidí llevarlo a Lyme.

Quería buscar fósiles. Bill me había enviado una postal de un huevo de dinosaurio desde las Rocosas, y yo decidí intentar encontrar algún animalito anónimo que llevase mucho tiempo muerto para sumarlo a la colección Elliot. Informé a Burgo de mis planes y concretamos una fecha para nuestra excursión. Yo había comprado un pequeño martillo, y le dije a Burgo que llevase botas. Me estaba volviendo arrogante con él, pero eso parecía gustarle.

Hacía tan mal tiempo que hasta nos planteamos cancelar el viaje, pero yo

acabé negándome por pura cabezonería. Burgo no desobedeció. Empezó a llover en cuanto salimos. Yo insistí en ir en mi coche, alegando que escamparía, pero no fue así. Recorrimos carreteras sinuosas, con los parabrisas a toda máquina y las ventanillas empañadas. La niebla había llegado hasta las tierras altas y, cuando entramos en Dorset, tuve que encender los faros. Burgo iba en el asiento del copiloto profiriendo murmullos quejumbrosos. ¿Qué estaría pensando de ese disparate, de mi obstinación? Le hablé de las margas del acantilado Black Venn, de la formación Blue Lias y de los lechos de amonita verde. Ni siquiera tenía claro si me estaba escuchando. Yo misma no sabía lo que decía. Me pregunté si él se había dado cuenta. Quizá ya había inspeccionado junto a Bill esas playas, de niño. Puede que hubiera estado allí muchas veces. ¿Por qué se mostraba tan dócil conmigo?

Lyme es una pequeña localidad empinada, poco amiga de los coches. Los diferentes carteles nos dirigían a los aparcamientos de la parte baja, al lado del puerto. La lluvia se había estabilizado convirtiéndose en un aguacero constante, pero, a pesar de todo, unos cuantos veraneantes embarrados chapoteaban por las calles. Olía a vinagre, a pescado, a azúcar artificial y a cebolla frita. Incluso divisé a una pareja abrazada al final del paseo marítimo. Siempre hay una pareja abrazada al final de todos los paseos marítimos. Obligué al pobre Burgo a caminar hasta allí, y nos quedamos mirando cómo el agua se estrellaba con furia contra las rocas. El suelo resbalaba muchísimo. Yo tenía los pantalones empapados. Burgo, que no había perdido ni un ápice de su caballerosidad, estaba calado hasta los huesos.

Aun así, no me di por vencida, y arrastré al pobre hombre hasta los acantilados fosilíferos. Lo demás se puede intuir. Sobrevivimos al puerto, pero las margas del Black Venn nos la jugaron.

Fue todo culpa mía. Me comporté como una puñetera idiota. Pero a esas alturas Burgo ya había dejado atrás cualquier resto de prudencia que pudiera quedarle. Hay algo obsesivo en ese paisaje. Las capas de tierra oscura y áspera, las cornisas de roca estriada, las fisuras humeantes, los árboles raquíticos que se levantan con los últimos corrimientos de tierra, el deprimente goteo de pequeñas cascadas negras, el lúgubre golpeteo, ola tras ola, en la orilla de la playa... Jamás en mi vida había visto algo tan inhóspito. Mientras caminábamos por la arena, un trozo enorme de acantilado, del tamaño de un cajón de embalaje, se desprendió y cayó con un golpe sordo y triste a nuestra espalda. Deberíamos haber vuelto, pero continuamos.

Continuamos juntos.

Fue Burgo quien descubrió el fósil del molusco. Tiene mejor vista que yo, y no debería habérmelo señalado, pero yo tampoco debería haber trepado para tratar de hacerme con él. No me había dado cuenta de que la roca de esa pared estaba tan suelta. El caso es que, en cuanto agarré el fósil, me resbalé, y al resbalarme provoqué un pequeño corrimiento de tierra. Así fue como me hice lo que me hice en la pierna.

No me lo podía creer. Además de tozuda, soy una mujer dura, pero esta vez no podía caminar. No había nadie a la vista, así que Burgo tendría que llevarme a cuestas. Me había puesto perdida de barro negro, me dolía la pierna y, para colmo, la marea estaba subiendo. No era una superficie idónea para caminar, ni siquiera con un tiempo perfecto. De modo que, a Burgo, la perspectiva de cargar con una dama embarrada debió parecerle agonizante. Yo no dejaba de disculparme. Y Burgo seguía sin perder el temple.

Acabé en el hospital de Weymouth con la pierna escayolada y en alto. Pasé dos semanas y media allí, y tuve todo el tiempo del mundo para pensar. Al final de la primera semana, Burgo me pidió matrimonio. Yo quise saber por qué. Dijo que al parecer estaba escrito, ¿y quiénes éramos nosotros para luchar contra nuestro destino? Si veíamos que no nos acababa de convencer, dijo, siempre podíamos divorciarnos. Yo tuve la osadía de preguntarle por qué no se había casado hasta entonces, y él dijo que, con la sangre negra de los Bridgewater corriendo por sus venas, le había parecido poco prudente, pero que quizá a mí no me importaría correr el riesgo. Añadió que le había dado la sensación de que estaba hecha de buena pasta.

Yo me sentía muy satisfecha, como podréis imaginar. Todo iba según lo planeado.

Le dije a Burgo que necesitaba tiempo para aclararme las ideas. Él era un caballero de la cabeza a los pies y nunca retiraría su oferta, pensé. Yo aún no sabía si quería casarse conmigo, si creía que quería casarse conmigo, si creía que debía casarse conmigo, si creía que yo quería casarme con él o si estaba tan desesperado que no le importaba demasiado lo que pasara. ¿O quizá tramaba algo completamente distinto?

Me imagino que lo que yo había tramado queda bastante claro: quería, a toda costa, la Residencia de la Viuda, la quería más que nada en el mundo. Aquí sentada, mientras sobrevuelo las Rocosas para negociar con Bill Elliot, me siento flaquear de deseo con solo pensar en ella. La tengo al alcance de la

mano. Burgo dice que me la comprará si Bill nos deja. Todo se andará. Si Bill no accede, quizá me case con él en vez de con Burgo. Aquí, sobre las nubes, siento clarísimamente mi poder. Puedo mover montañas. Un nimio corrimiento de tierra en la costa sur de Inglaterra bastó para poner a Burgo de rodillas. Las Rocosas parecen más imponentes, pero dudo mucho que ni ellas ni Bill Elliot sean inmunes a mis intenciones. Bill lleva esperándome ocho largos años. Tendrá algo que decir, seguro, cuando nos veamos a orillas del lago Loise.

Una persona adorable, una propiedad adorable. No es así de sencillo. ¿Qué pasaría si sustituyese con la romántica palabra *lugar* esa fría y neoclásica *propiedad*? ¿Pensaríais muy mal de mí? Porque la Residencia de la Viuda, como propiedad, carece de valor. Es su historia lo que me atrae de ella. Son Bill, Burgo y Henrietta comiendo conejo en el jardín. Son el halcón y la gallina de los bosques y la lluvia roja. Es la grajilla muerta en la estantería, es la avenida de robles, es la mujer sonriente con sus primulas. Ella aprueba mi determinación. Como también, por cierto, la propia Henrietta —Binkie, ella y yo nos llevamos de maravilla—. Dice que probablemente debería casarme con Burgo, pero, por otra parte, cree que ya es hora de que Bill vuelva a casa, y que, si está en mis manos, yo debería intentar devolverlo a su país.

No sé qué pasará. La historia de Emma Watson nunca acaba. ¿Quién sabe qué me espera, ahí abajo, en tierra?

(1993)

LAS CUEVAS DE DIOS

La biografía, como dijo el filósofo, ha añadido un nuevo miedo a la muerte. Fue en la primavera de 1985 cuando Hannah Elsevir reconoció que ese aforismo, con el que llevaba familiarizada desde hacía tiempo, podía aplicársele también a ella. El motivo de su miedo era la publicación póstuma del diario del padre de un viejo amigo de su ex marido. Lord Reader había sido un político semieminente que había pasado décadas en la periferia de la vida pública. Pero lo que alarmaba a Hannah Elsevir no eran los cotilleos sobre el Gobierno y los colegas, sino sus comentarios a vuela pluma sobre su hijo y su ex marido.

El primero decía: «Giles ha invitado a Peter Elsevir a pasar el fin de semana. ¡Vaya un cantamañanas presumido! Los chicos no paran de hablar de Burroughs y de burradas. ¿Es este el fruto de una educación cara?». Y, una vez más, un vistazo rápido al índice onomástico la llevaba tres años más tarde: «Parece que Giles ha acabado sacándose un título por los pelos, vaya usted a saber cómo, y también ese soplagaitas de Elsevir», seguido de un «Giles se ha casado hoy. El discurso de Elsevir, el padrino, era bastante ofensivo, pero supongo que no tanto como para denunciarle». Hannah Elsevir sintió un cosquilleo gélido y abrasador a un tiempo recorriéndole las muñecas y el cuello mientras leía a escondidas esas frases en Waterstone's, y empezó a temer que todos los clientes que se encontraban en aquel momento en la librería se girasen para mirarla fijamente. ¿Cuántos comentarios de ese tipo contendría? El índice del diario la remitía a algunas páginas más: ¿hasta qué punto serían incriminatorias?

Se sintió obligada a comprar el libro, aunque no fuera el tipo de obra que le habría gustado que la viesen leyendo. De hecho, lo llevó escondido en una bolsa de plástico hasta que se encontró a salvo de miradas en su casa, junto al

canal. Una vez allí, esperó hasta las siete en punto, se sirvió un *gin-tonic* bien cargado y abordó la lectura. Su inquietud estaba justificada: las notas a pie de página no prometían nada bueno. Su rechazo precoz y sumario de un Peter Elsevir que seguía vivo, pero que estaba muerto para ella, parecía calculado para zaherir: «Elsevir, Peter. Nacido en 1941, educado en el *college* Borrowburn y Gladwyn, de Oxford. Obtuvo una fama efímera en la década de los setenta con sus “acontecimientos” planificados en el Jardín Encajonado de Fulham. En 1968 se casó con la genetista Hannah (Blow) Elsevir, de la que se divorció en 1976. En la actualidad vive en California».

Hannah miró fijamente esa biografía breve, consternada. Al menos no había un «véase» junto a su nombre, lo cual era todo un alivio. Sin embargo, lo que implicaban esas pocas líneas le resultaba desagradable. Llevaba años sin ver a Peter y, tras su divorcio, había vuelto a casarse y a separarse. No le guardaba rencor, o al menos eso se dijo al principio, armándose de valor, y no se sorprendió demasiado al leer su nombre junto al suyo. Pero si aparecía ahí, tan de pasada, de forma tan insignificante, ¿en qué más sitios podría aparecer? ¿Y qué otros elementos de su pasado podrían emerger para reclamarle algo? En ese mismo momento, toda una red de cartas, diarios y biografías se estaba estrechando a su alrededor. El propio Peter, al que ella pensaba que había exportado a otro país, sin riesgos, le parecía ahora una amenaza. Sin duda, los recuerdos de su ex marido se habrían diluido en la amnesia del alcohol, pero, aun así, había otras personas capaces de recordar, más alertas y mucho más coherentes, a su alrededor. Debía andarse con ojo.

Se acabó la copa y se sirvió otra. Luego volvió a sentarse a pensar. Se veía obligada a enfrentarse a la incómoda idea de que era posible y, de hecho, bastante probable, que alguien quisiera escribir sobre su vida más pronto que tarde. No le permitirían descansar en la decorosa oscuridad de una nota a pie de página. Ahí fuera había gente (miró, nerviosa, al otro lado de las aguas oscuras, a las casas iluminadas de enfrente) que la espiaba. La idea le resultó inverosímil e ingrata, pero sabía que tenía que enfrentarse a ella. Lo que parecía ser una modestia natural la había convencido, desde sus años alborotados con el borracho Peter, para llevar una existencia discreta, casi escondida. Sin embargo, era imposible que su trabajo no le granjease algo de fama. No se puede ganar el Premio Nobel y seguir siendo un completo desconocido. Sobre todo en el caso de una mujer. No hay muchas mujeres que hayan ganado un Nobel. Las biografías de las féminas exitosas están muy

demandadas.

Las mujeres y la fama mantienen una relación peculiar. La mayoría se sienten subestimadas, ignoradas e impotentes. Sin embargo, por ese motivo, se dijo Hannah, las que alcanzan la fama son más visibles que los hombres de su mismo «rango», y se ven sometidas a una curiosidad más lasciva. Su primer marido, Peter, cuyo apellido elegante y fácil de recordar ella adoptó, desgraciada pero comprensiblemente, para firmar sus trabajos profesionales, era todo un experto en darse autobombo con la mayor desfachatez imaginable, y no se sentía feliz a menos que viese su nombre impreso o estuviese en boca de todos. Hannah reaccionó a su lustre barato llevando una vida de diligencia discreta y sexo a escondidas. A su segundo marido lo borró enseguida de su *curriculum vitae*, pues solo había sido un error que cometió por despecho. Pero incluso él, aunque fuese un completo desconocido, tenía sus contactos. También a él podrían usarlo contra ella. Además, él tenía sus historias que contar.

Hannah Elsevir había recibido el Nobel con dignidad y discreción. Después, le sacaron varias fotografías y la entrevistaron, e incluso había aparecido en televisión, pero no dijo gran cosa. La verdad es que esto decepcionó un poco a los periodistas, que habían confiado en sacarle algo más llamativo a la mujer que había descubierto lo que se denominaba «el gen de la vanidad». Sin duda, aquella científica, que tanto había contribuido a nuestra comprensión del comportamiento de pavos reales y aves del paraíso, del género y la exposición, debería haberse mostrado dispuesta a exponerse un poco más. Pero Hannah, una hembra de pavo real bastante reservada, conservó todas sus plumas bien plegadas.

A nadie, en ese momento, se le ocurrió preguntarle por el salvaje y apuesto Peter, un hombre con una auténtica naturaleza de pavo real. Y es que este había desaparecido en un mundo lejano, dejando solo su nombre tras de sí. Su anónimo sucesor también quedó omitido. Hannah apareció en los periódicos del mundo como una profesional dedicada que se sentía incómoda estando en el candelero. Había trabajado arduamente para mantener esa imagen difusa, pues, en realidad, sentía ciertos impulsos hacia la confesión, incluso a la grandilocuencia. Sin embargo, ahora ya no estaba segura de que su discreción la fuera a mantener a salvo. Tendría que esforzarse al máximo y poner más empeño en potenciar su insulsez si quería que siguiesen sin prestarle atención.

Aquella noche tomó la decisión de volverse extraordinariamente insulsa.

Se volvería tan insulsa que nadie osaría perseguirla. Incluso relegaría su genio al ostracismo, firmando su propio trabajo con el nombre de otros. Se escondería para siempre tras una reputación de mujer insignificante. Cualquier cosa, cualquier cosa antes de que indagasen en su relación con Peter Elsevir. Porque, ahí sentada, no pudo por menos de admitirse a sí misma que sería la resurrección de Peter lo que más la inquietaría. Él era su secreto, su trapo sucio, su sexualidad asesinada. Y tenía que seguir sepultado a toda costa. Que la ciencia flaquease, que los descubrimientos permaneciesen ocultos. No publicaría, no divulgaría sus hallazgos. Su nombre se desvanecería de los registros, y dejaría que otros reivindicasen sus méritos. Ella se borraría a sí misma y su pasado.

Se embarcó en ese nuevo proyecto con la determinación que la caracterizaba. Durante unos años protegió y alentó a su joven colaborador, Brian Butterworth, para que respondiera a todas las consultas en su nombre y para que se llevase todo el mérito que les granjeasen sus investigaciones conjuntas. Brian era un excelente genetista, pero un completo inocente en los asuntos terrenales, y no pareció percatarse de que lo estaba manipulando. En cualquier caso, razonaba Hannah, ¿por qué iba a importarle? La reputación de Brian fue prosperando mientras que la de ella permanecía estática. En el Instituto empezaron a correr rumores de que Hannah Elsevir estaba acabada, de que había perdido facultades, de que Butterworth se había pasado una década encubriéndola, de que era Butterworth el que debería haber ganado el Nobel. Eso le producía una enorme satisfacción.

Menos satisfactorios eran sus intentos por pasar desapercibida. En su juventud había recibido alimento más que suficiente para su vanidad, y a medida que cumplió años fue cuidando su dieta y tiñéndose el pelo, como hacen las mujeres maduras. Ahora, al abrazar el anonimato, decidió que podía comer todo lo que quisiera y dejar que le creciesen las canas. Las consecuencias de su nuevo régimen fueron peculiares: dando buena y feliz cuenta de bollos con mantequilla, patos asados, pasteles rellenos de crema y bombones belgas, cogió varios kilos, pero le sentaron bien. Su cuerpo se hinchó y tuvo que renovar su armario, pero la cara le resplandecía, rebosante de salud y bienestar. Su pelo no se volvió canoso y anodino, sino de un blanco brillante y opulento. Estaba radiante. Nunca había estado tan guapa. Puede que Hannah Elsevir le hubiese perdido el rastro al gen oculto, murmuraba la gente, pero sin duda tenía un amante secreto. ¿Quién y dónde estaba él, o ella?

Al principio, Hannah se mostró indiferente al cotilleo, porque por ahí no iban los tiros, pero con el tiempo empezó a incomodarla. Se había convertido en el foco de la curiosidad de muchos, y nada más lejos de su intención. Sin embargo, como adelgazar resulta más difícil que engordar, enseguida cayó en la cuenta de que era incapaz de recuperar su peso anterior. Estaba condenada a mostrar ese resplandor desmedido. Y con el resplandor llegó la energía... Nunca se había sentido tan rebotante de esta en toda su vida. Casi no sabía qué hacer con el excedente. Trabajaba muchas horas al día, sola y sin que nadie la observara, y daba larguísimas caminatas. Nadó un largo tras otro, dio la vuelta a Francia en bicicleta, encumbró el Great Gable. Pero, adondequiera que fuese, llamaba la atención. Las cabezas se giraban en los restaurantes, los coches frenaban para observarla. ¿Qué podía hacer?

Una especie de paranoia se apoderó de ella. Tenía la sensación de que Peter Elsevir estaba a punto de reaparecer en su vida, a punto de volver para desarmarla. Todo era culpa suya. ¿Podría borrarlo por completo de su vida alguna vez, tal y como había borrado a su segundo marido? Desde luego, iba a intentarlo. Empezó por repasar los documentos, fotografías y cartas que conservaba, en busca de cualquier referencia a Peter, destruyendo sistemáticamente todo papel en el que se mencionase su nombre. Titubeó con su partida de matrimonio y su sentencia de divorcio provisional, pero también estas acabaron en la basura, junto con las fotos de la boda, los recortes de prensa y las instantáneas de un Peter bebé. (Cerró los ojos mientras rompía algunas de las fotografías, porque Peter había sido un hombre muy atractivo, pero las rompió de todas formas.) Luego se centró en los registros públicos. ¿Era posible reescribir el pasado? No, imposible. Compró un bote de Tipp-Ex y se planteó llevarlo a la sede del registro civil, en St. Catherines House, pero se dio cuenta de que eso era un disparate con el que solo conseguiría llamar aún más la atención. Se conformó con tachar el nombre y la fecha de nacimiento de Peter en la guía *Quién es quién* de la biblioteca local. Sin embargo, solo con pensar en las miles de bibliotecas que estaban lejos de su alcance la invadía un profundo desasosiego.

De madrugada, tumbada sin poder conciliar el sueño en su casa junto al canal, la profundidad de ese silencio llegado desde California la atormentaba. Era como si Peter Elsevir hubiese desaparecido de la faz de la Tierra. Ya había empezado a cogerle cariño a buscarlo en los índices onomásticos de todas las memorias y biografías que pudiesen contener alguna referencia a él,

y siempre acababa descubriéndolo al acecho en algún lugar. Lo que más la asustó, sin duda, fue encontrar su nombre en un análisis hostil y desdeñoso de la contracultura escrito por un crítico de la nueva derecha. Sin embargo, también ahí lo despachaban de manera lacónica, como alguien que había disfrutado de una fama efímera. Aun así, escribió al autor de esa obra con un pseudónimo y desde una dirección falsa, solicitándole cualquier información sobre los pasos que siguió o el paradero actual de Peter Elsevir, pero la respuesta que recibió no le resultó demasiado útil: según esa fuente, se había marchado de Inglaterra en 1976 (bueno, eso ella ya lo sabía) para instalarse en Santa Mónica. Si quería más información, le sugería dos posibles contactos: la ex mujer de Elsevir, la genetista Hannah Elsevir, o una secta religiosa denominada Icono, con la que se le había relacionado en su día. Eso era lo último que se sabía de él. Puede que estuviera muerto. Muchísimas personas de su generación habían muerto jóvenes. (Y se lo tenían merecido, según daba a entender dicha fuente.)

Hannah no pudo encontrar ninguna referencia que la condujese a esa secta misteriosa. No sacó absolutamente nada en claro. Se llegó a plantear incluso ponerse en contacto con la familia de Peter a través de un tercero, pero acabó descartándolo porque le parecía demasiado peligroso. Hojeó las páginas con el apellido Elsevir de las guías telefónicas internacionales, e incluso llamó a unos cuantos números al azar, pero no descubrió nada prometedor. ¿Y si contrataba a un detective privado? Mejor no.

La inspiración le llegó mientras estaba escudriñando por enésima vez las estanterías de la sección de referencias y biografías de la biblioteca de su universidad; estanterías que había empezado a visitar con una frecuencia notoria. ¿Qué pasaba con su antiguo colegio? Peter Elsevir había ido a un famoso e histórico colegio público, a cuyo recuerdo, como les ocurre a muchos ingleses, seguía vinculado a través de un «cariñoso odio». Quizá, por improbable que fuese, aún se mantuviese en contacto con ellos. ¿Seguiría recibiendo el boletín informativo anual de antiguos alumnos?

En el boletín no encontró algo tan útil como una dirección, pero, milagrosamente, sí una buena pista. Su instinto la había llevado por el buen camino. Un viejo amigo de Peter, Giles Reader, se había topado con él, por casualidad, en la lejana Anatolia. Al parecer, su ex marido iba, según decía Giles, en busca de Dios. «Una persona cambiadísima, de una austeridad monacal», escribía un Giles Reader impactado, pero rebosante de admiración,

que se había convertido en un financiero de éxito.

Al parecer, se habían encontrado en una iglesia rocosa de Göreme, mientras contemplaban un fresco de la resurrección de Lázaro. Intercambiaron algunas palabras, pero Peter no se mostró demasiado comunicativo. No se trataba de que hubiera hecho voto de silencio, le aseguró a Giles, pero afirmaba que había elegido vivir en un semirretiro, y que había abandonado el hábito de conversar. Giles lo respetó, y se despidió de él, para seguir con su *tour* de arte teológico por Turquía y Siria. (Luego seguían unas descripciones coloridas de san Eustaquio persiguiendo al ciervo de Cristo, de san Simeón el Estilita apestando en lo alto de su columna solitaria, de los cuarenta mártires cristianos de Sebaste tiritando y muriendo en su lago helado, de los treinta y cinco mártires de Salman Rushdie asfixiándose con el humo de su infierno en Sivas.) «Es un paisaje afligido —escribía Giles Reader en el *Old Borrovian*—, de extremos solitarios, de pináculos miserables y celdas subterráneas. Tienta al viajero con sueños de ermitaño, con el anhelo de unirse con la historia y con Dios.» Pero, sobre todo, Giles Reader recordaba los rasgos demacrados de su viejo amigo y sus ojos azul celeste «que parecían mirar a través de un velo, clavados en otro mundo».

Habida cuenta de esa curiosa elocuencia, se diría que Giles Reader también había cambiado, y que ese encuentro fortuito con su viejo amigo del colegio le había conmovido sobremanera.

Hannah se quedó un buen rato mirando ese texto, escrito hacía ya tres años, y se preguntó si debería seguir aquella pista. En la descripción de Giles había algo que dejaba claro que Peter no estaba de paso por Göreme. Debía de llevar ya un tiempo por allí, y puede que allí siguiera. En cualquier caso, era un comienzo. Un punto de partida. Ella nunca había estado al este de Ankara, y pensó que podría visitar Capadocia en primavera. Decían que era una región interesante. Hizo acopio de guías de viaje y folletos, navegó entre descripciones de toba esculpida, chimeneas de hadas, almendros en flor, obsidiana y albaricoques. Decidió que iría en abril.

Disfrutó planeando el viaje. Podía viajar con estilo. Podía sumarse a un *tour* artístico, como había hecho Giles. O hacer un crucero con opción de *tour* artístico. Podía alquilar un coche. O alquilar un coche con chófer. Podía poner un anuncio buscando a un arqueólogo dispuesto a colaborar, u ofreciendo impartir conferencias sobre la vanidad en Trebisonda.

Decidió viajar sola. En los últimos diez años había contratado varios

paquetes organizados, ora como turista, pagando, ora como conferenciante, invitada. Había hablado de su gen en Kenia y en las Galápagos, y escuchado conferencias de otros en Egipto y en México. Y, un par de veces, con motivo de aquellos viajes, conoció a otras mujeres solteras o divorciadas cuyas vidas reflejaban inquietantemente la suya. En una ocasión, para su recíproca desazón, se encontró con una archivista de la biblioteca de su universidad navegando por el Danubio. Se sintieron obligadas a compartir mesa durante la cena, cortándose las alas mutuamente. No quería volver a correr el riesgo de sentir una proximidad tan bochornosa.

Así las cosas, en abril, Hannah Elsevir conducía por una carretera recta, pero de firme irregular, pasando junto a riscos, montañas, nieves y ríos, rumbo a las cuevas rocosas de Capadocia, en busca de su marido ausente. El paisaje era monótono o, mejor dicho, repetitivo. Marrones, grises, morados; los colores de las tierras altas, yermas y minerales. ¿Era la insulsez predominante lo que había llevado a los habitantes de un par de las aldeas que había atravesado a pintar sus casas con estridentes y chocantes rosas y turquesas? Los halcones volaban en círculo sobre su cabeza, observándolo todo desde arriba. No había muchos lugares para cobijarse en aquella meseta estéril. ¿Dónde habría ido a parar Peter Elsevir?

A medida que se acercaba a Göreme, tras pasar la noche en una localidad que afirmaba ser o haber sido Cesarea, el paisaje cambió. La sinuosa carretera que recorría el pequeño valle escarpado, flanqueada por árboles de los que colgaban delicadas flores rosas, la llevó ante las formas curiosas y fantásticas que habían conmocionado a Giles Reader. Ahí estaba el refugio, un lugar donde esconderse. Aparcó el coche en un mirador turístico y escudriñó el paisaje asombroso que se desplegaba frente a ella y bajo sus pies. Y, al comprender que un hombre podría esconderse allí para siempre, que un ermitaño podría abrazar la soledad eterna en aquel lugar, perdió toda esperanza de dar con él. Aunque se presentasen las hordas de ejércitos vengadores, aunque los detectives privados husmeasen a sus anchas, allí uno podía evadir a cualquier perseguidor. Cada colina hueca, cada torrecilla elevada, estaba repleta de ventanas naturales, de mirillas y aspilleras. Las bandadas de palomas entraban y salían de los miles de ojos vigilantes en la roca. Esa era una tierra que escondía miríadas de secretos. ¿Por dónde empezaría a buscar?

Había reservado una habitación en un pequeño y agradable hotel de Ürgüp

que contaba entre sus huéspedes con una pareja de estadounidenses lectores de la Biblia, con una familia holandesa de vacaciones de Semana Santa y con un australiano experto en historia del arte. Frente a unas copas, en el muy orientalizado Harem Bar (sin duda estaba lo bastante lejos de casa para sentarse a socializar de incógnito ante un par de vasos de raki), escuchó los consejos que le dieron sobre lo que debería visitar. Tenía que ir a la iglesia de la Manzana y a la iglesia de la Hebilla y a Sakli Kilise, la «iglesia escondida». Tenía que ver el valle de las Rosas y la Cuenca Roja y, si no era claustrofóbica, las Ciudades Subterráneas donde vivieron durante siglos los trogloditas, a salvo de sus perseguidores.

¿Se habría convertido Peter Elsevir en un troglodita? ¿Lo pillaría observándola a través de una rejilla, tras la pared de una caverna de piedra roja? ¿Le tiraría una piedra si se acercaba a su celda?

Se pasó dos o tres días explorando la región, perdiéndose entre los monumentos desperdigados, sumándose a grupos bulliciosos con guías, comiendo sola en bares de carretera. Una noche animó al camarero y a la gerente del hotel a cotillear sobre el comercio turístico y sobre los peregrinos de diferentes fes que llegaban a la zona: teólogos eruditos, fundamentalistas cristianos y musulmanes, místicos *new age* y, más recientemente, un coro angelical que había llegado desde Arizona para cantar con motivo de la Resurrección el Domingo de Pascua. ¿Habían oído hablar, preguntó ella, de una secta denominada Icono? ¿Sabían si alguno de sus acólitos se había hospedado ahí? ¿Quedaban ermitaños recluidos en esas montañas lunares?

La tercera noche le hablaron de un inglés que vivía solo en una pequeña aldea del valle de la Espada. Y ella supo que se trataba de Peter Elsevir.

El sol lucía con fuerza sobre su cabeza la cuarta mañana. Aquel era el día más cálido del año. Protegiéndose del resplandor con un sombrero y unas gafas, puso rumbo al valle.

Peter estaba sentado ante una mesita de madera pintada de amarillo, en la puerta de una pequeña choza de piedra y ladrillo que despuntaba de la pared de roca. Él también llevaba gafas de sol y un viejo sombrero de paja reclinado sobre la nuca. Estaba leyendo un libro. La intensa luz lo había sacado de su escondite. Ella aparcó el coche de alquiler al otro lado de la carretera y se quedó mirándolo fijamente. El corazón parecía a punto de salirse del pecho.

Estaba más guapo que nunca. ¿Cómo podía ser? Sus años de abusos y vicios no habían logrado echarlo a perder. Le habían hecho adelgazar y

empalidecer, lo habían refinado hasta otorgarle una elegancia extraordinaria. ¿Era correcto, era justo? Se convirtió en su propia demacración. Su pelo seguía luciendo los rizos de los años sesenta, y la luz del sol bañaba de oro sus canas rubias. Tenía la nariz alargada y fina, las mejillas hundidas... Una de sus largas y huesudas manos pasó la página. Y lo vio sonreírse, con una sonrisa secreta. ¿Sentiría que lo estaba observando? ¿Se atrevería a acercarse a él? ¿O debería marcharse? Llevaba el cuello de la camisa abierto para sentir el calor de la primavera en su pecho delgado. Siempre había tenido una piel suave, seca y caliente. Levantó la mirada cuando se le acercó. Ella no pudo leerle los ojos a través de las gafas de sol. Él cerró su libro y sonrió. Era una sonrisa perpleja, educada y sutil. Se puso de pie y se quitó el sombrero para saludarla. Siempre había sido un caballero. ¿Cómo se le habían podido olvidar esas cosas?

Ella se percató del momento exacto en que la reconoció. Se quedó ahí de pie, con el sombrero en la mano, sin que se le borrara la sonrisa.

—Hannah —dijo—. ¿Eres tú, Hannah?

—Peter —dijo ella.

Él negó ligeramente con la cabeza, con lo que solo parecía una expresión de sorpresa relativa, y con un gesto le señaló una de las sillitas que rodeaban la mesa. Ella se sentó. Él se sentó.

—Muy bien —dijo él—. Has dado conmigo. Intenté esconderme, pero al final has dado conmigo.

Ella se sintió avergonzada. No encontraba las palabras. Había querido a ese hombre. El recuerdo del tacto de su piel caliente la embistió a modo de reproche. Tenía que extender la mano para tocarlo. Se inclinó hacia él, al otro lado de la mesa, y apoyó una mano sobre la suya. Ardía de pura aridez.

—Sí —dijo ella—. He venido a ver dónde te habías escondido.

—¿Y eso por qué? —dijo él, con una sonrisa discreta y perpleja.

—Supongo —respondió ella— que he llegado a pensar que te traté mal.

—No, no —dijo él—. Fui yo quien te trató mal.

Se quedaron ahí sentados, bebiendo unos vasos de raki que él sacó de su choza. El olor de ese anís semiamargo y blancuzco impregnó el aire. Comieron olivas negras, rodajas de tomate caliente, daditos de queso blanco, duro y salado, y ciruelas pasas marrones y arrugadas. Peter Elsevir dijo que había abrazado una vida basada en la sencillez. No en la austeridad, sino en la sencillez.

Miró fijamente a su otrora mujer, con un reconocimiento comedido.

—Te veo muy bien, Hannah —dijo, sirviéndole otro vaso de ese licor fuerte y cristalino, y añadiéndole la alquimia transformadora del agua—. Te veo grande y bien. Has hecho lo que tenías que hacer. Pareces muy opulenta.

—A ti también te veo bien —dijo Hannah, pensativa—. No me esperaba que siguieses tan guapo.

Entraron y, al calor de la tarde, se tumbaron juntos en su estrecha cama de monje, a hablar. Hablaron de sus aventuras, de sus descubrimientos. Se oyó el zumbido de una mosca en el silencio seco. Hannah puso una mano sobre el pecho suave de Peter, y luego acercó la cabeza y aspiró deliberadamente su olor. Olía a sol, a sal y a resina. Preservado, purgado, purificado. Ella suspiró profundamente. Había hecho bien en buscar a ese hombre. Él era la absolución, era el perdón, la resurrección. Y ahora se marcharía... Puede que no volviera a verlo en su vida, pero él se quedaría en ella, como su virtud secreta, su fuerza secreta. Volvió a respirar, una inspiración profunda de su juventud, su amor, su inocencia y su esperanza. Todas esas cosas habían sido buenas. No había que enterrarlas, desdeñarlas u olvidarlas. No eran ninguna vergüenza. Solo el tesoro de una gran felicidad. El pasado la perdonó, y ella perdonó al pasado. Se quedaron ahí tumbados, en paz. Nadie sabría nada, nunca, de ese momento. Ningún biógrafo podría registrarlo, ningún amigo podría burlarse de él, ninguna nota a pie de página podría atraparlo y destrozarlo.

Olía a manzana y a miel, olía a las virtudes de la naturaleza salvaje.

«Peter —dijo, medio dormida, al calor de la tarde Peter, desprendes un olor divino.»

(1999)

RUMBO AL OESTE UN RELATO TOPOGRÁFICO

No me tenéis que imaginar hablándoos en primera persona. Os hablo como Mary Mogg, y es su historia la que contaré. Imaginad que soy Mary Mogg, una profesora que ya pasó el ecuador de la vida y se acerca lentamente a la jubilación. Aguardo la llegada de mis años de jubilación con sentimientos encontrados, y me pregunto dónde pasarlos. Mary Mogg: un nombre sencillo para una persona sencilla. Espero estar expresándome con sencillez, y llevar en el futuro una vida razonablemente sencilla, aunque tampoco soy de las que beben solo agua. Ahora soy una persona sencilla, pero no siempre fue así. Yo no diría que era guapa, pero sí bastante atractiva. Si me hubieran descrito como una persona normalita, quizá os habría parecido guapa; y si os hubieran dicho que era guapa, quizá os habría parecido una chica del montón. Ahora parezco lo que, entre otras cosas, soy: una profesora de Literatura Inglesa sensata, trabajadora y un tanto solitaria, que disfruta de las caminatas por el campo para evadirse de la ardua tarea de intentar convencer a los inquietos adolescentes de dieciséis años de un instituto público de que aprecien a Wordsworth.

El instituto en cuestión se encuentra en Northam, en Yorkshire del Sur, en la zona industrial y no wordsworthiana de los Peninos. Nací en Yorkshire, y me gustan las tierras altas de los Yorkshire Dales, los páramos de Yorkshire del Norte y el Parque Nacional del distrito de Los Picos. Sin embargo, este año me prometí darme el capricho de una escapada en pleno trimestre de verano, una excursión al suroeste del país, siguiendo los pasos de Wordsworth y de Coleridge. Había estado dando las *Baladas líricas* en clase y anhelaba volver a ver esos paisajes del oeste. Llevaba muchos años sin ir, pero aún recordaba las colinas Quantock, el valle a espaldas de Holford, la ruta costera

de Somerset y Devon, el valle de las Rocas, los bosques escarpados bajo y sobre la iglesia de Culbone, el bar Bell Inn de Watchet, el riachuelo de Nether Stowey o el nacimiento fangoso del río Tone, en lo alto de las colinas Brendon, de mi época de juventud. De hecho, había pasado un verano entero allí, con amigos de la facultad, a los veinte años.

Soy incapaz de describir cómo era yo entonces, y cuán glorioso me pareció a la sazón ese mundo remoto. Para mis ojos norteños, los bosques y los valles de Somerset resultaban tan frondosos y extravagantes como las riquezas de la Guayana para los ojos perplejos de sir Walter Raleigh y su tripulación. Los helechos brotaban cual orquídeas de los troncos de grandes robles, que se erigían sobre ríos veloces. La hiedra, repleta de unas bayas tan grandes como uvas, trepaba por fresnos y hayas con un esplendor tropical, y los acebos aspiraban a tocar el cielo. Los primitivos líquenes de tonos grises, verdes pálidos o naranjas cegadores se incrustaban en cortezas, ramas y rocas, y la tierra roja estallaba en burbujas escarlatas, violetas o de un intenso amarillo esponja. La abundancia suntuosa y la variedad natural superaban, con creces, la austeridad del norte. Y yo, quizá infiel a mis orígenes, me enamoré de ese despilfarro, de ese exceso. Quedé completa y absolutamente cautivada.

También me enamoré de uno de mis compañeros de viaje, lo cual fue una desgracia porque, aunque al principio pareció surgir cierta afinidad entre ambos, no tardé en descubrir que le gustaba más otra chica del grupo. De hecho, luego se casaría con ella, aunque no fueron demasiado felices, según me contaron. Pero eso no forma parte, creo, de esta historia. Así que, para mí, como no os costará imaginar, ese fue un verano de emociones intensas que recordaría posteriormente muchas veces a lo largo de mi vida. Sin embargo, nunca volví a Somerset, y preferí optar por rutas en Escocia, el distrito de Los Lagos, Francia, Alemania o el norte de Italia. Yo también he cruzado los Alpes. ¿Acaso asociaba su pérdida a los lugares que compartimos en aquella época, en que lo encontré y lo perdí? ¿Acaso sentía que la naturaleza me había traicionado, a mí, que tanto la quería? No sé qué decir. Lo único que puedo afirmar con certeza es que, hasta este año, no había vuelto a poner rumbo al oeste.

Sin embargo, este año regresé. Uno de los motivos que me alentaron —y sé que es absurdo, pero mi mentor, Wordsworth, me ha enseñado que nunca hay que temer el anticlímex— fue el Currículum Nacional. Es de sobra conocido que, en la última década de su vida en activo, sobre todo, muchos

profesores, quizá la mayoría, se sumen en largos períodos de estrés. Y aunque a mí me ha ido mejor que a otros, también soy consciente de mis limitaciones. Me estoy haciendo mayor, y ya no entiendo a los jóvenes como antes. Antaño, enseñar literatura era todo un placer para mí: a veces notaba que podía despertar el interés de mis alumnos, captar su imaginación, cambiar sus vidas para bien. Últimamente ya no siento nada de eso. Una sensación de derrota se ha ido apoderando de mí. La literatura ya no se valora, ni en clase ni fuera de ella. La literatura se ha reetiquetado como «Patrimonio»: la han matado, para no correr riesgos, y vestido con trajes de época. Dicho esto, ya podéis imaginaros lo que sentí al descubrir que el único poema de Wordsworth que se había incluido en esa antología subvencionada por el Gobierno —que dejé de leer en ese mismo instante— era, como estaréis imaginando, el de esos «Narcisos». Ese poema ha dañado la reputación de Wordsworth entre los jóvenes de una manera fatal. No se trata de una poesía para niños. He tenido un sinfín de conflictos con los estudiantes a tenor de ese poema. En cierto modo, se ha colocado como una lápida sobre la tumba de su buen hacer. La mayoría de los jóvenes se limita a desconectar para siempre de este autor en cuanto lo leen, y cualquier otra cosa que pueda decirles les entra por un oído y les sale por otro. Alguno de los más listos, como Shakira Jagan, me dice que es políticamente incorrecto, porque los narcisos son un símbolo del dominio colonial en la India y en las Indias Occidentales (ella es guayanesa); sin embargo, cuando le animo a que lea algo sobre Toussaint-Louverture, se ríe de mí sin más. ¡Patrimonio! Ninguno de esos que van por ahí hablando de Patrimonio ha leído un poema en su vida; o al menos no desde que estudiaron entre bostezos los «Narcisos» en el instituto. Sé que no es ninguna novedad que una profesora de Lengua Inglesa proteste porque sus clases son del todo estériles. Solo hay que recordar esa ilustración de dos caballeros ancianos vistiendo levitas y paseando por el bosque que se publicó en la victoriana revista *Punch*, con la leyenda:

Oh, cuco, ¿pájaro debería llamarte,
O solo voz deambulante?
Dime tu alternativa predilecta
Y las razones de tu respuesta.

Pero la cosa va a peor. ¿Qué habría pensado Wordsworth de una

generación de niños a los que se les anima a aprenderse sus «Narcisos» de memoria porque forman parte de «nuestro patrimonio inglés»? Un Wordsworth que, con su hermana Dorothy, alentaba la curiosidad insaciable del pequeño Basil Montagu dirigiéndolo hacia «todo lo que ve: el cielo, los campos, los árboles, los matorrales, el maíz, la elaboración de herramientas, de carretas, etcétera, etcétera. Se sabe las letras, pero no hemos dado ni un paso más por el sendero de la educación con libros. Nuestro gran proyecto ha sido hacerle feliz...».

En fin, esta es una de mis grandes pasiones, y me dejo llevar por el tema. Pido perdón por esta polémica digresión. Es porque me hago vieja y me quedo anticuada. Pero al menos sigo sintiendo algo. Y estas reflexiones no están del todo desvinculadas de mi excursión, que ahora procedo a narrar.

Decidí que había llegado el momento, después de tres décadas largas, de regresar como una valiente a esas tierras mágicas, y planeé una excursión de tres días que me llevaría de Nether Stowey a Lynton. Allí me olvidaría de Shakira Jagan y de todos los demás —y eso que, sinceramente, en comparación con el resto de 5° B, Shakira es un genio, pero que eso quede entre nosotros—. Volvería a visitar mis antiguos lugares predilectos para comprobar si seguían ahí. Si yo seguía ahí. Una empresa peligrosa. Por casualidad, descubrí que había escogido la fecha en que la propia familia Wordsworth había sido expulsada del majestuoso paraíso de Alfoxden, el 25 de junio de 1798. De modo que puse rumbo a Nether Stowey, Shirehampton y los ríos Severn y Wye. Han pasado casi doscientos años desde que ellos se marcharon de Alfoxden; y casi cuarenta desde que yo hice lo propio.

Cuando dije que iría de Nether Stowey a Lynton no me comprometí a hacer *todo el camino* andando. Haría un poco de trampa. Ya no soy una jovencita y, por mucho que me guste deambular por el campo sin protección, nunca he tenido la resistencia de los Wordsworth, de Coleridge, de Hazlitt o de Tom Poole. No: me llevaría el coche, pasaría las noches en un *bed and breakfast* y los días haciendo excursiones que me devolvieran a mi punto de partida. Trataría de entrar en comunión con los muertos, y quizá con los vivos. Hoy día en Northam no se habla mucho con desconocidos, pero en el campo se pueden correr más riesgos. No soy, o eso espero, excesivamente locuaz —de hecho, me considero bastante tímida—, pero, en ocasiones, cuando hago alguna pequeña excursión, se apoderan de mí curiosos arrebatos de descaro, y aunque no interrogo a cada niño y animal con el que me cruzo, entablo conversaciones

en las que nunca me habría embarcado de haberme encontrado bajo techo. El saludo alegre de otro caminante —«¡Buenos días!», «¡Que pase una buena tarde!», «¡Qué buen día hace!»— consigue levantarme el ánimo. El vínculo solitario de los caminantes es algo que valoro sobremanera.

Sí, tenéis razón. Me da miedo jubilarme. Echaré de menos 5° B.

No hay una ruta directa para ir de Northam a Nether Stowey, pero me pareció apropiado pasar junto a las puertas de Stonehenge. Salí temprano con el coche, e iba a toda velocidad por la A303 —quizá os sorprenda saber que conduzco un deportivo rojo— cuando los criaderos de cerdos y los grandes espacios militarizados de la zona de Wiltshire me indicaron que me encontraba cerca del monumento, así que tomé la siguiente salida. La verdad es que no fue una experiencia muy agradable. Alguien debería sentirse un poco culpable y triste por el estado del baño de señoras estilo búnker. Supongo que eso también se considera Patrimonio. Mucho presumir de inglés, mucho presumir de nacional... Sospecho que yo amo Inglaterra bastante más de lo que nuestra antigua primera ministra adoraba la poesía, por más que afirmase con fervor que era una de sus pasiones. Sin embargo, a veces me digo que, llegado el momento, abordamos nuestro patriotismo justo al revés... ¡Otra vez mi pasión! Cállate, Mogg... Supongo que no hay nada de malo en que una cafetería venda Tartas de Roca Megalítica y saladitos Solsticio, ni en sus ofertas de bolígrafos Parker, pero me resulta bastante triste que la mayoría de gente se pase casi todo el tiempo en la tienda. Junto al monumento vi a unos niños japoneses jugando al pilla pilla, y a dos hombres jóvenes meditando sentados sobre la hierba, pero casi todos mis colegas turistas estaban absortos comprando trapos de cocina o sacando fotos. Y en el aparcamiento, la alarma de un coche no dejaba de sonar. La gente lo miraba con desconfianza: hoy en día todos sospechamos de todos. Las advertencias contra los carteristas proliferan hasta en los rincones más inhóspitos de las islas británicas y, de hecho, en cierta ocasión descubrí el cartel de una Patrulla de Vigilantes de Vecindario clavado en un árbol, en un campo en medio de la nada, a kilómetros de una casa.

Seguí mi viaje rumbo al oeste, reflexionando sobre el manido tema del efecto del crecimiento de las ciudades en la confianza humana, y mi siguiente parada no fue más tranquilizadora que la anterior. Había decidido no enfrentarme a Bristol, pues estaba convencida de que allí me perdería, así que decidí intentarlo con Shirehampton, donde William y Dorothy, en su ruta de

Alfoxden a Wye, pernoctaron en su momento en casa del abogado inválido James Losh. Fue un error. Cogí la salida de la M5 que no era, y un policía que pensó que estaba intentando colarme en el muelle me paró. A pesar de todo, me dio amablemente las indicaciones para que volviese a la ruta adecuada, pero no encontré ni rastro de Losh ni de Wordsworth en Shirehampton. Todo eran tiendas de Boots, Bingo, Spar y Iceland. Como no me sentía capaz de reunir las fuerzas necesarias para buscar su casco antiguo, decidí regresar a la autopista y seguir conduciendo, ignorando Clevedon, hasta llegar a la salida de Bridgwater. Quería que mi paseo vespertino me llevara hasta Shurton Bars, un lugar casi desconocido, y así prepararme para una caminata más seria al día siguiente. Me registré en el B&B y volví a salir. Mi casera nunca había oído hablar de Shurton Bars ni de Shurton, pero yo tenía mis mapas.

Un lugar casi desconocido, y difícil de encontrar. Ahí fue donde Coleridge, en septiembre de 1795, compuso «Versos escritos en Shurton Bars», en los primeros días de su historia de amor con Sara Fricker. Recordaba que en el verano de hacía cuarenta años visitamos Kilve, que, por lo que pude ver, se encontraba un poco al oeste, y también comprobé que el lugar señalado como Shurton estaba en el interior, y no partía desde allí ninguna ruta directa hacia el mar. Seguí conduciendo por el laberinto de carreteras rurales flanqueadas de setos, deteniéndome para admirar dos lechones rosáceos en un campo de coles moradas y una garza inmóvil sobre una pierna en un estanque, pero no conseguí encontrar Shurton. Con lo que sí me topé fue con la central nuclear de Hinkley Point, que de repente se erigió ante mí, con sus edificios rectangulares azules y blancos, como un refrigerador gigante, cual palacio de hielo. Sobre ella ondeaba una tenue bandera de humo blanco. Conduje, pues, hacia allí, pero volvieron a pararme: el Centro de Visitantes cerraba ese día. Me informaron de que tendría que volver al día siguiente si quería una visita guiada.

Pregunté por Shurton Bars. El hombre parecía totalmente desconcertado. Nunca antes había oído hablar de ese sitio. No era de allí, dijo, pero le sonaba que había un pueblo llamado Shurton yendo en dirección a Stogursey. Puede que unas señoras que en ese mismo instante se estaban montando en un coche para regresar a sus casas lo supiesen.

Eran tres mujeres, empleadas del centro, que llevaban unos vestidos de idéntico estampado veraniego. Ante mi pregunta, dos de ellas negaron con la cabeza, pero la tercera sonrió y me dijo que estaba muy cerca. Tenía que

volver a un sitio llamado Knighton, no Shurton, y bajar por el sendero que llevaba hasta la playa. No quedaba lejos.

Encontré Knighton, aparqué el coche en un redil y, con un poco más de ayuda de un amable profesor universitario de Bristol, encontré el sendero correcto. Como siempre me ocurre en cuanto empiezo a caminar, mi ánimo mejoró al instante. El olor a miel y a hierba de Santa María que impregnaba el ambiente era exquisito. El camino, bordeado de hierba, era amplio y estaba vacío, y ascendía suavemente a través de unas tierras de cultivo, ora ondulantes con el trigo verde, ora con parcelas aradas de tierra brillante. Ralentiqué mi paso hasta caminar a un ritmo lento y pesado. Iba pensando en Coleridge, en su amigo Tom Poole, y en el hermano de Tom Poole que había vivido en Shurton Court. A la sazón, los ferris cruzaban el río Parrett al norte de Bridgwater, navegando a lo largo de la costa, y las embarcaciones comerciales cruzaban el canal de Bristol y llevaban carbón y cal de Gales a las caleras de la costa de Somerset. ¿Qué aspecto tendría el litoral en aquella época? De repente, ante mí se desplegaba el mar, la lejana y sublime costa industrial de Port Talbot, la isla de Flat Holm al este, y las orillas de caliza azul y fósiles. Un yate y un petrolero surcaban sus aguas. La hierba era corta y estaba repleta de flores y cardos. Unas rocas del borde del acantilado se desprendieron mientras yo caminaba hacia el tramo más plano, que ya sabía que era Shurton Bars. Hacía una bonita tarde de verano, y los acantilados se extendían más y más al oeste, bajo una luz gris azulada, brumosa y cálida. Estaba completamente sola, o eso pensaba yo hasta que vi a un hombre que se me acercaba. Aún no había conseguido despojarme del todo de mis costumbres urbanas, pues sentí un ligero escalofrío de desaliento ante la idea de encontrarme con un desconocido en un lugar tan remoto —al final solo me topé con un anciano que estaba paseando a su perro y que me saludó educadamente—. De vuelta al coche, me crucé con un chico que iba dando botes con su bici cada vez que cogía un bache y que me gritó un «¡Hola!» en un tono del todo vacacional.

La playa de guijarros estaba cubierta de basura. Cables antiguos, latas, botellas de plástico, tiras de cuerda naranja. Y un chasis de coche aplastado y oxidado.

No os diré dónde pasé la noche porque no fue una gran elección. Mi casera me aseguró varias veces que no era de la zona, que era de Sheffield. Eso debería haberle granjeado mi simpatía, porque a mí me gusta Sheffield, pero

lo cierto es que ella era una de esas personas quejicas de Yorkshire que hablan con negaciones dobles. Una artista de las l totes. (A veces pienso que yo también soy un poco así.) Empezó a contarme su vida en cuanto llegué, y siguió cuando volví de cenar en el pub —había hecho una parada en el Plough de Holford—. Era una historia triste, y yo no estaba de humor para escucharla. Estaba marcada por muchas muertes y enfermedades. Habían despedido a su marido durante el declive de la industria siderúrgica, así que decidieron marcharse del norte y probar suerte gestionando un pequeño negocio, pero, en cuanto se instalaron, un golpe perverso del destino hizo que el rencor del marido le llevara a desarrollar una enfermedad letal, y se le murió, dejándola sola entre desconocidos. No le gustaba tener a gente a su alrededor, y no le gustaban sus huéspedes: robaban jabón y toallas, y a veces mojaban la cama. Ella siguió y siguió hablando mientras los ojos se me cerraban. Después de aquel largo día, me encontraba exhausta. Pero su historia tenía muchos cantos y ella parecía dispuesta a contarlos todos. Ya entre las sábanas de nailon fucsia con volantes de mi cama, me pregunt  si le contaría esa historia a todo el mundo. Estaba segura de que no se la contaba a uno de cada tres, sino a todos y cada uno de sus clientes. Lo sentía por ella, pero tengo bastante menos paciencia que Wordsworth. Su lamento carecía de dignidad, o eso me pareció a mí.

La mañana me alegr . Planeaba salir de Nether Stowey, subir a Dowsborough, rodear la fortaleza de la Edad de Hierro y seguir hacia Crowcombe Park Gate, donde esperaba encontrar el estanque que había inspirado a Wordsworth a escribir «El espinos». Luego caminaría a lo largo de la cresta rumbo a Triscombe, y de ahí vuelta a Nether Stowey bosque a través. Ambicioso, pero no imposible, y siempre podía tomar un atajo si me cansaba. Cuando, pertrechada con mi mapa, mis sándwiches y mi pequeña y desgastada edición de las *Baladas líricas*, publicada por Oxford y encuadernada en tela, me puse en marcha, no pude evitar preguntarme si tendría valor para parar a una de cada tres personas y preguntarle por Wordsworth. « Lo ha leído?  Ha oído hablar de él?» Esas serían mis preguntas.

Sin embargo, no me pareció que ninguna de las personas con las que me crucé fuera a responder satisfactoriamente a mis preguntas, y estas murieron en mis labios, sustituidas por un « Qu  buen día hace!». V  a una mujer paseando a su d lmata de camino al buzón de Stowey, a una chica montando un poni y a dos hombres con sus bicicletas de montaña; y luego, cuando la colina se

volvió más escarpada, no me crucé con nadie más. Me perdí, para mi regocijo, y acabé deambulando entre robles retorcidos y falsos abetos gigantes de Dowsborough antes de encaminarme hacia Crowcombe, que Dorothy llamaba Crookham. Estaba segura, por el mapa y por una descripción que me había dado una amiga wordsworthiana (sí, me queda algún que otro amigo), de que el lugar señalado como el estanque de Wilmot debía ser el «pequeño estanque lodoso cuyas aguas nunca se secan» del poema, de modo que decidí comerme allí mis sándwiches. Ascendí con esfuerzo por la colina Frog, abriéndome paso entre la vegetación densa del bosque y del valle, hasta llegar a las tierras altas de los Quantock y poder contemplar su amplia vista sobre el canal de Bristol. Ahí crecían la tormentila amarilla, el trigo de vaca dorado, plateado; los arándanos precoces y las fresas silvestres. Pasé junto a un par de ponis, que se me quedaron mirando como otrora hiciese el burro con Wordsworth.

Allí, en la cima, me encontré con dos hombres que permanecían sentados en el interior de un Land Rover, escudriñando con sus prismáticos la colina de enfrente. Cuando los bajaron para saludarme, yo aproveché para preguntarles si sabían dónde quedaba el estanque de Wilmot, más por conversar que por pedir información, ya me entendéis. El más joven, un tipo con un uniforme de camuflaje que me recordaba a un guardabosques, negó con la cabeza, pero el otro dijo:

—Bueno, lo que usted llama estanque de Wilmot nosotros lo llamamos estanque de Withyman. Va bien por aquí. ¿Ve ese promontorio? Ahí está el estanque.

—¿Por qué lo llaman estanque de Withyman? —pregunté. Esta vez no me supo dar una respuesta, pues no conocía ni a Wilmot ni a Withyman. Quise saber qué buscaban con los prismáticos. Me dijeron que intentaban divisar ciervos y sus cervatillos. Era la época del celo y, si prestaba atención, puede que yo también los viera.

Tras intercambiar ulteriores fórmulas de cortesía, seguí mi camino. En efecto, allí estaba el estanque, junto al sendero que llevaba a la cima de la colina. Las medidas de Wordsworth parecían un tanto conservadoras, pues el estanque, lo medí en zancadas, era más bien de tres metros de largo por tres de ancho, y no de un metro por medio.

Además, nos encontrábamos en plena estación seca; con las lluvias debía crecer aún más. No obstante, lodoso sí que era: en eso llevaba razón. No es que estuviese cubierto de hojas y barro; era, sencillamente, lodoso. Los juncos

y las colas de caballo crecían en sus márgenes (¿es la palabra *margin* un ejemplo de dicción poética, me pregunto?), y del barro seco y blancuzco surgían pequeñas plantas acuáticas semisuculentas de tonos verdes y rojizos. Ahí también descubrí el círculo hueco y cubierto de musgo de un túmulo que bien podría haber sido la tumba de un bebé, o de un gigante. El emplazamiento me resultó más majestuoso de lo que me había imaginado, pero conviene recordar que Wordsworth no era amante de la hipérbole. Era más un hombre de meiosis o lítotes. (Hoy ya no enseñamos las figuras retóricas.)

Me senté en el túmulo para comerme mi sándwich de queso y *chutney* mientras releía «El espino» por centésima vez, como poco. Miré a mi alrededor en busca de un espino, pero el más cercano se encontraba a casi treinta metros. Cuando me acabé la botella de agua me acerqué a inspeccionarlo. Ese espino, como el de Wordsworth, estaba cubierto de liquen reseco, aunque no de manera tan extravagante como afirmó el poeta. Difícilmente se le habría podido describir como «un cultivo de melancolía».

De la tierra plana suben estos musgos
Que abrazan al pobre espino
Con tanta fuerza, que se dirían empeñados,
Con intención clara y manifiesta,
En arrastrarlo hasta el suelo,
Todos sumando su esfuerzo
Para enterrar por siempre al pobre espino.

Y me senté ahí, sola, y recordé ese verano perdido, y sus aspiraciones perdidas, y me pregunté qué habría condenado a la pobre Dorothy a una vejez de fragilidad y vulgaridad. Quizá estáis esperando que diga que me quedé embarazada ese verano y perdí al bebé, que aborté, que lo di en adopción. No, nada de eso. La historia de Martha Ray no es la historia de Mary Mogg. Yo no tenía ningún derecho a gritar: «¡Ay, desdichada! ¡Ay, desdichada de mí!». Esta es una historia sencilla. Los accidentes conmovedores no son lo mío. No obstante, allí sentada, los ojos se me llenaron de lágrimas pensando en el pasado. Había sido joven, y feliz, y mi felicidad había quedado impresa en esas colinas. Quizá ya había contemplado ese mismo espino en el pasado, pues estos viven muchos años. Los cúmulos de tocones de roble que había visto en el antiguo bosque que acababa de atravesar llevaban ahí siglos antes de que

llegase Wordsworth, y él, como yo, miró los mismos acebos que aún se erigen en el parque de Alfoxden.

¿Estaba feliz, estaba triste? ¿Quién sabe? Tenía por delante la vejez, la enfermedad, la soledad. Wordsworth había escrito ese poema, o al menos eso afirmaba, para grabar el espino en su recuerdo, para conservar para siempre su aspecto terrible. Él también temía convertirse en «un espino sin dientes con las articulaciones nudosas»... Ya sabemos que Dorothy perdió los dientes en su juventud. Yo me he salvado de eso gracias a un sofisticado puente dental, pero mi madre, que murió el año pasado, padecía una artritis severa.

Iba reflexionando sobre esos temas mientras caminaba por el páramo, rumbo a la arboleda de hayas y la vía pecuaria que llevaba a Triscombe, cuando me di cuenta de que cada arbusto de espino golpeado por el viento, cada roble y cada acebo estaban coronados por pequeños pájaros. No eran todos de la misma especie, pero permanecían posados en las ramas, al calor de la tarde, y no cantaban, sino que charlaban entre sí, con un murmullo sosegado, suave y amistoso.

Mientras bajaba hacia el bosque, el canto de los pájaros cambió. Atardecía, y ellos trinaban entonces desde el dosel de los árboles, lejos de mi vista. De cuando en cuando, me detenía a escucharlos, y en uno de aquellos altos oí un crujido más fuerte, procedente de algún lugar colina arriba, donde los helechos crecían en el sotobosque. Confié en que fuese un ciervo con su cervatillo, y me escondí y me quedé quieta para observar. Sin embargo, lo que vi no fue un ciervo, sino a una persona que descendía por la colina con paso firme, fuera de la pista. Llevaba una bolsa de tela, y justo antes de llegar al camino se detuvo, la apoyó en el suelo, sacó algo de ella y empezó a escudriñar meticulosamente la corteza de un árbol. Entonces cogió un pequeño cuaderno y empezó a tomar notas. Luego pasó a otro árbol, y repitió el proceso. ¿Qué mensajes leía en los árboles? ¿Qué poemas compuestos por ellos transcribía?

Sería más o menos de mi edad, pero tenía una densa melena negra con mechaz blancas y una cara atractiva, rojiza, venosa y curtida por el viento. Llevaba unos pantalones holgados de algodón granate y una camiseta color rosa tierra. La seguí con la mirada mientras pasaba de un árbol a otro, hasta que di un paso hacia ella. Tenía un oído fino, pues se giró al instante. Y mientras me acercaba esbozó una sonrisa.

—Buenos días —dijo—, ¿o son tardes?

—No sabría decirle... —respondí.

—¡Qué buen día hace! —dijo.

No iba a dejarla escapar tan fácilmente.

—La he estado observando —dije—. Cómo examina esos árboles... Dígame, ¿qué está haciendo exactamente?

Esto no os lo vais a creer, pero es verdad. Ella soltó entonces una risotada simpática, curiosa y ululante, como de búho, y dijo:

—¿Se refiere a cómo me gano la vida? ¿Quiere saber a qué me dedico?

—Sí —respondí—. Eso es exactamente a lo que me refiero.

—En fin... —dijo con energía—. Espero que, si se lo cuento, preste atención como Dios manda, en vez de tener la cabeza en las nubes, soñando despierta, como ese otro tipo. ¿Qué era lo que le distraía...? «Frío, dolor y trabajo, todas las enfermedades terrenales.»

—Por ahí ya he pasado —dije—. Estoy lista para escuchar.

Nos sentamos juntas en un claro cubierto de musgo verde, donde el sol se filtraba entre las ramas, y me lo explicó.

—Leo los mensajes del bosque —dijo—. Descifro el texto impreso en los árboles. Leo el líquen con mi lupa. —Y me pasó una pequeña lupa redonda.

—¿Y qué le dicen los líquenes? —pregunté.

—Nos hablan de la salud del bosque. Nos hablan de lluvia ácida que llega desde el sur de Gales. A través de los líquenes, podemos hacer un seguimiento de la contaminación año tras año. Ocasionalmente usamos medidores de pH, pero la mayoría se pueden leer con la simple ayuda de una lupa. Mire aquí, ¿qué ve?

Observé a través de su lupa las ramitas que había recogido, la corteza de los árboles que nos rodeaban, y se me reveló un extraordinario mundo en miniatura, de grutas y cavernas grisáceas, verdosas; de ejércitos de pinchos de cactus, de fantasías de algas, de manchas anaranjadas, de diseños estrellados o enmarañados, de caligrafía negra sobre la corteza plateada.

—¡Cuánta diversidad! —exclamé—. Y en un espacio tan reducido...

Pero ella negó con la cabeza.

—Hay mucha menos diversidad de la que solía haber. Estamos perdiendo especies a marchas forzadas. Algunas no logran sobrevivir al cambio climático; otras, que llevan millones de años creciendo en el mismo sitio, están seriamente amenazadas.

—Entonces, ¿el líquen es una buena señal?

—Ah, sí, cuanto más, mejor... —Soltó una risotada, embelesada por el tema que la apasionaba—. Me temo que ahí Wordsworth se equivocó, al decir que el espino estaba «siendo arrastrado» por el musgo y los líquenes, o lo que quiera que fuese. ¿Qué dijo exactamente?

Saqué entonces el libro y leímos el poema en perfecta y feliz armonía. Luego bajamos juntas la colina, hablando de Wordsworth y de Coleridge. Mejor dicho, ella hablaba y yo me dedicaba a escuchar una riada asombrosa de arte y ciencia fundidas a la perfección. Y, durante ese espacio de tiempo, fue como si las dos disciplinas nunca se hubiesen dividido, como si hubieran seguido fluyendo juntas durante los siglos XIX y XX, independientemente del Currículum Nacional. Habló del bosque Horner y del valle de Barle, del campamento de Dowsborough y del castillo de Mounsey, del Parque Nettlecombe y de la Mansión Kellynch, de los leprosos que vivían bajo la iglesia de Culbone, del ferrocarril de los minerales, de la curtiduría de Tom Poole y de las carboneras y las caleras. Afirmó estar impresionada de que yo hubiese encontrado Shurton Bars, donde solían descargar el carbón de Gales. No había mucha gente que supiera eso.

¡Dios santo, si hasta conocía el poema!, pues le había dado pie a hacer un comentario sobre el resplandor verde de la luciérnaga que se desvanece y la llama eléctrica de la caléndula. Probablemente os acordéis de los versos:

Se dice que en las tardes de verano
Resplandece la flor de color dorado
Con una llama eléctrica:
¡Así resplandecerán mis ojos enamorados
Cuando el éxtasis enorme de mi corazón
Salga como un rayo de este marco!

(Quizá no sean sus mejores versos, pero su nota a pie de página sobre la electricidad es realmente magnífica.)

Nos tomamos una cerveza juntas en el castillo de Comfort, e intercambiamos nombres y direcciones. Se llamaba Anne Elliot, y pertenecía a una antigua familia de Somerset que había sido propietaria de la Mansión Kellynch en sus días de gloria, aunque ahora vivía en Shropshire. «De hecho, vivo en muchos lugares, como quien dice —me explicó—, e instalo mi campamento allá donde encuentro líquenes.» Me invitó a cenar en el Centro de

Estudios Rurales de Kellynch, pero decliné su oferta. No quería abusar.

Al día siguiente, tras una noche tranquila con una casera silenciosa, reprobadora y educada, decidí saltarme una visita planeada a la «guachi Watchet» y seguir hasta Porlock Weir para hacer la ruta costera, en busca de los bosques antiguos, las colinas y los románticos desfiladeros que permanecían en el mismo sitio de antaño, según me garantizó Anne. Un liquen con motas doradas llevaba setenta millones de años creciendo en esos bosques, me dijo. ¿Me acordaba bien de la cifra? ¿Setenta millones de años? El clima acompañaba y mi corazón cantaba.

Aparqué el coche en Porlock Weir y compré una botella de agua en una tiendecita. Me había llevado la mochila, algo de dinero y un cepillo de dientes, pues se me ocurrió que, si tenía ganas, podía seguir caminando hasta Lynton y el hechizado valle de las Rocas, pasar la noche allí y volver en autobús a la mañana siguiente. Le comenté el plan a la mujer de la tienda, claramente la encargada de vigilar el vecindario, y me dijo que era bastante seguro dejar el coche en ese aparcamiento, pero que llevase cuidado con los corrimientos de tierra. «Parece una persona sensata —me dijo, con cierto matiz admonitorio en el tono de voz—. Estoy segura de que ya sabe lo que se hace.»

Y hacia allí que me encaminé, partiendo desde detrás del Hotel Anchor, de paredes rosas. Atravesé campos donde pastaban rebaños de ovejas jacob, pasé junto a una pequeña y disparatada caseta de peaje, dejé atrás las ruinas de Ashley Combe, crucé las profundidades rojas de un túnel y subí por un sendero escarpado hacia Culbone. Visité la pequeña iglesia gris, con sus muchas lápidas de la familia Red —hay una, lo creáis o no, que pertenece a una estirpe de nobles llamados Red— y me percaté (¿me habría percatado con tanto entusiasmo el día anterior?) de los tonos naranjas, de un brillo extraordinario, que crecían sobre ellas. Luego seguí por el sendero, que ascendía, muy escarpado, hasta Silcombe. Hacía calor y el aire estaba impregnado de un olor intenso. Al salir del bosque, llegué a otro sendero despejado de márgenes inclinados, y al instante supe y sentí que me encontraba a menos de un kilómetro del origen del poema «Kubla Khan». Había vacas blancas junto a un manantial de aguas rojas, y más allá un campo con grandes corderos. Casi todos escaparon, ahuyentados, pero uno no se movió ni un ápice del sitio para hablarme, metiendo el hocico por la valla. Extendí una mano y me dio un empujoncito con su pequeña cabeza dura, chata y lanuda.

Estaba aburrido, se alegraba de conversar conmigo. No os burléis de esta falacia patética: sé reconocer a un cordero aburrido cuando lo veo.

Seguí caminando hasta que volví a adentrarme en los bosques costeros. Entonces comprendí a lo que se refería mi amiga de Porlock Weir con lo de los corrimientos de tierra, pues desde la época de Coleridge buena parte del sendero se había ido deslizándose, cayendo al mar. Hasta mi reciente mapa de Pathfinder se había quedado anticuado. A mis pies vi troncos de árboles caídos, unos brotando con valentía de sus ruinas, otros yaciendo muertos como cerillas. Y, mucho más abajo, el mar.

Ese fue el tramo en el que me dejé llevar por mi propia locura. Un cartel en una verja me informaba: «Peligro. Carretera cortada. No cruzar. Usar ruta nueva»; sin embargo, al otro lado divisé una jungla coleridgeana particularmente tentadora. El firme del camino parecía bastante seguro y, sintiéndolo mucho, diré que abandoné la ruta prescrita y enfilé por otro sendero a sabiendas de que no era el correcto. Me dije a mí misma que lo recorrería solo un ratito —me pareció oír el sonido de una cascada pidiendo a gritos que alguien la inspeccionase—, pero debería haberme conocido mejor, pues cada curva del sendero revelaba una vista nueva y maravillosa — abedules, helechos de lengua cervina, grandes losas de roca húmeda, cavernas musgosas, claros en los que se filtraba la luz del sol— que me impulsaba a seguir andando, con gran imprudencia. Y todo iba como la seda hasta que llegué a un punto donde un pequeño cauce seco atravesaba el camino. No podía llamársele ni siquiera salto —solo era medio metro, sin duda lo bastante estrecho para poder salvarlo—, pero caí con fuerza sobre mi talón derecho, y al instante sentí un pinchazo en el gemelo.

Me quedé ahí, a la pata coja, cual garza sorprendida. Era un dolor horrible. Con sumo cuidado, intenté volver a apoyar el pie. El dolor era intenso.

Cojeé hasta el tronco de un árbol, me senté y les eché un vistazo a mis dedos. Estaban bien. Todo parecía en orden, salvo que no podía apoyar la pierna derecha.

Y entonces decidí comerme un sándwich mientras filosofaba y me preguntaba, más prosaicamente, a cuánto estaría del primer ser humano y de mi pobre coche rojo.

Me habría desgarrado un tendón, o algún vaso sanguíneo se me habría roto. ¡Cosas que pasan! Me comí otro sándwich.

Estaba bastante tranquila, y el lugar era agradable. No obstante, reconocí que había sido una idiota, una idiota a la que solo le quedaba esperar que la pillasen en su idiotez, si no quería verse obligada a avanzar, o a retroceder, cojeando. Me preguntaba qué sería lo más inteligente. El mapa indicaba que había una granja un poco más adelante, pero yo ya sabía que no podía fiarme demasiado de él. Era perfectamente posible que la granja hubiese caído al mar.

Decidí volver sobre mis pasos renqueando. No resultó nada fácil. Tenía que apoyar el pie con gran cautela, pero no había andado ni cien metros cuando oí, como ya oyera el día anterior, un crujido en el bosque. Llena de esperanza, la llamé a gritos: «¡Anne! ¡Anne!».

Y, en efecto, era ella, ¿quién sino iba a ser? Salió de entre los matorrales, como la primera vez, lupa y pequeño cuaderno en mano, y exclamó con un placer que al punto se tornó en consternación:

—¡Pero bueno, Mary! —dijo, como si me conociese de toda la vida—. ¡Pero si eres Mary, Mary Mogg! ¿Qué te ha ocurrido? ¡Vaya una suerte que pasara por aquí!

En un santiamén elaboró un plan de acción: en vez de retroceder, avanzaría cojeando hasta llegar a esa granja que llamaban Tasketts y que, según me aseguró, seguía ahí. Ella regresaría a donde estaba su coche, aparcado en lo alto del camino, volvería para recogerme y me dejaría en un lugar seguro.

—No te preocupes, Mary —me dijo—, el camino hasta Tasketts es bastante fácil... solo a partir de ahí empeora...

Se alejó de allí a toda prisa, y yo me alejé cojeando, y después nos encontramos en ese lugar perdido, encajado en un valle profundo a medio camino entre el mar y el cielo.

—Vamos a entrar —dijo— y nos preparamos una taza de té. Nos la merecemos. No te preocupes, conozco a los dueños. Son viejos amigos, pero no están en casa ahora mismo.

Sacó la llave de debajo del deshollinador que había junto a la puerta y me invitó a entrar. Dentro olía a humedad, musgo y humo de chimenea. Puso en el fuego el hervidor, abrió un cartón de leche pasteurizada y nos preparó un té. Escribió una nota a nuestros desconocidos anfitriones que decía: «Queridos Bear: ¡adivina quién se ha bebido vuestro té!».

—¡Vaya una aventura! —exclamó—. Ahora sí que no te va a quedar otra que venirte a pasar la noche a Kellynch. —Y soltó una de esas risotadas

ululantes de los bosques.

Me rendí. ¿Qué iba a hacer?

Las siguientes veinticuatro horas fueron como un sueño de opio, inducido por unas cuantas copas, en la cena, de vino tinto búlgaro, y nada más. Me había topado con un reino encantado. Dimos parte de lo sucedido en Porlock Weir, donde mi amiga de la tienda chasqueó la lengua al enterarse de mi accidente, apuntando: «En fin, al menos tuvo la sensatez de decirme dónde iba». Luego Anne me llevó en coche hasta Kellynch, a treinta kilómetros de allí. Era una casa antigua, del siglo XVIII, pero con cimientos del XVI, otrora residencia de la familia Elliot, pero ahora repleta de aspirantes a botánicos que asistían a los cursos que allí se impartían los fines de semana. Anne se alojaba en el patio de las caballerizas, en lo que en su momento fueron las oficinas de la antigua finca. Se había traído a unos cuantos colegas liquenólogos: un joven del Museo de Historia Natural, una profesora de una universidad de Escocia, una poeta islandesa a tiempo parcial y un bateador de oro de la Guayana.

No había pasado una velada así en toda mi vida. En esa sala alargada de techos altos, rodeados de antiguos trofeos de los Elliot —aves en vitrinas, un cubo para el carbón con el escudo de armas familiar, una retorta química, una antigua imprenta—, charlamos y compartimos nuestros misterios. De cuando en cuando, Anne se levantaba para consultar un libro de los estantes abarrotados, pues esa sala también hacía las veces de biblioteca... ¡Y qué biblioteca...! Era el sueño de cualquier bibliotecario, la pesadilla de cualquier bibliotecario. Allí había herbolarios del siglo XVI, primeras ediciones de antiguos poemas topográficos o tomos coloreados a mano sobre líquenes y mariposas. Charlamos sobre Humphry Davy, sobre sir Walter Raleigh y sobre los albatros. Yo mencioné incluso a la brillante Shakira Jagan y las grandes esperanzas que había depositado en ella, a lo que el bateador de oro guayanés nos contó que su madre siempre había afirmado descender del mismísimo Toussaint-Louverture. Él nos habló de sus viajes remontando el Demerara y el Orinoco, compartió con nosotros las maravillas de la jungla, y la poeta islandesa nos describió los rincones secretos de Islandia donde es imposible hacerse daño, donde el aire es puro como en el Jardín del Edén. Los troncos de la chimenea se deshicieron en brasas y ceniza, y nosotros seguimos hablando.

Por fin me metí en la cama, en un vestidor recubierto de madera situado en un rincón de la sala. Anne me cerró la puerta y dormí como no había dormido en años.

Por la mañana, Anne me pidió que me quedase. «Prisionera de la sombra de este cedro —dijo, señalando con un gesto el inmenso árbol de los jardines, un poco más abajo, y la pequeña y hermosa Residencia de la Viuda, con sus paredes rosas, justo detrás. Según me contó, se la habían alquilado a una actriz romántica—. ¡Quédate hasta que te recuperes!» Pero yo sabía que si me quedaba más de una noche me convertiría en calabaza, o algo todavía peor. Tenía que irme, tenía que volver al instituto, dije. Pediría un taxi para que me llevase hasta mi coche. Naranjas de la China, dijo ella. Primero iríamos a ver a su médico, y si él me permitía conducir, y yo insistía, ella misma me llevaría al aparcamiento de Porlock Weir.

De camino a casa de su médico, que vivía en una remota colina abarrotada de cabras, nos metimos en un atasco provocado por un monstruo agrícola que se había empotrado contra los setos. En un abrir y cerrar de ojos, se formó una larga fila de coches, en medio de la nada: primero nosotras; luego dos monjas en un Honda Civic, sin aliento, no por la adoración, sino porque no paraban de parlotear; después un elegante granjero con un bigote fino; luego un joven con gafas y camisa roja —anarquista o saboteador de cazadores, especulamos—; después un sij con su turbante; por último, la camioneta amarilla de una librería ambulante. La campiña inglesa y su población variopinta auténtica y genuina...

Y ahora, por fin, estoy de vuelta en Northam. Este es mi sitio, después de todo. Aquí es donde las costumbres de la gente mejor casan conmigo. No cometeré el error de mudarme cuando me jubile, como hizo mi primera anfitriona.

Mi pierna está mejor. El médico me dio unas pastillas mágicas para los músculos y ya no cojeo.

He vuelto al trabajo, y mi excursión ahora parece un sueño, pero algo ha cambiado en mí, me siento más fuerte. Quizá a estas alturas ya hayáis sospechado que tras aquel verano en Somerset hace cuarenta años, después de graduarme, me sumí en una depresión profunda. Pasé un año sin que me importase vivir o morir. Me dormía llorando, y llorando me despertaba. Me recuperé, poco a poco, con la ayuda de Wordsworth, encontrando en él, como ya hiciera John Stuart Mill antes que yo, primero «la felicidad auténtica y

permanente de la contemplación sosegada», y luego, al fin, «un interés creciente por los sentimientos comunes y el destino compartido de los seres humanos». Sin embargo, como una auténtica cobarde, tenía miedo de que, con la llegada de la vejez y la ociosidad impuesta, esa desesperación volviese a aparecer. Puse rumbo al oeste para poner a prueba mi destino. Y allí encontré a Anne Elliot, con aquel brillo salvaje en los ojos a sus sesenta años.

Dijo que tenemos que seguir en contacto y, quién sabe, quizá lo hagamos. O quizá no. Los de Yorkshire somos tozudos y desconfiamos de las nuevas amistades. Mi vida real y sobria está aquí, pero ya no temo el futuro como antes. El mundo desconocido sigue brillando ante mí. Y Shakira Jagan ha leído ya el soneto de Wordsworth a Toussaint-Louverture, y reconoce que es bueno. O que no tiene nada malo, como ella dice, con su estilo mezcla de la Guayana y de Yorkshire. Así pues, he regresado de mi periplo con algo de una magia que me ayudará a pasar el invierno.

(2000)

NOTA A LOS TEXTOS



Los relatos que aparecen en este libro están ordenados cronológicamente por fecha de publicación. Sin embargo, algunos pueden variar con respecto a su fecha de redacción. Quizá «Una victoria pírrica» fuese el primer relato escrito por Margaret Drabble, en sus años de estudiante en la Universidad de Cambridge a finales de los cincuenta, pero no fue hasta 1968 cuando, convertida ya en una escritora consagrada, el texto vio la luz en la revista *Nova*. «Rumbo al oeste» fue un encargo de la Wordsworth Society en 1994. Sin embargo, y aunque la autora lo leyó con motivo de la reunión anual de dicha asociación en la localidad de Grasmere, en el distrito de Los Lagos, no se publicó hasta el año 2000 en *The Long Story*, revista literaria editada en Massachusetts. Así pues, en este libro aparece como el último relato que Margaret Drabble ha publicado hasta la fecha.

Otras historias permanecieron guardadas en un cajón durante un tiempo por diferentes motivos. «Las cuevas de Dios», por ejemplo, no estaba destinada en un principio a la antología *Time Out*, Drabble la escribió para un libro sobre «secretos» que nunca se publicaría, pero la rescató cuando Nicholas Royle le pidió un relato para su antología.

Un par de fragmentos de dos de sus novelas, que no incluimos aquí, se publicaron en revistas como relatos breves: «El año moribundo», extracto de *El camino radiante*, vio la luz en *Harpers* en julio de 1987, y «La cena», sacado de *Una curiosidad natural*, pudo leerse por vez primera en el número de septiembre de 1989 de esa misma revista. Asimismo, «Les Liaisons Dangereuses», primer texto breve publicado por Drabble, apareció en la revista *Punch* en octubre de 1964.

Los datos de publicación de los relatos que aquí se incluyen son los

siguientes:

«La torre de Hasán», *Winters Tales* 12, A. D. Maclean (ed.), Londres, Macmillan; Nueva York, St. Martin's; *Nova*, junio de 1966; Los Ángeles, Sylvester and Orphanos, 1980.

«Un viaje a Citera», *Mademoiselle*, diciembre de 1967.

«Amantes fieles» (publicado en una versión previa con el título de «El reencuentro»), *Winters Tales* 14, K. Crossley-Holland (ed.), Londres, Macmillan; Nueva York, St. Martin's, 1968; *The Saturday Evening Post*, 6 de abril de 1968.

«Una victoria pírrica», *Nova*, julio de 1968.

«Cruzando los Alpes», *Penguin Modern Stories*, volumen 3, J. Burnley (ed.), Harmondsworth, Penguin, 1969; *Mademoiselle*, febrero de 1971.

«Los regalos de la guerra», *Winters Tales* 16, A. D. Maclean (ed.), Londres, Macmillan, 1970; Nueva York, St. Martins, 1971; *Women and Fiction: Short Stories By and About Women*, S. Cahill (ed.), Nueva York, New American Library, 1975.

«Una historia de éxito», *Spare Rib* 2, 1972; *Ms.*, diciembre de 1974; *Fine Lines: The Best of Ms. Fiction*, R. Sullivan (ed.), Nueva York, Scribner's, 1981.

«Un día en la vida de una mujer sonriente», *Cosmopolitan*, octubre de 1973; *In the Looking Glass: Twenty-One Modern Short Stories by Women*, N. Dean y M. Stark (eds.), Nueva York, Putnam, 1977.

«Deberes», *Cosmopolitan*, noviembre de 1975; *The Ontario Review* 7, otoño-invierno 1977-1978.

«La viuda alegre», *Womans Journal*, septiembre de 1989.

«La Residencia de la Viuda. Un idilio en Somerset», *Persuasions* 15, 1993.

«Las cuevas de Dios», *Neonlit: Time Out Book of New Writing*, volumen 2, N. Royle (ed.), Londres, Quartet, 1999.

«Rumbo al oeste. Un relato topográfico», *The Long Story* 18, 2000.





Dig. agosto 2017